

El Año Perfecto



RAQUEL VILLAAMIL

MANHATTAN BEACH:
EL AÑO PERFECTO
Raquel Villaamil

Era un ángel, una alucinación. Esa idea constituía la única realidad probable, más no me importaba. Juré que todo lo que nos separaba, nos uniría. Que lo que nos diferenciaba, nos acercaría. Pero de los sueños se despierta alguna vez. Los ángeles siguen siendo inalcanzables y las alucinaciones, peligrosas.

Edward Dylan

Prólogo

Teclé la clave sin problemas esta vez, por fin me había aprendido los dieciséis dígitos, y entré.

Me encontré frente a la casa de Sean. Un intento fallido y costoso de arquitectura moderna.

Dieciséis dígitos diferentes y me colé en el espacioso salón. A pesar del calor reinante en Los Ángeles, aquella casa no dejaba de ser fría. Las paredes desnudas blancas y los escasos muebles de diseño ergonómico no ayudaban a paliar la atmósfera helada. Estaba claro que necesitaba una mano femenina con buen gusto. ¿Conocía a alguien así? Sonreí para mis adentros y echando una última ojeada a la solitaria mesa del salón y sus aburridos amigos muebles, salí al jardín.

Me entretuve con la panorámica de la ciudad que se obtenía desde el borde de la inmensa piscina. Los altos edificios del centro sobresalían de entre la neblina de contaminación y las pequeñas casas y mansiones de los distritos periféricos.

Tomé prestadas varias buganvillas fucsias y alguna otra bonita flor de nombre desconocido y entré de nuevo en la casa por la puerta de la cocina. De entre sus pulcros y brillantes estantes busqué algún tipo de jarrón. Me tuve que conformar con una jarra de cristal macizo que al llenarla de agua casi me descuajeringa el hombro del peso. Metí las flores y cargando con el improvisado jarrón con la ayuda de las dos manos, los bíceps y los dientes, lo transporté hasta la mesa del salón que rogaba no cediera bajo su peso.

No quedaba nada mal. Mi primer toque femenino había surtido efecto y la estancia ya no era tan demacradamente blanca.

Menos aquel sobre azul chillón.

Me quedé transpuesta un segundo. Algo no encajaba. Hacía un rato breve, escaso, demasiado escaso aquel sobre no estaba encima de aquella mesa. ¿Podría jurarlo? Podría pero, ¿qué más daba?

Detuve mis pensamientos a una orden. Eso no estaba allí hacía un cuarto de hora. ¿La mujer de la limpieza había entrado sin darme yo cuenta? Respiré hondo. Sí, esa era la explicación.

Tomé el sobre entre mis manos y me peleé mentalmente contra la curiosidad. Solo una ojeada. Parecía una invitación de boda... y lo era.

Lei el texto extrañada:

Andrea y Sean

*¡Por fin nos casamos!
Quince años después de nuestro primer beso,
nos gustaría que nos acompañarais al acontecimiento del año:
Nuestra Boda.*

Mastiqué las palabras trabajosamente. ¡Qué cursilada!

- Quince años después de nuestro primer beso- dije empalagada- Puaj.

Dejé caer la tarjeta encima de la mesa mientras me regañaba inconscientemente. Andrea estaba muerta y por mas rabia que me diera, había sido la mujer de Sean. La había querido, deseado, besado... dejé de imaginar y posé los ojos sobre la invitación. Había caído del revés y las palabras en tinta roja que se leían en su cara posterior nada tenían que ver con lo anterior.

*Fuiste el culpable, ¿recuerdas?
Eres un asesino.*

Me quedé de nuevo petrificada. Era una letra historiada totalmente opuesta a la escritura descuidada de Sean. Aquello no lo había escrito él.

- ¿Carmen?- grité con un hilillo de voz.

Deseaba que la señora de la limpieza me contestara acto seguido pero el eco de mi llamada no obtuvo respuesta y quedó resonando un rato por la estancia.

Alcé la vista hacia la cristalera que daba al jardín consciente de un movimiento a mi espalda. El cristal me devolvió una tenue imagen de mi persona. ¿En qué película al niño protagonista le pasaban cosas así? “En ocasiones veo muertos”.

Por si acaso Andrea me estaba jugando una mala pasada me dieron ganas de pedir perdón a voz en grito y en ese momento de paranoia habitual mío, le vi.

Fue un reflejo borroso en el cristal justo detrás de mí. Una respiración agitada, casi animal. Un olor fuerte. Una voz seca y el ruido de un movimiento cuando corta el aire. Después dolor.

Dolor punzante y oscuridad.

Siete meses antes
Diciembre
Los Ángeles

Las nominaciones a los premios Globos de Oro se hicieron públicas a mediados de diciembre. Mi casera y amiga Sandra y yo, nos encontrábamos apretando a dos sufridos cojines en el sofá de la casa que compartíamos, atentas a la televisión.

Creíamos que nuestros ruegos internos atravesarían la pantalla y modificarían el resultado de la lista de nominados elaborada por la Asociación de la Prensa Extranjera de Hollywood.

- Por favor, por favor... - me oí murmurar al igual que en la final del Mundial de Fútbol.

Tenía la misma idea del mundo del balón que del cine, casi nula pero, ¿qué importaba?

El hombre de rostro indescifrable paseó los ojos por el papel y nos dirigió una mirada desde el televisor.

- Los nominados a la mejor película dramática son: "Manhattan Beach"...

Ya no escuché más. Sandra y yo botamos a la misma vez del asiento y nos abrazamos con emoción contenida. El estrujón duró lo que tardamos en escuchar de nuevo la voz del presentador.

- Mejor guión: "Manhattan Beach" de Edward Dylan...

Nuestros gritos sepultaban el resto de nominados. ¿Qué más daba?

- Mejor actor de drama: Sean Weller por "Manhattan Beach"...

Me dí cuenta que lloraba a moco tendido.

- Las nominadas a mejor actriz de drama son: Denise Daniels por "Manhattan Beach"...

- ¡Bien!- elevé los brazos al techo.

- ¿Bien?- Sandra me miraba boquiabierta. El estupor se había asentado en su rostro bronceado- ¿Bien? Han nominado a la mujer que casi te roba el novio, ¿recuerdas?

Bajé los brazos que permanecían petrificados.

- Tenían que fingir ser pareja por el bien de la película. Nada más.

- Bueno, me alegro que ya lo hayas superado- se sentó de nuevo en el sofá- La de lágrimas tuyas que he tenido que aguantar.

Sonreí.

- No ha sido para tanto.

- Lo peor desde el diluvio de Moisés.

Pobre Noé.

Me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro. Por más que hubiera deseado asesinarla en multitud de ocasiones, mutilarla en otras tantas y ahogarla en demasiadas, se había comportado como una gran amiga desde que llegué a su casa.

- Gracias- murmuré.

- Vale, bueno- se separó de mí- Parece que nuestra película va camino de la fama.

Mi teléfono móvil vibró a mi lado con un mensaje de texto:

"No está nada mal, ¿eh?"

Sonreí para mis adentros. No Sean, era perfecto.

- El romanticismo en su estado más puro- dijo Sandra físgando por encima de mi hombro- A miles de millas y no puede acabar la frase con un "te quiero".

Para mi desgracia, Sean llevaba unas cuantas semanas rodando en París con Charlize Theron. Sí, París y Charlize, no sonaba nada bien. Aparté cualquier imagen de mi cabeza de ellos dos y me volví hacia mi compañera.

- Ya sé que me quiere.

- No te ofendas.

- Envidia cochina.

Se rió.

- Bombón Weller no es mi tipo.

- Ya.

Caminó hacia la cocina y tomó de la nevera una botella de agua, de las que crecían como champiñones por el electrodoméstico.

- Hablemos de cosas más sensatas.

Hablaba la sensatez personificada.

- ¿Qué nos vamos a poner para la gala?- preguntó- Creo que necesitamos una sesión de compras por Rodeo Drive.

- Sabes que no me lo puedo permitir.

- Por ahora no encuentro ninguna ventaja a estar saliendo con una estrella de Hollywood.

Me acerqué apoyándome en la encimera de mármol.

- No voy a pedirle dinero- apunté tajante.

- ¿Crees que prefiere ir acompañado por un adefesio?- sonrió- Perdona por lo último.

La sola idea de pisar junto a él la alfombra roja o del color que fuera, me produjo un mareo y me desplomé sobre un taburete.

- ¿Yo con él?- murmuré.

- Más bien.

- Pero... eso es antinatural.

- Algo raro, sí- la situación parecía divertirla en exceso- A mí lo único que me produce escalofríos es la temperatura de enero. No pegan demasiado bien el palabra de honor con la piel de gallina.

Tomé aire profundamente. ¿Respirar en una bolsa de cartón me ayudaría para algo?

El teléfono de Sandra sonó en aquel instante con la última canción de Britney Spears.

- ¿Hola?- contestó.

Asintió sin añadir nada y después de unos minutos colgó.

- Reunión de emergencia en Beverly Hills- dijo- El productor de la película quiere vernos a todos esta noche y dado su carácter agrio, no creo que haya organizado una fiesta.

Cualquier pensamiento anterior se me terció banal. Me iba a encontrar cara a cara con el hombre que me había separado de Sean por el bien de su proyecto. Sí, había dado en el clavo y la película se había convertido en el éxito inesperado del año pero se la tenía guardada desde entonces. Y la venganza se sirve fría, o al menos templada. Cerré los ojos e imaginé que podía hacer.

En el número 1215 de Laurel Lane de Beverly Hills se escondía la increíble mansión, no hay otro término para definirla, del productor Abraham Bernbaum. Con un aire versallesco, la casa se alzaba en dos alturas con cristaleras gigantescas que irradiaban una luz anaranjada.

En el Chevrolet verde modelo Edad Media de Sandra, cruzamos el largo camino adoquinado hasta una fuente con querubines escupiendo agua que mostraba la entrada principal.

Nos abrió la puerta el productor en persona. Desde cerca no imponía demasiado. La cabeza afilada y escueta de pelo se escondía entre los hombros. Ancho y corto de estatura, parecía el prototipo de malvado de alguna película. Sus ojos pequeños se detuvieron en Sandra y a mí ni me rozaron.

- Gracias por venir. Estamos ya todos en el salón- su voz resultó lo único interesante que salió de él. Daba bastante miedo.

Le seguimos aleladas en la contemplación de la doble escalera que partía del recibidor hacia la planta de arriba. La decoración brillaba en dorado, las lámparas de araña colgaban pesadas de los techos altos y el mobiliario parecía raptado de algún palacio del Rey Sol.

En el salón al que se refería, después de atravesar otros dos, se había congregado un pequeño grupo de personas. Tuvo que ser Denise Daniels la que se nos acercara con rapidez en primer lugar. Nos dio un beso seguido de un abrazo breve. Oía estupendamente y resultaba igual de espectacular en los vaqueros de esa noche que en el vestido de gala del Festival de Cine de Venecia. Allí la conocí y allí la tuve que ver de la mano de Sean de un lado a otro.

- Como me alegro de que hayáis llegado. Demasiado hombre junto- señaló al resto del grupo- Os presentaré. A Nicholas ya le conocéis.

El aludido nos saludó efusivamente. Nadie hubiera dado un dólar por aquel director joven de películas extrañas y sin embargo obró un milagro con el guión que había escrito unos cuantos años atrás Edward Dylan, el fallecido padre de Sandra. Lo que desconocían los presentes era que el guión estaba inacabado cuando lo encontré escondido u olvidado debajo de mi cama y que fuimos Sandra y yo las que lo rematamos.

- Aquellos dos hombres trajeados del fondo- nos indicó con su voz bonita Denise- son el agente de Sean y el mío.

Desconocía de la existencia de aquel individuo. ¿Para que servía? Los agentes inmobiliarios eran malos bichos, los literarios te llevaban a la fama y los agentes de la condicional a la trena por no respetar un paso de cebra. ¿A qué grupo pertenecería?

- Simplemente consejo a Sean con los proyectos que llegan a mis manos- me contestó él mismo cuando se hubo presentado como David Yarrish. Me cayó bien. No sé por qué- Pero con él hay que ser convincente. Es un perro viejo del negocio. Viejo y rabioso.

Me entró la risa.

- ¡Ah!- continuó sonriendo- ¿Aún no conoces esa faceta? Ya, ya llegará. O puede que haya cambiado como me repiten mis fuentes.

Aquel hombre aparentaba ser algo más mayor que Sean. El traje remarcaba unos hombros anchos y el pelo castaño y la tez morena agudizaban sus ojos de color azul oscuro. Hablaba con una seguridad que agudizaba su atractivo.

- Le fiché en cuanto le vi en un partido de hockey. Buscaba un jugador para secundario en una película de adolescentes y le encontré perfecto. Guapo, chulo y con cierto aire de gato abandonado. Él tenía entonces dieciséis años y una triste historia familiar a sus espaldas. Para mí era mi segundo descubrimiento, acababa de lanzarme al peligroso mundo de la fama. Y acerté. Al menos durante unos años, muy buenos años. Y algo me da en la nariz- dijo a modo de secreto- que el Sean Weller de entonces ha vuelto... y mejorado. Gracias.

Por toda respuesta me sonrojé y cuando por fin quise añadir algo, se oyó la voz del productor. Afilada, casi irritante.

- Mi película ha sido nominada a varios Globos de Oro así que tenemos que comenzar con la pantomima.

¿Su película? ¿Qué se creía aquel individuo?

- Yo puse el dinero, yo exijo- volvió su cabeza hacia mí. ¡Dios mío, leía el pensamiento!

- De eso estamos seguros, Abraham- intercedió David- ¿Qué tienen que hacer los muchachos esta vez?

El productor apartó su mirada de mí y la dirigió a un punto indeterminado al fondo del salón.

- Denise y Sean irán juntos. Detrás Nicholas y la señorita Dylan- ordenó.

- Me parece que se olvida de Miriam- oí de nuevo la voz del agente de Sean- Los actores suelen ir acompañados de sus parejas. Preferentemente las reales.

-Ni es su esposa, ni una modelo, actriz o alguien conocido, así que no me vale. Punto final.

- No creo que mi representado esté muy conforme. Sean va a quedar muy bien al lado de esta señorita- me guiñó un ojo.

La situación me incomodaba. Tenía ganas de agachar la cabeza y salir corriendo de aquel salón. Resultaba inverosímil que se estuviera debatiendo mi asistencia o no a unos premios de Hollywood.

- El señor Bernbaum tiene razón- dije trabándome con el apellido- Yo no pinto nada allí. Denise debería ir con él. Al fin y al cabo son los dos protagonistas.

Sandra me lanzó una mirada de desaprobación y la sentí como un mazazo en la sien.

- Ni siquiera quiero estar- continué bajo el silencio de los presentes- Me conformo con poder aplaudir desde un asiento no muy lejano.

- Parece que comenzamos a ser algo razonables- corroboró el productor- Señor Yarrish acompañará a la señorita... a esta señorita en la gala.

Él asintió con seriedad.

Se continuaron ultimando los detalles mientras mi intelecto desconectaba. Cuando terminaron me hundí en el asiento súbitamente incómodo del Chevrolet y condujimos a casa.

El sol del domingo me despertó sorteando los estores de las ventanas de mi habitación. La luz del astro rey conseguía levantar el ánimo hasta de las “no famosas”. Me estiré en aquella cama gigantesca y deslicé la vista desde el techo del dormitorio al ordenador de color naranja con dibujos de fresas rojas como demonios que mis amigos californianos me habían regalado al poco de llegar para que pudiera trabajar.

Desde entonces, mi Naranjito era un elemento más de la familia. A su lado yacía el cuerpo inerte de mi antiguo despertador rosa fucsia. Su fin había llegado unos días antes. La voz de Madonna me había sobresaltado de tal modo que lancé al pobre elemento al otro extremo del dormitorio de un manotazo. Y eso fue demasiado para él.

Ahora utilizaba la alarma del móvil. Algo menos efectiva para despertarme pero no me hacía estrujarme la cabeza sobre el significado de la canción con la que me había deleitado a voz en grito.

El nuevo tomo de mi vida comenzaba sin mi despertador-oráculo, con mi novio en París y desahuciada del mundo del celuloide.

De un salto me coloqué al lado de la ventana. El Océano Pacífico lanzaba destellos plateados mientras mojaba la arena blanca de la playa pocos metros delante de la casa. Dos locos del deporte corrían por el paseo marítimo a buen ritmo. Les seguí con la mirada hasta que desaparecieron media docena de palmeras después.

El lunes, si no le daba por llover, me tocaría a mí correr un poco.

Según Sandra, los domingos eran para descansar. Se notaba que no tenía una jefa como la mía.

Encendí el ordenador. Las palabras “que la fuerza te acompañe” barrieron la pantalla. Encomendándome al espíritu de los Jedi comencé a trabajar.

Leía el último libro en español que atesoraba como oro maya tapada con una manta en el sofá, cuando la puerta se abrió con brusquedad dejando entrar un viento helado proveniente del mar.

- ¡Ya lo tengo!- exclamó Sandra con los brazos elevados hacia el techo y su corta falda bailando con el aire huracanado.

Levanté los ojos.

- Estoy a cinco páginas del final.

- Te va a encantar- cerró la puerta luchando contra el viento y se sentó a mi lado apartando mis piernas con un movimiento de cadera.

Apoyé el libro en la mesa y dirigí una mirada a la revista que blandía ante mi cara.

- Página 16- ordenó.

Pasé las hojas hasta llegar a la indicada. Era un artículo sobre la tienda de ropa de Sandra. La crítica resultaba sumamente favorable.

- Felicidades- celebré- No es para menos.

- Síiii- abrazó la revista con cariño- La periodista es amiga mía pero trató de ser objetiva. Yo creo que lo consiguió. Por cierto, tengo tu vestido para los Globos de Oro.

Me cubrí la cabeza con la manta.

- Estaré tan lejos que me tomaran por una lámpara.
- Por eso te he encontrado uno en tonos amarillos- dijo colando su cabeza en mi escondite.
- ¿Amarillo? ¿Como los pollos?
- Naranja entonces.

Cerré los ojos.

- Me fio de ti- susurré.

- Perfecto- se levantó de un bote- Acuérdate de que hago milagros.

Dirigió sus pasos hacia la cocina pero se detuvo a medio camino.

- Oye- dijo dejando en tentativa mi aproximación al libro- ¿Por qué no le haces una visita sorpresa a tu novio?

- ¿A París? ¿Una sorpresa? Odia las sorpresas.

- Puede que odie que le pillen *in fraganti* con Charlize.

- No me piques.

Desanduvo el camino y apoyó el trasero en el reposabrazos del sofá.

- Venga. Llevas mucho tiempo sin verle y tienes vacaciones por Navidad, ¿no? ¿O a tu jefa la confundieron con un pavo y desde entonces no las celebra?

- Odia las sorpresas- me repetí.

- Una sorpresa en ropa interior no es odiosa- me guiñó un ojo- ¿O es que te da miedo su reacción? Claro, no es de extrañar. Una protagonista como la señorita Theron resulta difícil de igualar.

La sangre me hervía por momentos.

- A mí no me da miedo nada- mascullé con las mejillas rojas como pimientos redundantemente rojos.

Sandra tuvo la desfachatez de lanzar una risotada.

- No te lo crees ni tú- añadió.

- Antes de visitar a mis padres puedo hacer una escala en París sin problemas- zanjé.

- ¿Seguro?

- Claro.

Me tendió un papel.

- En turista, no te creas.

Observé el billete de avión.

A París.

Sean me iba a matar.

22 de Diciembre París

Una ligera neblina enmarcaba el Sena. La lluvia se contenía tras las nubes que cubrían el cielo parisino. El frío resultaba punzante para una extranjera de la costa oeste norteamericana.

Había dejado un Los Ángeles soleado de temperatura suave varias horas atrás y me encontraba con los dientes aún castañeando en un taxi que ágilmente se movía sorteando tráfico y peatones por la Quai de Bercy.

Por si la sorpresa no resultaba demasiado agradable, había reservado habitación en un hotel. Dudé en dejar mi maleta primero. Sabía que Sean estaría rodando hasta las cinco como mínimo y si perdía el tiempo en ir hasta el hotel podía correr la mala suerte de no encontrarle. Mala o buena suerte. Depende.

A mi no me gustaría que me interrumpieran en mi trabajo aunque ese fuera hacer una película empalagosa y romántica con Charlize Theron. Imágenes inventadas por mi cruel subconsciente comenzaron a llenar mi cabeza. ¿Y si llegaba allí y me los encontraba fundidos en un beso de impresión? ¿Cuántos actores se enamoraban durante un rodaje? ¿Cinco? ¿Veinte? ¿Todos?

Quise tirarme de los pelos para detener aquel afán autodestructivo pero mis manos aún en proceso de descongelación, me lo impidieron.

Aquella no era una buena idea.

El Sena a mi izquierda dejó entrever una isla. Parecía que ya casi habíamos llegado. Demasiado rápido. El pulso se me empezó a acelerar en cuanto el taxista aminoró la marcha para cruzar el Pont Marie que accedía a la Île Saint-Louis. Giró en una calle a la derecha aproximándose al final de la isla. En un segundo la catedral de Notre Dame apareció de entre las casas.

El taxi frenó y recordando el motivo de mi visita me apeé del vehículo más pobre y más nerviosa que de costumbre. La calle parecía terminar en un puente que separaba la Île de Saint-Louis de la Île de la Cité. Allí era.

Caminé despacio. Algún curioso trataba de avistar algún detalle entre las caravanas, remolques y cajas apiladas que rodeaban el puente de Saint-Louis. Ante la estupefacción de un par de chicas a mi derecha, me interné por la única vía que habían dejado libre de acceso al rodaje.

Un hombretón cuadrado llamó mi atención.

- No se puede pasar, guapa- bramó- *pas de passe*.

- Vengo en nombre de David Yarrish- dije con la lección bien aprendida.

- ¿Te espera el señor Weller?- preguntó con la voz más sosegada.

- La verdad es que es una sorpresa.

- Ah, eso está bien- me señaló con la mano el puente- Aún están rodando. No hagas ruido porque el director se las pela.

Sonriendo me interné entre aquella algarabía de cables y focos.

Me quedé algo extrañada por la cantidad de personas que se movían alrededor del puente. No fue hasta el final que pude distinguir dos personas en el mismo. Todas las miradas se dirigían hacia ellas.

Y sí, la pareja se estaba besando apasionadamente. Tan apasionadamente que quise mirar hacia otro lado muerta de vergüenza. Me sentía como una mirona y encima, los celos comenzaron a corroerme la tráquea.

Por fin veía a Sean después de más de un mes y tenía que ser abrazado a una rubia. Cuando iba a desplazar la vista hacia el suelo, él hizo un movimiento extraño. De su bolsillo extrajo un cuchillo de proporciones considerables y en un segundo, había acuchillado a la mujer doscientas veces. La sangre brotaba a borbotones empapándole a él y al adoquinado del puente. La pobre muchacha cayó al suelo inerte y Sean la miró sonriendo para acto seguido, echar una ojeada hacia nosotros.

El frío que transmitían sus ojos al encontrarse con los míos me puso la piel de gallina.

- Bien Sean, me he cagado de miedo- rompió a hablar una voz a mi derecha- Celine, una muerte magistral.

La aludida se levantó del suelo e hizo una reverencia consiguiendo unos cuantos aplausos.

- Como lo repitamos otra vez me luxó el hombro- dijo entre risas.

- Un descanso- oí la voz de Sean demasiado cerca. Nos separaba poco más de un metro. Di un respingo.

- Quince minutos, chicos- anunció el que a todas luces era el director.

Sean se situó enfrente de mí con los brazos en jarras y actitud expectante.

- Vaya, una testigo- dijo.

Tenía la ropa empapada en sangre, por la cara le cruzaban varios churretones rojos pero al menos, su mirada había perdido el aire glacial.

- Hola- se me ocurrió musitar.

Esbozando una sonrisa indescifrable entre tanta salpicadura, me agarró de la mano y me condujo hacia una caravana. Subí los dos escalones metálicos aún nerviosa por lo sucedido y me encontré en una especie de vestuario de gimnasio lleno de ropa, espejos y una máquina de agua.

- ¡Sean! He dicho quince minutos- gritó el director un segundo antes de que la puerta se cerrara y el ruido quedara atrás.

Era el momento de explicar por qué me encontraba en París sin soltar la palabra sorpresa.

- Sorpresa- murmuré.

- Sí que lo es- se acercó tanto que di un paso hacia atrás pegándome a la pared. Su mano manchada me rozó la cara. Desprendía un aroma dulzón que me empalagó la nariz.

Sonrió a la vez que deslizaba los dedos por mi pelo, mi cuello, mi cara. Acercó su boca a la mía.

- Esta sangre sabe muy bien- dije rozando sus labios.

- Remolacha y miel, creo.

Un golpe metálico en la puerta me hizo abrazarme a Sean como una lapa.

- Señor Weller, a maquillaje- vociferaron.

Sean abrió la puerta airado.

- ¿No eran quince minutos?- gritó.

- Me lo he pensado mejor, amigo- la misma voz desagradable del rodaje.

- Me la pagarás, Quentin- dijo Sean más tranquilo.

- Ya lo creo- rió el director fuera mientras Sean se me acercaba de nuevo.

- Te tengo que dejar- me susurró asíéndome de las solapas del abrigo- Date un paseo y en un par de horas te veo en mi hotel. Cuidaré de tu maleta.

No recordaba ni donde estaba mi equipaje hasta que me di cuenta de que pendía de mi mano. Lo solté.

Sean agarró el pomo de la puerta que se mantenía aún entreabierta.

- ¿Te he molestado?- dije antes de que desapareciera tras ella- No te gustan las sorpresas.

- La Torre Eiffel merece una visita- y guiñándome un ojo se esfumó.

Me encontré vagando por la ribera derecha del Sena sin conseguir que ningún taxi detuviera su carrera. Acababa de dejar atrás el bonito Hôtel de la Ville cuando me vi reflejada en un escaparate.

- ¡Madre del amor hermoso!- grité.

No era de extrañar que ningún taxista quisiera parar. ¡Parecía una víctima de Freddy Krueger! Mi cara y mi pelo aparecían surcados por manchas de sangre dándome un aspecto bastante tétrico.

Me adecenté dentro de las limitaciones y conseguí colarme en un taxi que dejaba en ese momento a un cliente.

- A la Torre Eiffel, *s'il vous plaît*- dije rápidamente.

El hombre me echó una ojeada por el espejo retrovisor para acto seguido repetir el vistazo incrédulo. Le vi santiguarse por lo bajo pero, gracias a Dios, arrancó el coche.

El hotel Les Rives de Notre Dame me pasó desapercibido y tardé en encontrarlo. No me esperaba un hotel pequeño de fachada clásica y toldo a rayas verdes el alojamiento tipo de las estrellas de Hollywood. Imaginaba alguno más ostentoso o lujoso como el Ritz.

Entré en la recepción. Diferentes tipos de piedra y madera se combinaban en techos y paredes dando un aspecto acogedor.

- *Madame*- llamé mi atención el recepcionista con gesto serio- ¿Desea algo?

- Ah, sí. He quedado con... bueno, pero no tengo su número de habitación y...

- El señor Weller la espera arriba- me tendió una llave con una ligera sonrisa curvada en sus labios finos- Bienvenida.

Asentí con la cabeza y me metí en el ascensor algo avergonzada de mí misma.

La habitación estaba en la última planta. Abrí la puerta con sigilo. Había tardado más de dos horas en mi paseo. La Torre Eiffel sobrecogía con la caída de la noche y resultaba imposible visitarla de forma abreviada.

Entré colocándome en medio del dormitorio. Era amplio, de techo abuhardillado con vigas de madera, paredes enteladas y llenas de ventanas. Dejé el abrigo, el gorro y la bufanda en uno de los sillones y me dirigí a una de las ventanas. El ruido del agua procedente de la ducha quedó a mis espaldas.

Las vistas desde aquella cristalera rivalizaban con el Océano Pacífico. El Sena discurría bajo mi mirada, escindido en dos por la isla de la Cité y empequeñecido por la iluminada Catedral de Notre Dame. Era una imagen de gran belleza que me dejó emocionada durante un buen periodo de tiempo, absorta entre la suave luz que recorría arbotantes, contrafuertes y rosetones de la Catedral.

- No es un hotel de cinco estrellas- susurró una voz a mi espalda, tan cerca de mi cuello que la piel se me erizó aún más que con el helado viento parisino- pero, ¿quién rivaliza con esta vista?

- Quizás el jorobado de Notre Dame- murmuré a la vez que sentía sus labios posarse sobre mi piel.

Sus manos asidas a mi cintura, se deslizaron por debajo de mi jersey, camiseta exterior e interior.

- Dios mío, pareces una cebolla.

Me giré hacia él entre molesta y avergonzada.

- Y tú, ¿qué?

El agua de la ducha aún empapaba su pelo y gotas maliciosas recorrían su cuerpo únicamente abrigado por una toalla raquítica blanca. Me vine abajo.

- Estás asquerosamente guapo- no pude más que decir.

- A mí me gustan las cebollas- sonrió con aquella boca que hacía que me temblara hasta la tarjeta sanitaria.

- Huelen mal y hacen llorar.

- Pero resulta divertido quitarles capa tras capa- pausadamente consiguió que desaparecieran el jersey y las camisetas exterior e interior- Parece que ya no quedan más.

Y de nuevo, después de demasiado tiempo, me encontré pegada a su piel. Allí en París con el hombre más ¿perfecto? de la Tierra.

El frío cristal a mi espalda me recordó que en la calle, algún ojo podría vernos pero no, las únicas espectadoras fueron las gárgolas de Notre Dame que enrojecidas contemplaron la escena.

Aún no había amanecido cuando abrí los ojos. Tardé un poco en enfocar su rostro y me di cuenta que apoyando la cabeza sobre su mano, Sean me observaba. Esbozó una sonrisa.

- Hablas en sueños- murmuró.

Mi cara debió ser el claro ejemplo del pánico.

- No te preocupes- me tranquilizó él- No has dicho nada que no sepa y resulta agradable despertarme con tu voz. Últimamente me acuesto y me levanto con un asesino despiadado que me produce pesadillas. Me miro en el espejo y le veo a él pero esta vez, hay una sorpresa muy dulce a mi lado que ha conseguido que tenga hasta buenos sueños.

Me acarició la cara con las yemas de los dedos y cerré los ojos feliz de sentirle de nuevo.

Una alarma trastocó el momento haciéndome botar. Sean la acalló y comenzó a vestirse.

- ¿Qué hora es?- atiné a decir con voz de marinero borracho.

- Las cinco y media.

- ¿De la tarde?

- No, de la mañana. No te crees que sea capaz de levantarme de madrugada, ¿verdad?

- Ni en sueños.

Se rió.

- Pues me pongo en pie muy temprano y rodamos hasta tarde. ¿A que parece un trabajo normal?

Me incorporé a duras penas ayudada por los codos.

- Normal normal, no es. Dura pocos meses y se gana bastante más dinero.

- Bueno, eso es un decir- se terminó de poner un jersey de cuello alto- aún no estoy al nivel de los actores de verdad. Recuerda que es mi segunda película después de un largo periodo inactivo.

- ¿Es una indiscreción preguntar por cuánto acuchillas chicas en un puente?

- De lo que recibes hay que descontar gastos, honorarios de mi agente y algunas cosas más...

- Venga, no te de vergüenza. No pienso juzgarte.

Sonrió.

- Pues unos 13.

Una pena.

- ¿13.000? No te preocupes- no sabía que decir para animarle- Yo gané lo mismo en mi primer trabajo y eso incluía un horario ilimitado con fines de semana incluidos.

Se acercó a mí y me besó.

- Eres un cielo- dijo mirándome a los ojos con intensidad- me refería a trece millones.

- ¡¿De dólares?!

- No, de yenes. ¿A ti qué te parece? Pues claro que son dólares.

Escupí una palabra malsonante sin quererlo y él rompió a reír.

- ¿Ahora me quieres más?- preguntó divertido levantándose de la cama.

- Depende. ¿Mi regalo de Navidad va acorde al salario?

- Eso queda entre Papá Noel y lo buena que hayas sido.

Le tiré la almohada cuando se alejaba hacia el baño. Cerró la puerta tras de sí a tiempo y mi arma arrojadiza chocó contra ella. ¡Trece millones de dólares! ¿Qué se hacía con tanto dinero?

Con la cabeza abarrotada de billetes con la cara de George Washington y Abraham Lincoln, me volví a tumbar en la cama y me quedé dormida.

Al despertarme de nuevo no había ni rastro de Sean. Una suave luz vacilante se colaba por las ventanas de mi izquierda. El sol dudaba si dejarse ver o no con el frío de la mañana.

Pegada en el espejo del baño, había una nota emborronada por la caligrafía esperpéntica de Sean. Parecía decir que estaría todo el día rodando y que le buscara a media tarde para acompañarme al aeropuerto.

Bueno, una mañana de chicas pero con una sola individua. Al regresar al cuarto, desplegué el mapa de París sobre la cama. ¡Qué grande era aquello! ¡Y qué frío hacía! Empezaría dando un paseo por los Campos Eliseos y vagabundearía por las salas interminables del Museo del Louvre. ¿Me daría tiempo a más cosas? Tenía una lista extensa y poco tiempo.

Me vestí con rapidez y bajé a desayunar contenta hasta la médula.

El Louvre exterminó todas las horas de las que disponía. Perdida entre momias egipcias, pinturas y esculturas, apenas me di cuenta del reloj y tuve que apretar el paso por la Quai de Gesvres hasta la isla de Saint-Louis sin apenas poder admirar los preciosos edificios que abrazaban al Sena.

Sean me acompañó al aeropuerto en uno de los coches del rodaje, apenas habló.

- ¿Te pasa algo?- tuve que preguntar después de un rato de silencio demasiado extenso.

- Perdona- me miró de reojo- Este personaje es bastante absorbente. No estoy acostumbrado a tratar con tipos tan indeseables como él.

Me parecía algo fuera de la realidad pero intenté comprenderle.

- ¡Y yo que pensé que se trataría de una película romántica!- exclamé.

Conseguí que sonriera abiertamente.

- Nada más lejos de la verdad. Es lúgubre, siniestra y bastante sobrecogedora. Creo que te gustará.

- Si hay más besos como el de ayer, no lo creo.

- Hay de todo.

Resoplé.

- Conseguiré asumirlo dentro de un milenio.

El aeropuerto apareció enseguida. Me revolví en el asiento triste.

- Gracias por acompañarme pero no debí haber venido.

- ¿No?- preguntó aparcando el coche en la terminal.

- Ahora resulta más difícil volver a dejarte.

Me besó mientras se me escapaban algunas lágrimas atontadas.

- Decía una canción del musical “Sunset Boulevard” que si estamos juntos en Nochevieja, el año siguiente será perfecto.

- ¿Y estaremos?- indagué.

- Haré lo que pueda- me susurró al oído- Mientras tanto trata de no ligar con algún antiguo novio.

Abrí la puerta.

- Y tú no seas tan cruel con las mujeres. Es Navidad.

Me encaminé al edificio después de despedirme con la mano veinte veces y entré. El ruido de la megafonía me hacía revivir todos mis viajes. Secándome algunas lágrimas más busqué mi mostrador de facturación.

*24 de Diciembre
Madrid*

- Me ha dicho un pajarito que no quieres acompañar a un guapo actor por la alfombra roja- comentó mi abuela bajo la tensa mirada de mi madre.
- No es que no quiera, es que no me dejan- dije tratando de alcanzar un trozo más de jamón del plato que mi hermano Pablo alejaba conforme me acercaba.
- Te va a sentar mal la dieta mediterránea- se rió él.

Hice una mueca burlona y agarré el plato. Una bandeja de langostinos llamaba mi atención desde la otra punta de la mesa y me lancé a por ellos. Todos me observaban sin disimulo.

- Tienes que comer mejor, estás en los huesos- expuso mi madre.
- Es que ahora le da por el deporte- apuntó mi hermana Sofia- No me extraña. Hay que ponerse a la altura de un galán de cine.

Mi padre refunfuñó desde su asiento.

- ¿No hay más temas?

- Y, ¿cómo es que no se ha animado tu amigo a una auténtica cena navideña española?- preguntó Pablo haciendo caso omiso de mi padre- ¿Le damos miedo?

- El director de la película sí que da miedo y les ha prohibido moverse de París hasta enero. ¿Sabes lo que cuesta cada día de rodaje?- contesté pelando un langostino con destreza.

Un lloro descomunal a través del intercomunicador que teníamos en la mesa como un miembro más, hizo que mi cuñada se levantara rauda hacia los dormitorios.

- Oskar tiene buenos pulmones- se disculpó mi hermano- Espero que no despierte a los gemelos.

Era cierto que desde el nacimiento del pequeño Oskar, los dos monstruitos que tenía por sobrinos se habían calmado bastante. Aún así algún que otro langostino había aparecido con un vestido de la Barbie.

- Estoy muy contenta de tener a todos mis hijos reunidos- saltó mi madre con la copa de cava en la mano- Sé que habéis hecho un esfuerzo viniendo. Gracias y, ¡Feliz Navidad!

Chocamos las copas contentos.

- ¿Decías que no quieres ir a los Oscars?- preguntó mi abuela.

Cada uno con su tema. Allí nada cambiaba.

Enero *Los Angeles*

Tampoco nada había cambiado en el 692 de Ocean Drive. La vida continuaba aquella mañana de lunes con Sandra al parecer contenta de volverme a ver, mis amigos felices y con mi trabajo estresante de siempre.

Lo único diferente es que dejaba el proyecto de un museo en Spokane, donde fuera eso que fuera, por una casa sin demasiadas complicaciones. Mi jefa no lo tomó como alguna degradación por lo que yo tampoco me preocupé por el asunto y me centré en el chalet con todos mis compañeros. Me permitían innovar dentro de lo solicitado por el futuro propietario y de la visión cuadrículada de mi jefa así que me sentía bastante satisfecha.

Pero faltaba alguien.

Me resultaba curioso encontrarme delante del ordenador buscando con la ayuda de Google alguna noticia reciente de Sean. Ahora sabía que habían cambiado de localización y estaban aposentados en Praga. "El asesino se movía por Europa".

¿Qué excusa podría hallar para presentarme allí? Fácil. Ninguna.

Ojalá hubiéramos pasado juntos la Nochevieja y dar oportunidad a la canción de regalarnos el año perfecto. ¡Qué demonios! ¡Sería un año perfecto con canción o sin ella!

- ¡Muchacha!- una voz rugió a mis espaldas moviéndome los pelos de la coronilla- Eso parece un huevo.

- Es la piscina- dije volviéndome hacia mi jefa.

- Solo a los peces les gusta nadar en círculo, criatura.

- Quería aprovechar la esquina de la parcela junto al embarcadero- me justifiqué.

- Vale- y se marchó tan pancha echando una ojeada al trabajo del resto de sus súbditos.

¿Vale? ¿Vale que es un huevo o vale que vale como piscina? Cualquiera le preguntaba. Dejé el tema acuático y pasé a la casa. Quería estar preparada para cuando ella volviera.

Un compañero se secó el sudor de la frente burlonamente y sonreí. Realmente nada había cambiado.

Después de Reyes conseguí terminar la novela. Mi último libro en español. Una pena. Habría que buscar alguna librería que los vendiera en mi lengua materna.

En eso estaba, páginas amarillas arriba y abajo cuando Sandra llegó con un montón de revistas en la mano. Iba tan abstraída que comencé a preocuparme.

- ¿Estás bien?- pregunté.

Se sobresaltó al verme.

- ¿No estás trabajando?

- Hay veces que no lo hago- contesté echando un ojo a lo que llevaba en las manos.

- ¿Seguro?

Se acercó a la mesa y lanzó todo su cargamento encima. Revistas de novias.

- ¿Y eso?- indagué.

- Creo que voy a lanzarme a diseñar trajes nupciales- contestó sin su aplomo habitual.

- ¡Eso es genial!

Me miró confundida.

- ¿Tú crees que seré capaz?

- Claro. ¿Por qué no?

- Si te digo la verdad, no tengo demasiada seguridad en mí.

Sonreí. Quién lo diría.

- Mi amigo Pedro me echará una mano con las telas y bocetos- continuó- Puede funcionar.

- Seguro.

Me abrazó sin preámbulos.

- Gracias. Eres una amiga- me señaló la mesa- Ahora recorta los que más te gusten.

- ¿Yo?- me señalé con las manos- No tengo ni idea de esas cosas.

- ¿Seguro que hay una mujer dentro de ese cuerpo?

Me senté derrotada en el sofá.

- Muy bien. Allá tú con mis gustos.

- Deberías empezar a fijarte en esto- me señaló un vestido blanco estilo Cenicienta- ¿Cuánto tiempo llevas con bombón Weller? ¿Dos años?

- Año y medio. Y a trompicones.

- Os estáis haciendo mayorcitos.

Me tapé las orejas con las manos.

- Si quieres que te ayude, déjame tranquila. No me voy a casar con él.

- Como sino lo desearas...

Fui a la cocina y volví armada con una tijera de pescadero.

- La boca cerrada- amenacé y me puse a recortar como no hacía desde la guardería.

Tras varios días consecutivos de lluvia, el sábado amaneció soleado. Sin más excusas me coloqué la indumentaria de corredora olímpica, hice unos estiramientos bastante gráciles en la barandilla del porche y empecé a desfilar hacia Hermosa Beach.

Miré al cielo una última vez. Ni una sola nube. Todo correcto.

- ¿No te piropean por el paseo?

Me detuve a media zancada y giré en redondo hacia la procedencia de la voz. Y como una escena mil veces repetida, oculto tras sus Ray-Ban y la gorra de los Yankees, tenía a Sean Weller.

Corrí esta vez hacia él y me colgué de su cuello.

- Tus apariciones son completamente cinematográficas- dije abrazándole con fuerza.

- Ensayo todos los días- me levantó el mentón para que le mirara y me besó- No sé por qué pero te he echado de menos.

Le empujé con fuerza pero ni se movió del sitio.

- Me podías haber avisado que venías- señalé.

- Sorpresa.

- Me gustan tus revanchas pero mi sorpresa fue mejor.

Asiéndome de la cintura caminamos hacia la casa.

- Podía haber ido a buscarte al trabajo- expuso él.

- Está bien, has ganado- nos sentamos en las hamacas viejas que tenía Sandra en el porche al ligero calor del sol invernal sin dejar de hablar sobre su película, las Navidades y cualquier detalle absurdo que hubiera ocurrido entre medias. No parecía haber pasado tanto tiempo conforme llenábamos esa separación de semanas con palabras.

En un momento de locura transitoria, me apretujé contra su pecho con tal ímpetu que quedamos tumbados en la hamaca que se quejó con un crujido. Desde allí la visión de la casa pedía una mano urgente de pintura, unas contraventanas menos oxidadas y un mobiliario de exterior más chic o al menos, más nuevo.

Eché una ojeada a la casa del vecino. Tenía lo que nos faltaba y por duplicado.

- Fíjate en esa casa- dije señalándola con la barbilla- es preciosa.

- Demasiado moderna.

- Habla el que tiene por vivienda un cubo.

Sean volvió todo el cuerpo hacia la casa.

- ¿De verdad te gusta?

- ¡Claro! Es un sueño pero si soy cariñosa con Sandra puede que me deje la suya en herencia. No es lo mismo pero me conformo.

- Sandra nos enterrará a todos- esbozando una de sus sonrisas seductoras, Sean se levantó de un salto y tiró de mí hacia la puerta- Dejémonos de conversación y enseñame tu habitación que ya no me acuerdo

Se abrazó a mi cintura mientras entrábamos.

- Estoy aquí- mascullo Sandra desde el sofá. Se encontraba tumbada viendo la televisión con ropa interior de encaje rosa como única indumentaria.

- Vaya- fue lo único que acertó a decir Sean.

- Pasa tranquilo, como si fuera tu casa- Sandra se levantó y nos miró con enfado. Acto seguido desapareció por la puerta de su habitación- Habrase visto que geta.

- Pensé que había salido- dije con una sonrisa mientras me dirigía a la cocina- ¿Algo de beber?

- ¿Va siempre así por la casa? Voy a tener que aparecer mas a menudo por aquí de forma sorpresa- dijo señalando la puerta de su dormitorio.

- Muy gracioso. ¿Quieres algo? ¿Cianuro? ¿Arsénico?

- Me conformo con agua.

Paseé la vista por la nevera. Sus estantes necesitaban un abastecimiento urgente. Cogí una botella de agua y una Coca-Cola y anduve hacia él. Le tendí su bebida pero Sean se había quedado quieto con la vista fija en la mesa del salón y pareció no darse cuenta de mi presencia a su lado.

- ¿Qué sucede?- pregunté observando yo también la mesa: una tabla, cuatro patas metálicas. Una mesa al fin y al cabo.

- Tenemos que hablar- dijo al fin.

Ay, madre. El corazón me dio un vuelco.

Se sentó en el sofá y le imité escrutando su rostro con nerviosismo.

- No sé cómo decirte esto sin parecer... - se pasó la mano entre los mechones oscuros- sin parecer un cretino.

En aquel momento volaron imágenes del pasado por mi mente. No. No podía ser.

- ¿Has conocido a otra?- pregunté sin querer escuchar la respuesta.

Negó con la cabeza para mi alivio.

- Te has dado cuenta de que soy tan fea como una patata- solté como tontería improvisada.

Curvó ligeramente las comisuras de los labios.

- Miriam- levantó al fin la vista encontrándose con la mía- Yo ya he estado casado, Andrea se empeñó y le seguí la corriente pero aquella será la última y única vez.

¡Las revistas! Me entró la risa floja ante su desconcierto mientras caía en la cuenta de las decenas y docenas de revistas de moda nupcial que atiborraban aquella mesa. Las señalé riendo.

- ¿Te he asustado con eso?- asintió aún turbado- Sandra quiere añadir vestidos de novia en su tienda. ¿Creías que quería casarme contigo? ¡Vaya idea!

Se levantó de un salto.

- Pues sí, me has dado un susto de muerte- sonreía con aparente alivio- Lo he pasado bastante mal.

- No se te da mal dar calabazas.

- ¿Calabazas?

Le resté importancia con la mano.

- Traducción literal del español.

- Buen intento.

Anduvo hacia el ventanal y se apoyó en su marco.

-¿Tan mal partido soy?- dijo burlonamente mirando hacia el Pacífico.

- Dejémoslo en que mi padre me deshereda- me acerqué a su lado y me agarró de la cintura apretujándome contra él.

- ¿Te he dicho alguna vez lo que me gustas?- me besó con ganas a lo que respondí de igual forma.

Sin embargo el que le hiciera tan feliz no querer pasar toda su vida conmigo bajo contrato legal y celestial no me pareció de repente algo demasiado agradable.

La llegada de Sean no se debía a la descabellada idea de que se muriera de ganas de verme. No. Para nervios míos y más de Sandra, era por los premios Globo de Oro.

Pues sí, en dos días Sean recorrería la alfombra roja, si es que era de ese color en estos premios. Me pasó el plazo de tiempo con el estómago agarrotado y el corazón a ritmo frenético. Si permanecía un tiempo tranquila, Sandra volvía a ponerme nerviosa parlotando sin parar sobre ropas, joyas, actores y películas.

- ¡Vale ya!- tuve que gritar a varias horas de la gala.

Sandra continuó con sus quehaceres festivos como si no me hubiera oído. Así que opté por subir al dormitorio con un sándwich de atún y tratar de pensar en otra cosa que no me diera tanto miedo desde Alien el octavo pasajero. ¿O era el séptimo?

Agité la cabeza con determinación y apuré el almuerzo con rapidez. David Yarrish pasaría a por mí a las cinco de la tarde. Tres escasas horas restaban. Sandra y el director irían en una limusina.

Treinta minutos más tarde, una maquilladora amiga de Sandra irrumpió en el salón como un ciclón y sin parar de hablar convirtió a Sandra en una top model en toda regla y a mí, en un intento.

Y a veinte minutos y escasos segundos del momento M, sobrevino el desastre.

El techo comenzó a dar vueltas y perdí el equilibrio sobre los tacones. Sandra no me hizo demasiado caso, no era la primera vez en media hora que me caía al suelo. Pero entonces, empecé a vomitar como un aspersor de riego.

Mi amiga no se atrevía a acercarse para evitar quedar tan sucia como yo y me gritaba palabras de aliento entre bocanada y bocanada.

Llamaron a la puerta.

Momento M.

David se quedó petrificado ante la escena y trató de ayudarme pero me escapé al cuarto de baño de Sandra corriendo a la vez que echaba el contenido del estómago por fascículos.

- Vete tú- decía el agente a mi compañera- Me quedo con ella.

- ¡Iros los dos!- grité abrazada al inodoro- ¡Dejadme sola!

Oí la puerta al cerrarse. Gracias a Dios.

- No te voy a dejar así- dijo David desde el otro lado de la puerta del baño- Me aburren esos eventos lo indecible. Estate tranquila mientras hojeo una de estas revistas

de moda nupcial.

Sonrei a pesar de la situación.

No dejé el inodoro tranquilo hasta dos bebidas isotónicas y cuatro horas después.

- ¿Mejor?

- Es lo más vergonzoso que me ha pasado jamás- murmuré mirando a un Sean aún vestido de esmoquin y guapo como el que más.

- Yo recuerdo alguna otra situación- esbozaba una sonrisa mientras me pasaba la mano por la frente.

- ¿Qué hora es?- pregunté descentrada aún. Intenté incorporarme del sofá pero las escasas fuerzas que permanecían en mi organismo no fueron suficientes y me volví a espatarrar.

- Las cuatro de la mañana.

- Creo que ya no llego a la ceremonia.

- Me parece que no. Pero no te perdiste nada.

- ¿Nada?- me desanimé- Vaya, lo siento pero, ¿para qué necesitas una de esas pelotas doradas? La película es muy buena y lo sabemos todos. Ya está.

Sandra soltó una risita desde mi cabecera. Ni me había dado cuenta de que se encontraba con nosotros.

- No es una pelota, es el Mundo. ¿Verdad Sean?- inquirió ella.

- Vamos a ver quién tiene razón...

Y de su espalda sacó una figura dorada que representaba un globo terrestre circundado por una banda.

- Sandra gana- sentenció Sean.

Debí tardar un rato en perder el embobamiento inicial y di un alarido de lobo moribundo. En un segundo, olvidé la escasez de fuerzas y me abracé a Sean y a Sandra a la misma vez.

- Pero...- no conseguía articular palabra coherente- ¿por qué? Me refiero a, ¿para quién?

Sandra tomó asiento y me ayudó a hacer lo mismo a su lado.

- Mira- me tendió el premio. Pesaba, o es que estaba débil- Mejor guión.

Mi compañera tenía los ojos inundados en lágrimas y volvimos a abrazarnos.

- No estoy emocionada- explicó secándose las mejillas- Es que he bebido.

- Sí, claro- sonrei volviendo la mirada a Sean que contemplaba la escena con aire triunfador.

- Venga tío cachas- dijo Sandra aún llorosa- Enséñale el tuyo.

- ¡Qué!- no daba crédito al nuevo premio que salía de detrás de la mesa- ¿Tuyo? ¿Tú?

Sean lucía una sonrisa pletórica.

- Nuestro- sentenció- Es de todos.

Contemplé el galardón. Mejor actor de drama. Increíble.

- ¿Hay alguno más antes de que me de un colapso nervioso?

- Ahí acaba la cosa- respondió Sandra encogiéndose de hombros- Una pena.

- No. Es fantástico- afirmé con rotundidad.

Me volvió a estrechar entre sus brazos y se despidió abrazada a su premio con destino a su habitación.

- Ojalá hubieras estado allí- declaró Sean tomando el lugar de Sandra a mi lado.

- Me hubiera roto las manos de aplaudir.

Me besó en la frente.

- Bastantes emociones por hoy. Vamos a la cama y mañana te seguimos contando.

- Pero...

- Mañana.

Asentí. Tenía la sensación de que en cualquier momento me desmayaría y al despertar nada de aquello hubiera sucedido.

Me dejé tapar con la sábana mientras cerraba los ojos. Soñé con globos de oro rellenos de atún y con náuseas, corrí al baño.

En la televisión se repetían algunas imágenes de la gala. Docenas de famosos atiborraban la alfombra roja. La imagen de Denise y Sean era de las más repetidas y de las más bonitas.

Apretujé las rodillas contra el estómago y con un vaso de suero sabor indeterminado me empapé de todas aquellas figuras bellas y elegantes que devaneaban de un lado para otro, saludaban y hablaban sonriendo.

Era el momento de las repeticiones de las entregas de premios. A eso estaba yo esperando desde hacía una hora. Casi desde el mismo momento que Sean despegó para Praga de nuevo.

La mejor actriz dramática me daba igual porque ni la conocía ni me interesaba sino era Denise.

Cambié de cadena. Escuché la voz de Sandra. Su imagen aparecía en la pantalla y estaba preciosa.

- Papá, esto es tuyo- y se puso a llorar. Intentó decir algo más pero tuvo que desistir y se marchó escaleras abajo desbordando lágrimas.

Pobrecilla. Con lo que había estado ensayando para un momento tan señalado.

Pasé de canal. El mejor actor... ¡allí estaba él! ¡Sean Weller! Aplaudí con ganas.

Le observé a través del cristal de la pantalla. Detrás de su expresión de normalidad alegre sabía que se encontraba muy feliz. Seguí con la mirada su imagen hasta que recogió el premio y se dispuso a agradecerlo:

- Gracias Edward- dijo señalando hacia el techo- gracias por semejante papel. Era un regalo... con premio.

Rumor de sonrisas.

- Se lo dedico a los que me habéis animado y creído en mí- continuó- Abraham, Nicholas, Denise, Sandra, Kim.

¿Y yo? ¿Y yo? Me señalé con las manos algo frustrada.

- Y especialmente- dijo mirando a la cámara- especialmente a ti preciosa. Estoy aquí por ti.

Hala.

No me había sobrepuesto aún de todas las emociones cuando se hicieron públicas las candidaturas para los Oscars. Como una repetición, los mismos nombres de "Manhattan Beach" salían de boca de los presentadores.

Sandra y yo saltamos de alegría junto al Globo de Oro que nos seguía por la casa como un miembro más.

- ¿Verdad que parece un sueño?- preguntó al borde de las lágrimas.

- Ya lo creo. ¡Y ni siquiera me gusta el cine!

Durante aquellos dos días entre la gala y las nominaciones para el nuevo premio, las llamadas telefónicas estuvieron a la orden del día. Mi familia compartía la agitación por todos los acontecimientos.

- Tenías que vernos a todos en pijama a las dos de la mañana siguiendo el espectáculo por la tele- comentó mi hermana entre risas- Café tras café para no perder detalle. Cuando nombraron a tu chico, gritamos más que en cualquier partido de fútbol. ¿Y tú? ¿A quién se le ocurre comer cochinas antes de una cosa así?

- La mahonesa estaba pasada.

- Espero que te sirva de lección porque queremos verte de la mano de Sean en los Oscars.

Suspiré.

- Ya veremos.

- No te dejes amedrentar. Te ha dedicado el premio ante millones de personas. ¿No te sientes guay? Claro, que ahora que lo pienso no dijo tu nombre. ¡Qué listo es el condenado! Así todas las churris están contentas.

- Tengo trabajo Sofia.

- ¿Te molestan mis comentarios?- preguntó jocosa.

- Eres maléfica.

- Gracias. Un beso para ti y otro para la llorona de tu amiga.

- Adiós- colgué sonriendo. Las hermanas pequeñas podían llegar a ser insufribles.

Reunión de emergencia en Beverly Hills de nuevo. Pasamos a Defcon 2 preparados para la guerra. Objetivo: los Oscars.

No tenía ninguna intención de acudir a la dichosa mansión del productor pero el agente de Sean vino a casa a buscarme.

- Sean me ha pedido literalmente que te arrastre de las orejas, si fuera necesario. No lo será, ¿verdad?

- Agradezco las molestias que te tomas conmigo, David, pero no tengo ganas de que ese individuo vuelva a tratarme como un despojo humano.

- Eso no va a suceder, te lo prometo.

Negué con la cabeza.

- Paso vergüenza pidiendo la cuenta en un bar, ¿cómo quieres que sea capaz de acompañar a Sean delante de decenas de personas?

- Más bien, millones de ellas.

- Toda una alegría.

Sonrió haciendo que le aparecieran dos hoyuelos en sus mejillas.

- A ver como te lo digo sin parecer despreciable- dijo él desconcertándome- Creo que tienes que dejar de lado tus complejos. Sean quiere ir contigo. ¿No le vas a dar el gusto?

Mazazo.

Durante un rato medité las palabras un poco molesta.

- Creo que tienes toda la razón. Solo me preocupo de mí.

- No quería decir eso, Miriam- trató de disculparse- Me refiero que hay que echarle valor y salir del mundo de cada uno de vez en cuando. Igual puede ser hasta divertido.

- Mírame, David. Mira a Sean. ¿Crees realmente que quedo bien a su lado?

- Tengo más en cuenta la reputación de mi cliente que nadie.

- ¿Y eso significa...?

Se encogió de hombros.

- No lo sé. Simplemente le cuido. Él quiere ir contigo. Tú también pero te da vergüenza y a mí me gustaría veros en público. Solo eso. ¿Te arrastro ya de las orejas?

- Espera a que me quite el chándal.

Me miró de arriba a abajo.

- Era lo siguiente que te iba a proponer.

Me vestí a la velocidad del rayo y en media hora nos encontrábamos de nuevo en el 1215 de Laurel Lane. Esta vez más hinchada de moral, con el rímel recién puesto y preparada para defender mis intereses.

- ¡Eso es fantástico!- gritaron al unísono Alison y Kelly, las dos mejores amigas de Sandra, con la misma modulación y timbre de voz.

Les hice un gesto con la mano para que bajaran el tono.

- No quiero que se entere toda la gente- siseé detrás de mi Coca-Cola con los suaves rayos de sol del invierno rozando mis mofletes.

- Vas a aparecer en la tele de medio mundo, ¡qué más da!- apuntó Sandra echando un ojo a unos mozalbetes que nos miraban indiscretamente desde la mesa de al lado.

- Si no me da por salir huyendo- contesté.

- O echar la cena en medio del salón- añadió mi compañera.

- La mahonesa estaba caducada.

- Mira la tapa la próxima vez.

No dispuesta a la pelea de las últimas semanas, giré la cabeza hacia el Océano Pacífico que golpeaba con saña los pilares de madera del muelle de Santa Bárbara. Me aboché la cazadora ante un súbito azote de viento.

- ¡Hola chicas!- el mozalbote más temerario se había lanzado hacia nuestra mesa- Sois modelos, ¿verdad?

Buf. Una apuesta muy arriesgada.

- Piérdete- Alison no se andaba con rodeos.

- Mi amigo y yo nos preguntábamos si...- intentó decir. Al menos era perseverante.

- Pues tú y tu amigo podéis preguntar en otra mesa- añadió Sandra.

El chico detuvo su siguiente frase antes de que saliera por la boca y se mantuvo quieto mirando a mi compañera.

- Espera- volvió a las andadas- ¡Tú eres la que lloraba en los Globos de Oro!

El rostro de Sandra mutó del color ligeramente bronceado a gamba roja.

- Chico- me adelanté yo a la misma vez que retenía a mi amiga del brazo antes de que se abalanzara sobre el jovencuelo- creo que es el momento en que desapareces de aquí.

- Pero...

- Corriendo.

Bajó la cabeza y se marchó por donde había venido.

- Buena actuación Sandra- aplaudió Kelly.

- Niñato- masculló la aludida.

Me levanté de la silla sin acordarme que llevaba patines y casi me trago la mesa.

- Sigamos con el ejercicio- dije resuelta como sin tal cosa.

Las tres rubias me miraron compasivamente y con gracia armoniosa se lanzaron a patinar.

*Febrero
Los Ángeles*

Después de finalizar la película del asesino, Sean se encontraba involucrado en un corto de Nicholas Adams, el director de “Manhattan Beach”, en Washington.

Los días avanzaban demasiado rápidos y el mes comenzaba a agotar sus últimos momentos. Los Oscars se oían en todos los rincones de la ciudad. En breve, tendría que embutirme un nuevo vestido y avanzar por la alfombra roja como si de una estrella de Hollywood me tratara.

Hinché los pulmones al máximo y fui dejando escapar el aire poco a poco por la boca. Era el procedimiento tipo en caso de angustia irremediable y solía funcionar pero en aquellos momentos, la ansiedad no cedía.

El móvil sonó y el teclado del ordenador se me escurrió de los dedos golpeando contra la pared.

- ¡Esos teléfonos!- gritó mi jefa desde algún lugar insospechado.

Desoyéndola me abalancé sobre él. Contesté con voz aguda.

- ¿Miriam?- se extrañaron al otro lado de la línea.

- ¡Hola Kim!- los nervios empezaban a decaer con la hermana de Sean- ¿Qué tal estás?

- Perfecta y, ¿tú? Te noto algo tensa.

- No. Me encuentro fenomenal.

- ¿Seguro?- inquirió ella de nuevo.

¿A quién quería engañar?

- Mira Kim, estoy como un flan. Lo de la dichosa ceremonia va a acabar conmigo.

Ella rió.

- ¿Es solo eso?

- Sí, ya sé que es peor cualquier conflicto bélico pero hay que estar en mi pellejo- murmuré.

- Creo que te vendrá muy bien el plan que te iba a proponer.

- Lo que sea con tal de olvidarme de Hollywood y sus estrellas.

Resopló al otro lado.

- Ahora me haces dudar... bueno, mañana te pasamos a buscar Justin y yo por tu casa a las ocho de la mañana.

Colgué contenta. Tenía plan para el fin de semana y esperaba que alejada de Los Ángeles.

Al primer actor que me encontré, tras esperar una larga cola me aprisionó contra sus brazos.

- Mickey, te estás propasando- gemí espachurrada por el ratón gigante de calzones rojos.

- ¡Quieta!- me ordenó Kim cámara en mano- Que os hago una foto. Justin, junto a Pluto.

- Como si tuviera otra opción- mascullé indefensa.

Después de la instantánea, Mickey Mouse me liberó y pudimos empezar a patear el parque de Disneyland más tranquilos. A través del castillo de la Bella Durmiente entramos en el mundo de la fantasía durante todo el día.

Cansado de atracciones ligeritas volando con Peter Pan, navegando con los Piratas del Caribe o en submarino con el Capitán Nemo, Justin decidió optar por las montañas rusas.

- Monta tú con él- me instó Kim empujándome hacia la cola de una tal Space Mountain- Me da miedo.

- ¡Venga ya! Son para niños.

Justin tiró de mí y le seguí. Era cierto que las montañas rusas no eran mi debilidad pero no creía que aquella me fuera a impresionar.

Me equivoqué.

Salí de la atracción con la cabeza aún girando y con mi pequeño amigo gritando contento.

- ¡Ha sido genial, mamá! Era una nave que iba por el espacio y daba vueltas.

Kim me echó una ojeada con una sonrisa pícaro.

- Cosa de niños, ¿verdad?

Me senté en un banco.

- Me debes una- la amenacé con un dedo tembloroso.

- ¿Solo una?- se acomodó a mi lado y me pasó el brazo por encima de los hombros- Te debo muchas. La principal: haces feliz a mi hermano.

La sangre subió rápidamente desde el estómago hasta mis mejillas.

- No es para tanto, Kim- dije avergonzada.

Ella asintió con la cabeza vehemente.

- Había tocado fondo. Estaba hundido y ahora... Nunca te lo agradeceré lo suficiente. Justin parece encantado con la nueva versión de su tío, juega con él, le va a ver a los partidos de baseball... cosas que su padre nunca hizo- bajó los ojos a sus sandalias.

Seguí con la mirada a Justin que perseguía a un Pluto aterrorizado.

- ¿Puedo preguntarte que sucedió con él?- conocía poco de la historia del ex marido de Kim. Sabía que sus problemas con la bebida fueron agravándose hasta llevarle a las manos con toda la familia. Aquellos temas eran sumamente delicados- Perdona, quizás no debería meterme.

- Oh, no importa- dijo ella restándole importancia con un movimiento de la mano- Ya está superado. La verdad es que tardé demasiado tiempo en darme cuenta de cómo era, de que no cambiaría jamás. Pero cuando lo hice, me marché con lo puesto. Sean estaba desaparecido en algún país asiático y me planté en la casa de David, su agente, con un pequeño gritón en brazos y el tarro del azúcar. Nunca entenderé lo del azúcar, la verdad.

Se comenzó a reír contagiosamente.

- La última vez que llamé para amenazarme- continuó con la sonrisa en los labios- Sean tuvo una conversación bastante larga con él. Larga y efectiva. Ya no he vuelto a saber nada y me parece que va a ser para mucho, mucho tiempo.

- Me alegro enormemente- la abracé consternada.

- Vamos Miriam- Justin me asió de la mano e intentó levantarme- ¡Aún nos quedan muchas atracciones!

Le dio un acceso de tos y me empapó la cara. Trató de limpiarme las babas riendo y me estampó varios besos pegajosos.

- Di que sí... por favor- rogó juntando las manos- ¡Mi madre es una miedosa!

Me vi forzada a seguirlo a la siguiente cola sin demasiado ánimo. Después de tres montañas rusas se dejó caer en mi regazo abatido.

- Creo que no me encuentro muy bien- murmuró Justin.

Le pasé la mano por el pelo de erizo. Le ardía la frente.

- Me parece que está enfermo- le comenté a su madre en un susurro.

Ella asintió.

- Lleva toda la semana algo extraño- se puso en pie- Creo que es hora de marcharnos, chicos.

Justin se quejó el resto del camino hasta llegar al coche.

- Sois unas malas personas- nos señaló amenazador- Aún nos quedan muchas cosas por ver.

Kim le bajó la cabeza para que se metiera en el vehículo a duras penas.

- Varios amigos suyos han caído enfermos- me dijo volviéndose hacia mí- Por favor, que no sea la varicela.

Cuando abandonamos Disneyland, regresé al mundo real. Quedaban dos semanas para la Ceremonia de los Oscars.

Tiempo de incubación de la varicela.

A veinticuatro horas del día O (de Oscar, por supuesto), varias marcas empezaron a ser visibles en mi piel. Me miré en el espejo incrédula. ¡Aquello no podía estar sucediendo!

Respondí a la segunda llamada de mi móvil que danzaba peligrosamente por el borde del lavabo.

- ¡Ya estoy en Los Ángeles!- la voz jubilosa de Sean no consiguió alegrarme como de costumbre.

- Oh.

- Cualquiera diría que no te alegras.

Di una vuelta sobre mi misma. Cada vez tenía más granos rojos.

- ¡No!- grité cerca del histerismo.

- ¿No te alegras o es que te están atracando ahora mismo?- continuó él algo nervioso- Si es lo último di: código rojo e iré a rescatarte.

- Rojo sí que es- me centré en la conversación a pesar del acuciante dolor de cabeza que llevaba arrastrando toda la semana- Me parece que tu sobrino me ha contagiado la varicela.

- ¿La varicela?- preguntó algo divertido- ¿No estaba erradicada?

Negué con la cabeza mientras echaba un ojo a los granos que cubrían mi cuello y de los que aún no me había dado cuenta.

- Doy asco- gemí al fin dejándome caer en el inodoro pesadamente- y soy altamente infecciosa, no te acerques por aquí.

- Pues estoy a una manzana de tu casa.

- No vengas.

- Vale- colgó.

No faltaban ni diez minutos para que entrara por la puerta. Nunca me hacía caso.

Bajé tímidamente las escaleras escuchando las risas provenientes del salón. Asomé la cabeza. Sandra y Sean se divertían de lo lindo a mi costa.

- Aquí llega granitos de café,- dijo mi casera con una carcajada- estás espantosa.

Me moría de ganas de echarme a los brazos de Sean y besarle y estrujarle hasta dejarle exhausto pero era médicamente imposible.

- Das un poco de grima- tuvo que decir él echando por suelo cualquier sentimiento romántico que hubiera podido tener.

- Sois muy amables- anduve entre ellos hasta llegar a la cocina. Me hizo gracia como retrocedieron más de un metro para dejarme pasar- Os doy miedo, ¿verdad? Así que no me provoquéis. Me duele el cuerpo entero, el estómago y estos granos pican como demonios, no me toméis el pelo.

Sean hizo ademán de acercarse pero se detuvo en el intento.

- Mañana son los Oscars, Miriam- susurró con su asquerosa y bonita voz.

Me derrumbé contra la encimera de la cocina.

- ¡Ya lo sé!- grité al borde de las lágrimas.

- Puede que con bastante maquillaje... - apuntó Sandra en tono jocoso- toneladas y toneladas de maquillaje...

Me eché a llorar de desesperación, nervios y de lo mal que me encontraba.

- Sean, lo siento- sollocé- Vas a ir con un adfesio.

Intentó dar un paso hacia mí pero Sandra le retuvo del brazo.

- Es capaz de propagar una epidemia en el sindicato de actores. Imagínate- farfulló ella.

- Solo si escupo y toso a cada uno de ellos- me volví iracunda- ¡No soy una apestada!

En ese momento me entró una tos escandalosa y regué de saliva la encimera.

- ¡Soy una apestada!- aullé.

Limpie la cocina con detergente ante la atenta y alejada mirada de dos personas que supuestamente me querían.

- Creo que es mejor que mañana no vayas- zanjó Sean- y voy a llamar al médico.

- Pero si estoy vacunada- seguí gimiendo sin atender a nada- ¿Es que la varicela norteamericana y la española son diferentes?

Subí las escaleras de nuevo arrastrándome en cada escalón. El cuerpo me ardía y me picaba. Dichoso Justin. Me lancé encima de la cama y mitigué el escozor de los granos girando sobre mi misma. Era ridículo pero servía.

A la media hora llegó el doctor. Diagnóstico sorprendente: varicela. Tratamiento: a aguantar una semana. Posibilidad de contagio: en torno al 80%. Resumen final: vería la Ceremonia de los Oscars por la tele.

El día O, minuto M y segundo S y yo en pijama. El móvil vibró a mi lado con un mensaje. Le eché una ojeada. Era de mi hermana:

“Estamos todos preparados delante de la tele”.

Contesté con picores en los dedos:

“Yo también”.

El siguiente mensaje tardó en llegar unos minutos mientras por delante de mis ojos y a través de la pantalla comenzaban a pasear las estrellas del celuloide. Era una tarde lluviosa y desagradable y el público se tapaba con paraguas multicolores.

“¿Estás locaaaaaaa?”.

Las aes ocupaban dos renglones. No me apetecía contestar pero les debía una explicación de porqué Sean aparecería en breves momentos por la alfombra roja del brazo de alguien que no era yo.

“Varicela”.

Deletré con esfuerzo sin querer apartar los ojos del televisor. La contestación fue rápida:

“Júrame que no te la has inoculado a propósito”

¿Quién se pensaban que era yo? ¿Una cobarde que no quería asistir a unos premios como aquellos? Repuse hastiada:

“Me parto de risa”.

El móvil me tembló en la mano cuando apareció él en pantalla. ¿Cómo podía ser tan terriblemente guapo? Sean iba impecable en esmoquin negro, camisa blanca y pajarita, de su brazo se asía mi asquerosamente escultural, preciosa y sexy compañera de casa. Hacían una pareja de anuncio. Los flashes a su alrededor parecieron cuadruplicarse al igual que mis picores corporales. ¡Yo tenía que estar allí! Por más que odiara aparecer en televisión, que la gente me mirara y atraer la atención, ¡aquel brazo era mío y tenía que estar agarrada a él!

Detuve un nuevo acceso de llanto y les observé desde el anonimato del suelo de mi salón. Sandra parecía haber encontrado su medio natural y se movía cual pez en su estanque dorado, no pude evitarlo y aplaudí como una adolescente. La imagen no dejaba de ser irreal y hermosa.

Acto seguido, las cámaras se ocuparon de la siguiente pareja, Denise y Nicholas Adams y mis amigos pasaron al olvido momentáneo.

El teléfono sonaba a mi lado desesperado. Dudé si cogerlo pero mi familia podía ser muy perseverante.

- ¿Por qué no me lo has dicho antes?- el tono de mi hermana era una mezcla de compasión, guasa y enfado.

- ¡Qué cabeza la mía! ¿En qué estaría pensando?- un picor agudo en la espalda me hizo dar un respingo.

- ¿Tienes la varicela de verdad?

- Eso dice el médico y los mil granos rojos y supurantes que cubren mi maltrecho cuerpo. Me encuentro fatal, no te enfades conmigo.

- No te quejes tanto- vaya, ahora estaban con el altavoz encendido y mi padre tenía que dar su valoración médica- con la vacuna, la varicela es poca cosa.

- ¿Seguro que no lo has hecho a propósito?- mi hermana de nuevo.

- Me has pillado. Le dije a mi sobrino que me escupiera.

- ¿Has dicho “mi sobrino”? Uy, las cosas entre Sean y tú pintan serias- mi madre a lo suyo.

- Vale- rectificué- El sobrino de Sean, Justin, me lo pegó hace dos semanas. Ya está. No quería asistir a la ceremonia pero tampoco encontrarme así.

- Los pactos con el demonio no suelen salir bien.

- ¿Abuela?- me sorprendí- ¿Estás también despierta?

- Pues claro- respondió airada- Tengo que contárselo a mis amigas con pelos y señales. Pero ahora... no habrá nada que decir.

Después de desearme suerte con la película y con mi enfermedad, colgaron. En la pantalla aparecía el Teatro Kodak a rebosar. Un tipo peculiar hacía de maestro de ceremonias con bromas que me resultaba difícil entender y las cámaras enfocaban a distintos personajes que debería reconocer. Al menos este año, atinaba con tres de cada diez nombres. Algo inimaginable para cuando pisé la soleada California en un día gris.

A las cinco y media de la tarde, el espectáculo comenzaba. Quedaban casi dos horas hasta que se otorgara el premio al mejor guión original. Cerré los ojos un minuto y me imaginé a mi misma saludando desde la alfombra roja.

Me desperté sobresaltada. ¿Qué hora era? ¿Qué día? En el televisor seguía la ceremonia. Respiré aliviada y presté atención. Morgan Freeman acababa de entregar el premio por el mejor guión adaptado a una película extraña. Justo a tiempo, ahora tocaba el nuestro.

De detrás de un telón color azul cielo apareció Sean. ¿Qué estaba haciendo en mitad del escenario? Sonrió a los asistentes.

- Parece que no tenían a nadie mejor para dar este premio- dijo acercando la boca al micrófono.

Risas.

- Bueno, allá vamos- continuó tomando entre las manos un gran sobre- No soy muy objetivo pero que haya suerte para todos los nominados. El Oscar al mejor guión original va a... ¡“Manhattan Beach” de Edward Dylan!

Boté en el suelo como una rana a la misma vez que Sandra en su butaca. Ella se abrazó al director, al productor, a Denise y salió dando palmas al pasillo. Subió las escaleras con elegancia y estrechó a Sean entre sus brazos. Él la condujo al micrófono donde le dio la estatuilla dorada. Sandra tomó aire en su ceñido vestido rojo y consiguió que su voz saliera con aplomo.

- Intentaré no llorar esta vez- dijo aún de la mano de Sean- Gracias a todos los que habéis hecho posible que este guión tomara forma.

Parecía que mantenía una lucha interna contra las lágrimas.

- Como me gustaría que mi padre estuviera aquí para verlo. No se lo creería- y ahí ya se echó a llorar y pidiendo disculpas se marchó del escenario.

Seguí aplaudiendo hasta que ella tomó asiento y apareció en escena un nuevo actor de cara desconocida. Aún quedaba otra hora para los premios gordos y esta vez no pensaba dormirme.

El picor del cuerpo, olvidado sesenta minutos atrás, reapareció con fuerza en cuanto llegó el turno del mejor actor. Sin embargo, mis oídos no escucharon el ansiado nombre.

Sean aplaudió al ganador sin que en su rostro se reflejara decepción alguna, era un buen actor sin duda.

Tampoco hubo suerte en la mejor actriz y película. Se lo llevó todo una bécica que no tenía intención de ir a ver. Menudo fiasco.

Esperaba que mis chicos se lo hubieran tomado de mejor forma. Aún tenían por delante una fiesta de una conocida revista en la que alternar con estrellas de todos los niveles.

Cené algo rápido con el estómago aún burbujeante de nerviosismo pasado y me metí en la cama. “Manhattan Beach” era una gran película, tuviera premios o no.

Desayuné con un Globo de Oro sentado en un taburete y un Oscar en el otro. Sandra me había dejado a sus dos mejores amigos a mi cargo mientras descansaba de las numerosas emociones.

Con tantos premios habría que poner una alarma en la casa fueran o no de oro.

- ¿Así que tú eres la antesala de los Oscars?- le pregunté al Globo.

- Bueno- contesté por él- a veces fallo.

- Ya te digo- mordí la tostada y le ofrecí un poco a la estatuilla desnuda del Oscar- ¿No tienes frío sin ropa? Estamos en febrero.

- Estás peor de cómo te dejé- exclamó la voz somnolienta de Sandra a mis espaldas.

Me levanté rápidamente y la di un abrazo que la pilló desprevenida.

- ¡Felicidades!- grité alegre.

Trató de empujarme sin conseguirlo.

- Me vas a contagiar- murmuró.

- ¿Qué mas da eso ahora? ¿Hay algún premio más que recibir?

- Nunca se sabe- me separó por fin pero con una sonrisa en los labios- ¿Qué? ¿Lo hice mejor?

- Estuviste genial y guapísima.

- Venga, abrázame de nuevo.

Estuvimos un rato apretujadas hasta que me entraron ganas de toser y me retiré compasiva a hacerlo a una esquina.

- ¿Y qué tal Sean? ¿Triste?- indagué.

Ella acariciaba la estatuilla como si fuera un bebé.

- No se le notaba. Yo creo que tuvimos mucha suerte en los Globos, no se podía repetir toda otra vez.

- Ya- suspiré- pero hubiera sido bonito.

- La fiesta de Vanity Fair sí que fue alucinante. Tenía a Bar Refaeli a mi lado y, ¿sabes una cosa? No es para tanto.

- ¿Quién es ese?

Me hizo un gesto con la mano dándome por imposible.

- Esto lo tengo que hablar con personas normales- tuvo que añadir además.

Miré el teléfono mientras le daba la espalda. No había ningún mensaje de Sean. Sentía su decepción a kilómetros de distancia. En eso, sonó el artilugio con la música de Darth Vader. No sabía que decirle o como animarle.

- Hola guapa- dijo él antes afortunadamente.

- ¿Qué tal...?

- Fue increíble- me interrumpió él con alegría- Hicisteis un milagro con aquel guión. ¿No estás contenta?

- ¿Tengo que estarlo?- pregunté dudosa.

- ¡Claro! ¡Nos hemos llevado un Oscar!

- Uno.

Él rió.

- ¿Crees que somos “Titanic”? Anímate, muchos matarían por un solo premio.

Vaya. Me estaba dando ánimos a mí.

- Pero tú merecías la estatuilla.
- Gracias pero creo que eres algo subjetiva. Puede que el amor te esté nublando el juicio.

Sonreí.

- Puede que me haya enamorado un poco del protagonista de la película- dije mientras Sandra simulaba arcadas.
- Me pasa a diario. Luego te veo- y colgó tan rápido como siempre.

Terminé la última hoja con lágrimas incipientes en los ojos.

- ¡Es precioso!- exclamé.
 - No te lo hubiera dejado leer si hubiera sabido que te iba a entristecer- dijo Sean levantándose el mentón con un dedo para mirarme.
 - No seas tonto- torcí el gesto- Es una historia muy bonita. No se parece a “Manhattan Beach” pero podía dar resultado.
- En mis manos descansaba un nuevo guión que le habían propuesto a Sean.
- Muy bien, ya que cuento con tu beneplácito, creo que tendré que aceptar el papel- expuso con autosuficiencia.
 - No seas chulo. Hasta hace dos días seguías haciendo castings- me mecí en la silla de madera haciendo crujir sus patas carcomidas y le guiñé un ojo.
 - ¿Qué sería de mí sino me pusieras los pies en la tierra cada quince minutos?- preguntó teatralmente.
 - Estarías enganchado a las drogas, al alcohol y a las mujeres de vida alegre.
 - Pues no suena tan mal- contestó él.
 - Aún estoy a tiempo de pegarte la varicela. Ten cuidado.

Se puso en cuclillas al lado de mi silla y detuvo mi balanceo. Su simple roce en mi pierna me hizo olvidar los pocos picores que me quedaban.

- Me voy dentro de tres días- me susurró.

El mundo se me vino abajo.

- Pero si no llevas ni dos semanas aquí- me quejé.
- Las nubes empezaban a adquirir un color oscuro que no auguraba nada bueno.
- Puedo decir que no.
 - Ni se te ocurra- me levanté de la silla y él me imitó quedándonos enfrentados.
 - Dime que quieres que me quede y querré quedarme.
 - Esa frase está en la página 4 del guión.

Me abrazó.

- Pero venía muy bien.
- Quiero que te quedes pero como lo hagas te daré una patada en el trasero- dije apretujada contra su sudadera.
- Esa frase también es buena.
- Puedes apropiártela- subí la cabeza para poder ver su rostro- ¿Cuánto tiempo?
- Unas semanas. Unas cuantas semanas.

Asentí con paciencia. Como mínimo un mes.

Abril *Los Angeles*

En abril el tiempo comenzó a mejorar. La ausencia de Sean se hacía menos difícil con el sol bañando cada rincón de la ciudad. Se podía correr, pasear, bajar a la playa sin morir de gripe en el intento.

Con más optimismo reanudamos nuestras marchas nocturnas con los Hilfiger y alguna escapada a la naturaleza de fin de semana.

La buena temperatura consiguió lo imposible, que las hojas del calendario imaginario cayeran más deprisa y de repente, me encontré de nuevo a dos días de la vuelta a casa de Sean. El rodaje había ido muy bien y no se preveía ningún impedimento para su regreso.

Crucé los dedos con fuerza, dejándolos casi blancos e inservibles para el teclado del ordenador. Y en eso estaba, a las cuatro de la tarde de una agotadora jornada de trabajo que se vaticinaba interminable.

Descrucé los dedos para hacer un pequeño boceto del chalet con el que llevaba semanas trabajando. Me habían apartado de mi proyecto anterior sin más y dado que habían despedido a unas cuantas personas, me empecé a poner nerviosa. Al fin y al cabo era una de las últimas adquisiciones del estudio y por más que fuera amiga del hijo del dueño, seguía sin ser indispensable.

Me di la vuelta para coger otra hoja y topé con los eternos pantalones de pinzas azules de mi jefa. Ignoraba cuanto tiempo llevaba detrás de mí observándome pero era capaz de hacerlo horas y seguramente días, si fuera necesario. Era una especie única de pitbull con traje de corte masculino, pelo tirante hasta la extenuación en una coleta y maquillaje inexistente.

“Para tener éxito, hay que ser un hombre. Si no lo eres, parécelo”. Era uno de sus dichos y lo llevaba a rajatabla. Claro, que a mí me había dado por imposible.

- Niña- mi nombre era un dato prescindible- el jefe quiere verte.

¡El jefe! Era al menos un detalle que me despidiera él mismo. Me levanté sin ánimo y con el roce de la soga alrededor de mi cuello, entré en su despacho.

A Mario Tornos padre, le había visto dos veces. Una cuando me entrevistó para el puesto para el que me había recomendado su hijo y la segunda, cuando nos felicitó la Navidad. Guardaba cierto parecido con su hijo. Rubio, delgado pero con un tono bronceado en la piel que le faltaba al vástago.

- Miriam, entra- dijo en tono afable. Al fin alguien hablándome en español. El despido pasó a segundo plano mientras tuviera la oportunidad de intercambiar un par de palabras en mi olvidada lengua- Te tengo que pedir un favor.

- ¿Un favor?

Continuó como si no me hubiera oído.

- Un amigo se está construyendo una casa en Florida, el asunto no te es desconocido porque llevas trabajando con el proyecto desde hace un tiempo.

- Anda.

- Quiere a alguien a pie de obra. Y he pensado en ti. Actualmente eres la persona de la que más me fío en este edificio y sé que sabrás hacer tu trabajo. ¿Correcto?

Alzó las cejas esperando alguna respuesta física o verbal de mi persona.

- Significa eso- dije al fin- que no hay despido.

- Parece que no- me dio la espalda volviéndose hacia unas maquetas- Angélica te contará el resto.

Angélica era mi jefa. ¿En que estarían pensando sus padres al darle nombre? Igual nunca tuvo padres y nació de una cápsula alimentada por máquinas bajo el control de Matrix.

- Ten cuidado con la empresa constructora- dijo el señor Tornos sacándome de mis ensoñaciones- Es algo... peculiar.

¿Peculiar? No me habían despedido, ¡qué más daba el resto! Trotando fui a buscar a mi jefa.

- Bueno, criatura- comenzó a hablar antes de haber llegado a su lado- Te libero. Sé que no me dejarás en mal lugar.

Intenté alcanzar a ver su rostro para buscar en él la ironía pero se parapetaba tras su ancha espalda de nadadora olímpica.

- Lo más importante- continuó- es que te has pasado por encima de unos cuantos compañeros masculinos. Es una victoria, un éxito- me echó una ojeada de refilón- El resto de la información está sobre tu mesa. Buena suerte.

Se marchó a paso de la legión haciendo que las hojas de las mesas de trabajo volaran.

En un sobre me había redactado mis deberes, mas apuntes extras para vencer en un mundo de hombres. “Comer como un hombre, hablar como un hombre, oler como un hombre” Esa máxima ya constituía uno de los gritos de guerra de mis amigas antes de entrar en un garito.

Lo recordaba con una sonrisa pero en un segundo se me congeló en los labios. ¡Me marchaba el domingo! ¡Por tres meses! ¡Cómo mínimo!

Busqué a mis dedos cruzados pero no estaban en aquella posición. No podía decir que la suerte me hubiera abandonado, cualquiera mataría por una oportunidad así pero me sentía muy triste. Podría rozar a Sean con la punta de las uñas durante unas horas escasas. Eso sino llegaba con retraso su avión.

Crucé los dedos de nuevo con fuerza supina.

Llegué a casa con el sol aún en el cielo. Cierta desánimo arrastraba mis zapatos por la acera.

- Creo que es la primera vez que vuelves tan pronto del trabajo- el vecino de al lado regaba el jardín. Las flores resplandecían bajo el brillo del agua.

Meforcé a sonreír. El hombre rondaría los ochenta y era alto y aparentemente fuerte, el pelo espeso y la nariz larga le conferían cierto parecido a Stewart Granger.

- Tengo que preparar las maletas y me han dejado escapar un poco antes- contesté echando un vistazo curioso a través de la puerta abierta de su vivienda.

- ¿Quieres que te enseñe la casa?- preguntó cortando el agua de la manguera.

- ¡Oh! No hace falta- pillada *in fraganti*- Seguro que resulta tan bonita por dentro como lo es por fuera.

- Ven. Mi mujer estará encantada de oírte decir eso.

- No quiero molestar.

- ¿Molestar? ¿No eres arquitecta? Para nosotros será la opinión de un experto.

La mujer asomó la cabeza por una de las ventanas.

- Vamos cariño- me dijo- Tengo unas preguntas que hacerte.

No tenía escapatoria y me podía la curiosidad así que acompañé al hombre al interior.

La casa era más grande que la de Sandra. La planta baja también la ocupaba un salón-comedor y la cocina pero de mayores proporciones y mejores acabados. Se notaba que la habían reformado hacia poco. A la derecha una escalera de cristal subía a la primera planta.

La pared que daba al mar estaba en su mayoría acristalada y la luz de la tarde acampaba a sus anchas en el salón.

La pareja me miraba en silencio esperando una valoración.

- Es impresionante- atestigüé sincera.

- Arriba añadimos hará diez años, cinco dormitorios- expuso feliz la señora arreglándose el pelo con las manos con coquetería- Para nuestros nietos.

- ¿Tantos nietos tienen?

- Esa era nuestra intención- contestó el hombre encogiéndose de hombros- pero no la de nuestros hijos. Y a sus relojes biológicos se les acabó la batería hace mucho tiempo.

- Con ganas cogería un martillo y tiraría los tabiques para hacerme una biblioteca inmensa- dijo ella agarrando una escoba con ánimo- pero no me apetece pasar por más obras.

Me pasearon por el resto de la casa y me mostraron el cuidado jardín con aires japoneses que daba al Pacífico.

- ¡Les damos mucho la lata?- pregunté al fin viendo el atardecer con una limonada casera en la mano.
- La señorita Dylan organizaba muchas fiestas antes de que tú llegaras. Ahora está más sosegada- contestó el hombre apurando una cerveza.
- Jim era feliz cuando tu amiga tomaba el sol en la terraza... sin bikini.
- ¡Eso no es cierto, Margaret!- se ruborizó él.
- ¡Que venga un rayo y me parta!- gritó ella.
- ¡Qué Dios lo oiga!

Me contuve la risa.

- ¿Conocieron al padre de Sandra?- intercedí evitando el derramamiento de sangre.
- ¿Qué si le conocimos?- preguntó Jim algo colorado aún por la discusión- Nos mudamos a esta casa en 1.960, hija. ¡Imagínate! Hemos tenido todo tipo de vecinos ilustres pero el mejor, sin lugar a dudas, Edward Dylan.
- Era un caballero como los de antes- intervino Margaret- pero en un cuerpo joven. No soy partidaria de decir estas cosas pero hay veces que siento su presencia.
- ¡Ya estamos!- saltó él con una sonrisa- No la hagas ni caso.
- Acuérdate de que te regaló un guión- apostilló Margaret.

Él asintió.

- Es cierto, me dijo que se había basado en mí para un personaje. Ahora te lo traigo- se levantó ágil hacia la casa.
- Jim fue actor cuando era joven- me susurró ella- Estuvo a punto de que le dieran el papel protagonista de “El prisionero de Zenda” pero en el último minuto se lo quitó Stewart Granger.

- ¡Vaya! Una lástima.

Se encogió de hombros.

- Nosotros chocamos a la salida de su prueba y nos enamoramos al instante. Si le hubieran dado el papel estaría seguramente con Deborah Kerr y no conmigo. No lo

lamentamos en absoluto.

Jim llegó con un tomo encuadernado con anillas y me lo tendió orgulloso.

- Y está firmado por él- añadió.
- Pasé las hojas reconociendo al instante la letra de Edward. Otro guión de cine. Si lo viera Sean...
- Han sido muy amables pero debo irme a preparar el equipaje- dije devolviéndole el guión- Y me ha encantado su casa.
- Ahorra un poco y te la vendo- dijo Jim.
- No por menos de dos millones- añadió ella.
- Buf, entonces tendré que echarle aún más horas al trabajo- me acompañaron hasta la verja de su jardín- Nos vemos a la vuelta.
- ¡Cuidate preciosa!- se despidió la señora- ¡y al guapetón de tu chico!
- Espera- saltó Jim mostrándome el guión- Dáselo al señor Weller. Estará perfecto en el papel.
- Pero...

Me guiñó un ojo y ambos desaparecieron abrazados al interior de su casa.

Esbocé una sonrisa mientras ceñía aquel tomo y pensaba en Sean.

Su piel se estremeció bajo el contacto con mis uñas. Deslicé las manos despacio por su pecho desnudo y lo besé. Ardía.

- Este masaje relajante está perdiendo ya su nombre- murmuró Sean con sus ojos fijos en los míos.
- En un movimiento rápido cambió su posición con la mía y me quedé aplastada entre su cuerpo y las sábanas.
- No sabes lo que he echado esto de menos- me susurró al oído haciendo que se me erizaran todos los pelos.
- ¿Cómo podía decir eso cuando había estado rodando con dos bellezones de los que no podía recordar su nombre?
- ¿Había escenas... difíciles en la película?- se atrevió a preguntar mi yo celoso.
- ¿Difíciles? ¿Saltos al vacío y cosas así?
- No, - su boca bajaba por mi cuello y tomé aire- sexo. Me refería a escenas de cama.

Sus manos se deslizaban por mi cuerpo.

- Eso no es difícil- seguro que sonreía desde algún lugar de mis hombros- Únicamente resulta complicado cuando la pareja no se calla.

Elevó su cabeza hasta la mía con la boca ligeramente curvada en una sonrisa.

- ¿Qué quieres saber?
- ¿En qué se piensa para rodar algo así?- le pasé las manos por el pelo alborotándose. Mis palabras salieron vacilantes- ¿Piensas en... mí?

Para mi fastidio tuvo que reírse.

- ¿En ti? ¿Que si pienso en ti cuando...?- otra carcajada- Oh no.

Me traté de levantar pero no podía con su peso. Sin conseguir evitarlo me sentía enfurecida.

- ¿Oh no? ¿Por qué “oh no”?

Puso la mano en mi boca parando mi repertorio.

- Miriam- dijo con su asquerosa y sugestiva voz- Si pensara en ti, tendría un gran problema.

Quise preguntar cuál era pero creí hacerme la idea.

- Ah.
- Lo mas seguro es que la actriz no querría seguir grabando conmigo y su novio me daría una paliza.
- Ah.
- Generalmente- añadió- pienso en cómo estoy quedando ante la cámara, la luz, la imagen, la expresión... ¿contenta?

Asentí aún enmudecida por su mano.

- ¿Puedo continuar contigo sin más interrupciones?- preguntó de nuevo a mi oído.

La ventana se abrió golpeando contra la pared y una ola de viento se coló en la habitación levantando todo a su paso. El nuevo guión que yacía en mi escritorio hizo pasar sus páginas a toda velocidad.

- Se me olvidaba...- me escabullí de debajo de Sean y alcancé el tomo. El viento cesó súbitamente- te tengo un regalo de los vecinos de la casa de al lado.
- Ven aquí y déjate de regalos.

- Te va a encantar- avancé despacio hasta situarme al lado de la cama.

Sean me atrajo hacia él de las caderas. Forcejeé.

- Échale un vistazo- rogué mientras él levantaba mi camiseta.

- Ahora no me interesa- posó sus labios en mi ombligo.

- Es un guión. Un guión de cine.

- Me alegro.

- De Edward Dylan.

Dejó de recorrer mi tripa con la boca y pasó su mirada de mis ojos al tomo que aún sujetaba en la mano.

- ¿Del padre de Sandra? ¿Otro guión de cine?- preguntó interesado- Déjame verlo.

Se lo tendí y pasó las hojas con ensimismamiento.

- Esto es muy bueno- murmuraba mientras leía. Tomó una posición en la cama más cómoda para la lectura y me dio la espalda. Gracias a Edward ya era yo tan invisible como su supuesto fantasma que desde algún lugar de la habitación reía con ganas.

Mayo Miami

Pensé que moriría antes de tocar el suelo de Florida. Estaba tan segura de ello que me encontré sopesando mis buenas y malas acciones entre bote y bote del pequeño avión que como un homónimo de papel se movía a bandazos entre turbulencias en su grado más turbulento.

A mi alrededor los escasos pasajeros, parejas ancianas de sonrisa imperturbable en el rostro, permanecían en estado vegetativo. Mi punto de inflexión de la vergüenza lo obtuve al gritar en una de las caídas en libre del endemoniado artefacto. El moreno azafato me miró con cara de pena y traté de concentrarme en las puntas de mis zapatos el resto del camino hasta que las ruedas del avión tocaron la pista.

¡Estaba viva! ¡Con qué poco se conformaba el ser humano!

Bajé las escaleras con los muslos temblando y estuve a un tris de besar el suelo como se lo había visto mil veces a Juan Pablo II. Ahora lo entendía a la perfección.

Después de pasar por alto ya el hecho de que mi existencia continuaba, la incertidumbre y el nerviosismo volvió a apoderarse de mí. De nuevo me encontraba sola, aterrizando de un avión, en un lugar desconocido de donde lo primero que había recibido era un oscuro bofetón de calor y humedad. La ropa se me había quedado licuada con la piel y empecé a sudar por cualquiera de los motivos anteriores o por todos a la vez.

Una vez que me hice con mi maleta, acudí al mostrador de la empresa de alquiler de coches. Julita, la eficiente secretaria de mi jefa se había encargado de todos los pormenores: el billete, el coche, el hotel, una visa de la empresa... No estaba acostumbrada a que me cuidaran tanto. El vuelo había sido uno de los más caros ya que solo hacía una parada técnica en Houston y mal pensada de mí, tenía la idea de que le caía mal a la pobre muchacha.

Firmé interminables papeles, franquicias y seguros y por fin obtuve mi ansiada llave.

Conforme buscaba la plaza de aparcamiento del coche, la B52, arrastrando los zapatos, me di cuenta del cansancio que llevaba acumulado. Todo un día volando por encima de los Estados Unidos, dos paquetes de pañuelos de papel empapados de lágrimas y mocos, tres llamadas infructuosas al móvil de Sean... estaba agotada. Únicamente quería llegar al hotel y desmayarme encima de la cama.

Plaza B52.

Julita me odiaba.

Observé el casco blanco a medio camino entre el coche de Pedro Picapiedra y Herbie, con la ilusión a la altura de sus diminutas ruedas de bicicleta.

Tomé aire con renovado optimismo. Coloqué la maleta en el asiento del copiloto ya que no cabía en otro lugar y arranqué el motor. Funcionaba.

Trotando inexplicablemente ya que no había baches, dentro del vehículo, salí del aeropuerto de Miami. El destino no dejaba de sonar exótico: Los Cayos de Florida.

Era de noche cerrada y comenzaba a chispear cuando topé por fin con la autopista Overseas que botaba de isla en isla uniando todos los Cayos. Respiré más tranquila, al menos ahora supuestamente no había pérdida. Casi me había resultado más difícil salir del aeropuerto, cruzar Miami y llegar a aquella carretera acuática que cumplir mis antiguos objetivos.

Llevaba una hora y media de camino con la lluvia golpeando los cristales con resentimiento. Los limpiaparabrisas intentaban barrer el agua del cristal cuando una nueva oleada los cubría de nuevo. Empecé a ponerme nerviosa. ¿Dónde estaba aquel hotel? Miré las indicaciones de soslayo. Debería haberme topado con él unos kilómetros atrás.

Como yo no veía nada, me detuve en el arcén. Hojeé el mapa de carreteras mientras la lluvia insistente parecía querer meterse dentro del vehículo.

Había pasado Cayo Largo. Eso seguro. ¿O no? Por lo que pude atisbar por la ventana antes de que cayera el diluvio había estado cruzando una gran porción de terreno alargado durante mucho tiempo. Y ahora debería encontrarme en Islamorada. Un nombre precioso del que no podía saber aún si correspondía con la realidad.

A ojo me encontré cruzando puentes y más puentes y cuando ya buscaba algún lugar para dar la vuelta, vi un letrero luminoso: Barracuda.

Grité de alegría. Allí estaba mi hotel. Enfilé el bólido hacia el cartel. Había una pequeña edificación junto a un aparcamiento. Bajé del coche y chorreando agua entré.

Al otro lado de la puerta me encontré con una recepción pequeña y una cafetería. La chica que se encontraba detrás del mostrador me sonrió.

- Hace buen tiempo ahí fuera, ¿verdad?- dijo con un acento extraño.

Chapoteé dentro de mis sandalias.

- Ya lo creo.

- Y aún no es la época de huracanes.

La alegría de la huerta en persona.

- Tengo habitación reservada a nombre de Miriam Sanabria.

Lanzó una risotada que me pilló por sorpresa asustándome.

- Corazón, te equivocas de sitio. Aquí no hay habitaciones- contestó una vez detuvo su risa.

- Pero, ¿éste no es el hotel Barracuda?

Volvió a reír, sobresaltándome de nuevo.

- Sí, estás en Barracuda. En el camping Barracuda.

Me quedé petrificada. ¿Camping?

- Miraré a ver si está tu nombre en las reservas- pasó una uña mordida por un cuaderno- Aquí estás, Miriam. Lo siento- y se echó a reír de nuevo.

Me tendió una llave que cogí en trance. La imagen de mi persona dentro de una tienda de campaña con la que estaba cayendo no se me borraba de la cabeza.

- Venga guapa. Me he apiadado de ti y te he dado la mejor "habitación". ¡Qué digo yo! La mejor suite- desapareció detrás del mostrador y sacó de nuevo la cabeza dándome un plano. Hizo un círculo alrededor de la situación de la tienda de campaña- Tienes que ir andando, allí no puedes aparcar el coche.

Ya todo me daba igual.

- Vale.

- Espero que disfrutes tu larga estancia en el camping Barracuda- oí decir a la recepcionista mientras abría la puerta para internarme en el diluvio.

Julita había escrito Hotel Barracuda. Definitivamente me odiaba.

Saqué la maleta del coche con el ánimo a la altura de los charcos embarrados del suelo y tiré de ella por caminos adoquinados entre lo que parecían palmeras y arbustos. Los pelos de la cabeza se habían convertido ya en pestañas improvisadas pegados a los párpados cuando encontré mi emplazamiento. Levanté la cabeza algo escéptica y eché una ojeada a lo que quedaba de plano.

Enfrente tenía una especie de caravana sin coche pero de mayor tamaño. La 23. Sí, era allí.

Introduje la llave en la cerradura cruzando los dedos imaginariamente y para mi consuelo, se abrió.

Entré con premura y encendí la luz. Me encontraba en mitad de un salón-cocina-comedor. El mobiliario era antiguo pero bastante acogedor. Detrás del sofá había dos grandes ventanas contra las que rebotaba el agua incesante. Acto seguido un televisor pequeño, una mesa de comedor con cuatro sillas y una barra que separaba el conjunto de la cocina que aparecía repleta de electrodomésticos. ¡Hasta un microondas! Me reí para mis adentros. Hasta hacía breves segundos me había imaginado llorando bajo una lona con el agua mojando mi ropa interior y ahora, ¡tenía microondas!

Al fondo, había dos puertas. Una daba a un baño del tamaño de un armario y la otra a un dormitorio.

Me quité la ropa empapada y la lancé a una esquina y de un bote aterricé encima de la cama de matrimonio.

Estaba tan feliz y tan cansada que me quedé dormida. No recordaba si había cerrado la puerta de entrada y la verdad, me daba igual. Cerré los ojos y con el estruendo de la lluvia chocando contra el techo, que ahora me parecía música celestial, abandoné la realidad.

Me desperté a las seis con la alarma del móvil. No sabía cuando la había activado pero respiré aliviada. Había quedado con el encargado de la obra a las ocho y no tenía ni idea de dónde estaba.

El sol entraba por las dos ventanas que tenía el dormitorio. Con tanta luz parecía mayor de lo que recordaba. Busqué la maleta que había dejado abandonada en el salón y conseguí guardar la mayor parte de su contenido en un minúsculo armario. Me duché apretada entre las paredes del baño y fresca como una rosa me planté en medio de mi nuevo y esporádico hogar. Los rayos de sol jugaban entre la pelusa color café de la moqueta y barrían los muebles de madera oscura. Me acerqué a una de las ventanas del salón y me quedé estupefacta.

Tenía la sensación de que ya había vivido una situación similar. Sí, fue la primera vez que desde mi habitación de Manhattan Beach vi el Pacífico. Ahora ante mí, entre dos palmeras y algún arbusto frondoso tenía... Busqué el mapa febrilmente. Ahora sí. Ante mí, entre dos palmeras y algún arbusto frondoso tenía las aguas celestes del Golfo de Méjico.

Salté fuera de la caravana y me situé entre la misma y el mar. Aquello sí que era primera fila. Estaba a punto de tocar el agua con los dedos cuando me acordé porque estaba allí. Trabajo. Y era tarde.

A paso ligero, atravesando las calles empedradas que constituían el complejo, me fui dando cuenta de los tipos diferentes de caravanas, remolques y otras denominaciones que no sé traducir del inglés poblaban aquel camping, donde lo que seguro que no había eran tiendas de campaña.

Por fin llegué a la recepción. No estaba mi amiga nocturna y me encontré con una cara simpática asiática.

- Buenos días- dijo el hombre con voz automatizada.

- Buenos días, ¿puedo desayunar algo en la cafetería?

- Claro. Máquina de café, un dólar. Repostería, un dólar.

Arrampé rápidamente con un capuchino, un donut y un cruasán y buscando en mi bolso la dirección de la obra, acudí junto al caballero oriental.

- ¿Me podría decir dónde queda esto?- le enseñé el papel.

Era el número 69701 de Overseas Highway. Complicado cuando no había atinado a ver ni un solo número en la llegada.

- Ah- señaló con sus manos a su alrededor- Está por aquí.

- ¿Dónde es por aquí?

- Pues en los Cayos-soltó como si fuera una obviedad.

- Eso ya lo sé. Pero, ¿dónde de los Cayos?

- Pues por aquí- se dio la vuelta molesto y agarró el teléfono sin que éste hubiera sonado.

Me empecé a poner nerviosa y como el hombre no parecía dispuesto a ayudarme, salí a la calle. El hotel... perdón, el camping Barracuda se encontraba en el número 69200 de la misma carretera. Calculando con los dedos, 501 números de diferencia eran un buen trecho. Traspasé la reja por la que se salía del complejo. Había bastante tráfico a aquellas horas de la mañana en la ejem... autopista. La verdad era que un carril en cada sentido y encima algo estrecho, recibía en mi español como máximo el grado de carretera. Pero, ¡qué más daba! Resultaba preciosa. Saltaba de isla en isla por puentes dejando a ambos lados arena blanca, aguas transparentes y vegetación.

Giré mi cabeza a izquierda y derecha, 501 números hacia, ¿qué lado? Me di por vencida. Tenía que olvidar el orgullo y llamar cual turista al encargado de la obra para que me guiase.

En un papel, Julita había escrito Eddy seguido de un número de teléfono. Dudé ante la posibilidad de alguna otra sucia jugarreta de la secretaria pero no tenía elección, así que marqué.

Al décimo tono y a punto de mandar al carajo a Julita y su sombra de ojos permanentemente morada, contestó una voz en español.

- Te has perdido.

- ¿Eres Eddy?

- Sí- se oían gritos al otro lado- ¿Dónde estás?

Me daba vergüenza decir que me habían hospedado en una caravana.

- Supongo que en el Barracuda- se adelantó él.

- Sí- asentí- ¿Para dónde tengo que ir? ¿Derecha o izquierda? ¿Queda muy lejos?

- Me parece que te vas a perder. Olvida tu coche y cruza la autopista.

- ¡Qué!- los coches circulaban fluidos en ambos sentidos.

- Inténtalo, alguno parará. Te recojo allí- y colgó.

Me alegré de que fuera una carretera de dos carriles en cuanto conseguí llegar al otro lado sana y salva. Me senté en una piedra a esperar al tal Eddy y su coche.

- ¿Miriam?- una voz sonó a mi espalda breves segundos después.

Me giré. Un hombre cruzaba la reja que separaba la carretera de un camino.

- Hola- una vez al lado me tendió la mano y antes de cerciorarme del asunto me había plantado dos besos en las mejillas- No hay que perder las buenas costumbres.

No atiné a decir nada.

- Bienvenida a Islamorada- dijo mostrando su alrededor con la mano- y sobre todo al número 69701 de Overseas Highway- señaló con el pie el suelo.

- No fastidies- me salió por defecto. Eché la vista al otro lado de la carretera. El pez del cartel del camping Barracuda parecía saludarme burlón. ¡El 69701 estaba enfrente! Sí, realmente era tonta del bote.

- Ven a ver tu casita- dijo con una sonrisa y me indicó que le siguiera.

Tardé un segundo en recomponer mi orgullo viajero herido y fui en pos de él como un cordero. Franqueando la verja, en el lateral de la cual y en números bien gordos se leía 69701, se accedía a un camino de arena estrecho. A los lados crecían arbustos desordenados y entre ellos se atinaba a ver el agua en tonos celestes y morados.

Llegamos a una planicie despeluchada gracias a dos retroexcavadoras que trabajaban lentamente desmoronando aquel pequeño paraíso. Las palmeras que franqueaban los laterales de la isla eran las únicas supervivientes de semejante locura y un embarcadero de madera a mi izquierda cruzaba los tablones para no sufrir la misma suerte.

A la derecha se encontraba la edificación. Aún era solo un esqueleto de hormigón pero reconocí en él el trabajo que yo había estado realizando. Por un momento me sentí orgullosa de ver mis bocetos vivos y por otro, culpable de haber convertido una pequeña isla del Atlántico en un barrizal.

- ¿Qué te parece?- Eddy con el rostro preocupado me hablaba mientras me encontraba en mi Universo paralelo.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo guapo que era. Estaba embarrado por completo. Las botas de obra apenas se intuían bajo la capa de lodo. Llevaba unos pantalones hasta las rodillas, una camiseta de tonos de camuflaje y un sombrero tipo australiano. A pesar del pelo algo largo rubio, casi platino por el sol, su piel estaba curtida. Y en su cara, en ese momento tensa, destacaban sus ojos azules tan claros como el agua que nos rodeaba. Por un momento se me hizo conocido. ¿Dónde podía haberle visto antes? Chasqueé los dedos, si Indiana Jones tuviera unos 30 años, le tendría ante mí.

- ¿Sucede algo?- volvió a preguntar Indy, ¿o era Eddy?

- No, no- respondí de sopetón y dirigí la mirada hacia la casa- Parece que todo está donde tiene que estar.

- Una buena observación- y volvió a sonreír- Ven, tenemos algunas dudas.

Me guió hacia una improvisada mesa de maderos sobre dos troncos tumbados y desplegó varios planos.

- Jefa, hay mucho trabajo por delante.

Y absorta en mis cometidos pasé con Indy todo el día.

A las seis de la tarde, los siete obreros se dieron a la huida cual enanitos en busca de Blancanieves y pude echar un ojo sin el ruido incesante de máquinas, martillos y demás utensilios asesinos de tímpanos.

Desde la primera y desnuda planta de la casa se alcanzaba a ver toda la isla, con sus poco más de 3.000 metros cuadrados, el océano Atlántico y el Golfo de Méjico.

- Las puesta de sol son espectaculares- comentó Indy a mi derecha apoyado en un pilar- ¡Quién fuera rico! ¿Verdad?

Sonrei. Parecía que todo el mundo a mi alrededor se enriquecía, salvo yo. Me había equivocado de profesión. ¿Quedaría alguna plaza en el Actors Studio?

- Mi nuevo hogar es una caravana. Imagínate.

- No te quejes, jefa. Vives a dos carriles del trabajo.

- Yo no soy tu jefa- murmuré.

Separándose del pilar me dio un golpecito en la espalda.

- El señor Tornos no te ha explicado tus funciones, ¿no? Anda jefa, vamos a cenar.

Después de un bocadillo improvisado regalo de un operario y una manzana, la palabra cena me resultaba muy agradable.

Indy conducía un Range Rover a toda velocidad camino a Islamorada, parecía conocerse los Cayos a la perfección.

- El Hungry Tarpon es el mejor restaurante de pescado de la zona. Ya verás.

Tenía razón.

- ¿Cuánto tiempo llevas en Florida?- pregunté cuando comencé a llenarme y el ansia por atiborrar el estómago de comida empezaba a decrecer.

- Cinco años entre Miami y los Cayos. Antes estuve también en Los Ángeles y San Francisco. Social Architecture tiene bastante trabajo por este Estado. Cosas pequeñas pero por lo menos, llevo un tiempo quieto en un sitio.

- ¿Te gusta?

- Ya lo creo. Me encanta la naturaleza, la pesca, el submarinismo... y Florida reúne todo eso y más- pidió otra cerveza al camarero- ¿Y tú?

- Yo, ¿qué?

- Supongo que vienes obligada.

Oí una señal de alarma en mi cerebro. No iba a empezar a contar mis penurias a un compañero del estudio. ¿Y si era un espía del jefe?

- Vengo contenta.

No siguió preguntando y me alegré por ello. Mis dotes de mantener la boca cerrada no eran demasiado óptimas así que eludí el tema trabajo y me centré en saborear la tarta del postre.

A las nueve, aparcábamos el coche en el parking de Barracuda.

- Gracias por la cena- dije bajando del todoterreno con un salto. El coste de la misma se la había llevado mi tarjeta de crédito de la empresa pero era bueno ser agradable.

Él sonrió.

- Ha estado bien. Por cierto, ¿cuál es tu caravana?

¿Mentir sería infantil? Después de tres meses seguramente se enteraría de la verdad pero, ¿y si resultaba ser un psicópata? Aún no me había encontrado con ninguno y los Estados Unidos estaban poblados de ellos.

- La 23.

Torcí el gesto mientras maniobraba el coche fuera del aparcamiento.

- Han sido benévolos contigo- dijo- Hasta mañana, jefa. Procura no perderte.

Muy simpático.

Emprendí el camino hacia mi casa. Era muy agradable pasear entre las caravanas. Las había inmensas como chalets, con verjas de madera y tiestos con geranios, algunas eran muy modernas y dejaban ver un interior de diseño.

El complejo disponía de una piscina y un embarcadero donde dormitaban varias barcas de pesca deportiva y algún pequeño yate. Las vacaciones en el camping Barracuda tenían muy buena pinta.

Entré y me desplomé en el sofá. No tenía ganas de ver la tele pero la encendí simplemente para sentirme acompañada. Se me hacía extraño no escuchar la voz de Sandra y empecé a echarla de menos. La llamé por teléfono pero no me respondió. Sean tampoco. ¿Dónde demonios estaba todo el mundo cuando uno tenía ganas de charlar!

Una película en blanco y negro de vampiros me entretuvo un rato. Empezaba a notar el cambio horario y decidí marcharme a la cama. Entonces sonó el teléfono.

- ¿Cómo te ha ido el día, pequeña?- ahí estaba la ansiada voz de Sean.

Quería mandarle a freír alguna hortaliza.

- Te echo de menos- fue lo que me salió por la boca.

- Lo sé.

- No me hagas preguntarte si a ti te pasa lo mismo- contesté molesta.

Él se rió.

- Me muero de ganas de estar a tu lado. Me encantaría poder tocarte, besarte, acariciarte... ¿quieres que siga?

- ¡Caray!

Creo que me dormí abrazada al teléfono soñando con Sean.

No sé que hora era cuando me despertaron unos golpes provenientes del salón. Miré el reloj del móvil pero se había quedado sin batería escuchando la voz de Sean.

Salté de la cama. Estaban aporreando la puerta. No tenía mirilla y no podía saber quien intentaba entrar por fuerza bruta.

- ¿Quién es?-pregunté asustada.

- Jefa, llegas tarde- reconocí a Indy y abrí la puerta.

Se encontraba algo mas limpio que el día anterior, salvo las botas y llevaba dos cafés en una mano y una bolsa en la otra.

- Desayuno- dijo mientras me miraba de arriba abajo sin contemplaciones.

Me di cuenta que llevaba puesto uno de los pijamas que me había regalado Sandra por Navidad. Era pequeño, más bien escuchimizado pero cabía muy bien en la maleta. Tampoco esperaba tener visitas. A mi amiga le quedaban estupendamente pero a mí... en fin.

- Estás muy guapa- comentó y se coló dentro de la caravana. Sacó de la bolsa leche, pan de molde, unos bollos y mantequilla y los colocó en la encimera. Me tendió uno de los cafés mientras echaba un ojo alrededor.

- ¿Qué hora es?- pregunté una vez recompuesta.

- Las ocho. Tranquila, no le diré nada a nadie- y sonrió de medio lado-Vaya, primera fila de mar. Las hay con suerte. La mía linda con la carretera.

- ¿También estás en el Barracuda?

- Sí. Somos vecinos- tiró su vaso a la basura- Ya sabes donde está la obra. Te veo en un rato, espero que algo más decente- y con una sonrisa se marchó de la caravana dejando la puerta abierta.

La cerré rápidamente. Empezaba a cogerle cierta manía a Indy. ¿Yo era su jefa? Muy bien, sabría como serlo. Me duche, vestí y desayuné a ritmo marcial y me planté en mi obra dispuesta a llevarla como mejor sabía.

A mediodía me encontraba tan sucia como mi dichoso arqueólogo cuando hizo su aparición por el camino un Porsche Boxter de color rojo. Derrapó en el último tramo levantando una ola de polvo y barro.

Vi a Indy cuadrarse unos metros a mi derecha y los obreros dejaron de trabajar. Del coche salió un tipo hecho un pincel, el pelo con bandas grisáceas iba engominado hacia atrás. Las gafas de sol dejaban ver únicamente un rostro moreno y puede que algo estirado. Anduvo hacia mí con tranquilidad mirando a un lado y a otro.

- ¿Señorita Sanabria?

Asentí mientras me daba una mano lánguida.

- El señor Tornos me la ha recomendado encarecidamente. Es muy buen amigo mío y sé que no me mandaría a cualquiera- se levantó las gafas para mirarme con minuciosidad y acto seguido, volvió a colocárselas sobre el pronunciado tabique de la nariz- Pensé que sería mayor.

- Acepto su cumplido- aunque obviamente no lo era- pero engaño a primera vista.

- Sé que ha trabajado con Samuel Perry en su estudio de Nueva York, ¿verdad?

La sola mención del nombre de aquel arquitecto hizo que se me revolvieran las entrañas. Pensaba que jamás volvería a escucharlo pero, tarde o temprano, tenía que pasar.

- Es un arquitecto increíble- conseguí contestar con ganas de vomitar- como también lo es Mario Tornos.

- Desde luego, desde luego- corroboró- Por favor, trate esta casita con cariño. Me gustaría envejecer en ella. Al menos de noviembre a marzo.

Y con una especie de risa me dio la mano, se la limpió en un pañuelo bordado y desapareció en su deportivo tan majestuosamente como había llegado.

- El señor X. Todo un ejemplo de un tipo de fauna local- explicó Indy a mi lado.

- ¿X?

- ¿No le has reconocido? Pues no seré yo quien te hable de él. No podemos ni debemos hacer alusión a su persona- se encogió de hombros- Tonterías de los famosos.

- ¿Es actor?- pregunté ávida de curiosidad.

- Si lo fuera, supongo que lo conocerías.

- No estés tan seguro.

Se cerró la boca con un gesto y tiró la llave. Mas infantil que yo, quien lo diría.

Me vinieron imágenes de Samuel Perry y sus manos sobándome y se me puso la piel de gallina. Cogí una pala y empecé a cavar un hoyo en una esquina. Por suerte nadie me preguntó que es lo que hacía pero con cada movimiento, enterraba de nuevo aquel asqueroso pasado.

Eso sí, a partir de entonces escondieron las palas.

Resulta curioso que jamás le había hablado a Sean de aquel altercado que enturbió mi vida en Nueva York. Aquella noche, después de ir a la compra para llenar mi nevera y preparar una pechuga de pollo a la plancha, me explayé de lo lindo. No me interrumpió ni una sola vez y conseguí mantener el llanto a raya. Cuando terminé, el silencio en la línea me puso tensa.

- ¿Por qué no me lo habías contado?- le oí. Sus palabras estaban matizadas con ternura.

- Supongo que me daba vergüenza.

- No eres tú la que debería sentir vergüenza. ¿Puedo ir a la Gran Manzana y darle una Gran Patada en los huevos?

Sonreí para mis adentros.

- Dentro de un tiempo, lo haré yo.

- Sabía que algo había pasado pero pensé que tendría más que ver con el tal Mario.

- No, él se portó muy bien conmigo- por un momento recordé nuestro beso en Times Square- Fue de una gran ayuda.

- Lo sé. Por eso se mantiene con vida- masculló con agresividad ficticia.

- ¿Noto celos, señor Weller?- pregunté irónicamente mientras descubría la cama para colarme dentro.

- Imaginaciones tuyas, preciosa. ¿Vas a comparar a un arquitecto blandengue y blancuzco con este actor macizo? ¡Venga ya! Yo lo mismo puedo acuchillar mujeres que perseguir alienígenas. Que supere eso.

Me reí. Ya no me acordaba de Samuel Perry ni de alguna otra penuria.

- Buenas noches Sean. Esta mortal se levanta a las seis.

- Sueña con los angelitos.

- Soñaré contigo en bañador.

Escuché una carcajada y acto seguido colgué. Era muy difícil tenerle tan lejos. Espachurré la almohada contra mi cuerpo e imaginándola con su cara, me quedé dormida.

Mi obra maestra iba adquiriendo forma con rapidez. Estaba acostumbrada al uso del ladrillo, cosa que por aquellos lugares no y trataron de colarme madera para hacer las paredes.

- ¿No es aquí donde hay huracanes a mansalva?- casi grité por encima del ruido de la retroexcavadora.

Indy se había quitado el sombrero de la cabeza y se limpiaba el sudor de la frente con un pañuelo ennegrecido.

- El presupuesto lo dice claro. Madera.

- Me da igual.

Él dejó una carpeta repleta de hojas sobre la mesa.

- Hay que seguir el proyecto- concluyó al fin.

- El proyecto lo he hecho yo. ¡Y con ladrillos!

- Pero...

- ¿Qué quieres? ¿Qué se vuela la casa a la primera de cambio y aparezca en el mágico mundo de Oz?

Levantó un listado cual bandera blanca.

- Yo no he firmado esto. Simplemente controlo que se cumpla lo estipulado.

- Lo sé pero no estoy de acuerdo. Quiero hablar con la constructora- había asumido tanto mi papel de jefa que incluso me atreví a cruzar los brazos y levantar el mentón mirando hacia otro lado.

- Tus deseos son órdenes- dijo él haciendo una reverencia.

Tuve que reprimir las ganas de patearle el trasero y en su lugar rechiné los dientes. Mirándome de reojo, cogió el teléfono y llamó.

Paseé por la isla tomando aire. ¡Madera! ¿Y por qué no juncos?

Llegué hasta el agujero donde habría una piscina en un futuro cercano. Me imaginé nadando unos largos con la vista fija en el yate del embarcadero y el golpeteo del mar resonando contra las piedras.

- Esta tarde, a las seis en el Mister Lobster- expuso Indy llegando a mi lado.

- Se van a enterar.

- Jefa, es lo que ha cerrado el propietario con la constructora.

- ¿Y para qué sirvo yo aquí? ¿Para adornar?- era una pregunta retórica peligrosa en el caso de que a Indy le diera por contestar- El señor Tornos quería que cuidara a su amigo y eso estoy haciendo.

- Qué carácter- murmuró con una sonrisa.

- Ojito.

Levantó los brazos por encima de su cabeza.

- No la tomes conmigo, mujer.

- Jefa.

- Jefa.

Con un guiño me di por vencida. Eran las cinco. El sol fustigaba con rencor en aquel paraje desolado. Quedar en un bar era muy deseable. Centré mis ideas y con la cabeza despejada en media hora, me subí al coche de Indy dispuesta a encararme con cualquiera.

El Mister Lobster estaba repleto de gente. Para llegar hasta las mesas que quedaban al fondo del local, tuve que meter tripa y hacerme la sifide entre filas de personas que charlaban animadamente. El punto fuerte era el pescado y el marisco. Se me hacía la boca agua mientras veía las bandejas de los camareros pulular a nuestro alrededor.

Teníamos una mesa pequeña con tres taburetes austeros que me adormecían el trasero. Por más que ansiaba reprimirlas, me moría de ganas de ir al baño. Me levanté a cinco minutos de las seis.

- Ahora vengo- y caminé deprisa hacia los aseos. En la puerta, un pescador con una caña indicaba el baño de caballeros y un pez gordo con pestañas, el de mujeres.

Sali aliviada y más dispuesta a aguantar cualquier pelea con la constructora y entonces, choqué de bruces con la espalda de algún indefenso.

- Lo siento- solté en inglés por defecto.

La persona se volvió hacia mí.

- Siempre arrasando.

Levanté la cabeza al reconocer la voz. ¡Era Mario! En el “Señor Langosta”. En Florida. Increíble.

- ¡Qué casualidad!- le di un abrazo dejándole descolocado unos segundos.

- Vaya. Te alegras de verme.

- ¡Claro! Estoy sola en la otra punta del país. Me hace ilusión encontrarme con cualquier cara conocida.

Resopló.

- Cualquier cara conocida... - repitió mientras sus ojos azules se tornaban grises.

- No me malinterpretes. ¿Quién se lo podía esperar? Tu padre me ha mandado a supervisar una obra- señalé nuestra mesa- Mira ahí está el encargado.

- Y, ¿qué tal lo llevas?

Tenía que acercarme mucho para escucharle entre el vocerío.

- Bueno... el tipo es algo insolente pero la obra marcha bien. Y, ¿tú qué haces por aquí?

- Trabajo. ¡Qué sino!

Le cogí de la mano.

- Ven. Toma algo con nosotros.

- Espero no molestar.

- No digas tonterías- y le llevé arrastrando hasta donde Indy apuraba una cerveza- os presento...

- Hola Mario- se me adelantó Indy.

- Eduardo.

No sé que voz mostraba mas alegría. Ninguna.

- Bueno, parece que os conocéis-dije dirigiendo la mirada del uno al otro y vuelta a empezar.

- Mario es el encargado de la constructora- expuso Indy mientras me aposentaba en el taburete en un ambiente algo gélido.

El aludido me imitó sentándose a mi izquierda.

- Ah. Es bueno saberlo- comenté atravesándole con la pupila.

Mario se encogió de hombros por toda explicación.

- Bueno. Hemos venido a trabajar, ¿no?- dijo al fin.

Asentí ante la evidencia.

- ¿Qué tonterías me decía Eduardo de unos ladrillos?- preguntó mirándome.

Muy bien. Apreté mis manos. Allá vamos.

A las diez abandonábamos el local dejando atrás gambas, pescado, tarta de chocolate y alguna que otra palabra malsonante. El aumento de precio por colocar ladrillos en vez de madera que nos proponía el antiguamente conocido como Negativo era descomunal. Tendríamos que hablarlo con el propietario y esa parte me tocaba a mí.

- Me apañaré- dije decidida mientras me montaba en el todoterreno de Indy.

- Sé que lo harás- corroboró el Negativo mientras le daba la mano a mi encargado- Cuidado con ella. Es una cabezota.

Indy se colocó detrás del volante con una sonrisa.

- Lo sé, muchacho- arrancó la mole con ruedas- Nuestro padre ya me lo advirtió.

Y el coche salió disparado del parking de tierra.

Cuando planté el zapato en el camping Barracuda ya se había esfumado de mi cabeza el estupor inicial.

- ¿Vuestro padre?- eran mis primeras palabras desde el restaurante.

Él me dirigió una mirada desconcertado. Reconocí aquellos ojos azules. ¡Y yo que creí que tenía a Indiana Jones en su juventud y era al Negativo vestido de explorador!

- Bueno, sí- afirmé.

- Ya. Pues nada, ¡qué divertida ha debido resultar mi cara de sorpresa!

- Eh- alzó los brazos como ante un atraco- No he querido reirme de ti. Simplemente no tenía importancia.

- ¿Qué parte? ¿La de que eres el hijo del jefe o la del hermano del ogro de la constructora?

- Vale. Reconozco que suena mal. Pero te juro que hasta ahora no ha venido al caso comentarte nada del asunto.

Me dirigí por la avenida Delfin hacia mi caravana sin darme cuenta de que me seguía.

- Venga, no te enfades jefa- me agarró del antebrazo haciéndome detener el paso- Te resumo, ¿vale? Me llamo Eduardo Tornos. Vine hace quince años para escaparme de una situación familiar algo desagradable que igual conoces. Mi primer trabajo fue de... no sé si contártelo.

Sonreí.

- Continúa que está interesante.

- Pues invítame a una cerveza- señaló hacia arriba. Empezaban a caer gotas del cielo. En poco tiempo estaríamos empapados desde la cabeza a los pies.

Corrimos hasta mi hogar y cuando abría la puerta, la tormenta estalló en toda su magnitud.

- De buena nos hemos librado- saqué de la nevera una cerveza y una botella de agua.

Indy se había acomodado en un sillón y le tendí la lata.

- Decías... - le insté a continuar.

- Que fui el primer Tornos en aterrizar en el Nuevo Mundo gracias a un contrato de trabajo en Disney World como doble de... ¡Indiana Jones! ¿Te lo puedes creer?

Pues la verdad es que sí.

- ¡Anda! ¡Quién lo diría!- exclamé con fingida sorpresa.

- No me arrepiento. Fue un buen trabajo, aprendí inglés y conocí Florida. Y además me hice amigo del que sería socio de mi padre del estudio. Yo los presenté. Se lo tengo que recordar de vez en cuando para que me suba el sueldo.

Me entró la risa casi silenciada por el ruido del agua al chocar contra el techo de la caravana.

Se oyeron dos golpes en la puerta.

- ¿Esperas visita?- preguntó Indy.

Me acerqué a la entrada y con cuidado la abrí. Me imaginaba a un loco agarrado a una motosierra al otro lado. Pero no. Chorreando agua por los cuatro costados igual que el primer día que le conocí, estaba Sean.

Del estupor pasé al júbilo en un minuto y le abracé con fuerza. Me besó. Sus labios estaban cálidos en contraposición a su rostro húmedo. Me hubiera quedado pegada a su boca por horas indeterminadas pero oí una tos a mis espaldas.

¡Dios, Indy!

Sean fue el primero en echar un vistazo al interior.

- Tienes a Cocodrillo Dundee sentado en un sofá- dijo en un tono que distaba años luz de la alegría.

El aludido se acercó y le tendió la mano que Sean no estrechó. En su lugar pasó a su lado colocándose en mitad de mi salón-cocina-comedor y en esos momentos, también cementerio fantasmal.

Sean escrutó los alrededores como un perro sabueso. Estaba tan serio que empecé a pensar que la situación debía parecer peor de lo que yo imaginaba.

- Soy Eduardo, el... - empezó Indy.

- Y yo su novio- contestó Sean. Se volvió hacia él con una sonrisa que terminó de darme más miedo- Perdóname. He sido un maleducado- le tendió la mano que esta vez, estrecharon- La situación era un tanto... irregular.

Indy esbozó una sonrisa.

- Supongo pero tenía que explicarle unas cosas a la jefa.

- Y las once es la mejor hora del día- contestó Sean sin borrar la sonrisa.

- Bueno In... perdón Eddy, ya te ibas- intercedí yo acompañándole a la puerta, le empujé fuera pero él detuvo su cierre con el pie.

- ¡Es increíble! Él es...

- Ni una palabra- y cerré la puerta por fin. Me volví al interior lentamente con la sensación de que me esperaba una colleja.

Pero, ¡qué demonios! Por malo que pareciera para algún ojo perverso, no podía sentirme culpable de nada. Me crecí y estaba a punto de empezar a encaramme con él cuando asiéndome por los hombros, me atrajo hacia él.

- Por un momento creí sentir algo así como celos- dijo abrazándome- Pero ya se me ha pasado.

- ¡Menos mal!- murmuré aprisionada contra su pecho. A pesar de la caladura, olía estupendamente- Creí que me acuchillarías.

- ¿Por el Boy Scout? Aún tienes que mejorar a tus pretendientes. Éste parece un gemelo del Negativo con ropa de safari.

- Es únicamente un compañero de trabajo.

- Eso ya lo he oído antes.

Me zafé de su abrazo como puede.

- Oye, ¡me habías abandonado por Denise!

Me miró desde su altura con una sonrisa socarrona. La que ahora valía millones de dólares. Lentamente, bajó la cabeza y la acercó a mi cuello.

- La semana que viene empiezo un rodaje- sus labios se posaron en mi piel estremeciéndome- ¿Puedo ensayar contigo?

- Soy toda tuya- reí nerviosa.

Entonces me clavó los dientes a la misma vez que me quitaba la ropa.

- Te vas a arrepentir.

Amaneció el sábado en mi caravana con un vampiro atractivo metido entre las sábanas. Los rayos de sol jugaban por la moqueta y subieron a la cama. El mas valiente se aventuró a recorrer el brazo fuerte del hombre sin que se deshiciera por la luz.

Sentada contra el cabecero me divertía con la imagen. Sean entornó los ojos y al encontrarse con los míos hizo una mueca.

Le estampé la almohada en la cabeza.

- Eres un Drácula de tres al cuarto- declaré a la vez que procedía a lanzarme encima de la almohada y por consiguiente de su cabeza- No te churrasas con el sol.

Se libró de las dos con un simple manotazo.

- ¿No te han podido colocar una cama más pequeña?- masculló él rodando fuera- Se me salían los pies por todas partes.

- Es la caravana de Barbie. Todo chiquitito- salté al suelo y tomándole de la mano le conduje hasta la ventana- Pero mira lo que hay fuera.

Él también quedó sorprendido por la belleza de la imagen. Aquella mañana el agua tenía un color más violeta.

- Los primeros exploradores que llegaron a los Cayos la llamaron Islamorada por los caracoles morados que había en la zona...

- Venga, vamos al agua- tiró de mí hacia la puerta del dormitorio.

- Espera, estás desnudo.

- ¿Les importará a tus caracoles?

Asentí.

- A la mujer del vecino de enfrente no- dije entre risas mientras él seguía arrastrándome fuera de la casa. Al menos yo me había puesto una camiseta por la mañana.

Dimos la vuelta a la caravana hasta llegar al borde del mar. Sin miramientos, se lanzó de cabeza.

Metí un pie en el agua. Estaba apetezible. Levanté la mirada hacia Sean.

- Venga, valiente. Aún no se han despertado los tiburones- gritaba haciendo aspavientos con las manos.

Con aquellos gritos iba a amanecer medio camping. Muy bien. A la de una, me metí hasta las rodillas. A la de dos, lancé la camiseta a un arbusto. Y a la de tres, me encontré nadando hacia Sean sin importarme los tiburones, cocodrilos de agua salada, si es que existía alguno, o caracoles de las tranquilas aguas del Golfo de Méjico.

Sean había alquilado un Mitsubishi descapotable color negro. Mi pelo volaba cual capa de Superman mientras el coche aceleraba por la autopista Overseas.

- ¡Esto es vida!- exclamé en español mientras levantaba los brazos hacia el cielo transparente.

Cruzamos puentes, atravesamos diminutas islas y nos bañamos en cuantas pequeñas playas encontrábamos. Tenía la sensación de haberme fugado de vacaciones con el hombre mas fantástico del mundo, como poco.

Acabamos el día en la playa de Miami Beach. Sean escondido tras sus gafas de sol y su gorra, uniforme estándar de los famosos, mientras yo observaba los carteles de neón de los edificios Art Decó de la calle Ocean Drive encenderse paulatinamente.

Miami no era lo que rondaba por mi imaginación. Quizás fuera mejor.

Sean estaba pegado al teléfono. Contemplé su perfil a contraluz.

- ¡Arreglado!- exclamó volviéndose súbitamente hacia mí- Vamos a asearnos antes de cenar.

- ¿En dónde?

Se levantó y me ayudó a hacer lo mismo.

- Confía de vez en cuando en mí- me guiñó un ojo con una sonrisa- He estado aquí cientos de veces. Claro, que de juerga.

Sean había reservado habitación en el hotel Traymore. El edificio estaba alejado del meollo de South Beach y tiraba a modesto. La habitación era gigante con un ventanal enorme que daba a la playa. El mar se oscurecía velozmente bajo mi supervisión mientras oía el agua de la ducha correr a mis espaldas.

- Vuelvo en un momento- gritó Sean una vez que me colé dentro del baño.

El chorro fuerte me golpeaba la espalda. Era feliz pudiendo estirar los brazos en la ducha. Mi caravana no me proporcionaba las medidas adecuadas para tal opción. Debí disfrutar del espacio durante más de media hora hasta que creí oír un portazo.

Salí envuelta en la toalla. Sean había desplegado sobre la cama ropa que acababa de comprar.

- He calculado a ojo tu talla- me dijo echándome un vistazo- Creo que he acertado. Por cierto, no había demasiado para escoger a estas horas.

Me tendió un vestido vaporoso negro con tirantes de pedrería y sandalias a juego. Era precioso.

- ¡Ah!- gritó dándose un golpe en la frente mientras me lo probaba contenta- ¡Las mujeres lleváis bolso!

- No sabría que meter dentro- le tranquilicé. Ojeé mi imagen en el espejo. El vestido quizás era mas corto de lo que me gustaba y las sandalias, una talla de menos pero quedaba resultona.

- Tengo muy buen gusto- dijo abrazándome por detrás- Me ducho, visto y en medio minuto nos vamos a cenar.

Cenamos en un restaurante cubano poco concurrido a aquellas horas y fuimos a bailar a la discoteca Set. Un portero musculoso embutido en una camiseta negra me abrió la puerta del coche en cuanto aterizamos delante del local. Una cola de personas aguardaba delante de la entrada y nos miraban sin disimulo. Sean libre de gafas de sol ni gorra ni sudado atuendo de correr parecía quien era en realidad y algún flash no se hizo esperar. Unas chicas gritaron su nombre a mi derecha dándome un susto de muerte.

No recordaba con quien estaba saliendo hasta que me vi aplastada contra el pecho del portero. Sean había dejado de ser el chico normal que tenía al lado y volvía a ser un conocido actor de cine.

Seguí al portero que nos indicó que pasáramos al interior, a una zona más reservada. Desde allí veía la pista de baile y escuchaba la música pero no podía acceder a ella. Llegaron los acordes de la salsa y me dieron ganas de repente de bailar.

- ¿Te atreves?- le pregunté señalando la pista.

- ¿A bailar o a que me coman los tiburones?

Le cogí de la mano y sin apenas resistencia nos colamos entre la gente de a pie. La que yo solía ser. La que era.

Salvo aparentemente, algunas miradas indiscretas, no resultó tan mal como cabía esperar. Bailamos, reímos y dejamos que amaneciera.

Caminábamos por un paseo de tablones de madera que llevaba al hotel. El sol salía a nuestra derecha sin rastro de nubes. La arena lucía anaranjada en la playa.

- Te vas hoy, ¿verdad?- pregunté sin querer escuchar la respuesta.

- Antes de que el reloj dé las doce campanadas y me convierta en rana.

Nos sentamos al borde del paseo. Entrelacé los dedos de los pies con la arena aún fresca.

- ¿Adónde esta vez?

Me miró de reojo.

- A Japón.

- ¿Japón Asia?

Rió.

- No, Japón Massachusetts.

Me abracé a su bíceps.

- ¿Desde cuándo hay vampiros en el país del sol naciente?- inquirí.

- Desde hace milenios. Cuenta la leyenda...

- ¿Me la cuentas mientras me tumbo en la cama un par de horas?- me levanté de un salto- Estoy rendida.

Me dormí entre historias de hombres sedientos de sangre, batallas medievales y heroicas mujeres.

A mediodía volvía a estar en mi caravana. Parecía que la vida había retomado su camino y un sueño quedara atrás. Abracé mi vestido negro un segundo más, aún permanecía el olor de Sean en él. Lo guardé en la mesilla de noche y dirigí mi mente a tabiques de ladrillo sólidos.

El lunes, me planté en la obra con las ideas muy claras y unos cuantos presupuestos hechos. Tenía que hablar con mi jefe y después, si lo consideraba oportuno y no me despedía, con el señor X.

Indy salió escopetado del sótano de la casa en cuanto me vio a lo lejos y corrió hacia mí.

- ¿Todo bien?- me preguntó.

Demasiado bien.

Asentí con la cabeza.

- Me siento fatal por lo de la otra noche- continuó- ¿Se enfadó mucho?

- No te preocupes. Era un simple malentendido- tenía ganas de zanjar el tema pero no parecía dispuesto.

Se apartó el sombrero para secarse el sudor de la frente.

- Es Sean Weller, el actor, ¿no?- inquirió.

Y dale.

- Parece ser- me fui acercando a la casa seguida por él. No había lugar para darle esquinazo.

- Le vi en su última película. Fue estupenda. La pena es que no le dieran el Oscar- esperaba algún tipo de contestación pero por todo diálogo hice como si midiera algo.

- Hay que comprobar las alturas del garaje- dije.

- Lo hicimos el viernes.

- Pues no me cuadran.

Se interpuso entre mí y mi medición imaginaria.

- Con que me digas que no quieres hablar de ello, es suficiente.

- Tienes razón- ratifiqué dándome cuenta de mi reacción infantil- Lo siento. Me incomoda hablar del asunto. Se me hace extraño que le conozca todo el mundo.

- Dejaré el tema- y comenzó a alejarse- ¡Vaya con la mosquita muerta!

Sonrei mientras marcaba el teléfono de Mario Tornos padre. A ver que pasaba.

La semana terminó enseguida. La llamada de Sandra me pilló el viernes al calor del mediodía mientras echaba un ojo a los palés de ladrillo que llegaban por doquier.

- ¡Hola!- contesté feliz mientras cerraba la carpeta del proyecto.

- Estarás contenta, ¿verdad?- fue su saludo.

Me extrañaba que a ella le hubiera llegado mi triunfo sobre los materiales de la construcción. Mario no solía hablar de trabajo cuando estaba con ella. La verdad es que solía hablar de poca cosa.

- Bueno, pues sí...

- No te has enterado.

Ay madre.

- ¿A qué me vas a decir que han visto a Sean besándose con alguna actriz? Está rodando en Japón- más de lo de siempre.

- Pues sí, alma cándida. ¡Contigo!

Se me congeló la respiración.

- Si querías pasar al estrellato, lo has hecho muy bien- continuó ella- Apareces en dos páginas de la US Magazine.

- No me lo creo.

- Busca un kiosco y me llamas- me colgó antes de que pudiera borrar mi cara de asombro.

Indy me encontró en la misma postura, con el teléfono pegado a la oreja y ojos de susto.

- No me digas que tenemos que retirar los ladrillos.

Cada loco con su tema.

No acerté a decir nada durante unos segundos.

- ¿Dónde venden periódicos aquí?- salté de repente.

- En el supermercado de Angelo's.

- Vale. Me voy.

E ignorándole abandoné la obra.

Crucé los dos carriles con los pensamientos ajenos a los vehículos que me lo recriminaron a pitazos y me subí a mi coche. Lo arranqué y volamos por la autopista a al menos veinte millas por hora hasta el supermercado.

Me lancé del vehículo casi en marcha y aterricé delante de las baldas con periódicos y revistas. Busqué la US Magazine. Al menos, en la portada no me encontré.

Pasé las páginas con rabia hasta la número 24. Ahí estaba.

Fue una sensación muy extraña. Quizás se pareciese en algo a la vez que aparecí en la revista del colegio por quedar segunda en salto con saco. O quizás no. Me di cuenta que la cajera del supermercado ojeaba la revista por encima de mi hombro.

- ¡Qué suerte tienen algunas!- exclamó con una voz ronca rondando la masculinidad.

Me centré en las tres fotos que tenía delante de los ojos. Todas estaban sacadas en la discoteca Set y únicamente se nos veía bailando. Pero los titulares vaticinaban más allá que las propias fotografías:

¿Nueva novia para Sean Weller?

Después de su compañera de reparto Denise Daniels, el guapo actor renueva acompañante.

Respiré aliviada. Nadie sabía quien era yo ni a nadie le importaba. Un mero cotilleo sin más.

- Es curioso tu parecido con el de la muchacha esa- dijo la cajera señalando la revista.

- Pues yo no lo encuentro- dejé la revista en el montón y traté de escabullirme hacia la puerta pero ella se interpuso en mi vía de escape.

Me escaneó la cara como un reconocedor de pupila.

- ¿No te la vas a llevar?- preguntó al fin- Después de leerla la revista supongo que la comprarás.

- Ah sí, claro- la alcancé con rapidez y pagándola me marché bajo la mirada intensa de la cajera.

Respiré sentada en el coche. Seguro que aquella revista no la leía nadie. Podría mantenerme en el anonimato el resto de mi vida, o por lo menos el resto del año.

Conduje hasta la obra y entré en la isla con las risas de los obreros que se detuvieron en sus quehaceres para carcajearse de mi llamativo vehículo.

- Jefa- se me acercó Indy mientras yo me apeaba- con eso no intimidas a nadie.

Vio la revista en el asiento del copiloto y la cogió.

- Devuélveme eso- mascullé entre dientes con voz de ultratumba.

No solo no me hizo caso sino que la abrió quedando justa e injustamente por la página 24.

- Te queda bien el negro- señaló las fotografías.

- Por favor, que no se entere nadie- rogué casi de rodillas- Seguramente me echarían del trabajo y yo que sé que más.

- ¡Qué exagerada! Podemos salir con quien queramos, jefa. Pero no te preocupes, no tengo a quien contárselo. Además, nadie se fija en esas noticias. Venga, relaja esa cara, aquí tenemos unos problemas de los de verdad.

- ¿Qué ha pasado?- me alarmé.

- He pillado a Jesús con una botella de whisky.

- ¿Bebiendo?

Negó con la cabeza.

- Estaba cerrada pero no quiere ofrecer al resto. ¿Te lo puedes creer?

Y con un guiño me indicó que le siguiera.

Aparqué en el Barracuda una vez finalizada la jornada laboral. No había terminado de poner el pie en el suelo cuando la puerta de la recepción se abrió y apareció la recepcionista que me había atendido a mi llegada. Se acercaba tan rápida hacia mí que me asusté. La chapa con su nombre, Jennie, quedó a la altura de mis ojos en pocos segundos.

- Miriam. ¿Te gustó la caravana?

- Pues sí. Sé que me habían reservado otra y me la cambiaste por una mejor. Muchas gracias.

- De nada... ¿Es cierto que sales con Sean Weller?

Hala.

Me quedé más petrificada que el David de Miguel Ángel.

- Por favor, cuéntamelo todo- pidió entrelazando los dedos.

- No sé de que me hablas.

- Venga ya. He visto tu foto en una revista de la peluquería. Creo que era la J14, sí, es verdad y en la US Magazine y en... ¿cómo se llama la otra?

Resoplé.

- ¿Tanto me parezco?- traté de capearla de nuevo.

Pareció dudar un momento.

- Espera... no me engañes. Chao me dijo que entró la otra noche en recepción un hombre preguntando por el número de tu caravana. Creía que era Keanu Reeves.

¡Pues claro! ¡Y no le hice caso!

Vencida por K.O.

- ¿Lo sabe alguien más?- pregunté sin querer conocer la respuesta.

Se encogió de hombros.

- Margarita, la peluquera, y las que estaban esta mañana ahí.

-¿Muchas?

- No- contó con los dedos- tres.

Dentro de lo malo...

- Tres- continuó- y siete, diez y las gemelas, doce. Unas quince.

Madre mía.

- Cuéntame algo, muchacha- imploró.

- Somos amigos- expliqué tratando de parecer convincente- Nos conocimos en Los Ángeles y como he venido a trabajar aquí me ha hecho una visita. Eso es todo.

Me miró desolada.

- ¿Únicamente eso? ¿Seguro que no hay nada más?

- ¡Qué no!- esboqué una sonrisa de oreja a oreja aparentemente sincera además me permití añadir una de las frases de mi amiga Sandra- La prensa rosa es basura.

- ¡Y qué lo digas! Pero divierte. Bueno, te dejo darte una ducha que estás espantosa- me hizo un gesto con la mano para que me marchara- La verdad es que no pegáis

demasiado. Él tan guapo y tú... eso que no pegáis.

- Gracias- contesté ya desde la distancia.

Tenía ganas de telefonar a Sean pero por un lado, seguro que no era la hora adecuada en Japón y por otro, se reiría del asunto. Parecía importarme más a mí. ¿Por qué? Quizás porque me imaginaba las persecuciones de fotógrafos, cámaras saliendo de la ducha, imágenes robadas sacando la basura en zapatilla de oso de peluche... Eso es lo que había visto en la televisión. Pero conmigo no iba a suceder nada similar, no era famosa, ni conocida y ni siquiera me habían pillado besándole. Esto pasaría a la historia.

¡Claro que sí!

Las siguientes semanas transcurrieron lentas. Los horarios de Sean y los míos no cuadraban y nos dábamos por satisfechos con alguna llamada ocasional y mensajes a todas horas. Y así entramos en junio.

La obra avanzaba con vida propia. Noté en Indy cierto distanciamiento, quizás se debiera a que temiera que Sean le reventara la cabeza la próxima vez o porque tenía algún problema doméstico. La cosa es que estaba más centrado en las cuatro paredes que en el resto del mundo.

- ¿Todo bien?- pregunté después de tres días escuchando únicamente mis pensamientos.

Agitó la cabeza despertando del ensimismamiento.

- En orden, jefa- contestó.

- ¿Seguro?

Se sentó en una piedra secándose el sudor de la frente.

- Las mujeres son difíciles- declaró a modo confidencial.

- Unas más que otras.

- Nunca se sabe lo que quieren.

- Igual si se pregunta...

Elevó la mirada que mantenía a ras de suelo hacia la mía.

- ¿Sabes lo que te digo, jefa? ¡Qué me da igual!-expresó contento- ¿Te apetece una aventura?

Me quedé un poco aturdida.

- Tengo novio.

Se levantó de un salto riendo.

- Ya lo sé, mujer. Me refiero a una visita por la Florida salvaje.

- Bueno... - me moría de ganas- ¿Cuándo?

- Ahora. No llueve y tampoco hay demasiados turistas.

Dio unas cuantas órdenes a los obreros y dejando al capataz a cargo de la faena, cruzamos la carretera hacia el aparcamiento. Señaló mi coche.

- Necesitamos algo fiable. De ese desconfío- abrió el Range Rover- Jefa, adentro.

- ¿Por qué fiable?

- No te querrás quedar tirada entre cocodrilos, ¿verdad?

Me senté en el asiento del copiloto. ¿Se pensaba que íbamos a estar rodeados de caimanes? Un poco exagerado, ¿no?

Arrancó el coche camino a tierra firme.

- ¿Pensabas que te proponía un lío?- preguntó mirándome de reojo.

- ¡Yo que sé!- traté de defenderme- Estás muy raro últimamente.

- Eres la chica de un tipo que maneja lanzagranadas. No se me ocurriría ni toserte.

- Y, ¿qué es lo que te pasa?

Por la ventana dejábamos poco a poco atrás Islamorada.

- Mi novia me ha dejado.

- Vaya. Lo siento. ¿No le gusta vivir en una caravana?

- Parece que no le gusta vivir conmigo- hizo un gesto con la mano quitándole importancia- Pues nada, nosotros a pasarlo bien.

- Mi novio está lejos pero está. Recuerda.

- ¡Qué manía! No me gustan mis jefes. Y si intentas algo será acoso laboral.

Sonrei. Las ruedas pisaban tierra firme en la península.

Durante todo el día, recorrimos canales en canoa inmersos entre extraños árboles de raíces colgantes, cocodrilos por doquier, tortugas gigantes, cervatillos miedosos y un precioso puma. Precioso porque lo vimos desde muy, muy lejos.

El calor era aplastante, varios días después, a media mañana con la humedad aumentando a pasos agigantados. Me senté debajo de la sombra de una palmera y dirigí mi mirada hacia la casa. Estaba quedando preciosa. Pero, ¿quién no pensaría eso de un hijo?

Al haber finalizado con los muros exteriores no se podía ver lo que aún faltaba del interior haciendo que pareciera casi terminada. En aquel momento pintaban la fachada en color blanco.

Al mismo tiempo habían empezado a construir la piscina. Tenía ganas de que la acabasen para hacer una prueba conmigo dentro.

El todoterreno de Indy entró en la isla levantando arena a su paso. Bajó del coche con una peculiar mirada en los ojos. Pareció buscarme con la vista y cuando me halló se acercó rápidamente.

- Echa un vistazo a esto. Te vas a reír- me tendió una revista arrugada que llevaba aplastada en el bolsillo trasero del pantalón.

US Magazine. ¡No!

- No pienso mirar nada- rechacé la revista con la mano- ¿Sale Sean besando a alguna? Me da igual.

- Pues no es eso.

Pasé la vista del panfleto rosa a Indy y viceversa.

- Entonces, ¿qué pasa?- pregunté.

- Que eres una fresca.

- ¿Disculpa...?

Abrió la revista por una hoja y escondió los ojos tras ella.

- Me parece fatal que después de que el guapo actor te esté construyendo una fabulosa mansión, le engañes con el arquitecto.

La emprendí contra la publicación y se la arranqué de las manos.

- ¿Qué?- miré las fotografías con espanto. No dirían nada sino fuera por los textos que las rodeaban.

Indy se echó a reír.

- ¿Has visto que guapo salgo?

En dos fotos se me veía en la obra, en una hablando con Indy, en tres por los Everglades. Leí:

¡Le han puesto los cuernos a Sean Weller!

Después de que el guapo actor le esté construyendo una fabulosa mansión en los Cayos de Florida a su reciente novia, ésta le engaña con el arquitecto de la

misma.

Según demuestran las fotografías, la desconocida visita las obras a diario. Y no ha dudado en dejarse ver haciendo arrumacos con el joven y atractivo arquitecto dando un paseo por los Everglades.

¿Lo sabrá el actor? Quizás dentro de poco vuelva a ser un codiciado soltero.

- Venga, tiene gracia- dijo Indy tratando de apaciguarme- No tienen ni idea de nada.
- Pero nos están siguiendo.
- No demasiado. Sino sabrían que vives en una caravana. Y este joven y atractivo arquitecto, en otra.
- Me pregunto que va a pensar mi abuela.
- Esto no llega a España. Tranquila- me sujetó la mano que aún blandía la revista- No tiene importancia.
- Me estás tocando- rei- ¡Imagínate con lo que saldrán la próxima vez!
- La guapa desconocida y el atractivo arquitecto mantienen sexo en la obra.
- No te pases.
- Vale, jefa. Ni soy arquitecto ni atractivo.
- Perfecto- y riéndonos rompimos la revista en cientos de pedazos de colores.

La cara de Sean parpadeaba en mi móvil mientras trataba de llegar hasta él luchando con la puerta corredera del baño. Por fin me abrí paso y lo alcancé.

- Estaba a punto de colgar- manifestó Sean en tono serio.
- Mi baño no está hecho para mujeres voluminosas- contesté aún sofocada por la pelea.

No hubo sonrisas al otro lado de la línea.

- Me han llegado ciertos chismes- continuó.
- ¿Cuál? ¿Que me has regalado una casa o que me he liado con el arquitecto?
- Entiendo que son mentira- indicó tajante.

Me senté en el sofá abrazando las rodillas.

- ¿Sean Weller está celoso?
- No.
- ¡Ya!- lancé una carcajada- Estás celoso.
- No. Contéstame.

Me quité el turbante que recogía mi pelo mojado y lo lancé al otro sillón riendo.

- Me hace gracia que la historia haya dado un giro. Ahora soy yo la que aparezco en la prensa.
- Pensaba que te disgustaban esas cosas.
- ¡Y claro que no me gustan! Pero, ¿qué quieres que haga?- la conversación comenzaba a irritarme.
- Puede que estés llamando la atención.

Me levanté del sillón de un salto perdiendo la toalla en el camino.

- ¡No me lo puedo creer! ¿Me estás echando la culpa? Me paso todo el día trabajando. Es lo único que hago.
- No parece ser lo único.

Increíble.

- Prefiero cambiar de tema. Me estoy poniendo de mal humor.

Un largo silencio.

- Tienes razón- dijo al fin más sosegado- No paran de calentarme la cabeza. ¡Y estás tan lejos! Quería hacerte una visita la próxima semana pero David me lo ha desaconsejado.

- ¿Por qué?- mi gozo en un pozo- ¡Todo es mentira!
- Para no avivar nada. Quizás en un mes...
- ¡¿Un mes?! ¿Treinta y un días?- grité desolada.
- Treinta. Junio tiene treinta días.

A la porra junio.

- Dile a David que es un... - me detuve. No parecía haber persona más sensata que el agente de Sean- Es un fastidio. Ya está.
- Lo sé. Ya veremos que hacer. Trata de pasar desapercibida pero con lo bien que te queda el casco de obra, no creo que sea posible.
- Soy un bombón derretido al sol.
- Ánimo.

Y sin más, colgó. ¿No podía terminar las conversaciones de alguna forma más laboriosa?

Me re Coloqué la toalla en su sitio mientras echaba un ojo al calendario del móvil. En un mes me adentraba en julio. Más calor y más humedad.

¿Cuánto costaría un billete a Tokio? Tenía que mirarlo pero aún no me concederían las vacaciones.

Me puse el pijama y triste como un pingüino sin pareja, fui a prepararme la cena.

El sábado aprovechaba a hacerme unos largos en la piscina pequeña del camping Barracuda cuando una voz conocida me llamó. Bracé hasta el borde y sonreí al Negativo.

- Señor constructor, ¿qué hace usted por aquí?- pregunté apoyando los codos en tierra firme.

Se quedó en cuclillas con una diminuta y casi imperceptible sonrisa en el rostro.

- Venía a invitarte a comer.
- Estupendo. ¿Un baño?

Miró el agua con recelo.

- Creo que esperaré a que termines.
- Cobardica.

Sus facciones quedaron algo descolocadas.

- Campeón de la UCLA de cien metros, guapa- contestó iracundo.
- ¡Ja! Estás muy esmirriado para eso.

Seguramente cabreado se quitó la ropa a trompicones y en calzoncillos se lanzó de cabeza al agua. Empecé a nadar rápido mientras me daba la risa floja sintiéndome perseguida por un tiburón enfadado, hasta que una mano me hundió la cabeza dejándomela sumergida un buen rato.

Salí a la superficie tosiendo agua por las orejas.

- Te lo has buscado- apuntó con el pelo rubio pegado a la frente.

- La venganza será terrible- grité empezando a perseguirle. El Negativo nadaba o más bien volaba por la superficie del agua mientras yo me las afanaba por mantenerme a flote.

Tras tragar mitad del contenido de la piscina, me di por vencida.

- Vale. Nadas muy bien. Me rindo.

Sonrió tomando aire a mi lado. Y de pronto, por el raballo del ojo noté algo extraño. Me giré. Un tipo con una cámara fotográfica con un objetivo gigantesco huía entre los arbustos de la avenida Dolphin.

- Esto es de locos- mascullé viéndole alejarse a toda prisa.

- ¿Qué sucede?

Le miré de soslayo y a pesar de mi enfado, me entró la risa.

- Prepárate. Vas a salir en las revistas en ropa interior.

-¡Miriam!- llegó gritando la recepcionista- ¡Se me ha escapado!

Apoyó las manos en las rodillas jadeando a nuestro lado.

- Lo siento muchísimo- resopló- Eché una ojeada al programa de "Comida para pensar con claridad" y en un segundo, se colaron aquí.

- No te preocupes- dije saliendo fuera de la piscina y secándome con la toalla- pensé que se aburrirían y me dejarían tranquila pero ahora ya saben hasta donde vivo.

- Por mi boca no ha salido ni una palabra- me indicó Jennie señalándose los labios- Lo prometo.

Se dio cuenta de que estaba acompañada y lanzó al Negativo una mirada curiosa que se tornó expectante cuando él salió del agua en calzoncillos.

- Cariño- susurró Jennie con un movimiento de su melena rubia- Esta noticia va a ser la bomba.

Key West o Cayo Hueso, el nombre original de la isla más al sur de los Cayos de Florida, desbordaba actividad a últimas horas de la tarde. Los antiguos piratas, comerciantes y maleantes que durante siglos atracaron en aquella población se habían convertido en turistas, algunos ilustres como Ernest Hemingway y otros no tanto, como los que ahora nos congregábamos para ver el atardecer en el muelle Mallory Square entre artistas callejeros, malabaristas, tiendas de recuerdos y bonitos veleros.

Mario suspiró a mi lado y me di cuenta de que al menos llevaríamos media hora sin intercambiar palabra.

- Gracias por haberme traído a comer a Cayo Hueso, es un sitio precioso- dije haciendo que me dirigiera un rápido vistazo.

- A veces sé ser agradable.

- Los sábados te quitas el uniforme de ogro de la constructora- reí.

- Si no me pongo duro cualquier niñata se me intenta subir a la chepa.

- Nada de niñata, amigo. Soy la jefa.

Soltó un bufido meneando la cabeza.

- Eso únicamente vale para mi hermano- esbozó una ligera sonrisa.

- Ya que sacas el tema- comenté elevando la voz por encima de la de un tipo que en un inglés extraño trataba de imitar a un corsario- ¿qué sucede entre vosotros dos?

¿Os lleváis tan mal como parece?

- ¿Eduardo y yo?- se extrañó- No. Simplemente somos diferentes.

- Es lo que tiene la genética, nos hace distintos.

- No te rías de mí- me empujó con el codo- Él se marchó de casa en cuanto tuvo la oportunidad y yo me quedé colgado con todo el marrón. Eso es todo. Pero no le odio ni nada por el estilo.

- ¡Quién lo diría!

- Simplemente he asumido el papel de malo de la película.

- Que te queda como un guante- conseguí que sonriera abiertamente hasta que cayó en la cuenta de algo y su rostro volvió a ensombrecerse.

- A propósito de cine- se lanzó a decir- ¿qué tal te va con Mister Hollywood?

- Muy bien- contesté con las mejillas algo enrojecidas producto del sol tardío o de la pregunta.

- ¿A pesar de no veros nunca? ¿Se puede llevar una relación a tan larga distancia?

- Le quiero Mario. Esté donde esté.

Se removió en el asiento.

- ¿A él, a su dinero o a la fama?- me preguntó directamente.

- ¿Crees que me atraen la fama y el dinero?- me levanté del banco estirando las piernas algo molesta.

- No lo tomes a mal. A cualquiera le gustaría- se puso en pie a mi lado- ¿No te hace buenos regalos y te lleva a cenar a sitios caros? No hay nada de malo en sentirse atraído por esas cosas.

- Te equivocas conmigo, Mario.

- ¿Qué te regaló por Navidad?

Sonreí al recordar la caja que llegó por mensajero a Madrid el pasado 25 de diciembre. Un abochornado mensajero disfrazado de Papá Noel. Mis sobrinos estuvieron a punto de morir de gusto o de infarto al verle.

- Un simple reloj- contesté de vuelta a la realidad con mi tedioso acompañante.

Se le iluminó la cara como si acabara de decir una mansión en Beverly Hills.

- Supongo que se trata del Tag Heuer de tu muñeca.

Me daban ganas de estrellárselo en la cabeza.

- Yo que tú tendría cuidado- continuó él- debe rondar los cinco mil dólares.

¡Caray! Era un reloj precioso pero de ahí a costar tanto... Escondí el brazo tras la espalda involuntariamente.

- ¿Y qué pasa con Sandra?- salí por la tangente.

Su sonrisa quedó solidificada en su rostro sonrosado.

- No tenemos demasiado en común- apuntó tras unos largos y silenciosos segundos.

- No me lo creo.

- Se trata únicamente- añadió obviando mi comentario- de una relación física. Y eso tiene fecha de caducidad.

Evité imaginarme cualquier contacto físico entre mis amigos y volví la cabeza buscando el coche.

- ¿Dónde hemos aparcado?

Señaló con la cabeza la calle Whitehead por la que habíamos llegado al muelle desde la playa y emprendimos el regreso.

- Además, creo que tiene a otro- agregó.

- ¿Quién?- pregunté atónita siguiéndole a grandes zancadas.

- Pensé que tú lo sabrías. ¿No eres su amiga?

Me encogí de hombros.

- Esa es la pregunta del millón.

Las casas de madera de vistosos colores con vallas de tablones blancos y vegetación exuberante, pasaban a nuestro lado.

- Creo que es director o guionista o algún otro mequetrefe de tu mundillo de Hollywood.

- Te estás ganando una colleja- le amenacé con el puño.

Se detuvo en un aparcamiento. Allí estaba su Ford Mustang de alquiler.

- ¿Quieres que te lleve de vuelta o no?- elevó una ceja.

- Supongo que podré aguantarte un par de horas más.

- Supongo que yo también. Anda, sube.

Durante dos largos días llovió exageradamente. A veces se detenía y entre las nubes asomaban unos extensos y dorados haces de luz que chocaban contra la superficie del mar para, acto seguido, dejarse engullir por el cielo grisáceo.

Desde el sofá de mi pequeño hogar, veía y escuchaba a las gotas rebotando a mi alrededor. Cerré el libro por décima vez.

Había cometido un fallo garrafal. Se me había olvidado traer cualquier tipo de lectura a Florida y lo echaba mucho de menos, sobre todo cuando jarreaba de aquel modo.

Por suerte o desgracia, además de útiles platos, vasos, e inútiles mantas de lana, la caravana venía con una docena de novelas en inglés. La antigua inquilina debía ser una fanática de la literatura romántica y pese a que nunca me había interesado ese tipo de lectura, me encontré devorando hoja tras hoja.

Miré la portada de “Amor Salvaje”, un hombre musculoso y una mujer medio desnuda tumbados en la arena de la playa, y lo abrí por donde me había quedado:

El mar rompía tranquilo en la arena y la brisa había dejado de mover las flores de los arbustos. Hacía calor a pesar de ser ya de noche cerrada.

Christine se descalzó y hundió los pies en la arena notando cosquilleo en las plantas. El agua le mojó los tobillos refrescándola al instante. Levantó la falda por encima de las rodillas y avanzó unos pasos en el mar. Las ganas de darse un baño la invadieron y comprobó con atención que no hubiera nadie por los alrededores.

Estaba sola. Únicamente acompañada por el brillo intermitente de las estrellas y de la luna, fina como un papel.

Se liberó del vestido lanzándolo a la orilla. Notó el fresco en los muslos y la piel se le puso de gallina.

- Pareces una sirena- dijeron a su espalda.

Se giró en redondo hacia él. A la tenue luz de la luna estaba el guía de la expedición.

- ¿Qué hace aquí?- preguntó Christine buscando con la mirada su ropa.

- Lo mismo que tú- explicó él avanzando hacia ella- Tratar de aliviar el calor.

Se quitó la camisa con un solo movimiento. Christine no pudo evitar clavarle la vista en su torso desnudo y fibroso. Él se desvistió completamente y se metió en el agua.

Recorrió la distancia que les separaba en un breve segundo y la asió la cabeza con ambas manos besándola apasionadamente.

Ella no trató de liberarse de su presión ni siquiera quiso intentarlo. Sus dedos se deslizaron por su delicado cuello y bajaron por su espalda quedando aún más prisionada contra su cuerpo.

- Te voy a tomar ahora mismo, quieras o no- gruñó a su oído- Vas a ser mía.

Cerré el libro algo acalorada. Suficiente por hoy.

La obra estaba parada. No se podía entrar en la parcela ni siendo lombriz. Hasta que no cesara la lluvia en su intento de borrar del mapa nuestra isla, no podíamos ni colocar un azulejo así que transcurrió el segundo día de diluvio metida entre cuatro paredes metálicas.

Me levanté con ánimo y agarrando del armario las botas de agua que tuve que comprarme al segundo día de mi llegada y sabiendo que alcanzaba con ellas la imagen más sexy del pescador de truchas, me lancé a la calle.

Volví a entrar. El paraguas.

Ya surtida, me vi andando a la caravana de Indy. Sabía que lindaba con la carretera y que era grande. Cuando me acercaba a la primera posibilidad y con el puño en alto para aporrear la puerta, ésta se abrió de golpe dejándome frente a frente con una mujer morena guapa terriblemente enfadada. Las palabras malsonantes que iba profiriendo antes de encontrarnos enfrentadas quedaron volando hasta que las sepultó la lluvia.

- ¿Quién demonios...?- preguntó al verme.

- Me parece que me he equivocado- giré sobre mis talones rápidamente.

- Un momento- la oí a mi espalda- Tú eres... ¡Eduardo! ¡Ven aquí!

No. No me había equivocado.

- Susana, creo que...- en el umbral de la puerta apareció Indy- Ah, hola Miriam.

- Creo que vengo en mal momento- murmuré.

- Ya no, guapa- espetó ella- Aquí está todo dicho- y mirándome con desdén desapareció en el interior de la caravana.

Indy apoyado en la puerta me guiñó un ojo.

- Está un poco enfadada.

- Algo he notado.

- Me parece que ésta va a ser la segunda vez que rompamos- hablaba él cuando Susana salió de entre los dos y arrastrando una maleta se dio a la fuga por la avenida Tiburón- Sí, claramente va a ser que sí.

- Vaya. Lo siento. ¿Puedo hacer algo?

Él rió.

- Espero que no. Ya has hecho suficiente- hizo un gesto con la mano- Anda, entra.

Me colé en la caravana. El suelo era de baldosa en vez de moqueta pero el mobiliario y la decoración se semejaban mucho a la mía. En contraposición, contaba con un dormitorio más en una especie de anexo y un baño amplio.

Una vez que Indy terminó de enseñarme sus posesiones, me señaló el sofá del salón.

- ¿Estás bien?- pregunté aposentando el trasero.

- ¡Claro! ¿Por qué no iba a estarlo?

- La vi tan enfadada... ¿me paso de entrometida si te pregunto qué pasaba?

Se reclinó hacia atrás en una silla que colocó enfrente de mí e hizo un gesto mostrándome la mesa que nos separaba. No me había dado cuenta que la cubrían una docena de magulladas revistas.

Empecé a comprender.

- ¡Ay no!- me eché las manos a la cabeza- ¿Se piensa que tú y yo...? Vamos a buscarla y se lo explico.

- Déjalo. Es una excusa más. Unos días es por una cosa y otros por otra. Ya da igual- comentó apesadumbrado. Dejó caer la mirada pero acto seguido, elevó los ojos hacia mí con una sonrisa renovada- ¿Se puede saber por qué has metido al rancio de mi hermano en todo esto?

- No me digas que ya sale él.

- Esto es un triángulo amoroso en toda regla.

Me dejé caer derrotada hacia el respaldo.

- No sé qué hacer.

- Parece difícil ser famoso.

- Es más difícil no serlo, créeme- resoplé. En cualquier momento, recibiría una llamada de Sean preguntando porqué demonios salían las palabras calzoncillos, Negativo y servidora en la misma página de una revista o peor aún, Sandra me telefonaría gritando porqué demonios salía su novio en calzoncillos junto a una servidora.

- Vamos a algún sitio seco- apuntó Indy de repente.

Tomó las llaves del coche y seguido por mí y mis pensamientos, salimos a la calle.

Es cierto que sonó el teléfono un día después pero no fue ninguno de los dos supuestos. Ni siquiera se asemejaba.

Había amanecido con sol. Entré en la obra chapoteando entre los charcos y a punto estuve de resbalar en uno y sentarme encima. Pero había adquirido cierta pericia y en el último segundo, me agarré a una rama de un árbol y salvé la vida o al menos, el orgullo.

Me vibró el pantalón. Saqué el móvil y miré el número que me llamaba. Prefijo de Los Ángeles.

- ¿Sí?- contesté sorprendida.

- A ver, niña- ¡mi jefa!- No sé que has hecho pero mañana vuelves para aquí.

- ¿Qué?

Tosió sonoramente.

- Aeropuerto, avión, Los Ángeles- masculló como cuando se pensaba que no la entendía.

- ¿Y obra?

- Obra en buenas manos. Adiós.

El diálogo de pieles rojas me había dejado obnubilada. Al rato, empecé a comprender. Todo el asunto de la prensa rosa había perdido su punto gracioso. ¿Quién se habría enterado y montado en cólera primero: el señor Tornos o el señor X? Sería una suerte que al día siguiente no perteneciera a la lista de desempleados.

Lo peor: en mi interior me sentía avergonzada por ser la novia de un actor. No tenía ventajas que Sean fuera famoso y además me iban a apartar de lo único que sabía hacer, mi trabajo.

Pateé unas cuantas piedras, me manché de barro el pantalón hasta las rodillas y busqué a Indy para despedirme.

Julio
Los Angeles

Aterricé en la soleada California en un día gris. Un día gris de epidermis para dentro porque fuera de mi cuerpo, el sol brillaba apoteósicamente. La indignación, la impotencia y unas cuantas más que comenzaban por “i” me llenaban el cerebro.

¡Yo no he hecho nada! Me defendía a mí misma ante un imaginario tribunal de la Inquisición. ¡A la hoguera, a la hoguera!

- Estás sudando- me dijo Sandra al abrazarme en la terminal del aeropuerto.

¡A la hoguera!

- ¿Me perdonas?- rogué anclada en su abrazo.

- ¿Por chapotear con mi, a veces, novio en ropa interior? ¡No seas tonta! Él es agua pasada y ha resultado divertido. Los tengo a mares, puedo permitirme prestarte alguno de vez en cuando- rió.

Anduvimos cogidas por la cintura hasta el coche. Me senté en el asiento del copiloto observando aquel trayecto hasta el 692 de Ocean Drive. Se me hacía extraño volver.

Allí volvían a estar todas mis cosas. Ordenadas, algo sucias pero en el mismo sitio. Después de un paréntesis mi vida regresaba a Manhattan Beach.

- Sandra- grité desde el rellano de mi habitación- ¿Me contratarás en tu tienda si me despiden mañana?

- Ni en broma- contestó desde algún lugar de la planta baja.

Respiré hondo y pisé de nuevo las baldosas de mi dormitorio. Nada había cambiado.

Sean me llamó cuando iba camino del trabajo. Nerviosa como me encontraba no quise coger el teléfono. Me sentía culpable por dudar de nuestra relación pero vivíamos en dos mundos diferentes, lo que él siempre trató de explicarme y no quise entender.

Subí en el ascensor con el estómago empujado y escondido detrás del páncreas. La recepcionista me guiñó un ojo mientras me señalaba con la mano el despacho de Mario Tornos padre.

- Suerte- leí en sus labios.

Caminé cabizbaja. *Alea iacta est*, dijo un tal Julio César mientras entraba en la Galia haciendo oídos sordos a todo el mundo. Igualito a mi situación actual.

Llamé a la puerta y cuando creí escuchar un murmullo proveniente del interior, la abrí.

El sol de la mañana se colaba a raudales por los ventanales de la habitación. La madera de los muebles y estanterías brillaba como si estuviesen recién encerados.

- Pasa Miriam- me dijo el señor Tornos con su voz grave. Desde cerca, el parecido con Indy era asombroso- Quiero decirte que estamos muy satisfechos con tu trabajo en Miami pero vas a volver a encargarte de tu proyecto anterior.

- ¿No me va a despedir?- tuve que hablar.

- ¿Debería?- preguntó volviendo toda su atención hacia mí.

Negué con la cabeza hasta casi salirseme de sus engranajes.

- Hubiera sido una injusticia bastante entendible- añadió.

- Gracias a que tengo fuentes fidedignas en Florida no estás en la calle- esbozó una sonrisa esquiva- ¿Alguna pregunta?

- No. Estoy feliz.

- Estupendo- regresó su interés a una pecera de la que jamás me había dado cuenta- Dentro de un tiempo, puede que vuelvas a Miami pero por ahora otro compañero continuará la supervisión de la obra. Angélica te explicará el resto.

- Gracias- anduve hacia la puerta pero su voz me detuvo.

- Gracias a ti. El señor X estaba muy impresionado. Espero que tu compañero esté a tu altura.

Salí del despacho hinchada de orgullo. Saludé por los pasillos a la gente con una sonrisa de oreja a oreja.

Soy un hacha. Soy una máquina.

- A ver, criatura- bramó mi jefa haciendo que toda la planta se girara hacia ella y luego hacia mí- ¿Qué voy a hacer contigo?

Me acerqué rápidamente antes de que los compañeros comenzaran a interesarse con el asunto.

- Hola Angélica.

- Niña, hay que madurar- me tendió una carpeta de siete toneladas- Empieza con esto.

Cuando sonó el teléfono lo cogí rápidamente.

- ¡Sean!

- Soy Eduardo.

- ¡Indy! ¡Qué alegría!

- ¿Indy como Indiana Jones?

Me mordí la lengua.

- Disculpa. El jet lag me hace estragos.

- Mi hermano ya me advirtió sobre tus apodos.

Traté de cambiar de tema.

- Sé que le has hablado bien a tu padre de mí.

- ¿Por qué no iba a hacerlo? He sido objetivo y Mario también. Le ha debido de costar bastante encontrar palabras agradables sobre alguien pero lo ha logrado. ¿Qué tal todo?- preguntó. A lo lejos se escuchaban martillazos.

El ruido me transportó a la belleza de los Cayos.

- De nuevo en la civilización. Puede que en un tiempo, me dejen volver allí.

- Eso sería estupendo. Se te echa de menos. Bueno, jefa, me reclaman. Cuidate.

- Lo mismo digo- y colgué.

Después de más de un mes hablando frecuentemente en español, se me hizo difícil acostumbrarme al inglés veinticuatro horas de nuevo. En mi cabeza luchaban frases en los dos idiomas para ver cual se quedaba con el trozo de cerebro del lenguaje. Ansiaba llegar a casa y dejar de pensar con palabras.

Al abrir la puerta, mi bonito sueño se vino abajo.

- ¡Miriam!- gritaron varias voces a la vez mientras me abrazaban.

Los Hilfiger al completo me rodeaban cotorreando al unísono. Era conmovedor comprobar el cariño que parecían tenerme. Me dejé achuchar y hablamos por los codos. El inglés se alojó victorioso en su esquina cerebral.

Unas horas después me tumbé exhausta en la cama. La lámpara del techo bailaba con la brisa que se colaba por la ventana relajándome.

Cuando parecía haber llegado a algún estado de inconsciencia milenaria, sonó un golpe contra la pared. Me erguí en la cama sobresaltada.

Otro porrazo. Venía del tabique de enfrente. Justo el que compartíamos con la casa de los vecinos. Se empezaron a escuchar un sinfín de ruidos. Parecían martillos,

taladros... ¿sería un recuerdo de lo que había dejado en aguas del Golfo de Méjico?

Bajé las escaleras y salí al porche. La casa colindante expulsaba humo por las ventanas.

- Están de obras- comentó Sandra que leía una revista en una hamaca nueva.

- ¿Por qué? ¿No la habían reformado hace poco?

- Los ricos no saben en que emplear su dinero. Salvo yo, tengo una hamaca impresionante.

Una radio sonó a todo volumen.

- Los obreros trabajan a todas horas, incluidos los fines de semana. Menos mal que escuchan música bastante decente- gritó Sandra tapándose las orejas con las manos.

Cuando entré de nuevo en la casa, mi móvil cantaba a ritmo de Darth Vader apoyado en la encimera de la cocina. Lo cogí al vuelo.

- Hola Sean.

- Hola preciosa. ¿Qué tal por California?

- ¿Ya te has enterado? Te lo ha soplado Sandra, ¿verdad?- me senté en un taburete tratando de escuchar la conversación con los martilleos constantes.

- ¿No habías dejado las obras en Florida?

- Los vecinos quieren martirizarnos. ¿Qué tal estás tú?

- Bueno, todo va sobre ruedas. Creo que en poco tiempo voy a estar a tu lado.

El corazón me saltó de alegría.

- Disté un buen espectáculo en Miami- continuó haciéndome hervir la sangre rápidamente.

- Yo no...- intenté decir con sapos y culebras impidiéndome articular palabras biensonantes.

Sean lanzó una risotada.

- Te perdono- tuvo la osadía de decir.

- Eres un...

- Venga. Es broma. Entiendo muy bien lo que la prensa hace con los famosos. Lo he sufrido demasiadas veces y muchas, para mal.

Respiré más tranquila.

- Necesito que me hagas un favor- continuó-tengo unos papeles guardados en la caja fuerte de mi dormitorio. Necesito que se los des a David en cuanto puedas.

- Sin problema.

- ¿No preguntas qué es?

- ¿Quieres que lo pregunte?

- La verdad es que prefiero que no - contestó- ¿Podrás controlar la curiosidad?

- ¿Con quién crees que estás hablando?- me señalé molesta- Iré mañana sábado.

- Muchas gracias. Apunta por ahí la clave de las puertas.

- ¡Eh! Tengo hueco en la cabeza aún. Puedo acordarme.

Percibí una sonrisa.

- Muy bien. Te dicto.

¿Quién era capaz de poner una contraseña de dieciséis dígitos? ¿Rockefeller? Para cuatro muebles que había en la casa y tres láminas sin valor, una clave imposible.

Era mi segundo intento. Al tercero, seguro que se bloqueaba la casa y llegaban volando los SWAT para detenerme.

Me podía más el orgullo y me sentía incapaz de llamar a Sean para pedirle que me repitiera los números una vez más.

Lo intenté de nuevo. Una luz roja me indicó que había metido la pata otra vez.

Azucé el oído por si escuchaba acercarse el helicóptero por el que se descolgarían los policías hasta llegar a mi encuentro. Ni rastro.

A la izquierda, detrás de una curva, apareció un coche. Era de la empresa de seguridad.

Genial.

- Supongo que es la señorita Sanabria, ¿verdad?- inquirió uno de los vigilantes cuando bajaron del vehículo situándose a mi lado.

Asentí desconcertada.

- El señor Weller nos avisó que metería la clave mal mil veces antes de llamarle por teléfono. Así que hemos venido para evitarle la molestia.

No daba crédito.

El vigilante con una sonrisa imprecadera marcó una retahíla de números en la verja y ésta se abrió. Después me acompañaron a la puerta de la casa.

- ¿Se acuerda de éstos?- preguntó sin aparente sarcasmo mostrándome el teclado.

Iba a asentir mi orgullo pero le callé.

- No me acuerdo más que del primero.

El vigilante tecleó la contraseña y empujó la puerta.

- Que pase un buen día, señorita- y acto seguido desaparecieron hacia su coche.

Tendría que aguantar la burla de Sean durante un mes.

Subí las peligrosas escaleras sin barandilla hacia el dormitorio y entré. Carmen, la señora de la limpieza había estado hacía poco y aún se notaba el aroma a melocotón que dejaba por donde iba. Parecía que todos los productos de limpieza que utilizaba tenían el mismo olor.

La caja fuerte estaba en el armario. Abrí las puertas de madera que estaban al lado del baño. Me encontré con un vestidor palaciego pero con poca ropa colgada en las perchas. A la derecha, incrustada entre zapatillas de deporte y una par de zapatos de vestir, estaba la caja. No era una combinación numérica sino alfabética y había resultado más fácil de aprender. Tecleé “Miriam” sonriendo. La puerta se abrió con un chasquido. Encontré el portafolios del que me había hablado Sean y lo saqué. Al fondo de la caja había varios fajos de dinero. No más de dos mil dólares a ojo de ladrón de guante blanco. Cerré la puerta y alejé el portafolios de mi vista mientras bajaba las escaleras.

- No pienso ver lo que guardas en la tripa- le dije sin mirarle.

Una vez en el coche, lo situé con delicadeza en el asiento del copiloto y decidí poner la directa a casa del agente de Sean. Sería incapaz de no echar un vistazo al contenido si permanecía conmigo demasiado tiempo. Comprobando que ya era una adulta decente, conduje a Santa Mónica contenta.

Durante el fin de semana, me aclimaté de nuevo a la vida en Los Ángeles. La humedad era menos acuciante y la temperatura por la noche, más agradable en comparación con Miami. El agua del mar no tenía el color turquesa de los Cayos ni su placidez pero valía perfectamente para un chapuzón.

Había conseguido dejar en las manos de David sin echarle un ojo lo que fuera que Sean guardaba en aquel portafolios. El agente me había abierto la puerta enseguida avisado de mi llegada y no me había dado ninguna explicación del asunto. Tampoco yo se la había pedido. Me brindó una de sus magníficas sonrisas y punto final.

El tema “portafolios secreto” ya me había ocupado demasiado tiempo así que lo borré de la cabeza mientras me duchaba por la tarde. Los obreros nos habían dado tregua y era capaz de escucharme a mi misma mientras cantaba bajo el grifo.

El agua caliente desapareció recibiendo un duchazo de la congelada. Cerré el grifo de un salto.

- ¡Deja de cantar que estoy durmiendo!- gritaba Sandra desde el piso inferior.

Me la imaginaba agarrada al grifo del agua caliente para fastidiarme. Cabrita.

Entonando el Ave María de Schubert fui preparando mi escaso vestuario para la salida nocturna del sábado.

La semana laboral arrancó demasiado pronto. Todavía ojerosa de bailar hasta el amanecer, el lunes se me hizo muy largo. Y el martes. Y el miércoles. Y el jueves. El viernes, no.

- Mañana estaré contigo- ese fue el mensaje que me llegó a mediodía.

Por consiguiente, me tiré el resto del día bailando por las esquinas, cantando Norah Jones y trabajando sin darme cuenta. Quería organizar algún tipo de fiesta en su casa. Al fin y al cabo, era verano, hacía calor y el amor estaba en el aire, no se necesitaban más pretextos.

- Conozco a un dj buenísimo- comentó Sandra contenta- Bombón Weller llega a las cinco de la tarde lo que nos da tiempo suficiente para preparar un fiestón.

- Pensaba en algo más íntimo.

Sabía que eso no sería posible desde que se me ocurrió comentarle mis planes.

- ¡Ah, no! Los Burberrys somos especialistas en festejos.

- Hilfiger.

- Prefiero a Armani.

Suspiré.

- A estas alturas de la historia no pienso cambiar el mote.

- Cabezota- buscaba algo en su móvil- Aquí está el teléfono. No te preocupes de nada más- dijo poniéndome una mano en mi hombro- Va a ser algo sencillo.

- No te creo.

Se echó a reír.

- Miento muy mal, ya lo sé- se alejó con el móvil pegado a la oreja.

La bola de nieve había comenzado a rodar y se haría cada vez más grande hasta no caber en el salón de Sean. Me iba a matar.

Eché un ojo a mi compañera que haciendo aspavientos recorría la terraza de un lado a otro mientras reía al teléfono. Empecé a pasar auténtico miedo.

- Eh- me chistó Sandra desde la puerta- Tienes que comprobar que haya al menos diez enchufes en el salón.

Asentí con la cabeza. Por la mañana me acercaría a la casa antes de que la asolase el ciclón Sandra.

You hear the door slam and realize there's nowhere left to run. You feel the cold hand and wonder if you'll ever see the sun. You close your eyes and hope that this is just imagination, girl! But all the while you hear the creature creeping up behind. You're out of time... [T]

Di un salto en la cama apto para los Juegos Olímpicos. Busqué mi antiguo despertador por todas partes pero no era él quien me había resucitado a voz en grito.

Me tapé la cabeza con la almohada mientras algún obrero de la casa vecina emulaba a Michael Jackson sin ningún tipo de complejo.

Eran las ocho y media y brillaba el sol. Tenía tiempo de darme un baño en el mar, desayunar y acudir a la casa de Sean antes de los preparativos del evento del siglo.

Teclé la clave sin problemas esta vez, por fin me había aprendido los dieciséis dígitos, y entré.

Me encontré frente a la casa de Sean. Un intento fallido y costoso de arquitectura moderna.

Dieciséis dígitos diferentes y me colé en el espacioso salón. A pesar del calor reinante en Los Ángeles, aquella casa no dejaba de ser fría. Las paredes desnudas blancas y los escasos muebles de diseño ergonómico no ayudaban a paliar la atmósfera helada. Estaba claro que necesitaba una mano femenina con buen gusto. ¿Conocía a alguien así? Sonreí para mis adentros y echando una última ojeada a la solitaria mesa del salón y sus aburridos amigos muebles, salí al jardín.

Me entretuve con la panorámica de la ciudad que se obtenía desde el borde de la inmensa piscina. Los altos edificios del centro sobresalían entre la neblina de contaminación y las pequeñas casas y mansiones de los distritos periféricos.

Tomé prestadas varias buganvillas fucsias y alguna otra bonita flor de nombre desconocido y entré de nuevo en la casa por la puerta de la cocina. De entre sus pulcros y brillantes estantes busqué algún tipo de jarrón. Me tuve que conformar con una jarra de cristal macizo que al llenarla de agua casi me descuajeringa el hombro del peso. Metí las flores y cargando con el improvisado jarrón con la ayuda de las dos manos, los bíceps y los dientes, lo transporté hasta la mesa del salón que rogaba, no cediera bajo su peso.

No quedaba nada mal. Mi primer toque femenino había surtido efecto y la estancia ya no era tan demacradamente blanca.

Menos aquel sobre azul chillón.

Me quedé transpuesta un segundo. Algo no encajaba. Hacía un rato breve, escaso, demasiado escaso aquel sobre no estaba encima de aquella mesa. ¿Podría jurarlo? Podría pero, ¿qué más daba?

Detuve mis pensamientos a una orden. Eso no estaba allí hacía un cuarto de hora. ¿La mujer de la limpieza había entrado sin darme yo cuenta? Respiré hondo. Sí, esa era la explicación.

Tomé el sobre entre mis manos y me peleé mentalmente contra la curiosidad. Solo una ojeada. Parecía una invitación de boda. Y lo era.

Leí el texto extrañada:

Andrea y Sean

*¡Por fin nos casamos!
Quince años después de nuestro primer beso,
nos gustaría que nos acompañarais al acontecimiento del año:
Nuestra Boda.*

Mastiqué las palabras trabajosamente. ¡Qué cursilada!

- Quince años después de nuestro primer beso- dije empalagada- Puaj.

Dejé caer la tarjeta encima de la mesa mientras me regañaba inconscientemente. Andrea estaba muerta y por mas rabia que me diera, había sido la mujer de Sean. La había querido, deseado, besado... dejé de imaginar y posé los ojos sobre la invitación. Había caído del revés y las palabras en tinta roja que se leían en su cara posterior nada tenían que ver con lo anterior.

*Fuiste el culpable, ¿recuerdas?
Eres un asesino.*

Me quedé de nuevo petrificada. Era una letra historiada que poco tenía que ver con la escritura descuidada de Sean. Aquello no lo había escrito él.

- ¿Carmen?- grité con un hilillo de voz.

Deseaba que la señora de la limpieza me contestara acto seguido pero el eco de mi llamada no obtuvo respuesta y quedó resonando un rato por la estancia.

Alcé la vista hacia la cristalera que daba al jardín consciente de un movimiento a mi espalda. El cristal me devolvió una tenue imagen de mi persona. ¿En qué película al niño protagonista le pasaban cosas así? “En ocasiones veo muertos”.

Por si acaso Andrea me estaba jugando una mala pasada me dieron ganas de pedir perdón a voz en grito y en ese momento de paranoia habitual mío, le vi.

Fue un reflejo borroso en el cristal justo detrás de mí. Una respiración agitada, casi animal. Un olor fuerte. Una voz seca y el ruido de un movimiento cuando corta el aire. Después dolor.

Dolor punzante y oscuridad.

Estaba en una boda.

Todos los invitados vestían de blanco immaculado. Sentía la brisa del mar en la cara. Mis pies desnudos aparecían semienterrados en la arena. Levanté la vista hacia la carpa que ondeando al viento y al Pacífico guarecía a los contrayentes.

- Sean- se oyó la voz de un personaje bajito que se encontraba entre la pareja- ¿Quieres a Andrea como esposa?

- Sí- contestó el aludido y por un segundo, volvió su vista hacia mí.

- ¡Objeto!- me oí chillar de repente- ¡Esta boda es una farsa!

El agua del mar me salpicaba el rostro conforme me encontré avanzando hacia la carpa.

- Soy yo la que debería estar ahí-grité con un viento súbito huracanado que ahogó mis palabras- Esto no puede ser real.

- Miriam- la voz suave y pausada de Sean me hizo contener las ganas de abofetearle.

- Cásate conmigo- supliqué. El agua me impedía abrir los ojos- Por favor.

- Miriam. Eso no puede ser. Ya ha pasado todo.

Me daban ganas de tirarme de los pelos.

- Pero, ¿por qué? Tú me quieres, ¿verdad?

- Tranquila. Abre los ojos. Ya ha pasado todo.

- ¡Y venga!

Intenté fijar la mirada en él. Veía borroso. El sol había salido de nuevo de entre las nubes y brillaba a mi alrededor. Distinguí a Sean a mi lado tomándome de la mano. Un paño frío cubría mi frente.

- Bueno, aquí estás- dijo con una sonrisa de alivio en los labios.

Ni iba vestido de blanco ni nos encontrábamos en ninguna boda. Estaba tumbada en una cama levemente inclinada. Un hombre con bata blanca me dirigía haces de luz a los ojos.

- Parece que está bien- apuntó- Pero hay que hacer una revisión completa. Ha sido un buen golpe.

Intenté levantarme pero Sean me lo impidió.

- Un rato quietecita- bajo su sonrisa, los músculos de la cara aparecían tensos.

- ¿Sabes cuál es tu nombre?- me preguntó el hombre.

- ¿Y esa pregunta?- dije.

- Contesta al doctor- apremió Sean.

- Miriam.

- ¿Qué día es hoy?- interrogó de nuevo el sujeto.

-Pues... sábado no sé qué de julio.

- ¿Sabes lo que te ha sucedido?- se adelantó Sean al médico.

Mi memoria aún vagaba por la dramática boda.

- Han entrado en casa y te han dado un golpe en la cabeza- su rostro reapareció grave- Pero tienes la mollera muy dura.

A pesar de que “mollera” lo dijo en un curioso español, no sonreí. Un escalofrío me recorrió la espalda.

“Cuidado. Es un asesino”. La voz de aquel hombre pegada a mi oído sonó en estéreo.

Me incorporé de un salto sin que Sean me pudiera detener esta vez.

- ¡El sobre!- grité- Dejé un sobre en tu mesa.

Por toda respuesta, Sean me envolvió entre sus brazos dejándome sin respiración.

- Vuelvo en un rato. Descansa un poco- dijo el médico antes de salir por una puerta corredera de cristal.

- Creí que te había matado- le flaqueó la voz a Sean- Cuando Carmen me llamó... pensé que me volvería loco antes de que aterrizara el avión.

- Había algo escrito en la invitación- murmuré tratando de respirar bajo su férreo abrazo.

- Lo sé- dijo apoyando mi cabeza en su pecho. Su corazón latía con ganas- Hay muchas cosas que tengo que contarte.

“Cuidado. Es un asesino”. Oí de nuevo la voz. Y de pronto, una imagen atravesó mi memoria. En el rodaje de París, la mirada de Sean al acuchillar a la pobre desafortunada me había perturbado insensatamente. Pero ahora recibía un significado en el que no quería creer. Desde mi poco conocimiento del mundo delictivo, era... parecía... podía ser... la mirada de un asesino.

Tres horas después seguía en el Hospital Cedars-Sinai en observación. Lo único que presentaba era un dolor de cabeza descomunal pero se empeñaban en que permaneciera tumbada por si las moscas.

Esperaba la llegada del doctor cojo y desagradable de la serie de la tele en cualquier momento con su séquito de matasanos para decirme que tenía alguna enfermedad

del Congo pero fue Sandra la que traspasó la puerta de cristal con cara de enfado.

- ¿Se puede saber por qué me haces sufrir de esta manera?- exhortó de tal forma que creí le seguiría a la pregunta un bofetón.
- Pero, ¿qué culpa tengo yo?- dije a modo de defensa.

Su rostro se relajó pero mantenía los ojos enrojecidos de llorar.

- Casi me muero del susto- me cogió de la mano con fuerza- ¿Estás bien?

Asentí con determinación haciendo que con el movimiento de la cabeza, ésta me doliera aún más.

- Espero que este hospital me lo cubra el seguro- comenté- Parece lujoso.

Ella se rió.

- La *crème de la crème*. Por estos pasillos han arrastrado sus hermosos pies Julia Roberts, Jessica Alba, Halle Berry, Britney Spears...
- ¡Para! Me ha quedado claro: no hay salario mensual que lo cubra.

Estaba ya a un nanosegundo de salir corriendo cuando hizo su aparición Sean junto a un hombre canoso con buena planta. Por el rabillo del ojo visualicé el escaneo al que le sometió mi amiga.

- Buenas tardes- dijo mirándonos a ambas- Si me disculpa señorita me gustaría hacerle unas preguntas a la agredida.

Esa era yo.

Sandra abandonó la estancia con una sonrisa pícaro en el rostro y me guiñó un ojo cuando hubo llegado a la puerta antes de desaparecer por ella. Incombustible.

- Soy el Inspector Cruz de la policía de Los Ángeles- no noté ningún acento hispano en su pronunciación- El señor Weller ya me ha relatado los hechos desde que entró en su vivienda. Me gustaría que usted hiciera lo mismo.
- Poco hay que contar- me parecía absurdo hablar en inglés con alguien que se apellidaba Cruz pero me abstuve de meter la pata- Llegué sobre las once de la mañana, quité la alarma, eché un ojo al salón y decidí cortar unas flores... ¿me estoy pasando con los detalles?
- No. Continúe lo está haciendo muy bien.
- Salí al jardín...
- ¿Por la puerta del salón?- preguntó.

Asentí.

- ¿Cuánto tiempo permaneció fuera?
- No sé. Un cuarto de hora quizás y fui a la cocina. Por la puerta que da a la misma- ya había comprendido como iban los interrogatorios- Busqué un jarrón, eché agua a las flores y regresé al salón con esa jarra que pesa como el plomo. La coloqué en la mesa y entonces vi un sobre del que antes no me había dado cuenta.
- ¿Seguro que no estaba cuando entró?
- Eso creo- al tratar de recordar, la cabeza me volvía a doler con intensidad. Apoyé la mano donde había recibido el impacto. Estaba vendado tan a conciencia que parecía me hubieran extirpado un trozo de cerebro.
- Igual podríamos continuar en otro momento- apuntó Sean viendo mi movimiento.
- Estoy bien. Me apetece volver a casa de una vez- dije sonriéndole- Apostaría a mi casera que el sobre apareció después de mi llegada.

¿Se hablaba siempre de una forma tan extraña en un interrogatorio?

- ¿Vio lo que contenía?

Le conté todos los detalles. Las letras rojas. La sombra detrás de mí. El golpe. Pero lo que me dijo el individuo al oído no lo mencioné. Quizás fuera parte de mi imaginación. El pánico que había sentido en el momento de saber que no estaba sola en aquel salón, podía haber alterado todos mis sentidos. Igual nunca me habló.

- Parece que no necesito mucho más- dijo al fin- Una última pregunta incómoda- nos lanzó una mirada a los dos- ¿Qué relación mantienen ustedes?
- Somos amigos- contestó rápido Sean.

¿Amigos?!

Ni siquiera se atrevió a mirarme. Otra punzada en la cabeza.

- ¿Amigos?- mi pensamiento salió al exterior por medio de palabras- ¿Solo somos amigos?
- Novios- se oyó al Inspector mientras apuntaba en una libreta.
- Perfecto- susurró Sean.
- Sí, perfecto- mascullé yo.
- Pues ya está todo- nos dio la mano- Siento que se le escapara el Oscar- dijo ya desde la puerta- Era una buena interpretación.
- La próxima vez.

El Inspector hizo una mueca indeterminada.

- Nunca se sabe- y se marchó.

Sean volvió su cabeza hacia mí noventa grados.

- Resultas muy simpática con una conmoción cerebral- expuso arisco.
- No somos amigos.
- ¿No vamos al cine, paseamos, vemos el baloncesto...?- se sentó a mi lado.
- Y muchas veces te despiertas junto a mí.
- Son las mejores mañanas.
- Pelota.

Se rió.

- Venga, no te molestes. Lo dije para que no te metieran más en la investigación.
- ¿No crees que estoy lo suficientemente metida?- le señalé el vendaje de la cabeza.

Su rostro se volvió sombrío de nuevo.

- ¿Me lo vas a contar?- pregunté acariciándole la mano- ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

Se pasó los dedos por el pelo despeinándolo.

- No es la primera carta que recibo.
- ¿No? Pero, ¿por qué no me lo has dicho? ¿Cuántas han sido?- pregunté atropelladamente.
- Recibí la primera el día del estreno de la película de “Manhattan Beach”. Estaba en el jardín. Después una cada dos semanas.

Traté de contabilizar el número exacto pero me dio una nueva punzada de dolor en la cabeza.

- Parecía que las lanzaban desde fuera de la parcela. Por eso no me preocupé en exceso. ¿Quién podía pensar que entraría en la casa?

Como yo me había quedado muda de espanto, él continuó:

- No soy el primer actor al que le pasan estas cosas. Hay muchos fans pirados, a los psicópatas les atraen más las celebridades. Una vez encontré una chica desnuda en el armario de mi habitación de hotel.
- No quiero preguntar qué pasó después.
- Mejor.

Abandoné la imagen rápidamente y me concentré en lo importante.

- ¿Sabes qué significa el mensaje de la invitación?
- ¿Lo de que soy un asesino?- se encogió de hombros- Me parece que solo me he cargado gente en las películas.

No sabía si tenía que contárselo pero me pareció necesario que lo supiera.

- El tipo ese me susurró unas palabras antes de dejarme sin sentido- dudé- Me dijo: “Cuidado. Es un asesino”.

Él pareció no darle importancia a mis palabras.

- Es un tanto reiterativo- se levantó- Ahora que la policía lleva el asunto, debemos dejar de preocuparnos. Es mejor que no nos acerquemos a la casa. Por lo que solo me queda una cosa por hacer: pedir asilo a tu agradable casera.

- Buf. Difícil. Ten cuidado con lo que te puede pedir a cambio.

- He hecho cosas peores- respondió con una sonrisa.

- Me refería a dinero, cochino.

Empezó a reír camino de la puerta.

- Ten fe- dijo y se marchó.

El Hotel Shade fue el cobijo de Sean durante las dos siguientes semanas. Sandra resultó inmune a sus encantos y a su dinero así que durante algunos días yo cambiaba mi habitación estilo retro de Ocean Drive por una suite lujosa con bañera de hidromasaje al lado de la cama a nueve minutos a pie.

Durante ese tiempo, empezó la promoción de su película "Red Killer" en la cual Charlize Theron aparecía escasa media hora antes de ser acuchillada sin piedad. Mis temidos contactos físicos con la guapa actriz se sucedieron con todas menos con ella. Algo terrorífico.

Las críticas fueron bastante buenas para una película de asesinatos, sangre y miedo. Me pasé tres partes de la proyección escondida bajo el brazo de mi casera, más debido a las escenas tórridas que a las de violencia.

Con la película de vampiros japoneses suspendida momentáneamente por problemas con la productora, Sean empezaría a viajar a lo largo y ancho del planeta vendiendo al asesino rojo. De programa de televisión en programa, de cine en cine... el mundo del celuloide no parecía tan liviano como yo lo había idealizado.

- En menos de un mes, estaré de vuelta- dijo mientras me acariciaba el pelo sentados en la arena de la playa viendo anochecer.

Asentí. La idea de quedarme de nuevo sola con un agresor suelto no me parecía demasiado alentadora. Llevaba quince días sin dormir de un tirón con un batiburrillo de sueños en los que se mezclaban asesinos y actores de Hollywood, cartas amenazantes y guiones de películas.

- Sean, Miriam- Sandra nos llamaba desde el paseo. Su tono de voz nos hizo girarnos hacia ella con rapidez- Hay algo que tenéis que ver.

Sean fue el primero en llegar a ella mientras yo terminaba de desalojar la arena de mis zapatillas de deporte. Su cara pasó del entretenimiento a la preocupación a la vez que leía detenidamente una revista que Sandra le había entregado.

Me acerqué sin querer saber que pasaba. Ahora que las cosas regresaban a la normalidad, aspiraba a no salir de ella. La tensión en el rostro de Sean comenzó a preocuparme y avancé un paso más hasta alcanzar con mi mirada el texto del artículo. Hablaba sobre la mujer de Sean, Andrea Wilson.

Sean arrugó la revista antes de que pudiera leer nada más.

- Esto es una tontería- masculló enfadado.

- Lo están poniendo en la tele- dijo Sandra pausada. Tomó aire- Han enseñado más fotos.

- ¿Qué fotos?- pregunté yo mirando a ambos.

- ¿Por qué tienen que salir con esto cuatro años después?- Sean seguía estrujando los papeles entre las dos manos- ¿Vuelvo a ser famoso y hay que destruirme de nuevo?

- ¿Qué es lo que pasa?- casi grité esta vez.

Sandra le dirigió un vistazo a Sean pidiendo el beneplácito antes de contestarme.

- Hay unas fotos en las que aparece la mujer de Sean en... actitud cariñosa con otro hombre. Pero- se giró de nuevo hacia él- pueden ser de antes que estuvierais juntos.

Él negó con la cabeza.

- El vestido que lleva, se lo regalé yo.

Hubo un silencio largo que rompió una bicicleta al pasar a gran velocidad a nuestro lado.

- ¿Sabes quién es él?- indagué.

Torcí el gesto.

- Me da igual.

- Puede que estén trucadas- añadió Sandra.

- Ya nos enteraremos- Sean cogió el móvil y marcó- David, hay algo que tienes que ver... ¿Ya lo sabes? ¿Qué hacemos?

Su voz cada vez sonaba más alterada. Le tomé de la mano y pareció apaciguarse.

- Es una vergüenza...- continuaba diciendo- después de tantos años. Quiero saber quien hizo esas fotos y quien es el tío que manosea a mi mujer.

Apreté mi mano.

- Gracias David, llámame en cuanto sepas algo.

Parecía que los acontecimientos no se iban a detener por el momento.

Sean se marchó a Europa con la promoción de su película pocos días después, dejando atrás la ingente cantidad de porquería que iban removiendo alrededor de su antiguo matrimonio.

Me di cuenta de lo poco que sabía de su pasado. Conocía lo obvio, su mujer había muerto en un accidente de tráfico dos años antes de que nos conociéramos. Pero ignoraba que simplemente la atropelló un coche cruzando la calle, una forma absurda de morir cuando llevaban escasos meses casados.

Eché un vistazo a las fotografías de nuevo. Eran diez de diferentes momentos y aparentemente, diferentes días. En las más explícitas, Andrea llevaba puesto un vestido que Sean con bastante mal gusto, le había regalado. Al parecer, ella habría fallecido pocos días después de estas últimas instantáneas.

¿Por qué salían ahora a la luz?

Para Sean tenía que ser muy duro volver a revivir el pasado y más aún cuando se presentaba algo distorsionado. De todas formas, allí no había ninguna duda de la infidelidad de Andrea, se mirara por donde se mirara.

- Era muy guapa- dijo Sandra apoyándose sobre mi hombro.

- Y un poco fresca.

- Con poco, te quedas corta- me arrebató la revista- Bueno, asunto zanjado. En Hollywood estas cosas pasan todos los días.

- Lo sé pero Sean está destrozado.

Sonrió.

- Lo único que le duele es la frente. ¡Menudos cuernos que le han salido! ¡Se piensan las estrellas de cine que solo ellos tienen derecho! Después de esto me cae mejor su mujer.

- Sandra te estás pasando.

Me hizo un gesto con la mano ignorándome.

- Mojigata.

- Bruja- murmuré y di un nuevo repaso a la revista.

Agosto Los Angeles

Habían pasado veintisiete días de impertérrito calor, humedad y baños de mar cuando sonó el teléfono. La melodía que acompañaba al malévolo Darth Vader me hizo botar en el asiento de alegría.

- Hola preciosa- la voz de Sean me dejaba aturdida- ¿Estás bien?

- Perfecta- contesté pletórica.

En los últimos días habíamos conversado muy poco. Ambos estábamos ocupados y localizados en puntos distantes del planeta.

- He reservado mesa para cenar esta noche. Apunta: Restaurante Melisse a las nueve.

- Melisse a las nueve- repetí.

- Ponte guapa.

- Pues claro, ¿con quién crees que estás hablando?

Sonó su risa antes de colgar.

- ¿A cenar al Melisse?- comentó Sandra pendiente- Eso suena serio.

- ¿Por qué?

- Porque conozco a más de una docena de chicas a las que le han pedido allí matrimonio.

La lancé un cojín que consiguió evitar.

- No quiero oírte- grité con una sonrisa y amenazando con otro cojín.

- ¡Claro que sí!- la batalla de cojines estalló- Creyó que te habías muerto, eso hace recapacitar al más duro. Seguro que te pide matrimonio.

Me detuve. La verdad era que me trataba con mas mimo desde que me encontraron tirada en el suelo de su casa. Recibí un almohadazo en la cabeza.

- Te lo estás pensando, ¿verdad?- siguió ella triunfal- ¡Cómo tenga razón!

Desistí de seguir pegando golpes a diestro y siniestro contra una especie de Karate Kid y me senté en el sofá.

- No me quiero casar con él.

- ¡¿Por qué?!

Sandra se repantigó a mi lado.

- Porque... pues porque... ¡soy joven!- exclamé hallada una respuesta válida.

- Joven, lo que se dice joven, no eres.

¡Maldita adolescente!

- Y... - proseguí- aún no lo conozco lo suficiente. Por ejemplo, no tenía ni idea de lo que le había pasado a su mujer.

- Mejor. Más divertido.

Me levanté de un salto.

- Pero, ¿por qué me estás haciendo pensar en estas cosas? Él no quiere casarse conmigo. Ya me lo dijo bien claro.

Se estiró bostezando sonoramente.

- Ya me contarás después de la cena.

Infantilmente la saqué la lengua y salí a despejarme a la terraza.

Well, Rhonda you look so fine and I know it wouldn't take much time for you to help me Rhonda. Help me get her out of my heart... [T]

Había conseguido olvidar las paranoias de mi casera gracias a la voz a capella del obrero de los vecinos, a una hora escasa de la cena. Hasta que ella entonó la marcha nupcial cuando me vio bajar por las escaleras.

- Te odio- farfullé.

- Las niñas monas no dicen esas cosas.

Me estiré la falda.

- Lo tomaré como un cumplido- eché un ojo al espejo del salón y di una vuelta sobre mi misma.

- Un poco más de escote no hubiera estado mal.

Cogí las llaves del coche y respirando el aire impregnado de la colonia dulzona de Sandra, salí por la puerta.

Llegué antes de tiempo, para variar. La puntualidad era uno de mis peores defectos. Si hubiera nacido en Inglaterra sería como una más, aquí me tocaba esperar siempre.

Abrí la puerta del restaurante, era un local pequeño, recogido, con cierto estilo francés. El maitre me lanzó una sutil mirada.

- ¿Tiene reserva?

- Creo que a nombre de Sean Weller.

Su rostro mutó hacia la afabilidad.

- Por supuesto. Aún no han llegado los demás. Acompáñeme.

Le seguí entre pequeñas mesas con la música de un piano escondido en algún lugar. ¿Los demás?

La mesa estaba en un apartado, preparada para tres comensales. Me senté mirando a mi alrededor mientras el hombre me ayudaba con la silla.

- ¿Algo de beber mientras espera?

- Solo agua.

Se marchó con una leve inclinación de la cabeza. Jugueteé con los cubiertos mientras pensaba en el tercer sujeto. ¿Sería Kim? La hermana de Sean nos había acompañado a cenar a muchos sitios. La idea me pareció buena ya que Kim me había caído muy bien desde el principio y me había hecho sentir parte de su pequeña familia.

- Tan puntual como siempre- me encontraba de espaldas a la puerta por lo que no le había visto entrar.

- ¡Sean!- me giré contenta dispuesta a abrazarle hasta estrangularle pero me detuve.

No. No estaba solo y la tercera persona en discordia no era Kim. Ni se le parecía.

- Miriam, te presento a Rhonda. Una buena amiga.

Le faltaba añadir que era modelo de lencería. Me sentí poca cosa ante aquel monumento femenino. Curvas delineadas por un llamativo vestido rojo a juego con sus labios pintados, llevaba una melena corta rubia ondulada con algún mechón cayendo sobre unos ojos maquillados hasta la extenuación con largas pestañas.

- Encantada- me tendió la mano.

- Igualmente- reaccioné rápidamente girando la cabeza de aquella afrodita a Sean.

Por cualquier aclaración el susodicho me plantó un beso rápido en los labios y desplazó la silla para que se acomodara Rhonda.

Una vez sentados los tres, el silencio lo rompió el camarero al traer mi agua y tomar nota del resto de peticiones.

- Conozco a Rhonda desde el instituto- comentó Sean tranquilo- Luego coincidimos en algunas clases de interpretación.

- Solo en algunas- añadió ella- porque solía saltárselas para ir a jugar al hockey.

- ¿Eres también actriz?- pregunté por llenar el siguiente hueco.

- Oh, ojalá. He hecho de modelo de lencería...

¡Lo sabía!

- Algún pequeño anuncio- continuó- pero nada importante. Mi agente sigue creyendo en que algo está por venir pero ya no le hago caso.

- Es una pena. Valías más que yo- dijo Sean echando un ojo a la carta.

- Te lo agradezco- sonrió enseñando unos dientes perfectamente alineados- pero la edad corre en mi contra.

- No seas tonta- murmuró Sean y posó su mano sobre la de ella- Todo el mundo sabe que las mujeres de edad tienen papeles más interesantes.

Ella le propinó un golpe en la cabeza. No pude evitar reírme pese a los gestos innecesarios de ternura.

- Cuando me lo encontré en Nueva York- siguió ella alegre- le noté muy cambiado. La última vez que le vi fue cuando... murió Andrea. Estabas hecho un asco- le miró con lástima- y ahora, respandece. ¿Qué has hecho con él mi pequeña amiga?

Ni pequeña, ni amiga.

Me encogí de hombros. Era la pregunta del millón de dólares.

Se me adelantó cuando iba a responder.

- Me dije, Rhonda no hay que dejar pasar a este hombre, y le seguí el resto de la promoción.

La frase me dejó aturrida unos instantes.

- ¿Desde Nueva York?- la pregunta me salió sola- ¿Habéis estado viajando juntos desde hace veinticinco días por todo el mundo?

- Así dicho suena bastante mal- intercedió Sean levantando la vista de la carta que ya se me antojaba como un objeto perfecto con el que atizarle sin contemplaciones.

¿¿Suena mal?! ¡Suena como un intento de homicidio!

- Solo somos amigos- aclaró ella apoyando su mano delgada sobre mi brazo- No te preocupes.

- No me preocupo- dije tratando de parecer desinteresada- Habrá sido muy cansado.

- ¡Qué va! Ha sido un viaje muy placentero- tuvo ella que añadir.

La pierna se me disparó y acabó contra la espinilla de Sean. Él lanzó un quejido ahogado.

- ¿Estás bien?- preguntamos ambas a la vez.

- Perfecto- me dirigió una mirada indescifrable- ¿Ya sabéis lo que queréis pedir?

La cena se me hizo interminable. Traté de acallar mis fueros internos deseosos de escena melodramática y me concentré en no demostrar ni un ápice de inseguridad.

- Eres una chica estupenda- fue el comentario de Rhonda fuera ya del local.

- ¿Quieres que te lleve?- me preguntó Sean.

- He traído mi coche- contesté monocorde.

- A mí no me vendría mal- dijo ella- Mi hotel queda muy lejos.

Sean pasó la mirada de la una a la otra.

- Vale- volvió a detenerse en mi persona- Después puedo pasar a verte.

- Mañana tengo que trabajar y estoy cansada- contesté secamente.

- Será solo un rato...

- No Sean. Encantada Rhonda. Tengo que marcharme- y tras una sonrisa me dirigí a mi vehículo con la cabeza alta y el corazón encogido.

Sean se interpuso entre la puerta del coche y mi persona.

- No ha pasado nada- dijo buscando mis ojos- Es solo una amiga.

- Para el Inspector Cruz yo también era una amiga- traté de acercar la llave a la cerradura sin éxito- Al menos podías habérmelo comentado por teléfono.

- Te hubieras preocupado sin necesidad.

- ¿Yo?- me señalé con las manos- ¿Preocuparme porque mi novio se pase un mes de ciudad en ciudad con una rubia despampanante? ¡Qué cosas dices!

- ¿Lo ves?

Conseguí abrir la puerta y me colé en el coche.

- ¿Nos vemos mañana?- preguntó él antes de que me encerrara en mi refugio.

- Como quieras- y arranqué el coche.

Estaba tan molesta, celosa y harta que no pude dormir. En su momento me advirtieron de que Sean era infiel por naturaleza, ya se me había olvidado. También había rezagado al olvido mis complejos. Pero ahora, aparecía con una diosa romana con la que resultaba imposible la comparación.

Ella ganaba por K.O.

El reloj del móvil marcaba las cinco de la madrugada cuando me levanté y traté de pensar en el trabajo, en las vacaciones, en mi familia, en todo lo que se me pasaba por la cabeza que me hiciera ilusión pero mi mente volvía hacia él y aumentaban mis ganas de cometer alguna locura.

A las siete empezó la serenata del obrero:

Help me Rhonda. Get her out of my heart ... [T]

Lo que me faltaba.

Así que cuando llegué a casa derrotada del trabajo, mi humor rozaba el negro oscuro.

- Miriam- oí la voz de mi compañera desde el sofá en cuanto entré.

- Sandra, prefiero que no me digas nada. Anoche te equivocaste un poco- evitando acercarme a ella me senté en uno de los taburetes de la cocina y dejé caer la cabeza sobre la encimera- sí, estubo a punto de pedirme que me casara con él. A puntito.

- Miriam- repitió ella.

- No quiero escucharte- la interrumpí- ¿Sabes una cosa? Hasta me hice ilusiones y de pronto, ¡zas! Aparece con una mujer impresionante de la que es “únicamente” su amigo.

- Y es la verdad- aquella no era la voz de Sandra. Cerré los ojos con fuerza deseando desaparecer de la faz de la tierra.

- Sandra- gemí- dime que no está Sean en el salón.

- Te lo intentaba decir- escuché los pasos de mi compañera acercándose. De pronto se echó a reír haciéndome saltar en el asiento- Estás más roja que un tomate.

- Eso tengo que verlo- Sean se situó a su lado con una mueca de guasa.

Me empezaba a hervir la sangre.

- ¿Por qué no me has esperado fuera de la casa como siempre que estás arrepentido?- pregunté- ¿Por qué te escondes en el salón?

- Se estaba más fresco aquí dentro.

- Era una pregunta retórica.

- Lo siento, suspendí Literatura- apoyó las manos en la encimera junto a mí- Venga, no te enfades. Los hombres guapos solemos ir rodeados de mujeres guapas.

Me bullían los intestinos.

- Como tú- añadió poniendo cara inocente.

- Vale, ¿y cuándo me has ofrecido acompañarte a tu gira mundial?- mientras yo hablaba Sandra asentía.

Ambas le miramos a la vez.

- Estás muy ocupada trabajando- indicó- Y, ¿habrías venido de habértelo pedido?
Recapacíté. ¿Me hubiera marchado todo un mes con el lío que tenía en la oficina? Seguramente no.

- Pues sí- salté.

- No me lo creo- me pasó la mano por el pelo como si fuera un peluche o un perro o peor, un perro de peluche- y tú tampoco.

- Te conoce muy bien- corroboró Sandra- ¿Cenamos?

Había dos cajas de pizzas a mi izquierda. El estómago me rugió vergonzosamente.

- Hay algo ahí dentro a punto de atacarnos- señaló Sean mi tripa- Será mejor que acallemos cuanto antes a la bestia- me tendió un trozo de pizza.

No pude evitar sonreír por más que le odiara en aquellos momentos. ¿Por qué tenía que estar celosa? ¿No podía madurar de una vez?

- Esto no ha acabado- dije agarrando la comida con ansia y dejé de pensar para concentrarme en la cena.

El cielo estaba negro carbón y una pequeña estrella brillaba tenuemente. El mar llegaba a la arena pacífico como decía su nombre pero al que nunca hacía caso.

- ¡Qué tranquilidad!- exclamó Sean pasándome un brazo por encima de los hombros y apretujándome contra él.

Hasta hacía un segundo nuestra separación en el escalón del porche de la casa llegaba al metro y el silencio dejaba contemplar el fin del día. No tenía ganas de zafarme de él y apoyé la cabeza contra su pecho.

- Te quiero- dijo a modo de secreto- A pesar de todo.

- Y yo también, inexplicablemente.

- Y te he echado mucho de menos.

Le miré a los ojos. Me guiñó uno.

- No- señaló rotundo- No ha pasado nada con Rhonda.

Me leía el cerebro.

- Era amiga de Andrea en el instituto, luego nos dejamos de ver y cuando murió Andrea reapareció para animarme. Pero nadie lo consiguió realmente hasta que llegaste tú- contó- Y punto final. Rhonda es alegre, divertida y claro está, guapa pero nada más. De todas formas, ¿te he pedido yo explicaciones de tus amiguitos? Pues no, porque creo en ti.

- ¿Qué amiguitos?

- El Negativo ese y el Cocodrillo Dundee de Miami. Y los que habrá que no conozca.

- Muchísimos.

Me espachurró aún más dejándome sin respiración.

- ¿Dejamos ya el tema?- preguntó acercando su cara a la mía. Su aroma se coló por mis poros.

- Por ahora- tomé aire. Sino me fallaba la memoria había utilizado el verbo “Casar” cuando creía estar sola en el salón- Una pregunta: ¿escuchaste todas las tonterías que dije antes? Tienen una explicación...

Me besó y ya no pude decir nada más.

Durante toda una semana rogué a Sandra de rodillas para que dejara que Sean se instalara momentáneamente en nuestra casa. No hubo forma.

- Está en el mismo hotel que Rhonda- gemí entre dientes.

- ¿En la misma habitación?- preguntó ella sonriente de satisfacción.

- ¡Claro que no!

- Entonces no hay problema- se cruzó de brazos dando fin a la conversación y volvió su atención a la televisión.

- Eres cruel. Te gusta verme sufrir.

Me hizo un gesto de silencio con la mano y señaló la pantalla. El tema de la mujer de Sean volvía a ser noticia. Ahora había un vídeo en el que se veía a Andrea con su supuesto amante en actitud más que cariñosa.

- ¿Por qué le hacen esto?- pregunté escamada.

- El precio de la fama- Sandra torció el gesto- ¿Sean no tenía ni idea de que su mujer le ponía los cuernos?

Negué con la cabeza.

- Lo raro es que saquen toda esta basura ahora- continuó diciendo Sandra elevando las finas cejas- Y, ¿tendrá algo que ver con las amenazas? ¿No ponía que era un asesino?

- Déjaselo a Miss Marple.

-No sé quien será esa señora pero yo he visto “Mentes Criminales” cientos de veces y créeme, sé de que hablo. Soy una experta en resolución de asesinatos.

- No hay ningún asesinato, Sandra. Solo una infidelidad.

- Por ahora.

Llamaron a la puerta y acudí a abrir rápidamente. Me encontré rogando para que fuera Sean y estuviera solo.

Mis ruegos a un pozo. Era Rhonda.

Por un segundo la idea de cerrarle la puerta en la cara me voló por la mente pero no resultaba demasiado cortés, así que la invité a pasar como cualquier buena anfitriona.

- Es una casa encantadora- exclamó a voz en grito.

- Gracias- Sandra se acercó despacio observando al nuevo espécimen.

Se produjo entre ambas un episodio de reconocimiento. Parecían dos leonas alfa en el mismo territorio.

- Supongo que tú eres Sandra- rompió el silencio Rhonda tendiéndole la mano.

Se la apretó recelosa.

- Y tú, la amiga del novio de mi amiga- remarcó cada una de las palabras.

- Sí, desde hace mucho- miró a su alrededor con autosuficiencia- Me gustaría tener una casa así.

Caminó por el salón acercándose al ventanal.

- Y las vistas son preciosas- añadió.

Desperté de la extraña situación.

- ¿Quieres tomar algo?- pregunté.

- Oh no, gracias. Simplemente he venido a dar un paseo- explicó con la mirada fija al otro lado del cristal- Sentía curiosidad por saber donde vivías.

- ¿Curiosidad satisfecha?- replicó Sandra- Entonces...

Por un momento temí lo que mi amiga iba a increparle. Rhonda no tenía la culpa de ser una belleza y de conocer a Sean.

- ¿Esos son unos Moschino?- preguntó mi casera de repente.

Rhonda giró el pie mostrándole el zapato.

- Ah, sí. Una auténtica ganga.

- Son preciosos- dijo Sandra acercándose- ¿Dónde los has comprado?

- Estos son un regalo pero sé de un sitio que...

La conversación se tornó cuchicheo entre las dos rubias y comencé a encontrarme transparente. Sin ganas de meter baza en el desconocido mundo de los complementos de moda fui a la cocina y me senté en uno de los taburetes con un refresco.

Sandra acudió a la nevera escasos dos minutos después.

- ¡Dios mío!- me murmuró abriendo la boca y los ojos desmesuradamente- Es...

- Asquerosa.

- ¡No! ¡Es increíble! ¡Qué cuerpo para la edad que tiene! ¡Qué gusto con la ropa!

Chaquetera.

- ¿Por qué no se va?- gruñí señalando con la cabeza a la no-invitada.

- Le he pedido que se quede. ¡Es tan fantástica!- y corrió al salón.

Me encogí de hombros. Tenía que darle una oportunidad a la mujer por más celosa que me hiciera sentir.

Ánimo Miriam, tú vales mucho. No es mala, es simplemente guapa.

- Imagínate- le decía ella a Sandra con un movimiento estudiado de su bonito pelo- y va y me regala Sean estos zapatos en Milán. ¡Yo que pensé que los hombres no tenían gusto!

Arcada.

- ¿Verdad Miriam?- continuaba diciendo- Es un primor de hombre.

- Un primor- repetí.

Su rostro se tornó algo sombrío.

- Me preocupa mucho su estado actual- dijo solemne.

- ¿Qué le pasa?- preguntó Sandra adelantándose.

Se sentó en el sofá con delicada sofisticación y habló seria.

- Vuelven a airear su vida privada y eso ya acabó con él una vez. Cierta prensa puede ser muy cruel y él no se lo merece, ha pasado su purgatorio personal. Creo que estas habladurías no van a ser las únicas y debemos protegerle.

¿Protegerle? ¿De qué niño estaba hablando?

- Yo sabía que Andrea le engañaba pero nunca se lo he dicho. Fue algo que me enemistó con ella y por lo que desaparecí de sus vidas. Sé que se veía con un hombre desde antes de su matrimonio. Intento entender porqué se empeñó en casarse con Sean, igual pensó que su situación mejoraría con nuevos incentivos.

- Que cerda- saltó Sandra sin tapujos.

- Es difícil llevar una vida con una persona que viaja constantemente- giró su rostro hacia mí- ¿Verdad Miriam?

Me encogí de hombros.

- Depende de cuanto se la quiera- respondí.

- Buena respuesta pero eso es solo al principio, luego se hace cuesta arriba. Sean siempre está rodeado de mujeres hermosas deseosas de que las señale con un dedo, no para de rodar en cualquier lugar del planeta... es algo difícil de llevar. Ya lo verás.

- Puede- contesté neutral pero consciente de que cada una de las palabras que había dicho Rhonda volaban por mi cabeza demasiadas veces.

Volví a sentirme como un ser diminuto e insignificante, sin gracia ni interés alguno. Yo era tan poco... ¡Ni hablar! Grité a mi subconsciente. Ya estaba bien de infravalorarse, al fin y al cabo, ¿no tenía el mismo color de pelo que Gisele Bündchen? Eso era un punto a mi favor. Moví la melena por encima de los hombros y me dirigí a ella.

- Pero que me quiten lo bien que me lo he pasado- esboqué una sonrisa- ¿Verdad Rhonda?

Ella torció el gesto por cualquier respuesta y se levantó del sofá.

- Bueno, chicas- dijo al fin- tengo muchas cosas que hacer. Me ha encantado charlar un rato con vosotras.

- Igualmente- saltó rápida Sandra mientras la acompañaba hasta la puerta- Vuelve cuando quieras.

Antes de desaparecer de la casa se volvió hacia mí.

- Sé que le vas a cuidar pero por si acaso, estaré cerca.

- Me alegro- mentí.

Y se fue.

- No me extraña que te sientas celosa- corroboró Sandra con cara de lástima- Es una diosa.

- Gracias, no lo había notado- chasqué la lengua.

- ¿Tuvieron un lío esos dos?

- ¡Y venga! ¿Tú eres mi amiga o el demonio en minifalda?

Sonrió diabólicamente. La contestación quedaba clara.

- Me voy a la playa- anunció únicamente y cogiendo una toalla del aparador del salón se encaminó al porche.

¡Cuánto la odiaba!

- Espera- me oí- te acompaño.

Claramente, sufría el síndrome de Estocolmo.

Septiembre Los Ángeles

El calor resultaba aplastante y al ventilador del techo del salón se le habían fundido los cables de tanto uso. Únicamente el mar era mi gran aliado pero no podía estar sumergida en él todo el día.

Cambié de posición en la silla incómoda, Naranjito aquella mañana funcionaba a pedales. Como en mi habitación no se podía ni respirar por el calor, me había mudado al salón que me rebajaba en cinco grados la sensación térmica. Me estiré harta, necesitaba unas vacaciones, preferentemente en algún lugar ártico pero dada la cantidad de trabajo de los dos últimos meses, como pronto podría tomármelas en octubre, de este año o del siguiente, no sabría precisar.

Here I am this is me. There's nowhere else on Earth I'd rather be. Here I am, it's just me and you... [T]

El primer ruido en la puerta de entrada quedó mitigado por el obrero-cantante, al segundo golpe me puse en alerta. Llamaban.

Here I am this is me...

Me levanté arrastrando los pies descalzos y eché un ojo por la mirilla pero no alcancé a ver a nadie.

Abrí la puerta despacio. Definitivamente, allí no había nadie. Bajé un segundo la vista al suelo y me encontré con un gran sobre amarillo. Volví a mirar arriba y abajo de la calle sin hallar ni un solo humano despistado bajo el sol asesino.

Tomé el sobre y lo metí en casa. Según las palabras escritas en él, era para mí. ¿Quién me lo había dejado y se había marchado corriendo? ¿Un admirador secreto?

Con una sonrisa lo abrí pero se me borró del rostro de inmediato. No era un admirador.

Here I am this is me...

Sentí una sacudida en mi espalda y encogí los hombros. El sobre cayó sobre la mesa del comedor y las fotografías de su interior quedaron expuestas sobre ella.

Después del estupor inicial, cerrar las dos puertas con llave y correr las cortinas de todas las ventanas, me senté delante de las imágenes con la respiración aún entrecortada.

¿Qué era aquello? Ante mí tenía unas cincuenta fotografías de diferentes formatos, las había mías entrando en la casa, tomando el sol en la playa y entrando en el edificio de mi trabajo y el resto, más de cuarenta instantáneas, eran de Sean.

Las observé con detenimiento. Reconocí las que habían aparecido en la prensa, en las que se veía a Andrea con su amante pero había más, algunas tomadas desde fuera de su casa con un buen teleobjetivo donde la pareja retozaba en paños menores en su dormitorio. El dormitorio de Sean.

Giré la cabeza hacia el móvil que mantenía al lado de mi mano izquierda. Debía telefonar a Sean pero no quería que viera aquella basura tan explícita. Recordé las palabras de Rhonda sobre protegerle. Empezaba a entenderlo.

Entonces llamaron mi atención una serie de fotografías más pequeñas. Distinguí a un Sean adolescente y a pesar de la situación, me reí de sus pintas. Aparecía apoyado en el muro de un instituto junto a otros amigos y entre ellos, la versión siglo veinte de su mujer. Recordé que habían sido novios en el colegio, después volaron por separado y cuando se encontraron diez años más tarde, decidieron casarse.

Las siguientes eran secuencias consecutivas de un hombre mayor y Sean. El parecido entre ambos resultaba asombroso y por la edad podría ser su padre. El que nunca mencionaba y como me dijo una vez, esperaba que estuviera muerto. Observé su rostro con detenimiento, la expresión trascendía rudeza y hostilidad. Tres fotos después, el hombre golpeaba al chico haciéndole caer a la acera y cinco más tarde, Sean salía corriendo.

La fecha aparecía anotada en la parte trasera de las imágenes. Sean tenía entonces diecisiete años, justo cuando acababa de dar su primer paso hacia la fama. Advertí súbitamente que los trazos peculiares de la letra no me eran desconocidos.

Busqué otra fotografía y su fecha. ¡Dios mío, no podía ser! Del sobre salía una hoja a la que aún no había prestado atención. La misma letra de trazos largos y decadentes escribía una carta dirigida a mi persona. La leí con el corazón apiñado.

*“Te lo traté de advertir una vez, Miriam. Es un asesino. Ten cuidado. Él acaba con todo lo que le rodea.
Recuerda que la mentira es la clave de la interpretación.
Tu amigo”*

Leí la hoja de nuevo con la sensación de que en cualquier momento una cámara saldría de la nevera y un millón de personas se reirían de mi cara alelada en la televisión. ¡Vaya broma!

No. Aquello no lo era. Conocía la escritura de la invitación de boda que habían dejado en casa de Sean antes de darme un golpe en la cabeza. Era la misma, no había error.

Here I am this is me...

Debajo de la hoja había dos imágenes más y un recorte de mapa de carreteras. En éste estaba señalado con un círculo rojo un emplazamiento. Lago San Gabriel, leí. Las fotografías, escasas de iluminación, aparecían borrosas. Pero algo se intuía e hizo que cogiera el teléfono al vuelo y marcara.

El tiempo de espera se me hizo eterno.

Un timbre.

Dos timbres.

Tres timbres.

Por fin, alguien al otro lado.

- Inspector Cruz, tiene que ver algo- dije rápidamente y en no sé que idioma

Tomé aire antes de continuar para recolocar mis pulsaciones a niveles más bajos.

- Creo que sé donde hay un cadáver.

La esperada crisis de ansiedad se hacía de rogar y me encontraba demasiado cuerda explicando a la policía mis hallazgos vespertinos.

- Me lo voy a llevar todo- me dijo el Inspector despacio- Tenemos que ver si hay huellas y estudiar las fotografías y el sobre.

- Perfecto- traté de sonreír pero quedó en una vaga mueca- ¿Puedo llamar a Sean?

- Ya lo he hecho yo- apuntó el policía con la atención dirigida al mapa de carreteras.

- ¿Dónde está el lago San Gabriel?

- En las montañas del Parque Nacional de los Ángeles, a una hora en coche desde aquí.

Ya que la puerta de entrada permanecía abierta mientras un hombre tomaba huellas, Sean entró sin problemas como una exhalación. Su nerviosismo se escondía tras una fachada impertérrita que ya era yo capaz de reconocer.

Dio la mano al Inspector antes de abrazarme. Con la cabeza hundida en su pecho, mis fuerzas empezaron a flaquear. ¿En qué momento mi placentera vida se había convertido en el guión de alguna película de suspense?

Sean se separó de mí para escrutar mi rostro.

- ¿Estás bien?

Asentí.

- Los acosadores que me hacen fotos en la playa, conocen mi dirección y me dan mamporros en la cabeza no me intimidan- comenté con sarcasmo.

El hierro que trataba de quitar al asunto pareció caer sobre los hombros de Sean que se estremeció bajo su peso. Apoyó las dos manos en el respaldo de la silla del comedor y miró las fotografías que seguían dispersas por la mesa.

El Inspector procedió a recogerlas con cuidado con sus guantes de cirujano.

- ¿Podría ver las fotos?- preguntó Sean.

- Hay que analizarlas aún- contestó el policía concienzudo en su trabajo.

- Pero necesito saber qué hay en ellas- continuó él algo más alterado.

- Se las enseñaré en Comisaría.

- Miriam me contará todo con pelos y señales- añadió Sean señalándome con la cabeza- ¿Para qué esperar?

El Inspector me miró por el rablillo del ojo y dejó de recoger. ¿Tenía yo pinta de chismosa?

- Supongo que tiene razón- convino el policía y le tendió dos fotografías. Las que acompañaban al mapa de carreteras.

El rostro de Sean se transformó. Pasó por la intriga, el asombro y por fin, el aturdimiento.

- Pero...- comenzó a decir mientras pasaba una de las imágenes de una mano a la otra.

- Supongo que reconoce al hombre que se encuentra semienterrado en las fotos- el Inspector Cruz no perdía detalle de los movimientos de Sean.

- Sí. Es mi padre.

- Era- señaló el policía sin separar su mirada- ¿Sabía que estaba muerto?

- No- pareció dudar si agregar algo pero no lo hizo.

“Mi padre era un escocés mal bicho que desapareció sin dejar rastro y del que realmente espero se haya ahogado entre la basura” me había dicho él una vez. Ojalá no lo hiciera delante de aquel hombre.

- En una hora vamos al lago San Gabriel, me gustaría que nos acompañara- dijo el policía tras unos minutos de silencio.

- Muy bien- respondió Sean.

- ¡Yo también quiero ir!- exclamé para mis adentros.

- También puede venir si quiere, señorita- oí al Inspector contestarme- pero le advierto que puede que lo que encontremos no sea muy agradable.

Moví la cabeza varias veces en sentido afirmativo mientras le pedía permiso a Sean con la mirada, sin embargo, la suya estaba enterrada en el mismo lugar que el hombre de la foto.

El Ford todoterreno blanco del Inspector Cruz tomaba con tranquilidad las curvas que ascendían hacia las montañas del parque. Habíamos dejado atrás la última de las pequeñas casas unifamiliares de Azusa, a las afueras de Los Ángeles y el paisaje se comenzaba a presentar escarpado.

Eché un vistazo al retazo de mapa que ahora se encontraba enclaustrado en una bolsa de plástico numerada. Parecía que no andábamos muy lejos, la carretera del cañón de San Gabriel aparecía en el mismo. A nuestra derecha, era visible el lago Morris con forma de serpiente. El coche tomó un desvío a la derecha mientras las ruedas se peleaban con las piedras del nuevo camino. Boté durante unas cuantas curvas hasta que el policía frenó y apagó el motor. El GPS del vehículo nos mostraba la misma ubicación que el papel que tenía en la mano.

Detrás de nosotros se detuvo un segundo coche con el equipo del CSI Los Ángeles al completo. Tomé de la mano a Sean que parecía vagar por algún planeta a millones años-luz del nuestro. Las comisuras de sus labios se curvaron un ápice y entrelazó sus dedos a los míos.

- Me gusta que estés aquí- me susurró mirando en otra dirección, más allá de los árboles y arbustos que nos rodeaban.

- Tú trata de mantenerte tranquilo- le convine.

- Soy una balsa de aceite.

- Aceite hirviendo.

Noté la mirada del Inspector en la sien y me volví hacia él sin añadir ninguna palabra más.

Uno de los hombres desperdigados del CSI llamó nuestra atención. Estaba a unos cincuenta metros sumergido entre maleza.

- Parece que alguien se ha tomado la molestia de ayudarnos en nuestro trabajo- dijo en un murmullo en cuanto nos acercamos.

Desde mi posición detrás del Inspector, veía un agujero. La tierra había sido removida hacia poco y yacía en un montón a su lado. Estiré el cuello cual Mister Fantástico de los cómics Marvel y aprecié con nitidez un cráneo. Un cráneo limpio como los del Museo de Ciencias Naturales.

Quizás esperaba ver al hombre de las fotografías con su pelo, ojos y piel pero tenía delante, su apariencia tras casi veinte años enterrado.

- Si no hubieran movido la tierra, seguramente nunca le hubiéramos encontrado- dijo el especialista con los brazos en jarras y sudando gotas gordas por la base del cuello.

La mano helada de Sean seguía aferrada a la mía y durante unos minutos me la apretó con fuerza.

- ¿Reconoce los zapatos, la ropa o algún otra cosa, señor Weller?- preguntó el policía con el interés puesto en la fosa.

- Mi padre se largó de casa cuando yo tenía quince años, Inspector. Ni siquiera reapareció cuando falleció mi madre. Como comprenderá no tengo ni idea de sus gustos en moda.

- Pero tengo entendido que volvió a verle unos años después. Las fotos lo corroboran- continuó Cruz haciendo caso omiso al tono sarcástico de Sean

- Sí, a pesar de cambiarnos de ciudad, nos encontró y vino a pedirme dinero. El muy...- calló- después de que nos negáramos, volvió a desaparecer. Eso es todo lo que sé.

- Bueno, no desapareció. Estaba aquí- señaló al suelo- y dudo mucho que por causas naturales.

Sean se encogió de hombros.

- Eso ya entra en sus competencias, Inspector.

- No lo dude.

De vuelta en casa, me encontré en la tediosa situación de tener que explicar a Sandra lo sucedido. Tratando de restarle importancia, por supuesto.

- ¿Me estás diciendo que el loco que intentó matarte ha estado esta tarde en nuestra casa?- resumió boquiabierta.

- Bueno, es una forma de verlo pero ni creo que quisiera asesinarme ni puso un pie en este salón.

- Es algo...

- Lo sé y lo siento.

- Es... ¡increíble! ¡Ojalá hubiera estado contigo! Es como estar metida en una serie de televisión pero sin que nos paguen un dólar- exclamó pletórica- Cuéntame otra vez qué tal pinta tenía el muerto.

- Pinta de no estar muy bien.

Me empujó riéndose.

- Es lo más alucinante que me ha pasado en la vida- debieron de venirle a la memoria los recientes premios de cine y rectificó- Bueno, es lo tercero más alucinante.

Me tiré en el sofá derrotada por el bochorno y el cansancio.

- Aunque parezca emocionante, tenemos que recordar que es el padre de Sean- dije ya en horizontal.

- Padre por decir algo.

- Se portara como se portara, lo era y le asesinaron.

Ella se sentó en la silla valorando lo que le acababa de decir.

- Es flipante- murmuró- Un asesinato. Pero, ¿quién querría cargarse a ese viejo?

Silencio.

Contuve el aire un momento y girando en el sofá, saqué una hoja doblada y guardada en el bolsillo trasero de mi pantalón corto. Se lo tendí. Sandra lo leyó en un segundo y tras mirarme, lo releyó.

- ¿Esto te lo dejó el psicópata?- preguntó al fin escandalizada- ¿Y no se lo enseñaste a la policía?

La carta del acosador, por alguna razón aún desconocida, se había ocultado en mi bolsillo antes de que llegara el Inspector Cruz.

- No revela nada y decidí... quedármela- traté de explicar.

- Que no, ¿qué? ¿Qué no revela nada? ¡Pero si pone que Sean es un asesino!

- ¿Tú crees?- cogí la carta y la volví a esconder- ¿Por qué será que no se la di a la poli?

Se frotó el rostro incrédula y me miró escondida tras sus palmas.

- ¿Y si lo es? ¿Y si Sean mató a su padre?

- Sandra no vayas por ese camino.

- Era un tipo asqueroso que maltrataba a sus hijos, no se necesitan muchos más motivos.

Me incorporé. No quería escuchar más tonterías.

- Estamos hablando de Sean, no de cualquier sospechoso de una serie.

- Lo sé pero no he sido yo la que ha escrito esas palabras- y me señaló donde ocultaba la carta- Si estás tan segura de la inocencia de bombón Weller, enséñale la hoja.

- Pensaba hacerlo- afirmé con rotundidad- Bueno... cuando hayan cogido al verdadero asesino.

- Te pueden meter en la cárcel por esconder eso. Ocultismo, lo llaman.

- Ocultación de pruebas- rectificué dándome cuenta de la verdad que escondían las palabras de Sandra- Tienes razón pero no voy a enseñárselo a la policía.

Me tendió el teléfono.

- Muy bien. Si no quieres que te denuncie, llama a Sean.

- ¿Serías capaz?

- Averígualo- amenazó.

Cogí el móvil y marqué. Sean había ido a la comisaría, lo más seguro es que no pudiera coger el teléfono. Sin embargo, para mi desgracia, contestó enseguida.

- ¿Puedes venir a casa?- pregunté rápidamente para evitar acobardarme- Tengo algo que enseñarte.

- Ese tío es un perturbado- dijo Sean tranquilamente después de examinar la carta- Me da igual lo que diga.

Expelí el aire que había contenido mientras él leía. No me imaginaba que le fuera a dar tan poca importancia.

- Lo único que me inquieta- añadió sujetándome la cara con ambas manos- es lo que tú piensas. ¿Crees que maté a mi padre?

Me vi obligada a mirarle a los ojos.

- ¡Claro que no!- exclamé.

- Y, ¿por qué le ocultaste la hoja a la policía?

- Ellos no te conocen como yo.

Esbozó una sonrisa melancólica.

- ¿Así que la heroína de la película eres tú?

- No estoy tan segura de eso- eché una ojeada hacia el ventanal del salón donde Sandra nos observaba sin ningún disimulo- Ella me ha obligado a decirte que si me pasa algo, mandará una copia de la carta a todos los periódicos y a la policía.

- Es una chica precavida- dijo saludando con la mano a mi casera que no cedió en su vigilancia.

Me senté en las escaleras del porche abrazando las rodillas.

- Siento lo de tu padre.

- Yo no- me imitó a mi lado- Se lo merecía.

- Ni se te ocurra repetir eso delante de nadie más- le amenacé blandiendo un dedo acusador.

Me bajó el dedo.

- Tranquila.

- Aquí te meten en la cárcel por mucho menos.

- Vale. No te preocupes, no bromearé con ello.

Me volví hacia el mar, negro como un tizón.

- ¿Quién podría querer matarlo?- indagué.

- A los que debía dinero, seguramente. Y eran muchos, te lo aseguro- se acercó en el escalón hasta quedar pegados- Ya no quiero hablar más del tema, no me importa que él esté en un agujero, me da igual. Para mí no era mi padre y no puedo sentir lástima por su muerte. Punto final.

- ¿Es una actuación?

Me pasó el brazo por encima de los hombros y me espachurró contra él.

- Es la vida real. Venga, deja de preocuparte- me apartó los mechones despeinados de la coleta que caían sobre mi cuello y besó mi piel. Me estremecí. Por primera vez en todo el caluroso día tuve un escalofrío.

Decidí olvidar el tema. En aquellos momentos Sean tenía en la cabeza más presentes las fotos de Andrea con su amante que las de su padre en un agujero. Que raro era el mundo para algunos.

No sé cómo el suceso de Ocean Drive quedó relegado de nuestras cabezas a un plano secundario. Que la proximidad de un acosador con fotos siniestras fuera en lo último que pensaba antes de irme a la cama, podría parecer descabellado pero sucedió así.

El Museo de Spokane era ya un proyecto terminado y me tocaba viajar a aquella ciudad del estado de Washington, un par de veces por semana. La película de vampiros japoneses volvió a retomarse y Sean se subió al avión hacia Asia, sin fecha prevista y cercana de vuelta. Sandra ya estaba preparada para inaugurar su firma nupcial y apenas paraba por casa. Si yo hubiera sido un loco perseguidor de famosos, me habría olvidado del asunto y hubiera buscado otro objetivo más interesante.

Y eso pareció ocurrir.

Durante unos meses.

Octubre Utah

El avión aterrizó con maestría en el aeropuerto de Salt Lake City. El nombre de la capital del estado de Utah me sonaba por un festival de música pero no tenía ni idea de que estuviera rodeada de montañas nevadas excesivamente altas.

Eché un ojo al asiento contiguo. Kim permanecía dormida pesé al despegue, aterrizaje, refresco, frutos secos y alguna turbulencia. Su rostro se encontraba relajado después de lo que había sufrido tras dejar a su hijo en casa de un amigo para los siguientes dos días. Era la primera vez que se separaban por tan largo periodo de tiempo, cosa que hizo sufrir bastante más a la madre que al hijo. Justin, entró en la casa de su amigo tan rápido y feliz que se olvidó de despedirse de su madre. Sí, realmente se le vio tremendamente triste.

- ¿Crees que soy buena madre?- Kim abrió los ojos hablando al mismo tiempo.

- Por supuesto- estiré el cuerpo mientras por la ventana se aproximaba el edificio de la terminal- Mis padres me dejaron venir a mi aventura americana y creo que son estupendos.

- Ya pero...- su voz quedó ahogada por la megafonía. Por si a alguien le quedaba alguna duda o se había equivocado de avión, habíamos llegado a Salt Lake City.

- Lo vamos a pasar estupendamente- la dije levantándome de mi asiento- Estoy encantada de que David nos haya invitado el fin de semana a su casa.

- Estás encantada porque vas a ver a Sean después de un mes.

- Y por conocer un estado nuevo.

Ella se rió.

- ¡Qué bonito es el amor!- exclamó llevándose las dos manos al corazón- Uy, tengo que llamar a Justin en cuanto me dejen encender el teléfono.

- Seguro que está estupendamente- la tranquilicé.

- Lo sé pero nunca nos hemos alejado tanto. Durante muchos años he vivido con el temor de que a su padre se le ocurriera la idea de secuestrarle o cualquier otra cosa diabólica con tal de hacerme daño pero me estoy dando cuenta que debo dejar de retenerle y darle su espacio. Se está haciendo mayor.

- Has sido muy valiente. Primero por dejar a tu marido y segundo por salir adelante con un niño pequeño tu sola.

Esbozó una sonrisa tímida coloreándosele las mejillas pecosas al instante.

Desembarcamos arrastrando nuestras maletas. Habiendo visto la cima nevada de las montañas, me comenzó a parecer escasa la ropa que llevaba dentro.

- Empezó a nevar hace dos días- dijo Kim con su andar presuroso- Parece que un frente polar ha traído el invierno a Utah.

Vaya por Dios. Al gárete el conjunto de ropa interior de encaje rojo regalo de Sandra, tendría que hacerme con un pijama de franela.

David Yarrish nos llamó desde la segunda fila de familiares ansiosos. Tenía la tez bronceada y alrededor de sus ojos azules se intuía la marca ligera de unas gafas de esquiar.

- Señoritas- nos dedicó una sonrisa a ambas y un abrazo- Bienvenidas a Utah.

- ¿Cuánto tiempo llevas de vacaciones?- pregunté señalando su cara.

- La vida del agente artístico es tremendamente estresante- me guiñó un ojo.

- Ya veo lo mal que se pasa- bromeé.

- No te metas con él- intercedió Kim- tiene que lidiar con mi hermano todos los días y eso no tiene precio.

- Aún no voy a comenzar a hablar mal de mi representado, señoritas- señaló un vehículo todoterreno al otro lado de la calle- Al menos vamos a esperar a llegar a casa.

- ¡Y qué casa!- exclamó Kim mientras David la ayudaba a meter su equipaje en el maletero.

- ¿Es bonita?- quise saber.

- La típica guarida de las montañas- dijo David con una mueca.

¿Guarida? Sí, el pijama de franela se me antojaba más necesario.

Subimos al coche. La conducción suave de David hacia las montañas empezaba a darme sueño, luché fieramente por mantener los ojos abiertos mientras el paisaje se embellecía por momentos a nuestro alrededor.

La nieve empezó a manchar la hierba cuando el coche tomó un desvío siguiendo la dirección hacia Park City con casas de madera pintadas de colores y tejados inclinados de pizarra. Pasamos por debajo de las estructuras de los remontes.

- Han empezado a funcionar esta misma mañana- dijo David señalándolos- La semana que viene esto se va a ver arrasado de fanáticos del ski. El invierno ha llegado demasiado temprano esta vez.

Los remontes se perdían montaña arriba a mi derecha entre la nieve y los abetos. El todoterreno giró en la misma dirección continuando con la ascensión.

En poco tiempo, el manto blanco cubría todo el paisaje y habíamos dejado de encontrarnos con otros coches. La carretera se volvió más estrecha y empinada.

- No se tratará de un secuestro, ¿verdad?- dije buscando algún tipo de vivienda cercana.

- Um, no es mala idea- contestó David sin quitar la vista del camino- pero no, señoritas hemos llegado.

A la izquierda surgió de la montaña una casa. Una casa inmensa y preciosa. La fachada era de piedra en diferentes alturas que salvaban la inclinación del terreno, del tejado de pizarra salían varias chimeneas humeantes y los amplios ventanales reflejaban los árboles nevados que la circundaban.

- Es increíble- murmuré pegando la nariz a la ventana- Jamás he visto algo tan bonito.

- Lo tomaré como un cumplido viniendo de una arquitecta- dijo David abriendo la puerta y bajando del vehículo- Abrigaos que hace mucho frío.

Subí rápidamente la cremallera del abrigo mientras observaba de cerca la casa.

- ¿Y vives tú solo aquí?- pregunté tratando de calcular mentalmente la superficie de aquella mansión.

- Unos meses al año- contestó él descargando nuestro equipaje- Pero no soy un ermitaño, ¿eh? Siempre he soñado con una casa en la montaña donde poder meter a mi extensa y longeva familia. Y la encontré.

Entramos. La temperatura interior era sumamente agradable y me fui despojando del abrigo mientras paseaba por el grandioso salón. La chimenea ardía en colores rojos rodeada por sofás. Cerca, una ancha cristalera otorgaba un increíble panorama de la montaña.

- Ese es el lago Jordanelle- me señaló David apoyado en el cristal- y este es el Valle del Ciervo.

- Deja sin palabras- murmuré sin poder apartar los ojos de la ventana.

Unas notas de música me hicieron volverme hacia el interior de la casa. Kim tocaba un piano de cola que separaba el salón del comedor.

- Suena muy bonito, Kim- dije acercándome a su lado.

- Bah- le restó importancia dejando de tocar- solo me sé un par de canciones.

- Que no te engañe- apuntó David aún desde la ventana- es una pianista estupenda.

- No es cierto- Kim se ruborizaba por momentos.

Se levantó de un salto y cogiéndome de la mano me arrastró por el resto del salón hasta otra puerta.

- ¿A ver qué te parece esto?- me guiñó un ojo y la abrió.

Era una sala de cine con unas treinta butacas y pantalla del tamaño de la pared.

- Soy agente de actores- se excusó David a nuestro lado- Tengo que ver los trabajos de mis clientes.

- Sandra se moriría por disponer de esto en casa- exclamé alucinada- Sabía que había gente que tenía cosas así pero pensé que no viviría para verlo.

- Si solo fuera esto...- cuchicheó Kim- también hay gimnasio, piscina...

David le tapó la boca con la mano.

- La casa venía así- dijo él sonriendo- No quiero parecer un pretencioso. Bueno Miriam, te enseñaré tu habitación si nuestra amiga deja de hacer comentarios.

Kim agitó la cabeza en sentido afirmativo y David la liberó.

- Además- añadió él arrugando la nariz- creo que la comida ya está lista.

- Eso tengo que comprobarlo- Kim se alejó camino de la cocina.

David me indicó con la mano que le siguiera. Subimos a la segunda planta. Eché un ojo a las fotos que cubrían las paredes del pasillo.

- ¿Nunca has estado casado?- pregunté buscando en ellas algo parecido a una esposa.

- No- contestó sin detener su paso.

- ¿Y eso?- continué indagando.

Él paró en seco y se giró hacia mí.

- Cuando conocí a la mujer perfecta, dudé y ella se casó con otro. Un tipo indeseable, por cierto- trató de esbozar una lánguida sonrisa. Por un momento me sentí ante un antiguo galán de cine, híbrido entre Rock Hudson y James Stewart.

- Vaya, lo siento- atiné a decir consternada con la revelación.

- Moraleja: no dudes.

- Solución: existen las segundas oportunidades.

Rió.

- Sean tiene razón en que eres una buena psicoterapeuta- guiñándome un ojo me abrió una puerta- Señorita, su habitación.

Estaba hambrienta y devoré la pasta y la carne que había preparado David rápidamente mientras él y Kim se dedicaban sonrisas y comentarios cariñosos. Detrás de la copa de vino les observé con detenimiento. Algo se cocía y no solo en la cocina.

Un mensaje llegó a la BlackBerry de David interrumpiéndonos en el postre.

- Vaya- torció el gesto- me parece que el vuelo de Sean lleva retraso. Cree que no llegará para esta noche.

Suspiré. Ansiaba tanto verle.

- Venga, mujer- David me palmeó el hombro- aguanta unas horas más.

Le sonreí triste mientras empezaban a recoger la mesa. Me levanté dudando si ahogar las penas en otro pastel.

En la cocina, un televisor encendido llamó mi atención. Daban la noticia del hallazgo del cadáver del padre de Sean y Kim, Ian Weller, en la orilla del Lago San Gabriel.

También dejaban entrever la posibilidad de que el actor estuviera involucrado en el aparente homicidio.

- Júrame que no ha sido él- murmuraba Kim apretando el antebrazo de David.

Aquella frase me dejó descolocada y me detuve a punto de dejar la bandeja de pasteles en la encimera de la cocina.

- ¿Estás bien, Miriam?- David dirigió su atención a mi persona.

Traté de activar la mente y aparentar despreocupación.

- Sí, claro- miré a Kim que agachaba sus ojos oscuros- No hay que creer nada de lo que dice la prensa, nosotros conocemos como es Sean.

- Tienes razón. Perdonadme- ella levantó la cabeza dirigiéndome una tímida sonrisa- ¿Os apetece una partida de billar?

- Solo juego si hay dinero de por medio- comentó aliviado David.

- ¿Billar del de agujeros o sin ellos?- pregunté.

David soltó una carcajada.

- Creo que me voy a hacer rico esta tarde.

Reprimí las ganas de tumbarme en la cama y abrí la maleta. Únicamente llevaba un par de cosas para el breve fin de semana y entre ellas, el dichoso conjunto de lencería que Sandra me había regalado por mi cumpleaños.

- Ya puedes ir modernizándote un poco- me había dicho delante de todos los amigos- Tu ropa interior da pena.

Agradecí enormemente que Sean no estuviera delante. ¡Qué mi ropa interior daba pena! ¡Pero si era nueva! Vale, blanca y no roja como aquello.

Cogí la suave tela de satén y encaje con las puntas de los dedos y me lo situé frente a los ojos. La verdad es que pedía una prueba. Y preferentemente, sin espectadores.

Me fui al baño y me quedé de nuevo estupefacta con el tamaño del mismo. ¿No había nada en aquella casa que fuera de proporción media? Me situé delante del espejo gigante y comencé a quitarme la ropa apoyándola en el borde de la enorme bañera de hidromasaje.

Entonces agarré las diminutas braguitas rogando para que Sandra no hubiera perdido su buen ojo con las tallas y me las puse. Me di cuenta que evitaba mantener el contacto visual con mi yo del espejo así que le eché valor y me miré.

Bueno, podía ser peor.

Tomé el sujetador, tan liviano como lo anterior y suave. Desde luego que nunca me había puesto algo tan agradable. Me eché otro ojo. Seguramente resultaría mejor en cualquier otro cuerpo angelical de Victoria Secret pero no me quedaba demasiado mal.

Me acerqué al espejo andando como hacía Rhonda, pie delante de pie y cadera en dirección contraria, a la segunda vuelta el conjunto lucía estupendo en mi cuerpo.

Me apoyé en la encimera del lavabo y acerqué la cara al espejo. Vaya, desde aquel ángulo parecía tener hasta canalillo. Resultaba increíble lo que lograba la ropa cara.

La copa de vino de California había conseguido que me gustara a mi misma momentáneamente. Eso sí, aquel conjunto iría de mi cuerpo a la maleta para siempre.

Menos mal que no estaba Sean.

- ¿Puedes dar otra vuelta de nuevo?

Las piernas me temblaron al escuchar la voz y deseé poder meter la cabeza en el desagüe del lavabo.

- ¿Cuánto tiempo llevas ahí?- por el rabillo del ojo alcancé a ver una figura apoyada en el marco de la puerta.

- Tiempo insuficiente.

No había ni rastro de ironía en su tono así que giré la cabeza hacia él.

- Hola Sean.

Avanzó hacia mí tan rápido que ni le vi venir. Me besó con ganas mientras recorría con sus manos mi nuevo atuendo.

- Estás increíble- me dijo separándose de mi boca un milímetro.

Me sentía algo absurda embutida en algo que no iba conmigo pero a él parecía encantarle, así que liberé la mente de ideas racionales y me dejé llevar.

A pesar de las densas cortinas, los rayos de sol se colaban entre sus pliegues ocres. Abrí los ojos con pesadez. Estaba muy cansada. Arrastré los pies por la moqueta y recorrí las cortinas. La vista diurna no dejaba de ser tan impresionante como la nocturna.

Pendiente abajo parapetado tras abetos y coníferas, se veía el gran lago Jordanelle. Las montañas circundantes mojaban sus faldas en él dándole una forma peculiar.

- Bonito, ¿verdad?- sonó una voz a mi izquierda.

Pegué un bote de tal magnitud que casi me agarro a la lámpara de forja del techo. Sean se encontraba sentado en un sofá de piel cercano a la chimenea apagada.

- No vuelvas a hacer eso- dije con el corazón aún fuera del pecho.

- ¿Qué he hecho esta vez?- se señaló con las manos con aire inocente.

- Pues estar ahí, escondido.

- ¡Estoy en medio de la habitación!

El corazón ya se me había alojado detrás de las costillas y más calmada me senté encima de una de sus piernas.

Bufó bajo mi peso.

- Soy una delicada flor- apunté antes de que pudiera decir nada.

- Una florecilla silvestre- su mirada retornó a algún punto indefinido de la chimenea- Quería decirte una cosa...

Silencio.

Me dirigió un vistazo por el rabillo del ojo.

- ¿No vas a decir nada?- preguntó.

- Lo ibas a decir tú- respondí extrañada.

- Pero siempre me interrumpes. Está bien. Por una vez me gustaría que no me dejaras continuar pero con tal de llevarme la contraria...- me miró con una sonrisa en los labios- He estado pensando en muchas cosas últimamente...

Silencio.

- ¿Piensas?

Rió.

- Ahí está mi niña. Creí que el golpe te había trastocado el cerebelo.

- Arranca. Me estás dando miedo.

- Muy bien. Estamos muy bien juntos. ¿Cuánto hace ya? ¿Dos años?

- No sabría precisar- mentí.

- Pues eso, creo que ya es momento de... - resopló- ¡Joder! ¡Qué difícil es hablar cuando no me interrumpes!

- ¿Qué quieres que diga? Estoy casi paralizada.

- Bueno pues... que he pensado... he creído que lo mejor...

- ¿Es dejarme?

Tomó aire.

- No. Supongo que recuerdas la casa pareada a la de Sandra.

- ¿La de Margaret y Jim?

Asintió.

- La he comprado.

- ¡Qué!- exclamé a voz en grito- ¡Pero si me pedían dos millones de dólares!

- Uno novecientos noventa- sonrió- y fueron duros negociando. Voy a vender la mía, los papeles que sacaste de mi caja fuerte y entregaste a David eran la escritura de la casa. Como no hay forma de que subas a las colinas de Beverly Hills, he tenido que bajar a vivir a la playa.

- Pero, ¡eso es estupendo!- me abracé a él- Es una casa preciosa. Sandra va a flipar.

- No sé si le gustará la idea.

- Un famoso viviendo puerta con puerta, no está nada mal- dejé de espachurrarle para mirarle a la cara- ¿Has comprado la casa por mí?

- ¿Tan difícil es de creer?

Pues claro.

- No. Generalmente los hombres se deshacen en regalos hacia mi persona- le sonreí.

- Miriam, estoy loco por ti. El poco tiempo del que disponemos para nosotros quiero pasarlo lo más pegado posible. Además, la otra casa solo nos traía malos recuerdos. El 694 de Ocean Drive me parece un buen lugar para dar la vuelta a la historia y disfrutar del año perfecto.

Asentí y besé aquella boca tan increíble. ¿De qué forma se le agradecía a alguien que se había gastado casi dos millones de dólares por estar junto a ti? Tuve que improvisar sobre la marcha.

- ¿Realmente sabes esquiar?- me preguntó de nuevo Kim mientras me encontraba enfrascada en la difícil tarea de ponerme una bota de ski. Más que calzado deportivo parecía la coraza de Robocop.

- Claro que sí- dije apretando uno de los cierres con demasiada fuerza y la sangre dejó de fluir hacia los dedos- ¡Caray! Esto se me da fatal.

Kim se agachó a mi lado y comenzó a atarme la bota con rapidez.

- Los chicos van a bajar por una pista algo más difícil. Nosotros empezaremos por la azul que es la que pasa junto a la casa- me explicó.

- Pensé que sería blanca... por eso de que tiene nieve- la guiñé un ojo bromeando.

- Ay, madre.

Salimos fuera de la casa. La nieve brillaba bajo la luz del sol. Me puse las gafas y miré a Kim.

- Cuando digas- la apremié.

Ella me observaba con detenimiento.

- Sí que sé esquiar- tuve que decir tras tanto silencio.

- No es eso... es que...- intentó hablar pero se detuvo al inicio.

- ¿Estás bien?- indagué preocupada.

Asintió mientras se colocaba también las gafas.

- Ya sé que es lo que quieres decirme- me lancé- es eso que os traéis David y tú.

Deslizó de nuevo las gafas a la punta de la nariz y me miró con sorpresa.

- ¿David? ¿Yo?

- ¿Soy la única en darme cuenta?- escrutando su rostro aturdido parecía que sí- El señor Yarrish te hace ojitos.

-¿Ojitos?

- No para de mirarte con ese tipo de mirada de los que están locos por alguien.

Ella negó con la cabeza.

- Conozco a David desde hace siglos y eso es imposible.

- Bueno- dije estirando los brazos- ahí dejo la anotación.

- Te lo agradezco pero no creo que yo pueda interesarle a alguien como él- parecía incómoda y a punto de lanzarse a la huida hacia cualquier lugar.

- Me suena esa frase. Aunque la dije yo. Y muchas veces.

Kim comenzó a esquiar despacio abajo donde la pendiente era muy suave. La seguí algo patizamba. No recordaba que las piernas fueran cada una para un lado diferente. Traté de mantenerlas unidas.

- No compares- comentó Kim cuando la alcancé o cuando más bien, se dejó alcanzar.

- ¡Claro que sí! Eres muy guapa. Y David también, para que negarlo. Y sois buenas personas... Poco más se necesita.

Sonrió ampliamente. El descenso comenzó a hacerse más rápido. Árbol por aquí, árbol por allá. Y Kim entre uno y otro tan grácilmente como una bailarina.

- Y tú, ¿qué?- dijo en tono alto para que la oyera.

- ¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

Nuestros caminos se separaban y unían dependiendo de los obstáculos. Me estaba dando cuenta que hablar y esquiar eran verbos incompatibles.

- Lo sé todo Miriam, Sean me reveló sus intenciones hace un tiempo.

Mi velocidad aumentaba demasiado deprisa y peor aún, fuera de mi control. La ladera se me hacía terriblemente empinada y los abetos comenzaron a correr a mi lado.
- Te lo ha dicho, ¿verdad?- siguió ella.

Por un momento la nieve se convirtió en la preciosa casa de Manhattan Beach. Sean se había superado con la sorpresa.

- Sí- contesté regresando a la realidad- Estoy encantada.

- ¿Y cómo lo ha hecho? ¿Ha sido bonito?

- Bueno, no sé. Me lo ha dicho sin más. Aunque lo ha pasado bastante mal.

Ella soltó una sonora carcajada de las que producen aludes. Miré hacia la cima de la montaña.

- Lo sabía. Pensé que haría algo más elaborado, pero no. Supongo que habrá sido un simple: ¿Te quieres casar conmigo, nena?

Las últimas palabras quedaron flotando en el aire.

- ¡¿Qué?!- exclamé desencajando la mandíbula.

- Ay, Dios mío. ¿No te lo ha pedido aún?

Las piernas decidieron ir por libre y cada una enfocó para un lugar contrapuesto. Traté de domar los esquís pero era incapaz. Un tronco apareció ante mí pero lo bordeé sin demasiado problema.

Sin embargo, con la piedra no sucedió lo mismo.

Tropecé con ella. Volé por encima y caí de nuevo girando y botando hasta marearme.

De pronto, cuando ya creía no dejar de rodar en la vida. Me detuve con un fuerte crujido. Después dolor. El crujido pertenecía a algo de mi anatomía y no parecía tener buena pinta. No podía abrir los ojos para ver el alcance de mi desastre. Una oscuridad caliente comenzó a adormilarme y me dejé sumergir en ella.

Traté de abrir poco a poco los ojos después de un largo y agitado sueño. Por un momento me dieron ganas de seguir durmiendo un poco más. Me sentía tremendamente cansada.

Bostecé y se produjo un revuelo a mi alrededor. Voces lejanas. Algún grito ahogado. Decididamente tenía que ver que sucedía.

Hice un gran esfuerzo para levantar los párpados y finalmente lo conseguí. La imagen que me transmitían mis pupilas no era demasiado nítida. Parecía tener una película translúcida delante de ellas.

Distinguí formas a mi alrededor que se fueron convirtiendo en humanas poco a poco. Todas me miraban con interés.

Yo me encontraba tumbada en una cama tapada con una sábana blanca hasta la cintura. Llevaba un camisón espantoso de color azul. Regresé la mirada hacia mis observadores.

- ¿Qué tal estás?- hablaron varias voces atropelladamente.

- ¿Qué ha sucedido?- pregunté con un timbre de voz débil.

- Te caíste en la nieve, por mi culpa, lo siento muchísimo...

- Ah- tenía ganas de volver a dormir.

- No intentes darnos esquinazo otra vez. Tienes que mantenerte despierta.

Dirigí mi atención hacia la voz. Provenía de un hombre de pelo oscuro y rostro tenso. Su mano estaba entrelazada con la mía. Involuntariamente la solté y la escondí bajo la sábana.

- ¿Estás bien?- volvió a preguntar.

- Sí. Tengo sueño.

- Miriam- era una voz autoritaria que acaba de entrar en la habitación haciéndose hueco entre la gente- ¿Cómo te sientes?

Me miraba con interés. Llevaba una bata blanca encima de unos vaqueros.

- Aturdida.

- Es normal. Has sufrido una conmoción cerebral. Aún no sabemos el alcance de las lesiones por lo que te voy a hacer unas preguntas. ¿De acuerdo?

Asentí haciendo que me doliera la cabeza.

- ¿Sabes que día es hoy?- preguntó

- Claro- contesté rápidamente. Iba a decirlo pero me quedé en blanco- La verdad es que ahora no caigo.

- No pasa nada. Llevas varios días en el hospital. ¿Recuerdas el mes y el año?

- Pues sí- de nuevo la mente estaba vacía- No.

Un murmullo a mi alrededor.

- ¿Sabes cuál es tu nombre?

- Miriam- repliqué pero sonó extraño a mis oídos- ¿Seguro que es Miriam? Usted me acaba de llamar así.

El médico me miró con más atención y me señaló al resto de personas que bordeaban mi cama.

- ¿Los conoces?- interrogó.

Algo nerviosa les eché un ojo. La situación resultaba muy incómoda.

- Creo que no- titubeé pasando mi mirada de uno a otro.

Todas las voces saltaron a la vez alteradas. Busqué al médico con la vista implorando tranquilidad.

- Creo que la paciente necesita descansar- me leyó el pensamiento- Deberán esperar fuera.

- Pero, ¡no me reconoce!- hablaba una chica rubia muy guapa con lágrimas en sus mejillas.

- Ha sufrido un traumatismo severo es normal que esté confusa.

- ¿Puedo quedarme yo? Por favor- imploró el hombre moreno de mi derecha.

- Solo un momento señor Weller y no la ponga más nerviosa- contestó el médico desatendiendo mi súplica mental de soledad.

El doctor empujó a los demás fuera de la habitación entre murmullos dejando el silencio dentro en cuanto se cerró la puerta.

Con la mirada persistente de aquel hombre sobre mi persona me vi obligada a echarle un vistazo. Tomó asiento en la cama lo que me puso tensa. Notándolo acerco una butaca y se sentó en ella.

- Pronto estarás bien- dijo cálidamente. Tenía una voz bonita.

- ¿Nos conocemos mucho señor Weller?- estar en camisón delante de aquel individuo me resultaba extraño.

Él hizo una mueca parecida a una sonrisa.

- Soy Sean. Y sí nos conocemos bastante bien.

- ¿Somos familia?- indagué.

- Señor Weller- el médico sacó la cabeza por la puerta- Es mejor que salga, le tengo que comentar unas cosas.

Sean pareció dudar y rozándome la cara con la mano se levantó obedeciendo. Me quedé sola acompañada por mis pensamientos. Traté de recordar algo pero no podía, era como tener una pared adosada en el cerebro que no me dejaba ver al otro lado. Y sabía que había cosas al otro lado.

Empecé a agobiarme por momentos. La respiración se me agitó y sentí náuseas. Una enfermera entró rápidamente y me miró el pulso.

- Tranquila- me susurró de forma dulce- estás en buenas manos.

- No me acuerdo de nada- el corazón me latía descompensado.

- Es normal. Trata de dormir un poquito- hablaba mientras inyectaba algo en el goteo que tenía insertado en la mano.

El sueño me sobrevino casi instantáneamente. Quería dormir y despertar de aquella pesadilla.

Al doctor Norris, el mío, le resultaba difícil tratar de contener a las personas que esperaban afuera de la habitación. Cuando se abría la puerta, podía entrever varios ojos intentando vislumbrar algo de mi persona y me escondía tras las sábanas disimuladamente o me hacía la dormida.

Durante dos largos días de pruebas, máquinas ruidosas, cables y demás artilugios sofisticados, pude hacerme una idea de mis ansiosos visitantes. Ya me había fijado en la chica rubia llorosa y el hombre moreno, además había una mujer pecosa muy parecida al anterior, un señor elegante de ojos azules bastante atractivo y dos personajes nuevos que habían llegado aquella mañana y que parecían los más nerviosos.

- Miriam- me dijo el doctor Norris suavemente por la tarde- Me gustaría que vieras a dos personas. Si te encuentras a disgusto, me lo dices y les saco a patadas. ¿Vale?

- Bueno pero no hace falta ser tan agresivo.

Sonríó achicando sus ojos detrás de unas gafas tipo intelectual.

- Lo intentaré- hizo una seña a una enfermera que abrió la temida puerta.

Eran un hombre y una mujer algo mayores. Por un momento se me hicieron familiares pero acto seguido, la sensación desapareció dejándome el vacío de nuevo.

Se acercaron despacio, sopesando cada paso y echando ojeadas a mi médico. Parecía que ya les había dado alguna orden con anterioridad o algún protocolo a seguir.

- Hola Miriam- dijo la mujer con los ojos enrojecidos. Avanzó varios pasos y se situó a la altura de mi cabeza. Su mirada me transmitía mucho cariño- sé que no te acuerdas de mí y no te preocupes por ello. Ya pasará. Soy tu madre.

- Y yo tu padre- añadió el hombre rápidamente- Y también soy médico- le lanzó una mirada directa al doctor Norris- Ojo.

- No hemos podido llegar antes porque no había vuelos- se disculpó la mujer rompiendo mi silencio- Sean consiguió un jet privado de un amigo suyo. ¿Te lo puedes creer? Como los famosos.

Parecía dispuesta a abrazarme pero se contuvo. No me hubiera disgustado que lo hubiera hecho. Necesitaba ser reconfortada.

- Estás en perfecto estado- apuntó el hombre- Vas a salir de aquí enseguida.

- Sí. Pero no puede volar a España- añadió el doctor Norris como si ya se lo hubiera repetido en cuantiosas ocasiones.

- ¿España?- me sorprendí.

Mis padres asintieron.

- No tiene problemas con el habla y se maneja bien en los dos idiomas- confirmó mi médico consultando varias hojas- los escáneres, analíticas y ecografías son correctas. El coágulo que presentaba en la cabeza se está absorbiendo sin problemas. No hay razón para que esté ingresada pero mantendrá un seguimiento con un colega mío en Los Ángeles hasta que recupere la memoria.

- ¿Eso pasará alguna vez?- pregunté esperanzada.

- Claro- asintieron los tres a la vez.

- El golpe te produjo una amnesia retrógrada- explicó Norris- Todos los acontecimientos anteriores al accidente están ocultos. Generalmente salen a la superficie en horas o días, no te preocupes. Me inclino a pensar que ha sido la suma de los dos percances que has tenido en poco tiempo en la cabeza los que han desencadenado esta situación.

- ¿Dos? ¿Me he caído dos veces?- pregunté- ¿Tan patosa soy?

Mi padre asintió guiñándome un ojo.

- Bueno- dijo mi médico levantando la vista de su informe- me parece que el otro no fue culpa tuya. Descansa y mañana te daré el alta. Pero tienes que prometerme que no te agobiaras tratando de recordar. Ya lo harás.

- Ojalá.

- Que nadie te presione. ¿Vale?- siguió- Sino me los mandas. Por algo me llaman Chuck Norris.

- Muy bien- respondí sin entender la gracia.

Mis padres se despidieron de mí con la mano y desaparecieron detrás de la puerta. De nuevo varios ojos me escrutaron desde fuera y de nuevo metí la cabeza bajo la sábana. Todo aquello tocaba a su fin.

Me levanté de la cama con cuidado por tercera vez la siguiente mañana. Tenía que andar bien y firme para que pudiera salir por fin. Caminé hacia la ventana. Las montañas brillaban por la nieve. En algún lugar de ellas, me había dado una castaña de campeonato.

Anduve hacia el baño y me miré en el espejo por decimonovena vez. El rostro que me devolvía el cristal era el de una desconocida. Durante un tiempo me había imaginado rubia, como la llorona que me esperaba fuera, después morena como mi madre, ahora sabía que era castaña, tenía los ojos marrones oscuros, la piel bronceada y una estructura estándar.

Me di una última ducha y me puse la ropa que me habían traído. Debía ser la mía porque me quedaba bastante bien de talla.

Limpia, peinada y con los dientes relucientes tomé aire y abrí la puerta. El doctor Norris me esperaba allí fuera. Únicamente le acompañaba el hombre moreno. ¿Sean?

- Hola Miriam. Estás estupenda- sonrió con cierto nerviosismo- ¿Preparada para ir a casa?

- Donde sea que eso sea- murmuré.

- Te gusta mucho- observó él- Ya verás.

Asentí sin ganas y me dejé llevar a la calle. No hacía tanto frío como me había imaginado y el sol brillaba obligándome a entornar los ojos.

Enfoqué el coche que me indicaba Sean. Un todoterreno mal aparcado.

- Mira- señaló- tiene cuatro ruedas.

- ¿Cuántas tenía que tener?- pregunté sin entender.

La sonrisa que le había acompañado mientras me hablaba se vino abajo.

- Generalmente me muevo en moto- explicó mientras me ayudaba a subir a la mole- y no te gusta demasiado. La verdad es que lo odias.

- ¿Por qué?

Se sentó detrás del volante y encendió el motor.

- Eso digo yo.

El coche salió raudo dejando atrás el hospital Universitario de Utah. Después de callejear entre edificios de mediana estatura, el coche alcanzó una autopista. Desde ella, las montañas blancas nos rodeaban por todos los lados.

- ¿Vivo muy lejos de aquí?- pregunté sin poder apartar los ojos de la nieve.

- A unas 700 millas. En California.

Una chispa se encendió por un escaso segundo en mi cabeza. Me di un golpe en la frente intentando recuperar la sensación.

- ¿Estás bien?- preguntó Sean cogiendo mi mano izquierda aparentemente preocupado.

- No sé. Es extraño. Por un momento...- intenté explicar.

- El doctor Norris dijo que lo tomaras con tranquilidad.

- Ya pero él no vive en este cuerpo.

Pareció a punto de decir algo pero se detuvo y sonrió.

- Ya estamos aquí- añadió al rato. Era el aeropuerto Internacional de Salt Lake City.

- Pensaba que no podría volar.

- Es solo una hora e iremos en el avión de un amigo.

Un rato después y con la imagen de un avión de papel, me topé con nuestro futuro medio de transporte. De papel no era pero pequeño, sí.

- ¿Vuela de verdad?- pregunté sin querer delante del piloto.

- A veces- contestó él con una mueca.
- Sean, ¿puedo hacerte una pregunta?- me volví hacia mi acompañante- ¿Tengo miedo a volar?
- No creo. Viajas mucho.
- Muy bien. Pues vamos entonces- y subí el primer peldaño hacia aquella maqueta de avión.

Por dentro el Learjet 55 resultaba bastante acogedor. Los asientos de piel invitaban a sentarse y eso hice evitando el techo tan próximo a la cabeza. Sean se situó enfrente de mí sin dejar de mirarme. Le evité volviendo mi vista alrededor. El avión tenía capacidad para unas ocho personas y estaba equipado con una pequeña barra de bar y un aseo.

- ¿No viene nadie más?- inquirí viendo que el copiloto cerraba la puerta que nos separaba de la cabina.
- Los demás ya están en Los Ángeles.
- ¿Y mis padres?
- También- contestó con parsimonia mientras se ataba el cinturón de seguridad.

Le imité. El estupor que sentía por mi nueva situación iba desapareciendo y comenzaba a pensar con claridad. La presencia de Sean me ponía nerviosa. Hubiera deseado que mis padres me acompañaran en el viaje y me agarraran de la mano mientras el aparato despegaba pero solo lo tenía a él y no me veía capaz de pedirle algo así.

El avión vibraba demasiado. No me acordaba de haber montado en otro pero seguro que aquel movimiento no era normal. Tragué saliva y apreté los dedos entorno al reposabrazos.

Sean se levantó y tomando asiento a mi lado posó su mano sobre la mía. Su roce me tensó y tomé aire con fuerza.

- ¿Estás bien?- me preguntó por centeava ocasión desde que le vi por primera vez.
- No. Se mueve mucho.
- Pasa eso en todos los aviones pequeños- me tranquilizó con voz suave.

Desde cerca, Sean intimidaba. Hasta el momento no me había dado cuenta de que resultaba muy atractivo. Quizás algo desaliñado para mi gusto pero guapo al fin y al cabo. La verdad es que ni sabía cual era mi gusto ni nada más.

Sonrió al encontrarse con mi mirada y me apartó un mechón que caía por mi cara situándolo detrás de la oreja. Me dio otro respingo. ¿Era por los botes del avión o por la cercanía de aquel hombre?

- No somos familia, ¿verdad?- conseguí murmurar intentando apartar mis ojos de los suyos.
- Espero que no- contestó sin apear la sonrisa del rostro.

Involuntariamente mi mente trató de abrir un hueco en la memoria pero fue doloroso comprobar su ineficacia. Apoyé la frente en las palmas de las manos con frustración.

- ¿Por qué no puedo recordar?- casi grité.
- Ya lo harás- contestó él apartándose un poco de mí- No intentes forzarlo.
- No puedo evitarlo.

Conseguí girar mi cabeza hacia la ventana. Las montañas nevadas quedaban lejos.

- Descansa un poco- dijo Sean y me ayudó a reclinar el respaldo del asiento- Pronto estarás en casa e irás acordándote de las cosas.
- Ojalá- bostecé.
- Claro que sí. Eres una chica con suerte.
- Que se tropieze con todo.

Él rió.

- No sabes cuanto.

Apenas distinguí sus últimas palabras. Ni los botes del avión consiguieron despertarme el resto del trayecto.

¿Noviembre? ¿Los Ángeles?

Llegué al seiscientos noventa y algo de Ocean Drive bastante aturdida. La casa de paredes encaladas y contraventanas azules me pareció encantadora y mucho más cuando me encontré con el océano Pacífico en toda su magnitud.

- Vaya- musité- Tendría que acordarme de algo similar.

La brisa del mar me acarició el rostro y cerré los ojos inspirando el olor de la sal.

- Venga- me instó Sean- vamos adentro pero no te asustes.

- ¿Es la casa de los Monster?- pregunté rápidamente. Tan rápidamente como me di cuenta que no sabía quienes eran los Monster.

Él no lo notó.

- Bueno, el doctor Norris nos recomendó unas pautas para acelerar tu recuperación. Dentro te esperan todas las personas que conoces de Los Ángeles. Toma aire y valor. Cuando estés cansada me lo dices.

- ¿Son muchos?- empecé a tener miedo.

- Eres bastante sociable.

- No me imagino así, la verdad- el corazón se me aceleraba por momentos.

Él pareció notarlo y me tomó de la mano haciendo que la sangre fluyera aún más deprisa.

- Todas esas personas te quieren mucho. Tranquila- y abrió la puerta despacio.

Hubiera deseado salir corriendo hasta... hasta cualquier ciudad lejana pero me vi poniendo un pie en los azulejos rojaceos del suelo. El murmullo que había taponado mis oídos al entrar, cesó súbitamente. Alcé los ojos que mantenía a ras del pavimento y dirigí un tímido vistazo a los presentes.

Mis padres se mantenían estáticos a mi derecha junto a la barra de una cocina. A la izquierda sentados en las sillas de una mesa de comedor, un grupo extraño compuesto por dos orientales y dos chicas de aspecto peculiar sonreían con nerviosismo. A su lado, reconocí a la mujer morena que se aferraba con fuerza del brazo del hombre atractivo del hospital. De los sofás que rodeaban una televisión se había levantado otro conjunto de chicos y chicas jóvenes, guapos y primorosamente vestidos. Parecían el cartel publicitario de una marca de moda pero no se me ocurría el nombre de ninguna. De entre ellos surgió la rubia llorosa que ya conocía y se me acercó, abrazándome.

- Sandra- murmuró Sean- eso no había que hacerlo.

- Me importa un rábano- gimió ella asida a mi cuello- es mi amiga.

Se despegó pasados unos incómodos segundos y me miró directa a los ojos.

- Vivimos juntas- dijo con cierto brillo en su iris azul claro- y no se sabe por qué nos tenemos aprecio.

Asentí sin saber que decir y arrastré los zapatos hasta colocarme en medio de aquel salón. Si el doctor Norris creía que aquello me curaría debía hacerle caso, así que paseé la mirada detenidamente por cada uno de ellos hasta morir de la vergüenza y finalmente me senté derrotada.

Tenía ganas de echarme a llorar pero no podía hacerlo delante de tanto extraño. Mi madre acudió rauda a mi lado y me pasó un brazo por encima de los hombros reconfortándome instantáneamente.

- Gracias- balbuceé satisfecha mientras ella pasaba la mano por mi pelo.

- Tranquila, cariño.

Llamaron a la puerta y entró un chico rubio de rostro blanco y serio con los ojos más enterrados en el suelo que los míos. Alzó la cabeza hacia mí con un intento de sonrisa del que se liberó al instante.

Entonces sucedió algo extraño. Fue como una luz en la oscuridad de mi mente, el brillo de una imagen pequeña, parecida a una diapositiva. Era una ciudad iluminada donde me rodeaban miles de personas y aquel hombre que acababa de entrar por la puerta estaba conmigo.

Quería reír pero me contuve y en su lugar caminé hacia el muchacho que echó una ojeada al resto de los presentes viendo mi movimiento.

- Hola- atinó a decir en cuanto me tuvo enfrente.

- Nos conocemos- afirmé con rotundidad ante un asombro generalizado.

- Pues sí- corroboró.

- Hay una ciudad y tú estás en ella conmigo- estaba pletórica- ¿Verdad?

Él asintió con la cabeza.

- Nueva York en Navidades.

Otro flogonazo de luz me enseñó más cosas. Cosas que no podía comentar delante de tanta gente. Enrojecí y él esbozó una sonrisa.

- Tenemos que hablar- le dije y busqué algún lugar donde pudiéramos hacerlo con tranquilidad.

Sean me señaló la terraza con la mano y avancé hacia ella con ánimo.

- Cuidado- me pareció escuchar a Sean amenazante a mi único recuerdo que me siguió silenciosamente afuera de la casa.

Al cerrar la puerta detrás de mí, el griterío comenzó en el interior. Volví la cabeza en el otro sentido. Las olas del mar rompían con ganas contra la arena y varios surfistas se divertían entre ellas.

- Así que no te acuerdas de nada- dijo mi Recuerdo apoyándose en la barandilla del porche.

- Ahora sí- contesté alegre- He podido ver más allá del muro que tengo en la cabeza. Ha sido como un sueño. Pero, ¡de verdad! O eso creo.

Él no parecía dispuesto a añadir algo así que lo hice yo.

- ¿Tú y yo...? Quiero decir... he recordado que... en una habitación...

- Sí, nos hemos liado.

Sonó menos bonito de lo que recordaba.

- ¿Y ya está?

- Te puedo decir que fue genial pero daría igual, ¿no?- apuntó él.

- ¡Claro que no! Eres mi único recuerdo. ¿Puedes contármelo todo?

Él echó una ojeada al ventanal de la casa donde se intuían varias caras aplastadas contra él.

- En otro sitio. Tú y yo solos.

- Perfecto.

Me señaló las escaleras hacia el paseo marítimo.

- Vamos a dar una vuelta- me instó.

- Por supuesto- afirmé contenta y le acompañé al pasado caminando por la arena blanca de la playa.

Tenía la historia llena de lagunas pero era feliz. Si podía recordar un capítulo, acabaría recuperando el resto.

Me tumbé en la cama satisfecha con los brazos a modo de almohada bajo mi cabeza. La habitación era muy amplia, con una ventana enorme dando al mar y múltiples retazos de lo que yo debía ser. Había examinado con cuidado cada prenda de ropa, cada croquis de edificios, cada elemento de aseo del baño pero nada me indicaba algo de mí. Únicamente aquel chico rubio con el que mantuve una extraña relación hacía casi dos años. ¿Por qué fue eso lo que salió a la luz? ¿Sería lo que más me había

marcado desde niña? Era imposible.

Respiré hondo dejando de emitir ondas cerebrales en todas direcciones. Mis padres habían vuelto a su hotel, los amigos a sus quehaceres y Sandra a recolectar más fotos, empeñada en que me vendrían bien.

El sueño me volvió a embargar y bostezando me quedé dormida.

Estaba a punto de anochecer mientras observaba el decaimiento de la luz al otro lado de la ventana. Un ligero ruido a mi espalda me hizo girar la cabeza pero no había ningún motivo de alarma.

Volví la atención al frente y en el reflejo del cristal pude ver a alguien a mis espaldas. Inconcebiblemente el esperado grito no salió de mi garganta como tampoco mis pies reaccionaron empezando a correr. Me quedé traspuesta mientras una respiración jadeaba en mi cuello.

- Cuidado- dijo pegado a mi oreja- Es un asesino.

Llamaron a la puerta y esta vez grité. Me encontraba en mi cama, sudando como un pollo en el horno.

- ¿Puedo entrar?- preguntó una voz al otro lado de la puerta.

- Sí- respondí incorporándome.

Sean apareció en el dormitorio con el gesto extrañado.

- ¿Has gritado?

- He tenido una pesadilla- traté de sonreír mientras mi pulso se restablecía.

- Supongo que eso es bueno- se sentó a mi lado mientras me observaba con interés- ¿Puedo preguntar de que se trataba?

Le resté importancia con la mano.

- Nada. Un tío que se había colado en el dormitorio.

Él tensó los músculos de la cara.

- Me gustaría llevarte a algunos sitios mañana- dijo al cabo de unos largos segundos.

- No se trata del zoo, ¿verdad?

- Ni de Disneyland.

Resoplé y él pareció relajarse. Se levantó de la cama y anduvo hasta la ventana.

- ¿Qué te contó el Negativo?- preguntó sin interés.

- ¿Quién?

- Tu amigo Mario- luchaba por agregar algo pero no lo hizo.

- Estuvo añadiendo imágenes a mis pobres recuerdos- salté al suelo y me coloqué a su lado- Es fantástico empezar a recordar.

- Me alegro mucho, de verdad- su tono de voz no parecía transmitir lo mismo.

- Poco a poco, ¿no?

- Y, ¿de qué exactamente te acuerdas?- interrogó de nuevo sin aparente atención.

Jugué con la cuerda del estor entre los dedos.

- Prefiero no contarlo. Es algo... íntimo.

Detuvo mi movimiento aplastando mi mano con la suya.

- Ese tío está en el pasado. ¿Vale?- masculló entre dientes.

Me dejó algo descolocada y no supe que decir. Pareció notarlo y escondió el brazo tras su espalda.

- Lo siento- se excusó- Aunque no lo creas, no es fácil para mí.

- Ni para mí. Trato de pensar en algo y solo me llegan imágenes del presente, tengo un bloqueo tan grande que a veces creo me va a hacer reventar la cabeza.

Él asintió mientras paseaba por la habitación.

- Me parece que es mejor que me marche. Te recogeré a mediodía, si no te importa- agarró el pomo de la puerta y me dirigió un vistazo- Sueña con los angelitos.

- Tú también.

- Ojalá- y cerró la puerta detrás de él.

Me senté en la cama. No conocía a Sean y resultaba duro tratar de establecer una sintonía con él. Era un extraño que se me acercaba peligrosamente y evidentemente era obligado sentir algo por él. Pero, ¿qué? Demasiadas cosas tenía en mente como para tratar de comportarme como no era en absoluto, ¿o sí?

A pesar de haber echado una cabezadita momentos antes, tenía sueño de nuevo. Con la mente en blanco, me quedé dormida.

- Buenos días- mi Recuerdo apareció en el umbral de la puerta cargado de cafés y una caja con donuts.

- Vaya, muchas gracias. No eras tan galante cuando salías conmigo- Sandra recogió enseguida los dulces y abrió la tapa- ¡Que nadie me quite los de chocolate!

Mario me hizo un gesto con la cabeza para que abandonara mi puesto en el sofá y me acercara a ellos. Me tendió un café.

- Te gusta bien cargado- me dijo.

- ¿Seguro?- pregunté después de darle un sorbo. Estaba espantoso.

- Ya te acostumbrarás- esbozó una sonrisa fugaz- He venido a llevarte de paseo.

Sandra le miró como si hubiera dicho una locura.

- Según el doctor ese- continuó él haciendo caso omiso de Sandra- tienes que visitar sitios conocidos. ¿Qué mejor lugar que tu trabajo?

- Pues vaya- masculló Sandra.

- Bueno...- tartamudeé- no voy a reconocer a nadie... aún tengo un tiempo de baja...

- ¿Ahora eres una cobarde?- preguntó él haciendo que me hirvieran las tripas.

- No.

- ¿Entonces? Una visita a tu departamento y ya está- zanjó mi Recuerdo con un gesto de la mano.

- ¿Trabaja mucha gente conmigo?- comenzaba a armarme de valor con un donut de azúcar en la mano.

Negó con la cabeza.

- Unos cincuenta.

- ¿Cincuenta? ¿Estás loco?- le increpé sin querer hacerlo. Me sentía como si acabara de insultar a la primera persona que veía por la calle.

A él pareció no importarle.

- Ánimo- intercedió Sandra- Seguro que te viene bien. Tú sonríe y ya está.

Algo más segura de mi misma, subí a vestirme. ¿Qué ropa llevaba un arquitecto? Después de quince minutos de pelea mental, cogí lo primero que no estaba arrugado y salí de la casa camino del trabajo. Estuviera donde estuviera.

El centro de Los Ángeles me hizo sentir como a una hormiga entre sus rascacielos. Por lo poco que conocía, no me parecía una ciudad bonita. El tráfico resultaba agobiante y el coche de mi Recuerdo avanzaba a trompicones entre semáforos y taxis.

Me señaló un edificio alto negro y blanco.

- En la planta treinta.

Aparcamos en un parking subterráneo que daba a los ascensores y subimos rápidamente por lo que no me dio tiempo a estrujarme demasiado el cerebro. Cuando las puertas iban a abrirse, Mario me cogió de la mano.

- No estás sola- me susurró al oído.

- Gracias- el ascensor dio paso a un vestíbulo amplio donde se leía Social Architecture sobre la cabeza de una joven guapa y sonriente tras un mostrador. Mario me soltó la mano y acudió a su encuentro.

- Hola Miriam- saludó ella achinando los ojos.

- Hola- dije tímidamente y correspondí a su sonrisa.

- Angélica te espera en tu mesa- nos comentó.

- Bueno- añadió mi Recuerdo- empezamos fuerte. Sígueme.

- ¿Qué has querido decir con eso?- pregunté acompañándole por un largo pasillo.

- Angélica es tu jefa.

- ¿Mi jefa?- me estaba poniendo nerviosa por segundos- ¿Sabe que he olvidado todo?

Me palmeó el hombro.

- Todo el mundo lo sabe.

Empujó una doble puerta de cristal y varias personas cuyas cabezas estaban ocultas tras paneles, las levantaron para mirarme. Sonrisas, muecas... había de todo.

- Mi pobre disminuida- una voz tronó a mi derecha.

Me encontré frente a una mujer ancha en todas sus proporciones que me dirigía una mirada irónica. Parecía estar divertida.

- ¿Qué te ha sucedido esta vez?- siguió hablando con tono de sargento- Me han dicho que te tengo que enseñar tus cosas para ver si recuerdas algo. Y, ¿sabes una cosa? Me parece una imbecilidad. Lo mejor es propinar otro golpe para recuperar la memoria- aporreó la mesa más cercana haciendo que volaran los folios y temblara el ratón.

- Igual en la Edad Media- murmuré tapando involuntariamente mi herida de la cabeza con la mano.

Angélica se echó a reír y me mostró un escritorio repleto de carpetas.

- Tienes trabajo, criaturita. Y mucho.

- Pero no sé que tengo que hacer.

Arrastró la silla a mi vera y me empujó hasta hacerme sentar en ella.

- Inténtalo.

Miré la mesa con pavor. La cabeza de un presunto compañero apareció tras un biombo.

- No la lleves la contraria- me susurró antes de desaparecer.

Cogí un lápiz y eché una ojeada a la primera de las carpetas. Museo en Spokane. ¿Dónde estaba eso?

Bajo la intensa mirada de mi jefa y de Mario, pasé los planos que la atiborraban de uno en uno. ¿Querían que recordara como se hacía un museo? Iban listos.

Un detalle llamó mi atención. ¡Qué barbaridad era aquella!

- ¡Dios mío!- grité- ¡Estos pilares no aguantarían ni la caseta de un perro!

Angélica se echó a reír haciendo temblar las paredes.

- Mi disminuida sirve para algo- vociferó- A ver guapa, mañana ya estás fichando a las ocho. ¿Entendido?

Asentí perpleja. Me encogí de hombros mientras la veía alejarse.

- ¿Qué he dicho?- pregunté volviéndome hacia Mario.

- Se te acabó la baja, Miriam- la boca se le curvó en una rápida sonrisa- Vamos a dar una vuelta por la Universidad. Esto promete.

El paseo por el Campus de la UCLA había sido precioso pero no hizo remover mis recuerdos. Me extrañaba que hubiera podido olvidar un sitio tan agradable lleno de enormes árboles y edificios de bonitos estilos.

Me acomodé en el coche mientras veía pasar largas avenidas de palmeras gigantes, grandes mansiones y multitud de personas variopintas a través de la ventanilla. Mario no era muy comunicativo y en cierto modo lo agradecí.

Después de comer en un restaurante desde el que se veían unas letras inmensas blancas en la ladera de una montaña que ponían HOLLYWOOD, Mario me llevó a casa.

- Gracias por tratar de ayudarme- dije bajando del coche.

- Es lo que se hace por los amigos, ¿no?- evitó mi mirada dirigiendo la suya hacia la casa.

- Por ahora eres mi único recuerdo del pasado, no te vayas muy lejos.

En vez de entrar en el vehículo de nuevo como parecía dispuesto a hacer, encaminó sus pasos hacia mí situándose a escasos centímetros.

- Te voy a decir dos cosas- soltó con un ímpetu que no le pegaba- Una, estaré aquí para lo que necesites y dos...

Me cogió de la mano antes de continuar.

... dos, me gustas mucho, siempre ha sido así y siempre lo será, lo que sucedió entre nosotros fue increíble pero sabía que el señor Hollywood nos separaría constantemente, así que me di por vencido. Fui un idiota- tomó aire mientras mi cabeza vagaba entre las imágenes del pasado con Mario- pero ahora que te has olvidado de él, todo podría ser más fácil, podríamos intentarlo de nuevo, podríamos...

Pensé que iba a respirar otra vez pero en su lugar, me besó.

Me quedé agarrada por la declaración y por la situación y en cuanto comprendí lo que sucedía, me aparté.

- Mario, y o...

- Lo siento. Es muy pronto, ya lo sé- parecía estar mas abochornado que yo- pero tenía que hacerlo.

- Una escena enternecedora- alguien se nos acercaba por la derecha. Cerré los ojos- No sé si aplaudir.

- Que raro que merodees por aquí- contestó mi Recuerdo rápidamente a un Sean con los músculos de la cara tensos como poleas- Da rabia que no se acuerden de uno, ¿verdad?

- No seas niñato- respondió el aludido- Me has visto perfectamente desde que habéis llegado. ¿Es una estrategia de instituto o de guardería?

Me volví de uno al otro.

- ¿Es eso cierto?- pregunté a Mario.

- No importa.

- ¿Cómo que no?- salté.

- Si no, no me hubiera lanzado en la vida- apuntó él imperturbable.

Me quedé sin palabras. ¿Le gustaba a tantas personas a mi alrededor? ¡Era una rompecorazon! Me entró la risa y ambos me miraron con incredulidad.

- No tiene gracia- profirió un Sean bastante molesto- Habíamos quedado, ¿no te acuerdas?

Era cierto. Asentí con la cabeza.

- Lo siento. Parece que ya me falla la memoria a corto plazo. Si aún tienes ganas podríamos ir ahora- me excusé.

- Está bien- terminó aceptando Sean lanzando una mirada a mi Recuerdo llena de malicia- empezaremos por mi casa.

Mario por toda provocación abrió la puerta de su coche.

- Te veo mañana en el trabajo- dijo únicamente y se marchó.

- ¿Vas a empezar ya?- preguntó Sean asqueado.

- Sí. Parece que sé de qué va. No me preguntes cómo.

Me señaló una moto aparcada frente a la casa.

- ¿Te atreves?- su voz volvía a ser jovial, cualquier conversación u hecho anterior parecía haberse evaporado.

- ¿Tan mal conduces?

Me tendió un casco en el que dudaba que entrara mi cabeza.

- Vamos a comprobarlo- y tras conseguir sentarme, arrancó haciendo derrapar las ruedas.

La diabólica moto y su diabólico conductor corrían y giraban por calles serpenteantes que parecían no tener fin. Los ojos me dolían de mantenerlos cerrados y había cesado en mi intento de gritar auxilio cuando me tragué un mosquito del tamaño de un helicóptero Tigre.

- Estamos llegando- aquellas palabras me supieron a gloria.

Dirigí un tímido vistazo a mi alrededor. Mansiones ocultas tras setos frondosos se alternaban a derecha e izquierda mientras la velocidad de la moto se reducía. Llegamos al final de una calle. Un portón era el único indicio de otra casa.

Se abrió de par en par mientras la moto entraba en la parcela. Frenó en la grava con un movimiento antinatural de las ruedas.

Ante mí había una edificación prismática estilo moderno con amplios ventanales tintados.

- Para gustos, los colores- pensé para mis adentros.

- Ya sé que no te gusta- me leyó la mente Sean- Vamos adentro.

El interior de la casa no ofrecía una mejor visión. Era gélida, desnuda, nada confortable. ¿Pensaría lo mismo antes?

Avancé hasta un sofá con la vista fija en unos ventanales que brindaban una espectacular vista del jardín.

- Eso sí que es bonito- dije en alto esta vez.

Él permanecía a un lado, con la espalda apoyada en la pared y la mirada clavada en mi persona.

- ¿Qué sucede?- me aventuré a preguntar después de un largo silencio.

- ¿Se te hace algo conocido?

Roté sobre mi eje prestando atención a cada detalle que me rodeaba. A los pocos detalles que me rodeaban.

- Creo que no- tuve que concluir al final.

- ¿Y esa mesa?

Había un jarrón con flores secas y arrugadas en medio de la misma.

- Deberías poner otras nuevas- las señalé.

- Hace tiempo que no vivo aquí.

- ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

- No me trae buenos recuerdos- respondió esquivo andando hasta situarse detrás de mí.

El movimiento me puso la piel de gallina y me giré hacia él.

- No hagas eso- salté.

- ¿El qué?

- Ponerte a mi espalda.

Me prestaba atención.

- ¿Por qué?

No lo sabía. Me encogí de hombros.

- Creo que me da miedo.

- ¿Te doy miedo yo o...- giró de nuevo colocándose detrás. Acercó su boca a mi cuello- o que esté aquí en plan acosador?

Me revolví alejándome hacia la ventana.

- No tiene gracia. Me recuerdas a alguien.

- ¿A quién?

Levanté las manos exasperada.

- ¡Vale ya! ¡Déjame tranquila! ¿Es algún método extraño para atraer recuerdos? Me estás agobiando.

Empecé a temblar. Ni una imagen pasaba por mi mente, el cerebro estaba bloqueado y se remontaba únicamente a escasos días atrás. Quise gritar.

- ¿Estás bien?- Sean acudió a mi lado y me sujetó de los hombros. Me escabullí consiguiendo abrir la puerta al jardín.

El aire fresco me sirvió de alivio.

- ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué tengo que recordar esta casa? ¿Qué tiene de importancia?- las preguntas me salían a mansalva mientras dirigía la vista hacia el frente, hacia lo que parecía el mar.

- Perdóname- se situó a mi lado- me gustaría poder contarte muchas cosas pero el doctor Norris cree que es mejor que algunas de ellas salgan a la luz solas.

- Entiendo- giré la cabeza hacia él- las amnésicas no venimos con manual de instrucciones.

Sean sonrió ligeramente.

- Bueno. Poco a poco.

Eché un ojo a la pared blanca de la vivienda, seguía sin parecerme bonita pero aparentaba ser costosa.

- ¿A qué te dedicas para tener una casa así?- pregunté intrigada. Desde luego que no tenía pinta de empresario, ingeniero o abogado.

Su rostro se iluminó.

- Soy actor- contestó divertido.

- Ah- bueno, eso podía ser- ¿Y has hecho muchas películas?

- Unas cuantas. Últimamente vuelvo a estar de moda.

- Pues tendré que verlas, nunca había conocido a un famoso... creo. ¿Te he pedido algún autógrafo?

Él se rió.

- Estaré encantado de dártelo.

- Gracias.

Un pitido desagradable provino del interior de la casa.

- Es el telefonillo- pareció excusarse- Voy a ver quien es.

Le seguí y entramos en la cocina. La sensación de frialdad se acuciaba allí entre muebles impecables y azulejos brillantes. Ni una mancha en la encimera ni un imán en la nevera.

Una pantalla grande incrustada en la pared hacía las veces de telefonillo. Un hombre de pelo blanco miraba directamente hacia nosotros.

- Inspector- dijo Sean por el micrófono- Que sorpresa.

- Señor Weller, necesito hablar con usted- la voz sonaba algo robótica.

- Le abro.

Otro pitido taladrador de tímpanos mientras acudíamos a la puerta de entrada.

Un todoterreno blanco irrumpió en la finca y de él bajó un hombre delgado y alto parecido a un ciprés con gafas de sol.

- Señor Weller, señorita Sanabria- se quitó las gafas para darme la mano- me alegro de verla. Ya me he enterado de su... percance. ¿Está mejor?

- Aún no recuerda nada- se me adelantó Sean- ¿Quiere entrar?

Sin contestar, pasó a nuestro lado situándose con los brazos en jarras en medio del salón.

- Sería mejor que habláramos solos- dijo el Inspector sin nombre señalándome con un gesto de la cabeza.

- No tengo nada que ocultar- apuntó Sean con una sonrisa- ¿No quiere sentarse?

- La verdad es que no- sacó una libreta de notas del bolsillo de su americana pero no la consultó- Hay ciertas novedades con respecto al caso de su mujer, Andrea Wilson.

- No sabía que había un caso con el nombre de mi mujer- el rostro de Sean se endureció- ¿A qué se refiere?

¿Su mujer? ¿Estaba casado?

- Tenemos nuevas pistas...- parecía dudar si continuar- ¿No prefiere estar solo? Bueno, como quiera. ¿Dónde estaba entre las once y las dos de la noche de la muerte de su esposa?

- ¿Es un interrogatorio?

- ¿Prefiere que le lleve a Comisaría?

Sean terminó por sentarse abatido en el sofá.

- Estoy cansado de todo esto. Ya se lo conté en su momento a la policía. ¿Está removiendo la basura únicamente por el pirado de las cartas?

¿Pirado? ¿Cartas? ¿Mujer muerta? Mi cara debía ser la perplejidad en su estado más puro. El Inspector sin nombre me echó una ojeada de soslayo para acto seguido, reanudar su atención a Sean.

- No me andaré por las ramas señor Weller. Desde hace un tiempo, a la muerte de su mujer también se la considera como homicidio premeditado.

- ¡¿Qué?!- Sean se levantó de un salto- ¿Premeditado? ¿Está diciendo que el conductor que la atropelló lo hizo aposta?

El Inspector negó con la cabeza lentamente.

- No. Lo que digo es que alguien pudo empujarla contra el coche.

Aquello me recordaba a un capítulo de alguna serie de la HBO a las que Sandra estaba enganchada. Sean parecía desorientado.

- ¿Empujarla? ¿Por qué?

- Dígame usted. Podía haber descubierto que su mujer le era infiel, poco más se necesita para desquiciarse a cualquiera. Es bastante comprensible.

Sean pareció despertar. Con el brazo extendido y el índice apuntando a la puerta, le taladró con la mirada.

- Inspector Cruz, puede marcharse.

- Entonces tendrá que venirse conmigo a la Comisaría.

Me encontraba absorta siguiendo las conversaciones de uno y otro con la cabeza como en un partido de tenis.

- Perfecto. ¿Necesito un abogado?

- Creo que no está de más- el Inspector me tendió la mano- Señorita Sanabria, esto no va con usted. Es mejor que se vaya a casa.

- No me veo capaz de conducir una moto ni de encontrar mi casa- me excusé mirando a Sean.

El policía torció el gesto.

- Señor Weller nos vemos en la Comisaría en una hora- dijo antes de marcharse.

- No se preocupe, no me dará a la huida- comentó Sean con una sonrisa.

- Ese sería el mejor de sus problemas.

No parecía una broma. Miré al Inspector mientras se montaba en su coche y abandonaba la parcela.

- Un hombre sin sentido del humor- Sean se apoyó en el marco de la ventana a mi lado.

- No entiendo nada- dije con la vista perdida al otro lado de los cristales.

- Es una larga historia.

- ¿Lo sabía cuando perdí la memoria?

Él asintió.

- Y, ¿creía en ti?- enuncié la pregunta sin haberla filtrado.

Sacó unas llaves del bolsillo del pantalón en un movimiento lento. ¿Era yo tan metepatas antes? Seguro que no.

- Me parece que sí- contestó al fin enfilando hacia la puerta- Nunca te lo pregunté.

Sin más palabras subimos a la moto que arrancó enseguida. Mis pobres y escasos pensamientos se marearon de nuevo ante las curvas.

Mi vida era un culebrón. Por un lado, la protagonista perdía la memoria mientras esquiaba con unos amigos, por otro se alternaban mujeres muertas, un antiguo amor y un posible asesino. ¿Se podría escribir una novela con semejantes sucesos? Sí, pero sería bastante mala.

La ducha terminó con mis paranoias. Mi primer día de trabajo. Me sentía nerviosa pero a la misma vez esperanzada de que pudiera revelarme algo de mi pasado.

Mientras desayunaba extendí el plano de Los Ángeles en la mesa. Tracé con un lápiz el recorrido entre la casa y mi destino. Iba a perderme.

- Me da miedo dejarte mi coche- Sandra salió de su habitación dándose golpes contra las paredes.

- ¿Te he despertado?

- Sí. Que seas tan aseada es un asco- se sentó a mi lado frotándose los ojos- Te voy a llevar yo.

- Gracias Sandra pero no hace falta.

- Ya lo creo que sí. Cuando llegaste a esta casa por primera vez eras una mujer muy decidida. Cogiste el coche y te plantaste en la Universidad como si hubieras nacido en el vecindario. Ahora tiembles más que la gelatina.

Bebí el último sorbo de café.

- ¿Cómo era yo antes?- pregunté sin demasiadas ganas de escuchar su valoración.

Sandra sonrió. El aletargamiento pareció desaparecer.

- Bueno...- se reclinó un poco en la silla- ¿Por dónde empezar? Eres o eras, mas bien, una empollona, todo el día estudiando y después todo el día trabajando- debió recordar algo y lanzó una carcajada- También eres algo... fresca. No has hecho más que ligar, en las discotecas te los tenemos que quitar de encima y noche tras noche me traes tipos diferentes a casa. Buf, tenemos muchas peleas al respecto.

Resoplé. ¿En serio?

- Comes mucha comida basura, se te da bien el surf, corres fatal, te encanta el béisbol, el cine y las novelas rosas. Te conoces todos los nombres de los actores, sus películas y sus líos amorosos.

- No suena demasiado bien.

- Y soy tu mejor amiga.

Sonreí. Eso no me lo creía.

- Y, ¿qué pensaba de Sean? Un Inspector le ha estado interrogando sobre la muerte de su mujer.

Ella abrió los ojos como platos.

- ¡Qué dices!

- Cree que la empujó contra un coche porque se había enterado de que tenía un amante.

- ¡No fastidies!

Sandra se había despertado completamente. Se levantó de la silla y caminó por el salón.

- ¿Tú le ves capaz?- pregunté siguiéndola con la cabeza.

- Le he visto asesinar maricianos, demonios, hombres, mujeres y a un perro pero ha sido en las películas. Vale que va de duro pero no lo es en absoluto- se detuvo- La

verdad es que no le veo capaz pero por amor... la gente desvaría.

Tragué saliva y parte de la tostada.

- Bueno- saltó ella de repente- hay que irse.

Corrí escaleras arriba para tratar de adecentarme de nuevo. Mi trabajo esperaba, tenía que centrarme en ello. Allí podía estar mi salvación.

Planta treinta. Los pisos avanzaban rápidamente en el ascensor. Agarraba una carpeta que había encontrado en mi habitación estrangulándola.

La puerta se abrió y me encontré de nuevo en la recepción. La misma chica con su misma sonrisa.

- A por ellos, Miriam- dijo guiñándome un ojo.

La correspondí con un gesto y volví a seguir el pasillo del día anterior.

- A ver, despistada, estoy aquí- la voz de mi jefa surgió de un despacho a mi derecha. Asomé la cabeza por la puerta- Ponte con el Museo.

Si mi yo anterior era seguro, debía serlo nuevamente.

- Ahora mismo- contesté con firmeza.

- Esa es mi chica y recuerda una cosa: hablar como un hombre, pensar como un hombre, oler como un hombre.

Me dirigí a mi mesa rauda. Saludé en alto a las cabezas que me observaban y casi todos me devolvieron el gesto con palabras de ánimo.

Tomé aire, me senté, encendí el ordenador y tecleé la contraseña sin darme cuenta de lo que hacía. Me detuve en seco. Miami beach. ¿Cómo lo había sabido?

Esperanzada, busqué la carpeta del Museo. Eché una ojeada a los archivos y abrí los planos que más me interesaban, sin demasiados problemas fui dando con todos ellos.

- ¿Has perdido de verdad la memoria?- me dijo la cabeza de un compañero. Era algo más joven que yo de cejas espesas y cercanas.

- Eso parece.

- ¡Quién lo diría!- exclamó con un vistazo a mi pantalla- ¿Te acuerdas del regalo del cumpleaños de Julita?

Me encogí de hombros.

- ¿Qué pasó con él?

- Pues nada- y volví a esconder su cabeza tras el panel que se alzaba entre nuestras mesas.

Me dieron ganas de echar abajo la barricada que nos separaba pero el trabajo llamaba mi atención. Había avanzado en mi memoria más en una escasa hora que desde que desperté en Salt Lake City.

El sábado llegó volando. Por primera vez me sentía llena. El vacío que ocupaba mi cabeza se saturaba de imágenes, documentos, planos, algo que aliviaba mi ansiedad notablemente. Mis visitas al doctor Morris, curioso nombre para el amigo médico del doctor Norris simplemente daban fe de que me encontraba sana como una manzana. ¿Y los recuerdos? Regresarían paulatinamente. Con tales argumentos mis padres volvieron a España algo obligados.

Sandra estaba empeñada que saliera con ella y sus amigos por la noche. Aunque me hubiera jurado que yo era un animal nocturno, no me sentía identificada. ¿Estaría bromeando conmigo?

Miré la ropa de mi armario con desidia. Aquella no era el tipo de indumentaria que llevaban las lobas al anochecer.

Bajé las escaleras buscando a mi casera. Aporré su puerta. La abrió con cara soñolienta.

- Estoy descansando para la juerga de esta noche- me murmuró algo inteligentemente.

- Sandra, ¿cómo ligo con la ropa que hay en mi armario?

A ella le entró la risa.

- Espera, te voy a prestar algo mío.

- ¿Me cabrá?- pregunté con su silueta de pitillo moviéndose por la habitación.

Me tendió una falda y una camiseta de poca tela. ¿No estábamos casi en invierno?

- Ya sé que hace frío pero para estar guapa hay que pasar calamidades- me empujó hacia la puerta- Ponte eso y bastante maquillaje.

- ¿Seguro?

- ¿Te engañaría yo?- su rostro se tornó inocente.

Subí a vestirme con la sospecha de que aquello era una equivocación.

Supé que me había equivocado o, mejor dicho, me habían conducido al error, en cuanto vi la cara del grupo de amigos de Sandra.

- Vaya, estás guapísima- saltaron al unísono los dos hombres, Michael y Billy.

Las chicas me miraron con recelo para acto seguido girarse hacia Sandra.

- ¿Qué la has hecho?- la preguntaron.

- Convertirla en una de nosotras- contestó la aludida.

Efectivamente, aquella no era mi forma de vestir, desde mi perspectiva se veía demasiada pierna y demasiado escote. Me empezaron a dar ganas de echar a correr pero dudaba que aquellos finos tacones aguantaran una maratón.

- ¡Qué más da!- saltó Billy dejando al fin de mirarme- Vamos a disfrutar un rato.

Asentí resignada y entramos en la discoteca. La música me abrasó los tímpanos y la acallé tapándome las orejas con las manos. Caminamos hasta encontrar una zona libre donde expandirnos. Los chicos fueron a buscar algo de beber mientras las mujeres empezaban a bailar. Me sumé a ellas y al momento me encontré pasándolo muy bien. Había que esquivar las ojeadas persistentes de algunos grupos varoniles de alrededor para no sentirse siendo desnudada pero por lo demás resultó muy divertido. Alison y Billy salían desde hacía un año y parecía que gracias a mí, Kelly se comía con los ojos a Michael pero éste se hacía el despistado, Sandra prestaba su atención a cualquier cosa que se moviera a su alrededor y yo me entretenía observando a aquella fauna local digna de proyecto de investigación.

Eran las tres cuando arrastrando los pies, salimos a la calle. Hacía bastante fresco y mi ligero atuendo no me reconfortaba en absoluto. Michael se fue corriendo a buscar su coche mientras le esperábamos derrengados en un banco.

- Vaya, ¡quién está por estos barrios!- exclamó Sandra mirando hacia la derecha.

Un hombre se acercaba por la acera. Después de dos medias copas, yo veía borroso y no lo había comprobado hasta aquellos momentos.

Únicamente me di cuenta de quien se trataba cuando estuvo a la altura de mis zapatos.

- Hola Sean- saludaron a la vez Alison y Kelly poniéndose firmes como en un regimiento militar.

- No te hagas la extrañada, Sandra- dijo él sin demasiada alegría en la voz- me has dicho tú que viniera.

Todos volvieron la cabeza hacia ella, salvo yo que trataba de vencer el atontamiento mirando al actor. Éste me devolvió un vistazo general bastante exhaustivo.

- Miriam no está en demasiado buen estado. Pensé que podrías llevarla a casa- contestó mi compañera altanera.

- ¿A mí?- pregunté yo dándole cuenta de que hablaban de mi persona- Yo estoy perfecta, estoy buenísima...

- En eso le doy la razón- se rió Billy- hoy está buenísima.

- Entonces, no creo que haga mucha falta por aquí- apuntó Sean echándome un nuevo repaso.

Sonreí con naturalidad y traté de ponerme de pie pero no lo conseguí.

- Igual sí- me cogió del antebrazo antes de que diera con mis posaderas en el adoquinado- La llevo a casa.

- Me has mentado Sandra- murmuré yo- No se me dan bien ni las bebidas alcohólicas, ni las minifaldas ni los hombres.

Todos se rieron sin compasión. No tenía ni la más mínima gracia.

- Bueno, nos vamos a seguir en otro lado- continuó Sandra.

El coche de Michael aterrizó a nuestro lado a la velocidad de la luz. Después de más risas, despedidas y bromas desaparecieron dentro del vehículo. Me giré hacia Sean que aún me mantenía sujeta por el brazo.

- Estoy bien- repetí.

- No lo creo- Sean empezó a andar y le seguí a duras penas- Voy a buscar un taxi, no creo que en mi moto estés muy a salvo.

- No estoy a salvo contigo en ningún lado- musité.

Se detuvo.

- ¿Por qué?

- Porque empujaste a tu mujer contra un coche- aquello no debería haberlo dicho.

- Estás borracha- emprendió el camino de nuevo.

- Algo alegre únicamente- me zafé de su sujeción y perdí el equilibrio.

El bordillo se hizo muy, muy cercano y me desplomé encima. Una de las rodillas me empezó a sangrar.

- ¿Por qué eres tan cabezota?- masculló Sean limpiándome la herida con un pañuelo. Dejó la mano apretada en torno a mi rodilla- ¿Estás bien?

Me dolía la pierna. Ahora no podría escapar demasiado deprisa si a aquel hombre le daba por intentar asesinarme.

- ¿Me vas a matar?

- ¡Y venga!

- No me has respondido.

Resopló.

- No, señorita sabelotodo, no pienso acabar contigo aún pero me lo estoy pensando.

No sabía si echarme a reír o a llorar, entonces un taxi apareció a lo lejos. Sean le detuvo y subimos.

Dentro, el calor era reconfortante. El conductor miró dos veces seguidas al espejo retrovisor antes de arrancar.

- Siento lo del Oscar- dijo- ¿A dónde?

- 692 de Ocean Drive, Manhattan Beach y gracias, la próxima vez será- respondió Sean.

Parecía que encontrar a un actor famoso en un taxi resultaba bastante normal. El resto del camino el taxista nos dejó tranquilos mientras tarareaba canciones en indio.

Mi herida había dejado de sangrar pasado el aeropuerto. En vez de retirar la mano de mi rodilla, Sean la deslizó algo más arriba. Su mirada se encontró con la mía.

- Eso no está bien- dije yo.

- Lo sé- se acercó hacia mí. Su cara quedó enfrentada a la mía a poca distancia- ¿Puede el Negativo darte un beso y yo no?

Aparté su mano y retrocedí en el asiento hasta quedar con la espalda pegada a la puerta.

- ¿Es una competición?- pregunté asqueada.

- No. Entra en mis derechos como pareja- se aproximó de nuevo con una sonrisa en los labios.

Le lancé una mirada de auxilio al taxista pero seguía inmerso en su mundo.

- No te conozco. No siento nada por ti que no sea agradecimiento y algo de...

- Miedo- continuó él volviéndose atrás- Vale.

- Lo siento. No quiero ofenderte es que... esto es muy difícil para mí. Todo el mundo es un extraño, no quiero ningún tipo de relación...

- ¿Para eso te vistes así?- me señaló.

- No te incumbe.

- Te equivocas, me incumbe todo lo relacionado contigo. Estoy desesperado porque recuerdes- se frotó la frente echándose el pelo hacia atrás- Así te darás cuenta de

que no soy un mal tipo.

Teniéndole lejos me sentí aliviada. ¿Por qué me ponía tan nerviosa?

El taxi llegó a mi calle y se detuvo delante de la casa. Nos apeamos.

- Podríamos empezar de nuevo, poco a poco- dijo Sean algo más relajado sujetando la puerta abierta del taxi- ¿te apetece quedar mañana a comer?

- Por ahora no, Sean. Dame tiempo.

- Como quieras- se metió en el coche y desaparecieron de mi vista calle arriba.

Abrí la puerta con las piernas flaqueando. Cada vez estaba más confundida con mi verdadera personalidad, con mi antigua vida.

Mis sueños nocturnos fueron caóticos. Había música, planos arquitectónicos, imágenes de Mario y más en Nueva York y algo sombrío parecido a un recuerdo.

Abrí los ojos angustiada y comprobé que me había despertado el portazo de Sandra al llegar a casa. Al menos ya no estaba sola.

Miré el techo, lo que amenazaba con salir a flote en mi sueño se me presentó de repente. Me vi escondida de noche con la vista fija en una pareja besándose en un puente. Reconocí al hombre, era Sean. Hacía frío y el viento helado, cortaba. Me acercaba un poco más y cuando quería dejar de mirar, Sean sacó un cuchillo y apuñaló a la mujer hasta dejarla desangrándose en el suelo. Entonces me dirigió una mirada triunfal que me dejó la piel erizada.

Me tapé la cabeza con la almohada. Eso no podía ser real, seguramente formaría parte de alguna película. Y entonces, ¿por qué me recordaba a mi misma delante del puente?

Ya no pude dormir más.

Sean parecía haberse dado por vencido y no me llamó en toda la semana. Ni siquiera me di cuenta de ese detalle hasta que llegó de nuevo el sábado.

- ¿Cómo puedes dejar escapar a un hombre así?- me preguntó Sandra por undécima vez.

Escondí la cabeza entre mis brazos cruzados sobre la mesa. Odiaba el fin de semana. Durante los días laborables no tenía que pensar en nada, no tenía que recordar, las ideas fluían solas delante de un ordenador y ante la mesa de dibujo pero durante los dos días siguientes debía hablar con gente que apenas conocía y que esperaban más de mí de lo que yo les podía dar.

- ¡Ya no sé que hacer!- exclamó ella- y ahora es él el que no quiere dar su brazo a torcer. ¿Por qué me meteré donde no me llaman?

Buena pregunta.

- No te preocupes.

Me dio un golpecito en la cabeza.

- ¿Hay alguien cuerdo ahí? ¿Cómo que no me preocupe? Estás echando a patadas a un actor famoso que está, o estaba, loco por ti. ¡No hay quien lo entienda!- rozaba el histerismo.

Respiró hondo y se sentó a mi lado.

- Necesito tiempo- murmuré levantando un ápice la cabeza para verla.

- En Hollywood no lo hay. Las estrellas cambian de pareja como yo de laca de uñas.

- ¿Y si lo de su mujer es verdad?- me erguí completamente- ¿Y si es un asesino?

- Bueno... le había puesto los cuernos... No sé que haría yo en su lugar.

Resoplé.

Sonó el teléfono de Sandra. Seguramente serían sus amigos para quedar para por la noche. Me escabullí ante la idea y el nuevo ridículo y subí las escaleras a mi dormitorio. Allí cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella. No quería salir a ningún sitio, no quería ver a nadie.

Después de un minuto de angustia pude despegarme de la puerta y encendí el ordenador. Algo de trabajo podría quizás animarme.

Los golpes en la pared que compartía con la casa de al lado, comenzaron si preaviso y di un salto monumental. Un obrero empezó su repertorio sin darse cuenta de que era sábado y existían los vecinos.

Please remember, please remember I was there for you and you were there for me. Please remember our time together. The time was yours and mine... [T]

Cantaba estupendamente pero cada vez más alto. La mesa del ordenador vibraba con intensidad así que sujeté el portátil en el aire antes de que se precipitara al suelo.

Los cajones se abrieron y los papeles volaron fuera.

- ¡Vale ya!- grité sumida en el estruendo.

El ruido cesó de golpe.

Posé el ordenador en la cama y me agaché a recoger el contenido de los cajones. Aún no había curioseado en ellos buscando parte de mi identidad perdida así que observé los documentos con detenimiento: facturas, cartas de mi madre, postales, varios cds de música... Me llamó la atención una hoja mil veces doblada. La estiré. El texto no podía dejarme indiferente:

“Te lo traté de advertir una vez, Miriam. Es un asesino. Ten cuidado. Él acaba con todo lo que le rodea.

Recuerda que la mentira es la clave de la interpretación.

Tu amigo”

Me vi enfilando escaleras abajo cual autómatas y tendiéndole la página a Sandra. Ella dejó el teléfono a un lado y le echó un ojo. Cuando levantó la vista hacia mí ya no parecía la misma mujer despreocupada de siempre.

- ¿Qué es esto?- pregunté.

- Son locuras de un chalado- contestó ella nerviosa- ¿Dónde lo tenías escondido? Mira que busqué por todas partes antes de que llegaras a casa del hospital.

- Se refiere a Sean, ¿verdad?- continué sin hacerla caso.

Ella movió la cabeza en un ligero signo de asentimiento.

- ¿Quién lo ha escrito?- seguí interrogando.

- Ya te he dicho que es un loco. ¡Qué más da lo que ponga ahí! Déjalo estar.

- No- respondí tajante- Aquí le acusa del asesinato de su mujer.

El rostro de Sandra cambió. Me resultaba difícil tratar de leer sus gestos con lo poco que la conocía.

- No es solo eso, ¿no?- aventuré- ¿Por qué le llama asesino?

Sandra se dejó caer pesadamente en el sofá y escondió la cara entre las manos.

- No puedo hablar Miriam, ¿no lo entiendes? Te vas a hacer una idea equivocada de Sean.

- Puede que consiga hacerme una idea objetiva de él.

- Claro- dejó entrever sus ojos azules entre los dedos de las manos- ahora que no estás enamorada de él.

- ¿Lo estaba?

- Perdidamente.

Me senté a su lado. Resultaba obvio que Sean y yo teníamos una relación pero ¿estar perdidamente enamorada? ¿Se podía estarlo de un actor con pinta de chulo?

- Hace cosa de un mes llegó esa carta para ti- Sandra alargó un dedo mientras hablaba con tono apesadumbrado- acompañada de muchas fotos. En parte de ellas se veía a la mujer de Sean con su amante, en otras, a Sean con su padre y también, a este último enterrado.

- ¿Muerto?

- Bien muerto y sepultado en las montañas. Y antes de que preguntes más, sí, asesinado. ¿Por quién? No se sabe pero parece que la carta inculpa a Sean.

Me quedé estupefacta.

- ¡Dios mío!- conseguí exclamar- ¡Es un asesino en serie!

- No digas esas cosas- me regañó- Me ha visto unas cuantas veces en ropa interior.

- Entonces eres la siguiente.

Evité un intento de colleja y me cambié al otro sofá.

- Vale de bromas- dijo ella reprimiendo una sonrisa- Estamos hablando de tu novio. Y aunque no lo creas, es un tipo normal, no un asesino reincidente.

La sensación de irrealidad crecía por momentos y me empezó a doler la cabeza. La molestia fue en aumento y me la agarré con las dos manos tratando de mitigar el malestar.

- ¿Estás bien?- preguntó algo inquieta Sandra.

Su voz me llegó como un chirrido irritante. “Es un asesino” oí de nuevo. Cerré los ojos con la sensación de una presencia a mi espalda.

- Creo que voy a llamar al médico- la escuché decir a lo lejos- no tienes muy buena pinta.

El dolor se hizo más acuciante y hundí la cabeza entre los brazos. Pitidos, luces, imágenes oscuras me envolvían. Quería salir corriendo de allí y no regresar jamás.

El doctor Morris tranquilizó a todo el mundo y me mandó a casa. De entre todos los especímenes que rodeaban al médico, yo era el menos interesante y se libró de mí después de un par de pruebas y algo de conversación.

Crisis de ansiedad. Algo normal. Normal para el que no la sufre.

Sean me observaba como si quisiera absorberme el pensamiento. Su vista clavada en mi sien comenzaba a importunarme y me revolví en el asiento del coche incómoda.

- Vamos a dar un paseo- dijo al fin y abrió la puerta.

Bajé del vehículo estirando los brazos. El sol se tornaba anaranjado mientras se acercaba al mar. El horizonte lo rompía la silueta de un pequeño parque de atracciones sobre un muelle.

- Qué bonito- murmuré mirando a mi alrededor. No tenía ni idea de donde me encontraba. El trayecto silencioso desde la consulta del doctor Morris por Los Ángeles me había terminado de perder- ¿Dónde estamos?

Sean se volvió hacia mi oculto tras unas gafas de sol. Esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

- En la playa de Santa Mónica- comenzó a andar y le seguí.

A nuestra derecha dejamos la fachada de ladrillo de un vistoso hotel llamado Casa del Mar. Apreté el paso hasta situarme a su lado evitando a un par de ciclistas veloces.

Sentía que debía decir algo, aunque fuera absurdo. Los momentos de silencio se tenían que rellenar a toda costa pero, ¿por qué?

- Gracias por venir a buscarme- fue lo que se me ocurrió aunque hubiera deseado ver a mi jefa antes que a él entrar por la puerta de la consulta- y en coche.

Musitó algo inteligible y se detuvo. Paré en seco a punto de chocar contra él. Su perfil a contraluz no dejaba de ser atractivo y me entretuve con la visión hasta que me di cuenta que él también me miraba. Había deslizado las gafas sobre su pelo y su expresión no podía ser más indescifrable.

Volvió la cabeza hacia la playa y de un salto bajó del paseo a la arena. Se sentó y le imité. Del sol quedaban retazos a remojo en el agua y las farolas se iban encendiendo a nuestro alrededor.

Tenía que preguntarle muchas cosas pero carecía del valor necesario. Tampoco sabía si me diría la verdad, tampoco sabía si quería escucharla.

Giró su rostro hacia mí. Los músculos de la cara se le habían relajado un poco. No podía lanzarme a hablar de mis preocupaciones sin herirle de nuevo. Apreté los dientes.

- En este mismo lugar te besé por primera vez- dijo secamente.

- Vaya- susurré confundida. Eso no podía haberlo olvidado.

- Lo hice para callarte. No habías de hablar- sonrió levemente- Que diferente a ahora.

Hundi la vista en la arena. ¿Qué podía añadir a eso?

- Aunque parezca extraño- siguió él- nos habíamos visto menos veces entonces que ahora. Claro que en aquel momento creías saber pocas cosas de mí, creías que podía ser un buen tipo. Ahora ya no dispongo de esa oportunidad.

- Entiendo que estés enfadado conmigo- murmuré elevando la cabeza hacia él.

- No lo estoy- contestó rápido- No puedo estarlo... jamás...

Por un momento me sentí delante de su parte humana, no de la coraza de actor que no le abandonaba nunca. Nos miramos sin añadir nada más, sin quererlo había contenido la respiración y dejé que el aire escapara poco a poco por la boca.

Se acercó. Inspiré su olor y volví a estancar el oxígeno en los pulmones.

- Te estás poniendo azul- musitó tan próximo que el corazón empezó a correr una maratón por su cuenta.

Me apartó un mechón que caía por mi mejilla y me lo colocó detrás de la oreja. Su roce me produjo un escalofrío que pareció sentir él también. No retiró la mano y me acarició el cuello.

- Estás muy tensa, Miriam. ¿Hay algo que te ponga nerviosa?- musitó con aplomo y sonrisa sexy.

De nuevo tenía ante mí al señor Hollywood seguro de sí mismo y a la desmemoriada e indefensa mortal. No quería sentirme así.

Sean apartó la mano consciente de que algo ocurría y me miró fijamente a los ojos.

- Perdóname- afirmó atestiguándolo con la mirada.

- No... es mi culpa... es todo tan...- le sentía tan próximo que por primera vez deseé...

- ¡Hola chicos!- la voz gritona procedía del paseo marítimo, justo a mi espalda e iba dirigida a nosotros- Creo que he llegado en mal momento.

La que hablaba era una mujer despampanante forrada en cuero con botas tipo mosquetero.

Sean se levantó de un salto y se limpió la arena de los vaqueros.

- No te esperaba tan pronto- dijo él.

- Me gusta sorprender- rió la rubia- Hola Miriam. ¿Qué tal estás?

- Disculpa, Miriam- apuntó Sean- Ella es mi amiga Rhonda.

La tal Rhonda se golpeó la frente con la mano.

- ¡Qué tonta soy! No me había acordado de tu... percance. ¿Así que has perdido la memoria?

Asentí. Sean me tendió la mano para ayudarme a subir al paseo y Rhonda me abrazó.

- ¡Qué susto le diste a todo el mundo!- exclamó con teatralidad- El ski es para gente ágil, cariño.

Hala. Bofetón a la primera de cambio.

- Miriam esquía de maravilla- me defendió Sean- siempre que no haya obstáculos en la nieve.

Risas. Para decir eso también servía yo.

- Creo que es mejor que me vaya a casa. Mañana toca trabajar- comenté.

Sean pareció dudar pero al final asintió con la cabeza.

- Recuerda que tengo entradas para el cine- dijo ella cuando Sean sacó las llaves del coche- Podía haber comprado tres.

- Solo serán diez minutos, Rhonda. Vuelvo enseguida- se despidió él con un beso en la mejilla coloreada de la rubia.

- Puedo coger un taxi- apunté molesta con la situación.

Sean se giró hacia mí con alivio.

- ¿Me harías ese favor?- tuvo que preguntar.

Segundo bofetón.

- Claro.

- Voy a llamar a uno- y se alejó hacia la calle.

Sentía la mirada de Rhonda en mi moflete pero conseguí pasar de ella. Aún me quedaba el extraño regusto de la proximidad de Sean y me insulté por ello. A mi lado, Sean tenía a mi reemplazo y era mucho mejor que la jugadora titular.

- ¡Muchacha!- salté en el asiento con el aliento de mi jefa moviendo mis pelos del cogote- a hacer las maletas.

Me quedé patidifusa.

- ¿Perdón?- sabía que tarde o temprano acabarían por echarme pero aquella no era una forma demasiado elegante, sobre todo a grito pelado delante de mis compañeros.

- Tú hacer maletas. Ir de nuevo a Miami.

Más patidifusa aún.

- ¿A Miami? ¿Por qué?

- Porque tienes que terminar una obra. Ya te enterarás del resto. Y por favor, mi pequeño saltamontes, no la lías de nuevo.

Miré al resto de personas como si alguien pudiera aclararme algo pero bajaron sus ojos hacia las mesas.

Cuando mi jefa enfiló por el pasillo, busqué en mi ordenador alguna pista. Encontré una carpeta con numerosos planos y archivos llamada providencialmente MIAMI. Eché un vistazo rápido. Cada dibujo que aparecía en la pantalla me resultaba más familiar que el anterior. Imaginé una casa rodeada por el mar, con un embarcadero y una pequeña playa. ¿Sería así? Seguramente no pero que removiera algo dentro de mi cerebelo me apremiaba a viajar hasta allí y tratar de averiguarlo.

Sandra me vio pasar a su lado fugaz.

- Hola- saludó deteniendo mi carrera hacia la escalera.

- Tengo que hacer unas maletas- dije- Me mandan a Miami.

- Como te envidio- soltó con una mueca de desagrado- Llévate el bikini.

No me molestó su desinterés hacia mi persona, me encontraba pletórica. Seguro que en Miami se encontraba mi recuperación. ¿Cómo sería la ciudad? ¿Cómo en CSI? ¿Habría tantos cocodrilos? ¿Mi hotel tendría piscina?

Eché un ojo a las anotaciones que me había entregado Julita, la secretaria de mi jefa: Hotel Barracuda. Tampoco sonaba tan mal y yo que pensaba que le caía mal a la mujer. ¡Qué va! Si era una santa.

Entretenida en mi tarea no me percaté que había llegado alguien más hasta que el obrero-cantante activó mi cabeza.

I don't wanna lose you and I always wanna feel this way. 'Cause every time I'm with you I feel true love, true love. Tell me you're real. You're not pretending... [1]

Sean y Sandra mantenían una conversación ahogada más llena de gesticulaciones que de frases.

- Tienes que dejarla ir- musitaba Sandra.

- No quiero perderla aún más...- fueron las últimas palabras de Sean antes de que se diera cuenta que había bajado las escaleras.

Él se volvió hacia mí con el rostro serio que trató de dulcificar sin llegar a conseguirlo del todo.

- Ya me he enterado de tu viaje- empezó a decir mientras seguía con la vista mi andanza a la cocina- ¿Crees que es necesario?

Me detuve con el vaso en la mano sin saber de que quería llenarlo.

- No puedo contradecir las órdenes de mi jefa. En los trabajos normales se funciona así- dije recordando a la rubia despampanante- ¿Qué tal la película?

- ¿Qué película?- preguntó aturrido.

- ¿No fuiste a ver una con Rhonda?

Sandra le fustigó con la mirada pero apretó los labios y no dijo nada.

- Sí. Se lo había prometido- recuperó la compostura.

- Muy bien- opté por la leche y me concentré en no derramar ni una gota.

- ¿No me vas a decir nada más?- Sean se acercó bajando el tono.

Traté de no perder la concentración en lo que hacía.

- ¿El qué?- levanté la vista un segundo del vaso encontrándome con la de él.

Me sujetó la mandíbula con la mano antes de que pudiera perder la mirada en cualquier otro lado.

- Dime que estabas celosa.

- ¿Por qué iba a estarlo?- pregunté con sus pupilas clavadas en las mías- Es una mujer muy bella pero no me atrae en absoluto.

Sandra lanzó una risotada, tosió, se disculpó y salió al porche.

- Por favor, no bromees- pidió él rígido- ¿Qué sientes? ¿Qué pasa por tu cabeza?

- Sean me parece muy...- no iba a ser capaz de decirlo- atractivo. Me pones muy nerviosa, me apabullas. Pero eres...

Hizo un movimiento con la cabeza instándome a continuar.

- Pero eres demasiado para mí. Eres actor y muy famoso como he podido comprobar en Internet, yo no puedo estar a tu lado. Somos de dos mundos diferentes y así tiene que ser.

- Una chica española muy lista me dijo una vez que no son dos mundos sino uno solo llamado La Tierra.

- Es una pena que esa chica ya no exista- aparté su mano con cuidado de no tocar su piel por demasiados segundos seguidos y retrocedí hasta la encimera- Necesito ir a Miami y comprobar que mis leves recuerdos de esa obra son ciertos. Puede que me ayude.

- Muy bien. Si crees que es lo mejor seguro que lo será. Para cuando vuelvas las cosas estarán más claras para todos.

- Sandra te ha dicho que encontré la carta que acompañaba a las fotos, ¿verdad?- pregunté desde la separación.

Asintió.

- Únicamente se trata de un loco que me la tiene jurada. No seré el primero ni el último al que le pasa- buscó algo con la punta del pie en el suelo y continuó- Voy a volver a mi antigua casa. Reforzaré el sistema de alarma. Ese tío no ha vuelto a dar señales de vida y quizás no lo vuelva a hacer. Mientras tanto está consiguiendo que no me ofrezcan más papeles. ¿Quién quiere como protagonista a un tipo que no para de aparecer en los medios como posible homicida?

Di un paso hacia él consciente de un quiebro en su voz pero me detuve.

- Todo se arreglará.

Un martillazo al otro lado de la pared rompió el silencio.

- Pero, ¿qué demonios están haciendo con esa casa los vecinos?- exclamé con enfado- ¡La odio!

Sean pareció despertar de algún pensamiento y con un gesto de despedida de la mano, se marchó por la puerta.

Algo en mi interior quería salir corriendo detrás de él, quería abrazarlo y ver que se sentía pero por otro lado, la idea de que pudiera haber asesinado tanto a su mujer como a su padre me superaba. Era mejor escaparse y quizás desde la lejanía, las cosas parecieran más fáciles.

Noviembre Miami

Amanecía en un lugar diferente por tercera vez en demasiado poco tiempo y por un minuto, me pudo cierta angustia. ¿Dónde estaba?

Acallé la alarma del móvil y con los ojos pegados vislumbré las puertas entreabiertas de un armario, una cómoda de madera oscura y dos ventanas a través de las cuales solo se percibía oscuridad.

Retrocedí en la breve historia de mi memoria y recordé haber llegado al aeropuerto de Miami en un avión saltimbanqui, recoger un diminuto coche de alquiler y perderme por una carretera entre islas buscando un hotel llamado Barracuda que no existía.

Respiré tranquila. Estaba en una caravana. Pese al susto inicial de tener que dormir en una tienda de campaña, una encantadora recepcionista llamada Jennie que me conocía (y conocía todos mis secretos, como había dicho ella con sigilo) me había conducido a mi nuevo y móvil hogar.

A pesar de tener el estómago vacío, encontré la cama y sin cambiarme siquiera me quedé dormida encima.

Bueno, ahora estaba debajo de las sábanas. Calentita y feliz. Calentita, feliz y sin... ¡pantalones! ¿Dónde demonios estaban mis pantalones?

Me levanté de la cama accionada por un resorte y localicé la prenda doblada encima de la cómoda. Resultaba preocupante no acordarme de haberla puesto allí, tendría que comentarle al doctor Morris que perdía memoria a corto plazo. ¿Sería normal?

Mis tripas gruñeron con hambre mientras salía de la habitación e inspeccionaba mi morada. A la izquierda, quedaba un baño; a la derecha... Pegué un grito de película de terror. ¡En medio del salón había un hombre!

Intenté huir pero las piernas no me respondieron y chillé de nuevo.

- Vas a despertar a los cocodrilos- dijo aquel tipo con una sonrisa de oreja a oreja.

Conseguí alzar un dedo tembloroso y señalé la puerta.

- ¡Fuera de mi casa!- bramé en un intento de autoridad.

- Estás peor de lo que me habían contado- dijo él dándole un sorbo a un café que tenía en la mano- Ésta es mi caravana, jefa.

- ¿Perdona?

Dejó la bebida en la encimera que separaba el salón de la cocina y se acercó despacio. Mis rodillas desnudas chocaban entre ellas con nerviosismo haciendo un ruido desagradable.

- Soy Eddy, el encargado de la obra- me hablaba con la misma entonación con la que se debe de conversar con un extraterrestre- Como no había otra caravana disponible, Jennie te ha alojado aquí, momentáneamente.

Hizo énfasis en la última palabra.

- Ah- me sujeté las rodillas con las manos para que dejaran de chocar- vaya, siento el escándalo. No lo sabía.

- Sí, podían haberte dicho algo. Se me hizo raro encontrarte encima de mi cama.

- ¿Tu cama?- pregunté con voz gritona.

- Tu dormitorio es el de al lado- señaló una puerta- Es bueno que lo sepas... para la próxima vez.

Mi cara debía de ser un poema pero había algo que no terminaba de encajar.

- Mas vale que desayunes algo- dijo indicandome con la cabeza la cocina- Tenemos mucho trabajo que hacer.

- Un momento...- le detuve antes de que desapareciera tras la puerta del baño- ¿me quitaste tú los pantalones?

- Estaban llenos de barro- contestó como si tal cosa- y era mi colcha, jefa.

Cerró la puerta antes de que consiguiera gritar con ganas. ¿Qué se había creído aquel individuo? ¡Me había dejado en bragas una imitación barata de guía de safari! En cuanto saliera del aseo pensaba patearle el cerebro.

- Juro que te desvestí con los ojos cerrados- le oí decir desde su encierro- Voy a salir. Hace unos meses me tenías aprecio, no intentes nada malo.

Corrí al dormitorio, agarré los enlodados pantalones y arrastré la maleta hasta mi propia habitación, donde me cambié y adecenté. Decidí olvidar el suceso. Debía empezar de cero para poder trabajar con aquel Quatermain con tranquilidad.

- ¿Vas a gritar o a tratar de pegarme?- preguntó él levantando las manos en cuanto me vio aparecer en el salón.

Negué con la cabeza y ante mi asombro, me dio un corto abrazo.

- Te echaba de menos, jefa- esbozó una sonrisa con mi desconcierto- Me han contado que tienes el cerebro en blanco por no saber esquiar.

Chasqué la lengua y dirigí mi atención hacia las tostadas con mantequilla y mermelada que descansaban apetecibles en un plato.

Él se interpuso entre el desayuno y mi persona.

- No lo digo a mal- expuso algo más serio- ¿te encuentras mejor? He estado preocupado.

Realmente aparentaba lo que decía y me fijé en él. En su rostro bronceado destacaban sus ojos azules interrogantes. Aquel color me recordaba a... me empecé a poner nerviosa.

- Necesito salir- clamé buscando la puerta de entrada.

- ¿Qué he dicho?- preguntó sorprendido.

Puse un pie fuera de la caravana. La luz tenue del amanecer envolvía el campamento de una neblina húmeda. En el suelo había charcos de barro por los que la noche anterior debí arrastrar los pantalones. Miré a un lado y a otro buscando entre arbustos y palmeras.

- ¿Se puede saber qué te pasa?- me interrogó él situándose a mi lado.

- ¿Dónde está el mar?

Señaló hacia la derecha y comenzó a caminar en aquella dirección. Después de un par de manzanas de caravanas, al final de una calle llamada Tiburón, encontré lo que por un segundo había vuelto a mi memoria, el azul celeste del agua.

- Es precioso- murmuré jadeando por la agitación- Como lo recordaba.

Él abrió la boca estupefacto.

- Solo me ha venido a la cabeza el color del mar- traté de explicarme sin mencionar que había sido gracias a sus ojos- el resto es aún un muro de ladrillo.

- Pues entonces es el doble de importante que estés aquí. Bienvenida de nuevo a Islamorada, jefa.

La casa con la que me topé una vez cruzada la carretera Overseas, en un pequeño islote en el Océano Atlántico, se me hizo familiar.

Por un segundo, rodeada por la maquinaria, obreros y materiales de construcción, sentí un *déjà-vu*, significara eso lo que significara. Pero mis expectativas habían ido más allá y me había imaginado recordando mi vida en un instante con la visión de aquella obra.

No fue así y caí derrotada encima de una piedra grande.

- ¿Te encuentras bien?- preguntó solicitando Quatermain agachándose en cuclillas a mi altura.

- No te preocupes, Eddy. Tuve la absurda idea de que recobraría la memoria aquí.

- ¿Quién ha dicho que no lo harás? Ven a que te enseñe tu casa- me tendió la mano para ayudarme a levantarme y me indicó que le siguiera.

Había visto los bocetos y los planos en mi ordenador de Los Ángeles pero me gustó más en persona. Ventanales tintados se distribuían armoniosos sobre la fachada en estuco blanco, reflejando el agua y la vegetación.

Entramos por una puerta de dos hojas acristaladas. Por dentro estaban terminando la tarima del suelo y las paredes aparecían agujereadas con cables saliendo de sus

entrañas cual lombrices pleistocénicas.

- Es muy bonita- susurré girando sobre mi misma.

- No me importaría mudarme aquí- dijo él para acto seguido volverse hacia uno de los obreros- Jesús, remata mejor el rodapié que van a entrar víboras en ese hueco.

- Eddy, ¿por qué estoy de nuevo aquí? Me contaron que habían traído a un compañero cuando regresé a Los Ángeles.

Él curvó los labios en una sonrisa.

- Bueno, el señor X lo echó de la obra.

- ¿El señor X?

- El propietario- señaló a su alrededor- Tu compañero le obligó a ponerse el casco para entrar en la casa y... no le gustó demasiado que le dieran órdenes.

- ¿Y qué hago si vuelve? ¿Rezar para que no le caiga algo en la cabeza y le deje tarumba?

Asintió.

- Visto lo visto, es la mejor opción.

Paseé por las dos plantas admirando el paisaje a través de sus ventanas. Salí a la terraza del segundo piso y estiré los brazos mientras inspiraba el olor salino del mar.

El sol invernal calentaba en aquellas latitudes y me desabroché la chaqueta.

Desde allí se tenía una panorámica total de la isla. El agua rompía con suavidad en las rocas que la rodeaban y en el pequeño embarcadero de madera. Entre las palmeras que estaban repoblando se atinaba a ver la arena de una diminuta playa, cerca de la cual finalizaban la construcción de una piscina de forma circular.

- Yo creo que en un mes, nos damos un baño inaugural- comentó Quatermain apoyándose en la barandilla de la terraza.

- Sino me echa antes el señor X.

- Yo creo que le caíste bien. Al fin y al cabo trabajaste con Samuel Perry y eso da mucho caché.

¿Samuel Perry? ¿Quién era ese? Pasé de preocuparme y continué embelesada por la vista. Jamás podría cansarme de vivir en un lugar como aquel aunque echaba de menos la casa de Manhattan Beach.

Sonó el teléfono.

- ¿Por qué no me llamas?- la voz de Sandra rugió al otro lado- ¿Sabes lo preocupada que estaba?

- Llegué por la noche- me defendí extrañada- ¿estabas preocupada?

- ¡Pues claro! Eres como un bebé recién nacido suelto en un aeropuerto. ¡No conoces nada!

Me apañé bastante bien, tranquila- pensé por un segundo que había amanecido sin pantalones en la cama de un hombre- Agradezco tu preocupación pero tengo que seguir con el trabajo.

- Está bien, ¿algún recuerdo?

- Yo creo que voy por buen camino.

Suspiró al otro lado.

- Eso espero. Cuidate.

Me hizo ilusión escuchar su voz. ¡Quién lo diría! Ahora tenía que centrarme en recuperarme y eso parecía ser... trabajando.

Todo aparentaba ir sobre ruedas en la obra así que no había demasiado que hacer que escoger materiales o supervisar su colocación. Bastante fácil.

Fuimos a comer a un restaurante llamado “Señor Langosta” que debía sonarme pero no lo hizo y dimos un paseo por Islamorada para apaciguar el disgusto.

- En ese local te enteraste que Mario y yo éramos hermanos y por consiguiente, hijos de tu jefe.

- ¿Mi único recuerdo es tu hermano? Vaya, que curioso.

- No me digas que de todas las cosas en el mundo y de todos los hombres en particular, solo recuerdas a mi hermano.

Asentí riendo.

- Bueno, de un breve periodo de tiempo.

- Que no me vas a contar.

Negué con la cabeza.

- ¿Y de Sean Weller nada?- indagó.

- ¿Le conoces?- pregunté intrigada.

Se sonrojó.

- Me topé con él en una situación un tanto peculiar y no supe si iba a asesinarme o a darme la mano- se echó el pelo rubio hacia atrás- Pero parece buen tipo.

- Realmente no lo sé.

La palabra “asesinato” bombardeaba mis oídos.

- Últimamente- continué con una necesidad imperiosa de sincerarme con algún desconocido- está involucrado en algunos asuntos turbios.

Detuvo el paso.

- ¿Te refieres a que su mujer le ponía los cuernos o a que puede que se cargara a su padre?

- Vaya. Estás informado.

Rió.

- Me leo la prensa del corazón desde que... bueno, aparecí en una revista en un par de ocasiones. En las tardes de lluvia resulta muy entretenida.

- Un encargado de obra famoso.

- Sí y una jefa muy, muy desmemoriada- me empujó hasta casi hacerme caer por un embarcadero- Hora de retirada.

Los días avanzaban rápidos entre los dos mares. El Golfo de Méjico me permitía el baño al atardecer después de sudar lo suyo en el descampado de la obra. Como nos aburríamos bastante sin nada que dirigir, Quatermain me estaba enseñando a pintar paredes, colocar lámparas, clavar portarrollos de papel higiénico y montar muebles de cocina.

La casa se iba haciendo más habitable, el jardín más poblado y mi mente menos obsesionada en recordar. No me sentía en los Cayos obligada a sentir nada ni a esforzarme en rememorar personas o situaciones. Eddy hacía que todo fuera fácil por lo que no me encontraba culpable de no acordarme de él. Daba igual, sentía que nos íbamos haciendo amigos por segunda vez.

- Miriam, no te lo vas a creer- Sandra ya no me llamaba todos los días. Solo los lunes, miércoles y viernes- Es increíble.

- ¿Ha pasado algo malo?- me preocupé.

- Malo no, horroroso.

- Me estás angustiando, ¿qué ha sucedido?

La oí respirar con fuerza.

- Michael es gay.

Silencio.

- ¿Y?- pregunté esperando la horrible noticia.

- ¿Y? ¿Cómo que “y”? Kelly lleva veinticinco años enamorada de Michael y resulta que es homosexual. Nos lo ha dicho hace cinco minutos.

- Bueno, ha tenido valor. No seas mala con él- le di la vuelta al pescado en la sartén con maestría y una sola mano- Estoy preparando la cena.

- ¿Y Kelly?- inquirió ella sin hacerme caso- Está destrozada.

- ¡Cariño! ¡Estoy en casa!- entró gritando por la puerta Quatermain.

- ¿Quién es ese?- preguntó Sandra con un chillido.
 - Mi encargado- respondí monocorde.
 - ¿Quién? ¿El atractivo doble de Indiana Jones del que me hablaste?- parecía que se le hubiera olvidado el asunto de Michael y Kelly.
- Era una buena idea cambiarle de mote a Indy.
- Creo que es el mismo.
 - No la lías- me amenazó mi casera.
- Levanté la espumadera con ganas de atizarla.
- ¿Quién te crees que soy?- exclamé molesta.
 - Una víctima con pinta de buena chica. Un manjar para los piratas del Caribe. Ándate con ojo- y tras tratar de intimidarme de nuevo, colgó.
 - ¿Tu amiga otra vez?- inquirió Indy mientras ponía la mesa para la cena.
 - Sí. Hoy emergencia nacional, una de nuestras amigas se ha llevado un fracaso amoroso.
 - Yo también. Igual necesita a un hombre aventurero de los Everglades a su lado- hizo una mueca señalándose a sí mismo.
 - Seguro que no es mala idea- y con una sonrisa serví el pescado.

El todoterreno brincaba de alegría en cada bache del camino como si fuera su espacio natural y no las tediosas autopistas asfaltadas. Hacía varias millas que habíamos dejado atrás el centro de Miami y continuábamos avanzando por una extensa carretera llamada Tamiami Trail que cruzaba la península de Florida entre varios importantes parques naturales. Consultando el mapa de carreteras, a nuestra izquierda pasábamos por los límites de los Everglades.

- ¿Dónde vamos?- quise saber con la guía en la mano.
 - Al Big Cypress. Una reserva natural algo menos conocida que los Everglades- el aire entraba a tropel por las ventanillas bajadas del vehículo y el pelo dorado ligeramente largo de Indy ondulaba sobre sus gafas de sol.
- Giró su cabeza hacia mí descubriéndome mirándole. Sonrió.
- ¿Todo bien?- preguntó.
 - Estupendo pero nada me suena- seguí con la vista el canal de agua que dejábamos a la derecha.
 - Disfruta del paisaje y deja de darle al coco. Debe ser muy cansado estar en tu cerebro.

Me reí.

- No lo sabes tú bien.
- Bueno pues relájalo. ¿Sabes remar?
- Supongo- me encogí de hombros- pero, ¿no dicen que por aquí hay cocodrilos?

Él asintió.

- ¿A qué parece divertido?

Traté de entender que parte de la palabra cocodrilo era divertida. No me veía en una barca remando entre semejantes bichos prehistóricos. No, no. De eso nada.

A las doce del mediodía y bajo un sol sahariano me encontraba yo agarrada a un remo con las dos manos con fuerza.

Hacia breves segundos que por el rabillo del ojo me había parecido ver moverse algo enorme entre la vegetación que salía del agua.

- Esto no me gusta un pelo- le grité a mi compañero de fatigas.

Se volvió hacia mí ordenándome silencio.

- Si tenemos la oportunidad de ver algo interesante, te la acabas de cargar en este instante.

Aplasté un mosquito con la mano cuando estaba a punto de seccionarme la carótida.

- Vale- susurré- pero creo que algo nos acecha por la derecha.

- Es solo un oso.

- ¿Solo un oso?- sisé- ¿Qué hace un oso en Florida?

- Aquí hay osos negros, lista. Y serpientes pitones, como esa de tu izquierda.

Pegué tal bote que la escuálida canoa de madera empezó a bambolear a un lado y a otro, arriba y abajo irrefrenablemente.

- No te muevas- fue ahora él el que gritó tratando de detener la embarcación con las manos.

- ¡Eso intento!

Y en lo que canta un grillo o zampa un cocodrilo, me caí por la borda.

Así de absurdo.

Indy intentaba subirme al bote tirando de uno de mis brazos mientras el pánico agarrotaba mi cuerpo. Los pies se me enredaban con cosas que prefería desconocer y el agua de la ciénaga desde tan cerca, apestaba.

- Ayúdame, mujer- decía él.

- Voy a morir- gemí esperando el bocado de algún caimán o el apretón de una pitón.

Pero en lo que fueron escasos segundos, me vi izada a la canoa a lugar seguro. Indy me reprendía con la mirada.

- Desde luego que la Miriam de antes no era tan torpe.

- Perdón- bajé la vista hacia mi mojada indumentaria- es que parece que odio las serpientes.

Me tendió el remo que por circunstancias divinas no se había caído al agua.

- Volvemos a la civilización- anunció.

Lo agradecí para mis adentros con picores en zonas innombrables.

- En unas cuatro horas- añadió y me guiñó un ojo.

El coche tomó la calle Ocean Drive de Miami Beach. Por un minuto y medio, adormecida por el cansancio y la comodidad del asiento, creí estar a punto de llegar a mi casa de Los Ángeles.

La luz diurna comenzaba a agotarse y carteles de neón en edificios de estilo Art Decó se tornaban de colores variados.

- Estamos llegando- la voz de Indy despertó mi subconsciente.

- ¿Adónde?

- A mi casa.

- ¿Tienes casa?- me extrañé.

- Pues claro. Vaya pregunta- torció en una callejuela perpendicular y detuvo el vehículo- pero está a dos horas del trabajo así que prefiero que me acomoden en una preciosa caravana.

Se bajó del coche y le imité. Me seguía picando el cuerpo y traté de rascarme disimuladamente. Tenía delante una torre blanca de interesante diseño.

- Bienvenida a mi casa- mostró con orgullo.

El apartamento en la tercera planta era muy bonito. Estaba acogedoramente decorado con cierto aire moderno pero cómodo. En el amplio salón, una cristalera mostraba la playa y el oscurecido mar.

- Indiana Jones también sabe vivir en la civilización- dije echando una ojeada.

- Eso intento.

- Te imaginaba en una cabaña en medio de la selva- comenté sonriendo. El picor de la espalda me hizo dar un respingo e intenté rascarme sin llegar debajo de los omoplatos.

- ¿Estás bien?- preguntó divertido.

- Me pica todo. Deberían limpiar las ciénagas de vez en cuando.

Con un gesto algo mas preocupado se acercó.

- Quitate la camiseta- ordenó.

- ¿Perdona?

- Quiero ver lo que hay debajo.

- Lo mismo que en casi todas- dije evitando que me subiera la ropa.

Se encogió de hombros.

- Muy bien, señorita desconfiada. Entra en el baño y mírate al espejo. Luego me cuentas.

Le hice caso y me colé en el espacioso baño de mármol. Me quedé perpleja con el aspecto asilvestrado que tenía. Mi ropa estaba asquerosamente sucia, el pelo despeinado y varias manchas en la cara de procedencia desconocida.

Me quité la camiseta y me eché un vistazo en el espejo. Tenía unas pequeñas algas marrones adosadas. No llegaba a ellas con las manos y por más que las rozaba con la yema de un dedo, no conseguía despegarlas.

El peor momento fue cuando una se empezó a mover. Aquello no era un alga, ni una hierba... asomé la cabeza por la puerta del baño con cierto sentimiento de angustia.

- Eddy, ¿puedes venir?

Él rió.

- Sanguijuelas, ¿verdad?

Me daba igual estar en paños menores delante de un desconocido. Unos seres mutantes campaban a sus anchas en mi espalda.

- Pobre bicho- dijo.

- ¿Ella o yo?

- La sanguijuela- me pasó sus manos por la espalda y la piel se me puso de gallina- a ver, están bien gordas así que podemos esperar a que se desprendan solas cuando estén llenas de sangre o te las intento arrancar.

- Arranca.

- Es mejor esperar por si...

- Arranca.

- A la orden, jefa- y en un segundo me enseñó cinco bichos blandos en la palma de su mano- Ahora tienes que mirarte bien a fondo por si hay más, que seguro que sí.

- Oh, genial. ¿Te importa darte la vuelta?

Se giró teatralmente.

Media hora después, quince viscosas sanguijuelas descansaban en el lavabo bien ahítas de comida.

- Su último festín- comentó Indy tendiéndome ropa limpia- Es de mi ex novia. Vístete y vamos a dar un paseo. Te voy a llevar a un sitio que puede que te traiga algún recuerdo.

- Pero, ¿ya está? ¿No debo ir al médico?

- ¿Por unas sanguijuelas?- le quitó importancia con la mano- Venga, vámonos.

Fui arrastrando unos zapatos de tacón alto una talla mayor por la calle Lincoln observando a los grupos de gente joven que parecían acudir a nuestro mismo destino.

- El señor X me ha conseguido unos pases VIP- Indy me señaló una larga cola de personas cincuenta metros mas adelante que trataban de acceder a una discoteca llamada Set.

- No te imaginaba como un animal nocturno- reparé que era la primera vez que le veía con camisa. Arreglado ganaba muchos mas puntos.

- No lo soy créeme pero me han dicho que esto te puede venir bien.

- ¿Quién? ¿El qué?- pregunté con interés.

Él me hizo un gesto para que me callara y le enseñó dos entradas al hombre musculoso de la puerta que nos indicó con la cabeza que entráramos.

La discoteca estaba plagada de hombres y mujeres guapos atractivamente vestidos. La música resultaba ensordecedora pero invitaba al baile.

- ¿Quieres algo de beber?- me chilló al oído Indy.

- No. ¿Por qué estamos aquí?- grité yo también.

- Para activar tu memoria.

Eché un ojo a mi alrededor. Las luces de colores rojos y azules barrían una gran pista de baile atiborrada de gente. Del techo pendían lámparas con forma de estrellas gigantes.

- No me suena- dije apesadumbrada.

Él me cogió de la mano y me arrastró entre la marabunta.

- No sé bailar- confesó.

- No me puedo creer que no sepas hacer algo- reí.

Todo el mundo danzaba a nuestro alrededor y entre empujones, cada vez nos encontrábamos más pegados. Me agarró de la cintura para evitar que un grupo me propulsara hacia otro lado.

- Aún no te he agradecido- me vi en la situación de decir- que me salvaras la vida.

- ¿La vida?- exclamó.

- Me podía haber comido un cocodrilo.

- Eso hubiera sido divertido- esbozó una sonrisa achinando sus ojos azules, tan claros que con algunas luces parecían casi blancos.

Le empujé.

- Muy gracioso- grité- ¿Por qué tengo que recordar este sitio?

Del bolsillo trasero del pantalón sacó una hoja doblada.

- Míralo por ti misma- me la tendió.

Era la página recortada de una revista bastante arrugada. Me sorprendió reconocerme a mi misma bailando con Sean en el mismo sitio donde ahora me encontraba con Indy.

Respiré el aire caliente del ambiente y lo solté poco a poco.

- Gracias por el intento pero no ha dado resultado- me sentía al borde de las lágrimas.

- Entonces es suficiente por hoy. Vamos a dormir- saltó él y escapamos de aquel lugar.

Después de pasar la noche en su apartamento de Miami, a mediodía de aquel domingo salimos rumbo a los Cayos.

En el silencio del vehículo, mi mente vagaba vacía por la amplia franja de cielo azul al otro lado de las ventanas. Nubes algodinosas de formas extrañas lo cruzaban ayudadas por el fuerte viento.

El termómetro del todoterreno marcaba setenta y cinco grados Fahrenheit, unos veinticuatro de los nuestros. Buena temperatura para noviembre, sin embargo sentía

frio. Jamás recobraría la memoria. Todos los intentos de la gente que me apreciaba habían resultado en vano y me sentía culpable por ello.

Observé a Indy. En todo el fin de semana ni un recuerdo, ni la vaga sensación de uno.

Paramos a echar gasolina en Cayo Largo y aproveché para comprar una revista y zumo. Los coches pasaban fluidos por la autopista Overseas y les seguí con la mirada. Todo el mundo sabía a donde iba y poéticamente, de donde venía. Yo no. Estaba perdida.

- Olvídate del pasado- Indy se apoyó en el coche a mi lado y me pasó un brazo por los hombros- empieza desde cero.

Otra vez tenía ganas de llorar. Apoyé la cabeza contra él y cerré los ojos.

- Gracias, eres un amigo- susurré.

- De nuevo. Y ahora a nuestra humilde morada que mañana toca visita de la propiedad.

Pegué un bote.

- ¿Viene el señor X?

- ¡Sorpresa!

- Y, ¿qué hacemos?- el corazón me galopaba- Faltan algunas cosas.

- Cruzar los dedos, jefa. Solo eso.

El calor agobiaba dentro de la caravana y salí a la calle. Me senté en la hamaca de la que disponíamos en nuestro pequeña parcela de diez metros cuadrados y saludé con la cabeza a la vecina de enfrente que fregaba los platos con la ventana abierta mirando sin disimulo.

Abri la revista con aplomo. Después de un par de horas de trabajo en la obra quitando elementos indeseados de la futura visión del señor X, necesitaba ocupar la cabeza con asuntos superficiales. Sin embargo, en la portada de la revista abajo a la derecha y en un tamaño de letra del que no me había percatado, se leía: “Sean Weller deslumbra con una nueva novia”

Página dieciocho.

Lugar: Festival de Cine Mar del Plata, Argentina.

Motivo: Sean Weller había recibido el premio Astor de Plata al mejor actor por “Manhattan Beach”.

Imágenes: arrumacos y carantoñas entre el señor Hollywood y la identificada rubia Rhonda Fremont.

Cerré la revista rudamente. ¿Qué me pasaba? ¿Me tenía que importar? Al fin y al cabo, ¿significaba él algo para mí?

Rugí y la vecina desapareció de mi visión. ¿Por qué no podía ser todo más fácil?

Indy tenía razón, debía empezar desde cero. ¿Y si no volvía a recordar? Pues mala suerte.

Con el sol tostándome, cerré los ojos y decidí olvidar lo que ya estaba olvidado.

El mar rompía tranquilo en la arena y la brisa había dejado de mover las flores de los arbustos. Hacía calor a pesar de ser ya de noche cerrada.

Me descalcé y hundí los pies en la arena notando cosquilleo en las plantas. El agua me mojó los tobillos refrescándome al instante. Levanté la falda por encima de las rodillas y avancé unos pasos en el mar. Las ganas de darme un baño me invadieron y comprobé con atención que no hubiera nadie por los alrededores.

Estaba sola. Únicamente acompañada por el brillo intermitente de las estrellas y de la luna, fina como un papel.

Me liberé de la camiseta y la falda lanzándolas a la orilla. Noté el fresco en los muslos y la piel se me puso de gallina.

- Pareces una sirena- dijeron a mi espalda.

Me giré en redondo hacia él. A la tenue luz de la luna, estaba mi encargado de obra.

- ¿Qué haces aquí?- pregunté buscando con la mirada mi ropa.

- Lo mismo que tú- explicó avanzando hacia mí- Tratar de aliviar el calor.

Se quitó la camiseta con un solo movimiento. No pude evitar clavarle la vista en su torso desnudo y fibroso. Aquel hombre ganaba sin ropa.

Como leyéndome el pensamiento se quitó el resto de indumentaria y se metió en el agua. Recorrió la distancia que nos separaba en un breve segundo y cuando iba yo a decir algo, me asió la cabeza con ambas manos y me besó. No traté de liberarme de su presión ni siquiera quise intentarlo. Me apretó contra él, sus dedos se deslizaron por mi cuello y bajaron por mi espalda aferrándose a mi trasero. Quedé aún más aprisionada contra su cuerpo.

- Te voy a tomar ahora mismo, quieras o no- gruñó a mi oído.

- ¿Me vas a qué? Eso suena un poco antiguo.

- Vas a ser mía- continuó como si no me hubiera oído.

- Espera... esto ya lo he vivido- dije separándole con las manos.

Ante mi sorpresa me levantó en brazos y saliendo del mar, me tumbó en la arena. Recorrió mi cuerpo con la mirada y se colocó encima.

Me costaba respirar bajo su peso mientras sus manos danzaban por mis piernas. Me estremecí. El calor resultaba agobiante. Necesitaba aire. Le aparté y me senté con la respiración agitada. Todo estaba oscuro, solo relucían los números verdes del despertador.

¿Despertador?

Grité asustada. ¿Qué pasaba? ¿Qué hacía mi reloj en la playa? Porque aquello era una playa, ¿no? De pronto me encontraba sola en la oscuridad, no se oía ningún ruido. A mis pies quedaban arrugadas las sábanas de mi cama y me di cuenta de la vergonzosa realidad: Todo había sido un sueño.

Tomé aire y lo expulsé con fuerza. ¡Menos mal!

La cabeza me dio un chasquido. ¡Un momento! ¿Y si en vez de un sueño había sido un recuerdo?

Golpearon con los nudillos mi puerta entreabierta y Eddy asomó la cabeza.

- ¿Estás bien? He oído un grito.

- Sí, perfecta. Una pesadilla- respondí rápidamente.

- Muy bien. Buenas noches.

- Eddy, espera- le llamé haciendo oídos sordos a mi mente cuerda.

- ¿Sí?- entró y se sentó en el borde de la cama- ¿Has recordado algo?

Me encogí de hombros, ahora no sabía por donde salir.

- ¿Te puedo hacer una pregunta personal?- me vi preguntando.

- Claro pero rápido que tengo mucho sueño.

- Es una tontería mejor lo hablamos mañana.

- Arranca.

Caí en la cuenta de que el desconsiderado no llevaba camiseta y su cuerpo era clavado a mi sueño. Oh, no.

- Eh... ¿tú y yo... hemos mantenido... lo que viene siendo... alguna relación?

Abrió los ojos con sorpresa.

- ¿Fuera de lo estrictamente laboral?

Asentí con la cabeza.

- No.

Resoplé.

- Gracias- murmuré feliz.

- ¿Y eso? ¿Es que quieres?

Le empujé fuera de la cama con el pie.

- ¡Claro que no! Vete a dormir- le ordené.

- Muy bien, jefa- dijo parapetado tras la puerta- Esto roza el acoso laboral.

Le lancé la almohada antes de que se fuera pero no conseguí darle.

Me tumbé en la cama contenta. Gracias a Dios solo había sido un sueño. Y ¡vaya sueño!

Diez días después muy a mi pesar, hacía las maletas. Atrás dejaba a un señor X extasiado con su nueva casa, una de las veintidós que al parecer tenía, abandonaba el mar azul celeste de los Cayos, mi cómoda caravana y a un buen amigo.

Diciembre Los Ángeles

El último mes del año entraba en escena mientras veía una serie de marcianos en la televisión, codo con codo con mi casera, un Globo de Oro, un Oscar y una cesta con palomitas.

Por más que Sandra me hubiera repetido que yo era una fanática del cine, no acababa de encontrar el interés en sentarme delante de un aparato eléctrico que me decía cómo tenían que ser los personajes o el escenario donde la historia tomaba forma.

- ¿Tienes algún libro por aquí?- pregunté haciendo que ella diera un manotazo a las palomitas que cayeron desperdigadas por el sofá.

- ¿Y eso?- preguntó clavando su mirada en mí.

- Pues... porque me gustaría leer. ¿Es tan raro en mí?- señalé su almacén de DVD- llevo casi dos meses viendo película tras película y serie tras serie. Me gustaría probar cosas nuevas.

- Uy, que arriesgada- hizo como si temblara exageradamente.

Se levantó y del aparador del comedor sacó un par de volúmenes espesos. Me los tendió.

- Ahí tienes. Creo que eres la única persona que si pudiera empezar su vida de cero, haría lo mismo de nuevo.

Las cosas comenzaban a encajar.

- Sandra me has mentido sobre mis gustos, ¿verdad?

- No. Te los he mejorado- y se cruzó de brazos dando por finalizada cualquier conversación.

Con cierto alivio, subí las escaleras y con los dos gruesos libros me tumbé en la cama. Desconocía porqué aquello parecía tener sentido. Abrí el primero y me puse a leer sumamente animada.

Engullí del tirón cincuenta páginas hasta que llamaron mi atención unos golpes en la puerta de la casa. Viendo que Sandra no parecía dispuesta a acudir, bajé las escaleras. Mi mentirosa amiga estaba desaparecida así que acudí a la puerta.

- Soy Rhonda- oí su voz al otro lado.

La dejé entrar con curiosidad.

- Hola- saludé cortés mientras la escrutaba buscándola algún defecto. No los tenía.

- Te preguntaré a qué he venido- afirmó.

- Pues la verdad es que no.

- Seguro que habrás visto las fotografías de las revistas- continuó como si no me hubiera oído- Pues tenía que explicarlas.

Asentí.

- Supongo que me vas a decir que no son lo que parecen.

Curvó sus labios jugosos en un inicio de sonrisa.

- Te iba a decir que son justo lo que parecen.

Me quedé a cuadros y su sonrisa creció.

- Estoy loca por Sean Weller- añadió paseando por el salón- desde siempre y, claro, él no me hace ascos.

Lanzó una mirada presuntuosa a mi usado pantalón de deporte y después, se revisó a si misma pletórica.

- Me alegro por ti- comenté sin darle emoción a mis palabras.

- ¿Seguro?- se detuvo extrañada.

- ¿Qué esperabas oír?

Ahora era ella la descolocada pero no tardó en recomponerse.

- Puede que para cuando recuperes las memoria, le hayas perdido- agregó.

- ¿Lo he tenido alguna vez? No lo conozco demasiado pero me parece que no es el tipo de persona al que se le pueda atar para siempre.

Su rostro volvió a la perplejidad por un segundo.

- Muy bien- claudicó al fin- Ahora que parece que las cosas están claras, me marcho mas tranquila.

Se encaminó a la puerta pero no la acompañé.

- No me imaginaba a alguien tan adulto- añadió antes de marcharse- dentro de ese cuerpecillo.

Y cerró con orgullo.

Saqué la lengua a la puerta con pedorreta incluida.

- ¿Adulta? ¿Yo?- grité- Será...

Los sapos y culebras llenaban mi boca y era incapaz de articular palabras coherentes. Aquella mujer despertaba mi impulso asesino.

Asesino.

¿Qué habría pasado con los asesinatos de la mujer y el padre de Sean? ¿Seguiría siendo él un sospechoso?

La interrelación de ideas me hizo temblar. ¿Cómo podía haber estado enamorada de una persona así? ¿Cómo podía haber sido tan tonta de pensar que un actor sería fiel a una mortal? A la Miriam de antes le faltaban un par de primaveras.

- ¡Pues claro que iremos!- la voz gritona de Sandra me despertó de mis ensoñaciones.

Salía de su habitación teléfono en mano pegado a la oreja con cara de felicidad absoluta. Me miró de reojo mientras continuaba su apasionante conversación y colgó entre risas nerviosas.

- ¡No te lo vas a creer!- exclamó abriendo la boca con desmesura.

- Te juro que ahora me creo cualquier cosa.

Pareció abandonar su dicha y centró su atención en mí.

- ¿Qué quería la gata sobre el tejado de cinc?- preguntó arqueando las cejas.

- Advertirme que Sean es suyo.

- Y, ¿por qué no he oído ninguna pelea?- puso los brazos en jarras- Deberías haberla dejado sin sentido en un único golpe, seguro que está llena de prótesis.

Anduve hasta la ventana y me apoyé en el cristal. Había marejada y varios surfistas disfrutaban de las olas.

- No me voy a pelear por él- murmuré- Es una batalla perdida.

- ¡Tú sí que estás perdida! ¡Y loca!

- Sandra,- traté de apaciguarla en tono conciliador- Rhonda y Sean están liados. Yo no siento nada por él. Punto final.

Ella arrugó la nariz y de brazos cruzados se dejó caer en el sofá.

- No te entiendo- dijo sin más.

- ¿Con quién hablabas por teléfono?- desvié la conversación.

El enfado se le borró del rostro.

- ¡Con Patrick Starck! ¿A qué es increíble?

- ¡Sí!
- No tienes ni idea de quien es, ¿verdad?

Negué con la cabeza. Ella se levantó y abriendo el temido armario de los DVD me tendió uno: “Los reinos del mal”.

- Patrick Starck es un actor muy famoso. Ha hecho multitud de películas impresionantes. Ésta es una de ellas. Tienes que verlas antes del sábado que viene.
- ¿Por qué el sábado?

Ella se llevó las manos a la cabeza con júbilo.

- Me ha invitado a una fiesta en su casa y tú, mujer con suerte, eres mi pareja.
- Oh no.

- Oh sí o si no te vas buscando guardería en otro lado.

Apoyé la frente en el cristal frío del ventanal.

- En ese caso...

Sandra pegó un bote y chillando como una posesa desapareció en su habitación. Me quedé un rato estupefacta por tanta información en tan pequeño periodo de tiempo. Necesitaba monotonía.

Encendí la televisión y puse el DVD. Un poco de batallas medievales no me vendría mal.

La semana pasó volando entre el trabajo, las pruebas de un vestido y la visita al doctor Morris.

El viernes a última hora de la extensa jornada laboral, apagué el ordenador, las luces de mi planta tan desierta como el Gobi y me despedí del señor de la limpieza que me guió un ojo mientras movía las caderas a ritmo de Gloria Estefan.

Solo atisbé luz por debajo de la puerta del despacho de Mario Tornos padre mientras me encaminaba a los ascensores. Los últimos en irnos.

Bajé treinta plantas en un suspiro con la cabeza danzando entre imágenes de un nuevo proyecto. El ascensor se detuvo en la planta baja y absorta como estaba, me apeé y anduve hacia la calle. Caí en la cuenta de que el coche estaba en el garaje cuando apoyaba un pie fuera del edificio. Retrocedí sobre mis pasos dándome un golpe en la frente.

- ¡Qué pronto te has olvidado de los amigos del campo!

Me volví hacia la procedencia de la voz de un salto. Indy estaba sentado en uno de los modernos sofás del hall. Caminé hacia él alegre y nos abrazamos.

- ¿Qué haces aquí?- pregunté.

- Es una visita oficial- señaló hacia arriba- El gran jefe me ha hecho llamar. Me da en la nariz que me mandan a otro destino.

- Espero que no sea muy lejano.

- Ya veremos, mientras tanto tengo que aprovechar el tiempo por aquí- se acercó a mi oreja a modo de confesión- Hay una muchacha en Los Ángeles con fracaso amoroso, ¿no?

¿Yo?

- ¿No se llamaba Kelly?- preguntó él ante mi silencio.

Asentí repetidamente con la cabeza.

- Será un placer presentártela. Te va a encantar- caminamos hacia el ascensor.

La sonrisa plétórica de Indy tranquilizaba mi cerebro en constante búsqueda. No quería recordar a su lado, más bien me importaba un pimiento hacerlo.

- ¿Sabes una cosa?- añadí- Estoy encantada de verte.

Y le abracé de nuevo.

Por encima de su hombro, junto a la doble puerta acristalada de entrada avisté una cara conocida. Una cara conocida y bastante malhumorada.

No podía ser.

Sean estaba allí.

Me solté de Indy a cámara lenta y algo aturdida.

- Te llamo por teléfono, ¿vale?- le dije con la vista fija en el actor.

Indy no se percató de lo que sucedía y se coló en el ascensor.

- Me pondré guapo- dijo mientras las puertas se cerraban.

El marcador de pisos pasó rápidamente de la planta baja a la quinta. Dejé de observarlo y me volví hacia Sean. Comencé a andar en su dirección como una polilla embelesada por el fuego. Sus atractivas facciones estaban rígidas pero cuando habló su voz era tranquila.

- Ahora entiendo muchas cosas- dijo.

- No creo que seas el más indicado para dar lecciones morales- me salió de sopetón sin apenas haber despertado de mi aletargamiento mental.

- ¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

¡Qué bien mentía el dichoso actor!

- ¿Sigues creyéndome culpable de las muertes?- continuó conteniendo un enfado incipiente- ¿Es eso? Mira, ha sido un error venir a saludarte. Espero que seas muy feliz con tu Boy Scout.

Se marchó antes de que pudiera articular palabra quedándome con sensación de idiotez suprema. Tan rápida muchas veces y otras, lenta cual tortuga para defenderme. Podía telefonarle, tratar de explicarme... y quedar aún peor.

Suspiré abatida y bajé al garaje.

Diminutos focos escondidos entre los setos iluminaban tenuemente la fachada de estuco rosa de la mansión. La noche había sido benévola con nosotras y nos acariciaba con dieciocho grados que no tardarían en descender en el mercurio.

Levanté un poco el vestido para ver donde se encontraban los dos desaparecidos: zapato y escalón, y pude ver un poco de ambos. Apoyé el pie y me di cuenta que temblaba.

- ¿Estoy a tiempo de echarme atrás?- pregunté a Sandra que por toda respuesta me empujó haciendo que estuviera a punto de espatarrarme en las escaleras.

- Arriba- gruñó.

Después de seis infernales peldaños, llegamos a la doble puerta abierta. La música se escuchaba desde que entramos en la finca y ahora se le añadía el rumor de numerosas voces. No era el estruendo de una fiesta universitaria sino el murmullo de conversaciones ligeras. Tomé aire de nuevo y traspasamos la puerta.

Un hombre vestido de negro y con sonrisa artificial recogió mi abrigo y el chal de Sandra y nos indicó donde se encontraba el salón.

Atravesando un imponente vestíbulo en el que solo faltaban armaduras o candelabros, llegamos a una sala inmensa con dos espectaculares lámparas de araña, tapices que ni en la Real Fábrica de los susodichos y muebles de maderas extrañas aparentemente ancianas.

Docenas de camareros pasaban aperitivos y también había mesas en los laterales repletas de comida. ¿Por qué habíamos cenado ya?

- ¿No dijiste que solo era un baile?- murmuré a Sandra al oído.

Ella miraba a un lado y otro mientras sonreía a alguien indeterminado.

- ¿Y yo qué sabía?- contestó entre dientes.

- Esto es una desgracia, no tengo hambre y todo tiene una pinta estupenda.

- Mejor, así no te manchas. Ten cuidado que tengo que devolver el vestido a la tienda impecable- me miró de reojo- ¿No habrás cortado la etiqueta del precio? ¿Verdad?

- No. La tengo clavada en la espalda como un diminuto puñal.

- Perfecto. Ahora a relacionarse- me señaló el centro de la sala- Creo que acabo de ver a Naomi Watts... ¡Es guapísima!

Y me abandonó sin más detrás de una rubia de la que casi podía ser su doble.

- ¿Desea beber algo?- me preguntó un camarero de aspecto hispano.

- Supongo que es lo que debería hacer- hablé para mí pero con el micrófono encendido.

El hombre se sonrió.

- Queda bien una señorita con una copa de vino tinto en la mano- dijo.

- Acepto la sugerencia pero prefiero el blanco.

- Rosado entonces.

Me sirvió una copa. Estaba realmente delicioso.

- Muchas gracias- añadí- ¿Algo más que debería saber sobre fiestas de famosos?

- Sonría que está preciosa y no pruebe los aperitivos.

Se marchó sorteando a los invitados como si patinara sobre hielo.

- Es un Beringer- me habló una persona a mi izquierda.

- ¿El camarero?- pregunté volviéndome hacia mi interlocutor.

Rió sonoramente.

- No. El vino.

- Es muy rico- contesté ignorante de cualquier término básico de catador acreditado.

- Más le vale. Has escogido el más caro de todo el salón- el hombre me tendió la mano- No me he presentado aún, Patrick Starck señorita...

¡El propietario!

- Sanabria pero llámame Miriam.

El actor ganaba en persona. Quizás porque hasta la fecha solo le había visto en un par de películas de malvado y ahí lo que daba era miedo. Sin embargo, delante, con mi mano aún sujeta entre las suyas resultaba bastante apabullante. El pelo rubio con ondas peinado hacia atrás, unos ojos azules quizás grises detrás de unas gafas de poca montura y cierto aire de espía de su Majestad.

- La verdad es que no suelo olvidar una cara- comentó indiferente- y la tuya no me suena.

- ¡No me he colado!

- ¡Oh, no!- trató de sosegar-me- No me refería a eso. Lo siento. Sé que vienes con la hija de Edward Dylan.

- ¿Entonces?

- Vale. Era una forma de entrar a una chica bonita- levantó las manos como defensa- Creo que estoy algo desfasado. ¿Ya no se hace así?

No pude evitar una risita.

- Pues no lo sé, generalmente tratan de ligar con Sandra, no conmigo.

¿Había dicho "ligar"? Me sentí terriblemente absurda.

- Bueno o para trabar una amistad- añadió rápidamente.

Él tomó un sorbo de la copa que tenía en la mano y me señaló con la otra el salón.

- ¿Qué te parece?- preguntó.

¿La gente, la comida, la música o la decoración?

- Muy bien- respuesta multifunción.

- Compré la casa hace dos semanas y no sé si estoy muy de acuerdo con la decoración.

Vale. La decoración. Tema difícil también.

- Algo sobrecargado... para mi gusto- titubeé.

- Estoy de acuerdo. Crecí en una granja y aún echo de menos a alguna gallina entrometida en la cocina. Los aderezos medievales me quedan algo grandes.

Negué con la cabeza.

- Te he visto cortando cabezas con una espada en plena época medieval.

Lanzó una carcajada.

- Puede que tengas razón. He de decir en mi favor que no soy tan malo como me hacen parecer.

- ¿Seguro?

- Soy un malvado con principios.

Esta vez me reí yo.

- Bueno señorita Sanabria, tengo que darme una vuelta para saludar al resto de invitados. Pero no te vayas muy lejos. Volveré- se dio un golpe en la frente- Eso es de Arnold, no mío.

No entendí la gracia pero asentí. Le observé alejarse estrechando manos y hablando con unos y otros.

- No te puedo dejar un segundo sola- refunfuñó Sandra situándose a mi lado.

- Es muy majo.

- Y es rico.

- Tú también.

Se le alegró el rostro.

- Sí pero menos. ¿Me lo vas a presentar?

Le señalé.

- Me parece que está muy ocupado. Igual después, si se acuerda de mí, claro.

Durante media hora más no pudimos evitar probar algún canapé y un par de copas del rosado Beringer. Las conversaciones resultaban fluidas con la gente desconocida con las que las entablábamos y el tiempo parecía volar.

En la quinta visita de Sandra a la barra, regresó acompañada.

- Miriam, te presento a William Starck- me dijo con los ojos brillando cual zafiros.

Mientras le daba la mano un veloz pensamiento cruzó por mi cabeza.

- Yo te conozco- salté ante el asombro de los dos.

- Sí. Soy el hermano pequeño del rey de la fiesta- asintió algo fastidiado.

La semejanza entre ambos era indiscutible. Quizás algo más delgado, con un físico menos imponente pero más humano.

- No. Te he visto en una película- apunté.

Pareció animarse.

- Es raro que te acuerdes- dijo él.

- Eso digo yo- corroboró Sandra.

- No he visto demasiadas desde que... perdí... algunos recuerdos...

- Perdió todos- añadió mi compañera.

- Pero- interrumpí- me gustó muchísimo. Hacías un papel estupendo. Sí y también me acuerdo de una carpeta forrada con tu cara... pero no sé de quien. ¿Sería de mi hermana?

Él sonrió.

- Es todo un piropo cuando nadie recuerda nada de mi persona.

- Bueno, ahora eres un agente inmobiliario muy importante- señaló Sandra rápidamente.

- Cada cual tiene su destino- dijo pasando su mirada de la una a la otra- Bueno, Sandra, Miriam, voy a saludar a unos posibles clientes. Todos los actores quieren vivir en Hollywood.

Se marchó con una sonrisa de oreja a oreja.

- ¿Qué te parece mi Starck?- preguntó ella volviéndose hacia mí.

- Un encanto.

- La primera película que hizo fue con tu Sean. Era el protagonista pero Sean se llevó todos los honores- suspiró- Ahora está forrado.

La música invitaba a bailar. Un disc-jockey alternaba música electrónica desconocida con Coldplay o U2. Algunas parejas empezaron a acudir a la pista de baile.

Sandra me miró con cara de cordero degollado. Algo me decía que me iba a pedir un favor no demasiado gustoso para la antigua Miriam.

- ¿Bailas conmigo?- me rogó.

- ¿No es un poco raro que bailen dos chicas?

- No te estoy pidiendo que bailes la lambada, solo a los One Direction- dijo arrugando el entrecejo- Necesito lucirme.

- Todos te miran ya.

Resoplando tiré de mi mano hacia donde comenzaban a congregarse más personas. Imité a los que tenía a mi alrededor mientras Sandra se movía cual sirena entre pirañas. Tampoco resultaba difícil dar cuatro saltos, mover un poco las caderas y agitar los brazos. Todo dominado.

A la tercer canción vi entrar por la puerta a Sean. Iba muy elegante, muy guapo, muy...

Rhonda agarrada de su brazo tan elegante y guapa como su acompañante sino más.

Perdí el ritmo de la música y me quedé quieta mientras él la conducía a la pista de baile. Sandra me propinó un codazo en las costillas que apuntó estuvo de fracturarme una.

- Baila por Dios que se te está quedando cara de tonta.

Tenía razón. Les di la espalda y siguiendo a duras penas la voz de Lady Gaga, conseguí olvidarme de ellos. O al menos, intentarlo.

A la sexta canción, me había hecho con las danzas tribales de mis circundantes y comenzaba a pasármelo estupendamente relegando la vergüenza a un segundo plano. Pero entonces, comenzó a cantar la voz grave de Adele el precioso tema de "Someone like you". Cachis.

- Creo que es el momento perfecto para un cambio de parejas- Patrick y William Starck se situaron entre nosotras con sendas sonrisas magníficas en el rostro a las que Sandra contestó enseguida.

Patrick me tendió la mano. Mientras mi compañera se dejaba abrazar por William sin dudarle, yo tardé en reaccionar. ¿Aquel actor famoso me estaba pidiendo a mí que bailáramos?

- ¿Indecisa?- preguntó él.

No. Tonta del bote.

- Ay, perdona- sacudí un poco la cabeza- Estoy lista.

- Bailo muy mal, te lo advierto.

Sonreí mientras su mano en mi cintura me indicaba el ritmo. Conforme avanzaba esa canción y las dos siguientes, la distancia inicial de aproximadamente un kilómetro que separaba nuestros cuerpos, fue achicándose. Resultaba entretenido oírle hablar de momentos cómicos de rodajes y entrevistas desastre en programas de televisión.

- Parece que los actores también sois humanos- dije yo.

- Algunas veces. Entonces organizamos fiestas de este estilo y volvemos a parecer estrellas- hizo una mueca de desagrado fingido- ¿Quieres tomar algo?

Asentí y me condujo a la barra más cercana a la pista de baile. Me senté en un taburete mientras perdía la mirada entre la gente buscando a Sandra.

- ¿Y el mundo de la arquitectura es tan difícil como parece?- me preguntó mientras me tendía un combinado extraño. Al menos me había escuchado mientras yo parloteaba de mi trabajo.

- Me ocupa demasiadas horas pero me gusta. ¡Qué le voy a hacer!- por fin había localizado a mi compañera. Había cambiado de pareja y se agarraba a un jovencuelo recién salido de algún nido.

- Le gustan los jóvenes cantantes a tu amiga- dijo él señalando con un movimiento de cabeza a Sandra.

Le gustan todos, me dieron ganas de añadir. Justo delante de ella pasaron Sean y Rhonda apretujados mientras reían. Me puse algo tensa pero, ¿por qué?

- Se le ve muy bien a Sean Weller- comentó Patrick- Ha estado muchos años tocando fondo y ha resurgido con un Globo de Oro bajo el brazo. Una suerte.

Creí percibir una mirada furtiva de Sean en nuestra dirección.

- Su mujer murió. Era estupenda. La conocí en la única película que hemos hecho juntos y se podía oler a millas la complicidad que mantenían entre ellos. La prensa podrá inventar lo que quiera pero ojalá hubiera tenido yo una décima parte de esa unión con mi ex mujer.

Regresé mi atención hacia él.

- ¿Has estado casado?- pregunta absurda cuando ya sabía la respuesta.

- Dos veces. Un desastre. Menos mal que no hay niños de por medio- se sirvió otra copa y le lanzó un vistazo a mi vaso lleno- ¿Prefieres un refresco?

- La verdad es que sí. Digo tonterías muy rápido... sino lo he hecho ya.

Él se rió sonoramente. Esta vez la mirada de Sean fue evidente. Y no parecía muy contento.

- Eres una chica estupenda- con el cumplido me tendió una Coca-Cola- se agradece aire fresco entre tantos actores engreídos, donde me incluyo.

Aire fresco... las pulmonías se cogían por aire fresco.

- Ah, Sean- saltó Patrick haciendo que pegara un bote- Hemos estado hablando de ti.

Le dirigí un vistazo a Sean que apoyado en la barra se escondía tras un rostro inexpresivo.

- Espero que de cosas buenas, si hay alguna- contestó el aludido. Solicitó dos copas al camarero y me echó un vistazo rápido.

- Por supuesto. A ver si organizas alguna fiesta en tu casa. Me encantaría poder ir acompañado de esta señorita- Patrick me sonrió- si quieres, ¿claro?

- No soy de fiestas, Patrick. Ya lo sabes- saltó Sean.

- Lo sé y te agradezco que hayas venido a la mía- le palmeó el hombro- Te veo muy bien.

- Gracias- dijo Sean con una sonrisa y desapareció con las dos copas en dirección a Rhonda.

- Hombre de pocas palabras- comentó mi acompañante- pero un buen tipo- reanudó su atención a mi persona- Entonces decíamos... ¿cuándo íbamos a quedar de nuevo?

Después de prometer varias veces una llamada de teléfono y varios bailes con Sandra, enfilamos para casa.

- ¿Sabes Sandra?- comenté descansando los pies en el salón una vez llegamos- Creo que le gusto a ese actor.

- Vaya novedad- murmuró ella y dando un portazo, se coló en su habitación.

Dormí hasta la hora de la comida. En mis sueños se alternaban imágenes dispares. Patrick Starck y Sean luchaban a espada batiente en escenarios medievales, pistas de baile y en la arena de la playa que atinaba a ver desde mi ventana. Luego, en un segundo, Sean le cortaba la cabeza a Patrick que rodaba hasta ser engullida por las olas del mar.

Abrí los ojos con angustia. El sueño era absurdo pero durante un buen rato me pareció real. Desconocía porqué cuando pensaba en Sean, no me extrañaba que pudiera haber cometido algo siniestro. El recuerdo de su mirada mientras asesinaba a una chica en un puente, me turbó de nuevo. ¿Era mi imaginación atormentada o lo había presenciado? ¿Pudo haber matado a su padre? ¿Y a su mujer?

Agité la cabeza. Un hombre al que tildaban de acosador trataba de hacernos ver la verdad, enviaba cartas y fotos y en Internet circulaban todo tipo de rumores y noticias sobre él. A los posibles asesinatos se añadían supuestas agresiones y violaciones sin contrastar. En una novela policíaca, el culpable estaba bien claro.

Después de un plato de pasta, un filete de pollo a la plancha y media película de romances adolescentes, decidí salir a correr.

Mientras perdía calorías por el paseo marítimo hacia El Segundo, mi mente comenzó a liberarse de oscuras imágenes de asesinatos y cadáveres. Solo me quedaba la sensación de que detrás de Sean Weller se escondían demasiados fantasmas.

Me aclaré el pelo. El agua caliente resbalaba por mi espalda mientras mi mente se encontraba a años luz de aquel cuarto de baño rebuscando entre emociones y sentimientos. Tener la cabeza vacía ya era lo suficientemente duro como para añadir más complicaciones. ¿Qué podía creer y qué no? Resultaba mejor vivir en la ignorancia, desde luego. Simplemente esperar a que los recuerdos afloraran e ignorar el resto.

Girl relax, let's go slow. I ain't got nowhere to go. I'm just gonna concentrate on you. Girl are you ready? It's gonna be a long night... [T]

A mis oídos llegaba dificultosa la voz del obrero y esbocé una sonrisa. Sí, necesitaba relajarme.

La cortina de la ducha se abrió de repente dándome un susto de muerte. No pude gritar a pesar de mi intento. Sean asía la cortina con aparente rabia mientras me dirigía un meticuloso vistazo de arriba a abajo y vuelta a empezar. Quise taparme de algún modo pero solo disponía de una escuchimizada esponja rosa y haciendo de tripas corazón le encaré.

- ¡Qué demonios estás haciendo!- grité pero mi chillido quedó ahogado por el torrente de la ducha.

No contestó. Y vestido de pies a cabeza como estaba se metió en mi bañera. Retrocedí clavándome el grifo en la pierna. El agua caía ahora sobre él y a pesar del pelo empapado que le tapaba parte de la cara, su rostro aparecía duro sin rastro de emoción alguna.

Comenzó a desvestirse sin quitar sus ojos de los míos, fríos, indescifrables. La situación se había pasado la parada de rocambolesca.

- ¿Qué estás haciendo?- repetí enfadada- ¡Fuera de mi baño!

La orden resultó inefectiva y continuó desnudándose. Traté de mantener la vista por encima de su cuello y busqué alguna alternativa de huida. Su cuerpo impedía mi posible escapatoria.

Ocupada en semejante tarea mental, su proximidad me sobresaltó. Ya no quedaba margen alguno entre los dos. Tomé aire mientras sus manos rodearon mi cuello.

En ese momento me di cuenta de que iba a morir.

Desnuda.

La idea me dio una vergüenza supina. No moriría sin pelear. Le empujé y él presionó mi cuello. Me acordé de las series de televisión de Sandra y traté de librarme de Sean arañándole en el camino. Las epiteliales de las que tanto hablaban en la tele deberían de servir para algo.

Murmurando alguna cosa, me apretujó más contra el grifo y me besó. Intenté zafarme de nuevo con su rostro pegado al mío, con sus manos recorriendo mi cuerpo pero no podía. Estaba paralizada. La sangre comenzó a hervirme. ¿Quién se creía que era aquel individuo? Levanté la rodilla para propinarle un rodillazo triunfal en la entrepierna pero me la retuvo con la mano y la colocó entorno a él. Mi intento de salvación a parte de infructuosa me había valido para estar aún más en contacto con mi agresor.

- Por favor- supliqué cuando sus labios dejaron los míos y se deslizaron por mi cuello- déjame.

- No soy un asesino- dijo por fin elevando su rostro hacia mí.

- No es una buena forma ésta de demostrarlo- increpé con ira.

Me rodeó la cara con las manos y apartó los mechones que me caían por ella. Su rostro empezaba a reflejar alguna emoción.

- ¡Ya no puedo más!- gritó endureciendo la expresión de nuevo- ¿Qué quieres que haga? Cada día estás más lejos. Llevo mucho tiempo sin poder tocarte, tratando de que vuelvas a sentir algo por mí pero huyes, me evitas y te vas con el primero que pasa por tu lado... ¿Qué tengo que hacer?

- Sean, no me acuerdo de ti. No recuerdo lo que hubo entre los dos- contesté lo más templada que pude.

- Y, ¿qué?- me agarró de los hombros con fuerza.

- Lo que sé no es demasiado halagüeño- me arrepentí al momento de decirlo.

Él bufó. Inteligente de mí, había herido a mi futuro asesino.

Contrario a mis ideas, Sean se apartó y chorreando agua salió de la bañera. Apoyó las manos en el lavabo y se miró en el espejo, momento que utilicé para con las piernas temblando aún, agarrar una toalla y hacerme un vestido con ella. La puerta estaba abierta a su lado. Debí de entrever mis ideas y se situó delante de ella.

- No voy a dejar que escapes- dijo como si no significara nada importante.

- ¿Por qué?- pregunté apretando mi atuendo con frustración.

- Porque estoy hasta el gorro de pedirte permiso para cogerte de la mano.

No se me ocurrió nada que decir y me mantuve callada pensando en la alternativa de ponerme a chillar como un gorrino.

Se fue acercando despacio. Su mirada había dejado el estado glacial y pasaba rápidamente al tropical. Por sus pupilas dilatadas cualquiera diría que yo representaba el primer plato de algún banquete. Me acarició la cara y dejó resbalar las manos hasta la toalla que yo mantenía aferrada con mi vida. No trató de quitármela sino que agachó la cabeza hasta situarla a la altura de la mía y me besó de nuevo. Fue un beso cálido, diferente al anterior. Sus labios estaban calientes gracias a mi ducha y suaves.

Respiré hondo. ¿Qué me estaba pasando? ¿Me hervía la sangre porque odiaba a aquel hombre o porque por el contrario, lo deseaba?

Tomé aire de nuevo. El beso se hizo más intenso y me encontré respondiéndolo. Eso hizo que Sean olvidara la dulzura y me arrancara la toalla. Quise apuntar algo indignada pero no podía. ¿Estaría Sandra en casa ya? ¿Escucharían mis gritos los vecinos? ¿Y el obrero?

¿A quién quería engañar? No tenía ninguna gana de ponerme a berrear como una niña asustada.

El pulso acelerado bombeaba en mis oídos, escuchaba su respiración agitada cerca de mi cuello, bajando por la garganta, más abajo aún... Le separé ayudándome de los dos brazos.

- No- susurré tan bajo que casi no me oí.

- ¿No?- inquirió con una sonrisa pícaro. Me tomó de la mano y me arrastró al dormitorio. La noche estaba instaurada al otro lado de la ventana.

¿Por qué me dejé llevar? ¿Por qué permití que un extraño con posibles cargos criminales se acostara conmigo?

No lo sé.

Pero fue absolutamente perfecto.

En algún momento de la noche, Sean desapareció. Al dar la vuelta en la cama buscando su piel de nuevo me encontré sola. Después, ya no pude dormir con la cabeza desvariando.

Desayuné a las cinco de la mañana mirando al mar desde el ventanal del salón. El café caliente terminó de despertarme del sueño en el que creía haberme visto envuelta unas horas antes. Todas mis desconfianzas, celos, presunciones se habían venido abajo en el momento en que me besó. Como investigador privado no valdría ni un dólar.

Recogí la taza y la deposité en el fregadero. Si Sandra me escuchaba abrir el agua me amonestaría. ¿Habría oído algo antes? ¿Sabría que había pasado la noche con Sean?

Con mis divagaciones no me había dado cuenta de la hora que era. Me vestí a toda prisa, disimulé las ojeras y salí corriendo hacia el trabajo.

Allí conecté el piloto automático mientras recordaba lo sucedido. Comprobaba el cálculo de una estructura pensando en Sean y aquello era demasiado para mi intelecto.

- Bonita, ahí falta algo- gritó mi jefa desde el otro lado de la habitación. Entre sus superpoderes estaba al parecer la vista de halcón.

¡Me había olvidado de poner pilares! Así la primera planta del edificio quedaba suspendida en el aire.

- ¿Es una casa o la alfombra voladora de Aladino?- preguntó acercándose bajo la atenta mirada de todo el departamento.

- Por ahora, lo segundo- respondí esquivando.

- Ay, mi pequeña desmemoriada. No hagas que empiece a desconfiar de ti, ¿vale?

Asentí repetidamente y centré todos mis sentidos en la pantalla del ordenador.

Desde que tenía plaza de aparcamiento en el propio edificio, solía llegar a casa más tarde que en transporte público. Parece que todos los trabajadores de Los Ángeles emprendíamos la huida del centro de la ciudad a la misma hora y por las mismas calles.

Aburrida en un cruce entre los bonitos rascacielos de la calle Séptima se me ocurrió una alternativa. Podía hacer una visita a Sean. Quería compartir mis sensaciones, mis preocupaciones... en definitiva, quería verle.

Enfilé en dirección opuesta y escurriéndome entre múltiples atascos más llegué a su casa. La puerta de la parcela estaba abierta y conduje el coche hasta el aparcamiento. Bajé observando con interés la entrada, parecía que la estaban reparando. Apreté el paso a la casa y me mantuve con el dedo a un centímetro del timbre. ¿Y si realmente era un asesino? Podía haber acabado conmigo la noche anterior. ¿Y si me estaba enamorando de él? Ahí no obtuve respuesta.

Pulsé el timbre suavemente y al no recibir respuesta después de un rato, lo apreté con ganas. Al otro lado escuché pasos rápidos. La puerta se abrió con Sean detrás y el corazón me dio un vuelco.

- Hola Miriam- dijo secamente.

- Hola- no encontraba de pronto ningún motivo para estar situada delante de su puerta- ¿Todo bien?

Pregunta idiota. Muy idiota.

- No te esperaba- apuntó.

- Es que desde ayer, desde anoche... he estado pensando muchas cosas...- temblaba como un flan. ¿Por qué?

Él se pasó una mano por el pelo tomando aire.

- ¿Te importa que hablemos en otro momento?- preguntó con una modulación algo más agradable.

- Está bien- empecé a decir pero oí una voz lejana que procedía del interior de la vivienda- ¿Quién está contigo?

- Vete, por favor.

Una risa femenina llegó claramente hasta la entrada.

- Sean, cariño- inconfundiblemente se trataba de Rhonda. Apareció en el rellano con el aparente único atuendo de una camisa de hombre que se abotonaba con tranquilidad- ¿Quién...?

Nos quedamos mirándonos la una a la otra.

- Hola guapa- me saludó enseguida- Qué bonita sorpresa. ¿Quieres entrar?

- No. Ya se iba- espetó Sean entre dientes sin dirigirme la mirada.

- Pues, la verdad Rhonda que estaría encantada de pasar un rato- me vi diciendo.

- Perfecto- me señaló el interior- voy a preparar algo de beber. ¿Un café?

Entré con los ojos de Sean clavados en el cogote.

- Bien cargado, por favor- dije echando un vistazo a mi alrededor. La estancia continuaba siendo incómoda. Los pocos muebles seguían en su lugar. Me senté en el sofá recta y traté de mantener a mis pensamientos a raya.

Sean se acercó pero se mantuvo estático apoyado en la cristalera que daba al jardín. Su cara enfocaba algún lugar lejano a mí.

Rhonda salió de la cocina y nos lanzó una rápida ojeada antes de hablar.

- Enseguida está el café. ¿Qué tal sigues, pequeña? ¿Algún recuerdo más?

- Pequeña de estatura, espero- sonreí- Y no, nada nuevo.

Ella rió y situándose junto a Sean enroscó su brazo al de él.

- No puedo entender como no te acuerdas de algo así- señaló a su acompañante.

- Una desgracia terrible- mascullé sin quitar la sonrisa de la cara.

- Ya lo creo. Yo no me lo he podido quitar de la cabeza nunca- dijo ella apretándose contra su costado.

Cerré los puños disimuladamente hasta dejarlos blancos.

- No será para tanto- añadió.

Me fijé en que no llevaba nada debajo de aquella camisa. Apreté las manos con más fuerza.

- Bueno, creo que es suficiente- habló el aludido separándose de Rhonda- ¿Te importa que hable con Miriam un rato a solas?

- Pues claro que no, cariño. Os avisaré cuando esté el café- y se marchó moviendo sus bonitas caderas hasta desaparecer detrás de la puerta de la cocina.

Sean se sentó a mi lado con brusquedad. No parecía dispuesto a decir nada.

- Anoche estabas necesitado de contacto femenino- dije sin mirarle- y resulta que te sobra por los cuatro costados.

- Es una amiga- habló con la vista en el suelo.

- Una amiga desnuda.

Levantó la cabeza mirándome enérgicamente.

- No quieres saber nada de mí, me evitas como al diablo, flirteas con otros y, ¿ahora buscas explicaciones?

Me quedé un poco sorprendida e incapaz de añadir algo sin soltar algún sapo o culebra.

- Mira- siguió él- Te tengo que pedir perdón por lo de anoche. Me dejé llevar. Jamás he hecho nada similar pero se me fue la cabeza. Supuse que recordarías algo y por qué no, necesitaba pasar un buen rato contigo.

- Te arrepientes, entonces.

- Sí. Estaba fuera de mí.

Asentí con la cabeza mientras me levantaba.

- Muy bien- susurré dejando ya de mirarle- supongo que esto es un punto y final.

- Supongo que es lo mejor para los dos.

Me separé un par de pasos desestabilizada por la situación. Me sentía triste, tremendamente triste y no alcanzaba a entender todos los motivos. Había algo más dentro de mí. No era un recuerdo, era un sentimiento. Y de pronto lo supe. ¡Le quería!. Le quería mucho antes de que le viera tomándome de la mano en el hospital de Salt Lake City, mucho antes de caer montaña abajo, mucho, mucho antes.

- Sean- dije haciendo que me mirara rápidamente.

Desplacé la vista hacia la cristalera que mostraba una imagen extraña de mi persona. En el reflejo detrás de mí parecía haber alguien más. Me asusté y lancé un pequeño grito. La piel se me erizó y di un respingo.

- Cuidado, es un asesino- murmuró una voz en mi oreja tan real que me dejó sin respiración, empecé a temblar y la frente se me inundó de sudor.

- Miriam, ¿estás bien?- Sean se levantó alarmado y me sostuvo cuando estaba a punto de caer al suelo.

- ¿No le has visto?- exclamé horrorizada aún.

Busqué por el salón al individuo. Sentía dolor en la parte de atrás de la cabeza y me la froté.

- Me ha golpeado- gemí.

- No había nadie- me abrazó contra él- Y empiezas a recordar.

No podía dejar de mirar a Rhonda desde mi posición horizontal en el sofá. Como cada vez que levantaba la cabeza me mareaba, habían optado por obligarme a quedarme tumbada un buen rato. Rhonda era preciosa, sexy, exuberante e inteligente. La observé envidiosa mientras andaba de un lado para otro, me traía agua o cuchicheaba palabras con Sean. Les vi sonreírse. Era la sonrisa cómplice de los que se conocen de hace mucho y tienen demasiados recuerdos en común.

Traté de retirar la vista para dejar de sentir dolor pero no podía, al menos ya no llevaba aquella odiosa camisa de hombre.

Sean apartó mis piernas para sentarse en el sofá.

- ¿Qué voy a hacer contigo?

- Siempre montando el número- farfullé.

- Sí- asintió con una mueca- ¿Estoy a tiempo de pedirte perdón por todas mis últimas extravagancias?

No creí haber oído bien.

- ¿Quieres que te perdone?

- Fui un gilipollas anoche y un imbécil esta tarde. Demasiadas cosas.

Traté de sentarme pero me tumbó empujándome la frente con la mano.

- La verdad es que no acabo de entenderte. Y cuando creo lograrlo, aparece alguna mujer vestida con tu camisa- señalé a Rhonda con la cabeza.

Él rió sonoramente haciendo que la aludida se volviera hacia nosotros. Le asesiné con la mirada.

- Rhonda,- dijo él divertido- cuéntale a esta señorita celosa porque tenías puesta mi ropa, que por cierto te queda estupendamente.

Blasfemé para mis adentros.

- El señor Weller tuvo la ocurrencia de adolescente de empujarme a la piscina cuando le llamé cerdo inhumano por acosarte en una ducha. ¿Te puedes creer, cariño?- me miró con ternura como si fuera una mascota- Los hombres no maduran.

Las cosas seguían sin cuadrarme.

- Pero, ¿qué hay entre vosotros?- pregunté sin más preámbulos.

- Nada- contestó rápidamente Sean.

Rhonda sonrió pícaramente.

- Creo que Miriam se refiere a una conversación que mantuvimos ella y yo hace unos días- explicó- Siento haberte mentido guapa pero no sabía qué mas hacer para que reaccionaras. Deberías estar tranquila, este hombre es incapaz de fijarse en nadie más que no seas tú.

- Eres una buena actriz- hice una mueca y ella me guiñó un ojo.

Aún me dolía la cabeza.

- Mañana irás sin falta al médico- se volvió él de nuevo hacia mí.

- Ya lo veré. Ahora me voy a casa- conseguí levantarme al fin y comprobé con satisfacción que me encontraba mucho mejor.

- Te llevo- saltó Sean rápidamente.

- En moto no, gracias.

- Empiezas a ser tú- dijo él.

- Siempre he sido yo- anduve hacia la puerta y me mantuve un segundo agarrada a ella. Podía conducir mi propio coche.

- Déjame acompañarte al menos- rogó Sean.

Estaba tan cansada que solamente quería salir de aquella casa maldita urgentemente y meterme en mi cama.

- Me valgo sola, gracias de nuevo- y caminé al aparcamiento.

Alguna estrella solitaria brillaba en el cielo entre el baile de varios murciélagos. Me senté en el coche y lo arranqué. La puerta del copiloto se abrió y Sean se colocó a mi lado.

- Creo que gano en cabezonería- dijo y ya no hablamos más el resto del trayecto.

Tumbada en mi cama, entre mis cosas, la sensación de haber sido arrojada a un mundo lleno de seres extraños, conjuros diabólicos y planes maquiavélicos, parecía menos real. ¿Por qué no podían ser las cosas mas sencillas?

Sean había pedido un taxi en cuanto llegamos a casa y mientras lo esperaba nos quedamos sentados en los escalones del porche, mirando la espuma blanca de las olas en contraste con el color negro del océano.

En un momento, alargó su mano hasta situarla encima de la mía.

-Necesitas tiempo para aclararte- me susurró al oído.

Asentí.

- ¿Y tú?- pregunté a mi vez.

- No. Yo lo tengo muy claro- esbozó una sonrisa- Pero a veces me siento frustrado por esperar a ser correspondido.

- Tiene que ser difícil- miré su perfil a contraluz y él se giró hacia mí quedándonos a una pulgada de distancia.

- No te haces idea- musitó.

- ¿Por qué yo?- murmuré sin poder dejar de mirarle- Puedes tener a cualquiera. ¿Por qué te frustras por mí?

- Eso me pregunto cada mañana.

Le empujé con ganas pero no se movió ni un ápice del escalón.

- Lo digo en serio- afirmé rotunda.

- Y yo también- se echó a reír- Creo que oigo al taxi.

Se levantó y le imité.

- Puedes ducharte tranquila- dijo levantándose la barbilla hacia él- no pienso acosarte más.

- Gracias.

Posó sus labios sobre los míos un segundo o una hora, no sabría precisar y después se alejó a dar la vuelta a la casa hacia Ocean Drive.

- Sean- grité deteniendo su paso- No sé como he podido olvidar alguna noche como la de ayer. Es para matarme.

- Recuerda que soy un asesino, no me des motivos- y guiñando un ojo desapareció de mi vista.

Me tumbé de lado en la cama tratando de cambiar a los pensamientos del otro hemisferio cerebral. Eran los mismos y tenían nombre de actor de cine.

Cerré los ojos y conseguí quedarme dormida.

El doctor Morris me aconsejó que me tomara unos días libres después de comentarle mi suceso y, pese a mis ruegos, a Angélica le pareció bien.

Sandra aprovechó para llevarme a unas cuantas tiendas de ropa en Rodeo Drive por si despertaban en mí algún recuerdo.

- La verdad es que tenía ganas de comprar y ya está- me dijo cuando aterrizamos en las hamacas del porche con los pies doloridos- a ti la ropa solo te despierta el hambre.

- Solo ha sido una hamburguesa- me defendí.

- Menú gigante con patatas y bebida. ¿Sabes las calorías que tiene eso?

Me eché hacia atrás con una sonrisa en el rostro. Ella olfateó algo en el aire y giró la cabeza hacia mí.

- Huelo a amor y el rastro lleva hasta ti- me apuntó con un dedo acusador- ¿No me digas que te has re-enamorado?

Inspiré profundamente.

- ¿Qué tendrá ese tipo?- siguió ella- Porque supongo que es bombón Weller y no mi ex Mario, ¿verdad?

- ¡Claro!- me eguí de nuevo.

- Más te vale. No me fio de ti ni un pelo- y rebuscó entre sus bolsas hasta que encontró un conjunto de ropa interior extremadamente sexy. Unos peatones se detuvieron a admirar también el hallazgo.

Sonó mi teléfono y me lancé en su busca. Como siempre, se encontraba en lo más recóndito de mi bolso. Miré dos veces el número que aparecía en pantalla. No lo conocía.

- ¿Sí?- contesté.

- ¿Miriam? No sé si te acordarás de mí, nos conocimos el otro día en mi fiesta. Soy Patrick, Patrick Starck.

- ¡Ah, claro! Hola Patrick.

Si yo estaba perpleja, Sandra era la imagen de la estupefacción suprema.

- ¿Qué tal estás?- preguntó.

¿Anonadada?

- Bien...

- ¿Puedo pedir tu ayuda? Me gustaría que me aconsejaras con una obra que pienso hacer en mi casa y con la... espantosa decoración.

- Sí, por supuesto. Le puedo echar una ojeada cuando quieras.

- Juro que es una llamada meramente laboral.

Sonreí con la mirada de Sandra penetrándome la sien.

- Te creo.

- ¡Perfecto! ¿Qué tal esta tarde?

- Ah bueno... vale, sí.

- Estupendo. ¿Recuerdas la dirección?

- No me perderé, tranquilo- añadió.

- Entonces, nos vemos en cuanto quieras- y colgó.

Sandra me dio una colleja.

- ¿Qué haces?- la increpé.

- Ponerte la cara en su sitio. ¿Quieres liarte con todo Hollywood o solo con parte?

- Es laboral- me defendí- No quiero nada con Patrick y seguro que él tampoco.

Soltó una risotada.

- Laboral dice. Pues manda a tu jefa.

Me levanté de la hamaca.

- Me voy a arreglar- la dije para enfadarla aún más y entré en la casa con el obrero-cantante iniciando su repertorio vespertino.

I need a hero. I'm holding out for a hero 'til the end of the night. He's gotta be strong and he's gotta fast and he's gotta be fresh from the fight... [1]

Consulté por segunda vez el mapa y di la vuelta en redondo en Sunset Boulevard. Me había pasado la calle de nuevo. Foothill Road apareció a la derecha y la tomé rápidamente. Las mansiones se abrieron paso a ambos lados de la calle pero dirigí la vista al frente buscando Doheny Road. Me topé con el frondoso seto y la puerta de madera reconociéndolos al instante. ¡Había llegado!

Presioné el timbre de la puerta que se abrió sin explicaciones y entré en la parcela. La casa estilo italiano era más bonita si cabía, con la luz del sol que proyectaba sus últimos rayos sobre ella.

Aparqué el coche al lado de un Aston Martín descapotable y me apeé nerviosa. Tenía que haber meditado con más calma la idea de acudir a la casa de un actor a asesorarle sobre decoración pero si conseguía un cliente, mi jefa estaría orgullosa de mí.

Subí las escaleras y llamé al timbre que sonó como las campanas de una Catedral en pleno alboroto. Apunté en la libreta que traía: cambiar melodía de timbre.

La puerta se abrió y me sorprendió encontrarme con William Starck, el hermano. Él también estaba extrañado.

- Hola Miriam- saludó con un libro en la mano.

- He quedado con Patrick- me expliqué- por un asunto laboral.

- Claro, pasa. Me ha comentado que aborrece la decoración y también quiere hacer una reforma en la casa de la piscina- hizo una mueca de resentimiento- Estos actores...

Entré en el silencioso hall y mis zapatos resonaron como en un tablao flamenco.

- Patrick ha salido hace un minuto pero volverá enseguida- continuó él- ¿Quieres que te enseñe lo que tiene la intención de destrozar?

Asentí con la cabeza mientras le seguía a través de una biblioteca. William apoyó el libro sobre una mesa y me indicó con la mano una cristalera que daba al jardín posterior.

Caminamos entre macizos de flores perfectamente recortados por un paseo de piedra donde se escuchaba el rumor del agua procedente de alguna fuente escondida. Parecía el lugar idóneo para perderse con un libro.

- El jardín es precioso- dije.

William se volvió con una sonrisa.

- Fue lo que me encandiló pero mi hermano ni lo pisa. ¡Qué se le va a hacer!

Bordeamos la piscina rectangular hasta otra casa, una pequeña versión de la mansión. Su fachada necesitaba cierto mantenimiento y las tejas aparecían algo ajadas pero resultaba igual de hermosa que el resto.

- Tiene humedades- me señaló el muro- y poco más pero mi hermano quiere echarla abajo y hacer no sé qué. Prefiero no saberlo, la verdad.

- Me da pena pero cada cual tiene sus gustos.

- Por desgracia- abrió la puerta. Era una única habitación tipo estudio, más acogedora que la casa original.

Me colé en el interior respirando el olor antiguo del ambiente. Las brasas de la chimenea indicaban que hacía no mucho había sido utilizada.

- Estoy pasando unos días aquí- pareció excusarse William- mientras arreglo mi futura casa.

- ¿Está también en Beverly Hills?

- Oh, no. Prefiero alejarme de mis clientes, no hay nada peor que un famoso disgustado con el ruido de la cisterna del baño de su nueva casa.

Me reí mientras me acercaba a la pared donde estaban localizadas las humedades. Provenían del jardín y tenían solución. Al pie de la ventana estaba apoyado un antiguo cartel de película enmarcado: "Días de juventud". Me llamó la atención los nombres de los actores que aparecían escritos en él. William Starck en letras grandes y Sean Weller, debajo.

- Vaya- murmuré.

Él se acercó y levantó el cuadro para poder apreciarlo mejor.

- Mi primera película después de dos años en una serie de mucho éxito.

- La recuerdo. Estabas formidable- le traté de animar al notar cierto decaimiento en su voz.

- Bueno, las mejores críticas se las llevó Sean. No tenía ni idea de actuar pero parecía llevarlo en la sangre. Después de esa solo me llamaban para películas de serie B y Sean sin embargo, subió como la espuma- agitó la cabeza- Bueno, me fue muy bien cambiar de registro, estudiar una carrera. Él tenía una vida difícil, una pena.

- ¿Erais amigos?

- ¡Por supuesto! Bueno, eso creía yo pero no hay que hacer demasiado caso a los actores, la mentira es la clave de la interpretación.

La libreta se me resbaló de la mano y cayó al suelo. El portaminas, regalo de mis padres cuando terminé la carrera, rodó por las baldosas del suelo y se coló debajo de un sofá.

Me agaché para recuperarlo con le corazón latiendo a toda prisa.

“La mentira es la clave de la interpretación”. La frase resonaba en mis oídos ayudada por el golpeteo del pulso acelerado.

- ¿Lo encuentras?- preguntó él- ¿Quieres que te ayude?

Me faltaba el aire mientras simulaba buscar un lápiz que tenía en la mano desde hacía segundos. No podía volverme hacia William como si no acabara de escuchar las palabras que venían escritas para mí junto con un sobre lleno de fotografías. En las que aparecía el padre de Sean enterrado. Recordé el escalofrío que sentí al verlas. Era el mismo que en aquellos momentos recorría mi espalda.

- Deja que te ayude.

- Ya está, gracias- me levanté triunfal mostrando el lápiz perdido. Mi mirada se desvió hacia la puerta cerrada- ¿Hay algo más que ver?

Él negó con la cabeza lentamente.

- ¿Nos vamos?- pregunté tratando de mitigar el ansia de mi voz- Tu hermano debe estar a punto de llegar.

Anduve hacia la puerta resuelta. Él permanecía quieto en mitad de la habitación. La puerta no se abrió cuando giré el pomo.

- Está cerrada- dije con la mano agarrotada y el aire retenido en la tráquea.

- Sí- William se sentó en un sofá y acercó una revista de la mesa. La hojeó.

- Es tarde. Tengo que irme- mi voz parecía una súplica- y, ¿tu hermano?

- En Australia, rodando una película- seguía pasando las hojas de la revista con tranquilidad.

Aquello era irreal. Evité imaginar en que situación me encontraba metida.

- Y, ¿quién me llamó por teléfono?- pregunté.

- Soy muy bueno imitando voces desde pequeño. La primera que aprendí, la de mi hermano. Podía haberme dedicado al mundo del espectáculo- lanzó una carcajada que me hizo botar en el sitio- ¡Seguro que Sean también me hubiera hundido! Pobre infeliz.

Detuvo el movimiento de páginas en una en concreto.

- Mira lo que dice mi amigo Sean aquí- señaló un párrafo pero permanecí anclada al suelo cerca de la puerta- “Días de juventud me catapultó a la fama pero era una mala película con malos actores”. ¿Te lo puedes creer? ¿Malos actores? Después de lo que he pasado por ayudar a Sean y me lo paga con estas palabras. Acababa de estrenar su “Manhattan Beach”, volvía a ser una estrella, ¡qué rápido se le olvida el pasado! Me enfadó muchísimo leer esta bazofia.

Asentí mientras me dirigía una mirada llena de hostilidad.

- Sí, fue un comentario muy desagradecido- conseguí decir sin trabarme.

- ¡Pues claro!- se levantó de un salto del sofá y se puso a mi lado- Y tú, mi pequeña arquitecta, te has portado muy mal con él.

Mi cabeza buscaba posibles escapatorias. La ventana parecía la más probable.

- ¿Yo?

- Sí. Parecías una niña buena y te encuentro abrazada a un tipo en Florida o ligando con mi hermano. No, no- negó con el dedo- eso está muy mal.

No quería escuchar nada más, cada palabra suya me introducía en la realidad y no tenía ganas de admitirla. Debía pensar que solo era un loco reteniéndome en una casa. Podría escapar. Patrick vendría... No. No lo haría.

- Te equivocas conmigo- avancé imperceptiblemente hacia la ventana. Tendría que romper el cristal. ¿Cómo lo hacían en las películas? ¿Con una patada? ¿Con el codo?

- No. Eres mala- me regañaba como a un niño pequeño- Le has roto su frágil corazón. Y ya ha sufrido mucho el muchacho. ¿Sabes que se murió su mujer?

Asentí avanzando aún más.

- La muy zorra le engañaba- continuaba él- Tuve que presenciar tantas escenas tórridas que me ponía enfermo y claro... la tuve que castigar.

Me detuve. Oh, Dios. Tenía ganas de taparme las orejas con las manos. No, no lo hice William.

- Quería simular un atraco. Poder estrangularla con mis propias manos... ¿sabes? Nunca he ahogado a nadie, debe ser una buena experiencia pero no tengo demasiada fuerza en los brazos- chasqueó la lengua- En fin, únicamente le di un pequeño empujón contra un coche y ya está. El final es el mismo pero sin gracia.

Anduvo un paso largo y se situó enfrente de mí, casi pegado. Su aliento en mi cara me hizo vagar a aquel día de julio en el que me agredieron. Mi mente rebosaba imágenes, ruidos, recuerdos.

- ¿Verdad?- me chilló arqueando las cejas.

- Vi las fotografías que me enviaste. Eran asquerosas- logré decir.

- ¡Ya lo creo! ¿Podía permitir que esa sucia se la diera a sus espaldas? ¿Su “gran amor”? Sí, eso me dijo cuando... bueno yo, le comenté mis sentimientos... puros sentimientos, hacia él. Soy un buen amigo, no te creas nada raro.

Negué con la cabeza.

- Ojalá tuviera yo amigos así- intenté parecer sincera.

Se separó apoyándose en el alfeizar de la ventana.

- ¿Y su padre?- preguntó alzando de nuevo el tono- Se escaparon de él porque les pegaba y les encontró. Maldito viejo borracho. Ese fue fácil. Una botella de whiskey, una bolsa en la cabeza y ¡al agujero!

- Se lo tenía merecido.

- Agradezco tus intentos de congraciarte conmigo, Miriam pero no puedo olvidar que has sido mala- me amonestó con la mirada- Te hice fotos en Florida. Se las dejaré como recuerdo a tu novio.

Me iba a matar.

La idea me llegó clara como el agua. Clara como el mar del Golfo de Méjico mientras Sean y yo nos bañábamos al amanecer. Su sonrisa instándome a meterme en el agua me dio fuerzas.

¡No quería morir!

- ¿Por qué estás tratando de inculpar a Sean de las muertes?- me obligué a hablar ya que parecía bajar la guardia cuando parlotaba sobre él- ¿No eres su gran amigo? Los amigos no se hacen eso.

- ¿No has visto lo que dijo sobre mi película? Hubiera mantenido mis secretos ocultos para siempre sino hubiera sido tan déspota. Es un engreído.

- En eso te doy la razón.

Aproveché que William se dio la vuelta hacia el interior para situarme junto a la ventana. Una patada sería lo mejor.

- Por eso le tengo preparado el truco final. ¡Tú! ¿A qué es genial? ¿Vendrá Sean Weller a rescatar a su amada?- preguntó imitando las voces de los trailers de las películas- ¿Llegará a tiempo?... Lo dudo. Soy el mejor. Llevo toda la vida preparándome.

Soltó una risotada.

- ¡Si algunos famosos excavarán sus jardines encontrarían de todo! ¡Cómo me divierte mi trabajo!

Entonces cogí fuerza mental y le propiné una patada a la cristalería. Me di cuenta del error cuando la ventana no hizo el ruido que yo esperaba y sí sonó mi pierna. William se abalanzó sobre mí y agarrándome de la coleta me tiró al suelo. El golpe en la cabeza contra las baldosas fue doloroso pero lo ignoré. Tenía que salir de allí.

- Vidrio de seguridad. ¿No lo has notado?- me gritó él desde arriba- Un desastre.

Se agachó hasta quedar a mi altura y se sentó a horcajadas encima inmovilizándome. De algún sitio que no alcancé a ver, sacó una pequeña pistola. Parecía de juguete, aquello no podía acabar con nadie, ¿verdad?

Con tranquilidad y mimo me la apoyó en la garganta.

- ¿Vas a dejar de hacer tonterías?

Asentí sin palabras.

- Bien- quitó el seguro del revolver. El ruido era demasiado cinematográfico- Esto es lo que va a pasar: llamé a Sean fingiendo ser mi hermano para decirle que te habías hecho daño en un pie, real gracias a tu osadía, y que viniera a por tí.

Miró el reloj de pulsera de reojo.

- Debe de estar al caer. Empecé imaginando matarte sin más y que te encontrara así pero supongo que es mejor que lo vea con sus propios ojos. ¿No crees que debe de ser mas molesto?

Gruñí.

- Añadiré las pruebas para culparle de tu asesinato y ¡ya está! Con suerte eludirá la pena de muerte.

La idea me infundió coraje y empecé a patear y moverme pero no podía librarme de él.

- Por favor- gemí impotente- no lo hagas.

- ¿Por qué no?

- Porque... seguro que eres buena persona- me tuvo que salir una imbecilidad como un pino.

Sonrí con una mueca. Sus ojos claros parecieron oscurecer.

- Quiero verle en la cárcel, quiero verle sufrir. Creo que eso no es de buenas personas- un piloto rojo se encendió junto a la televisión- Bueno, nuestro invitado ha llegado. Ni una palabra porque os mato a los dos y me quedo tan pancho, ¿vale? ¡Qué empiece la función!

Se levantó a contestar al telefonillo mientras me apuntaba con el arma.

- Rodea la finca, estamos en la casa de la piscina- le oí decir con la misma voz de su hermano.

Me incorporé sentándome ante su atenta y alegre mirada. En poco tiempo, había visto peligrar mi vida demasiadas veces. Prefería un asesino como Sean desnudo en mi ducha antes que el que tenía delante pero el mundo era sumamente injusto.

William se acercó a la puerta y la abrió con la llave. No muy lejos, intuí el rumor de pasos sobre las piedras del paseo. Cerré los ojos con fuerza y rogué para que no se tratara de Sean. La sensación de irrealidad comenzaba a desaparecer, no estaba metida en una película, no había lugar para mi optimismo, aquel loco mal nacido me iba a matar e iba a culpar de todo a Sean. No, no podía permitirlo. Vagaron por mi mente todas nuestras imágenes juntos, nuestro primer beso en la playa de Santa Mónica, su voz, su tacto.

- ¡Qué rapidez!- William asomó la cabeza fuera de la casa.

- Hola Will- mi desánimo se catapultó al suelo. Era Sean- ¿Dónde anda tu hermano?

- Ha salido un momento- le hizo un gesto para que entrara- Aquí está Miriam.

En un segundo les tuve a los dos delante mirándome con sorna.

- Es un poco patosa- decía William.

Sean me guiñó un ojo.

- No te preocupes, ya está aquí tu héroe- se agachó junto a mi pie y me quitó el zapato- ¿Qué te ha pasado esta vez?

Pasé la vista de William con su arma en la mano semi escondida al héroe por el que clamaba Bonnie Tyler o el obrero-cantante hacía escasas horas.

- Vete- hablé entre dientes- vete ahora mismo.

Me apreté el pie con la mano.

- No pienso hacerlo. Así que estate quietecilla.

La pistola apareció junto a la cabeza de Sean. Éste levantó la vista encontrándosela en su sien.

- ¿Qué haces Will?- arrugó el ceño sorprendido y trató de incorporarse.

- Quietito. Preferiría que no te movieras del sitio- William se separó de él y se apoyó en el sofá- Supongo que vas entendiendo algo.

- Me estoy haciendo a la idea- Sean tardó en contestar- ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué Andrea o mi padre?

- No eran buenos contigo- la voz de William tenía un carácter meloso que me dio miedo- Te hice varios favores.

- Te agradezco fundamentalmente el de mi padre, sino le hubieras matado tú, tarde o temprano lo hubiera hecho yo

- ¡Oh, no! Tú eres muy sentimental- se rió.

- ¿Empujaste a Andrea?

- Claro. Las mujeres te salen ranas, amigo. Mira ésta. Pensé que por fin habías dado en el clavo.

- Miriam es una buena chica, no la metas en esto- me apreté el dolorido pie.

William torció el gesto.

- Te equivocas, tiene un amiguito en Florida- esperó ver su reacción que desde mi ángulo no podía apreciar- Una lástima, lo siento por ti. Bueno, la verdad es que me da igual. Ya todo lo concerniente a ti me da igual.

- ¿Por qué? Éramos amigos.

- ¿Amigos?- chilló William sobresaltándonos a ambos- Dijiste que nuestra película era mala y llena de malos actores. ¿Qué amigo dice eso?

- Yo no he dicho tal cosa- negó severo Sean.

- Está por escrito- señaló la revista- Maldito engreído.

- Eso no significa que lo dijera. Sabes que inventan demasiadas cosas. ¿Te acuerdas cuando intentaron otorgarte cierta orientación sexual?

- ¡No era cierto!- gritó.

- Lo sé, tranquilo- le apaciguó con la mano.

- Le estás cabreando- murmuré entre dientes.

- Estrategia- me habló Sean de igual modo.

- No estamos en una serie de la tele- mascullé.

- Discúlpenme señores- berreó William- Este es mi acto y mi función. ¡Silencio! Voy a matar a tu amiguita, Sean y te cargaré con el muerto. ¡Qué frase tan bien escogida!

- No. No lo vas a hacer.

William dio dos pasos. Su pistola me miraba directamente. Quise cerrar los ojos pero los mantuve abiertos como platos.

- ¿Por qué no, buen amigo?

- Porque la policía rodea la casa.

Un segundo de silencio y soltó una risotada.

- ¿Cuántas veces has dicho eso en una película?- saltó William- ¿Cien? ¡Venga ya!

- Es la verdad. Si no bajas el arma te dispararán, yo que tú lo haría.

Pasé la vista de uno al otro y del otro a la pistola.

- La policía te busca a ti. ¿Estás preparado para la pena capital?- Will sonreía con el brazo rígido en mi dirección.

- No, yo les llamé en cuanto me telefoneaste- Sean iba avanzando lentamente hacia la trayectoria posible de la pistola. Se lo traté de impedir con el otro pie.

- Fue Patrick quien te llamó.

- Él está en Australia.

William pareció dudar un instante y su mano tembló. Sean me tapaba ya completamente.

- ¿Cómo lo has sabido? Me dijo que nadie tenía ni idea.

- Aunque has conseguido que no quieran ofrecerme papeles, ése me lo propusieron a mí pero preferí quedarme en Los Ángeles con esta señorita- me dirigió una mirada rápida- y les derivé a Patrick.

- ¡Mierda!- gritó un William histérico- ¡Esto no podía pasar!

- Parece que la buena suerte se te ha acabado- con los brazos ligeramente en alto Sean se incorporó.

La patada que le propinó William en el estómago recién salida de alguna película de kung-fu, no nos la esperábamos nadie.

En un segundo, Sean salió propulsado hacia atrás, se golpeó la cabeza contra el borde de la chimenea, empezó a sangrar, intentó levantarse, William avanzó con la pistola hacia él olvidándose de mí.

- ¿Sabes, héroe de cartón-piedra? Si es verdad lo que dices, ya me da igual todo. Quería verte sufrir pero morir no es mala idea.

Y le apuntó con el arma.

Me erguí arrastrando la pierna, Will quedaba a un paso y no me vio llegar. Le empujé con todo el cuerpo, le clavé mi portaminas en el costado y mientras lanzaba un rugido inhumano me situé delante de Sean.

Entonces oí las detonaciones.

Podían haberse tratado de unos petardos, del tubo de escape de un coche con exceso de flatulencias pero supe rápido que había disparado.

Caí para atrás chocando contra Sean que me abrazó con fuerza. William se desmoronó delante con una marca roja en el pecho que aumentaba de diámetro conforme se desplomaba.

¡Le habían abatido! Miré feliz a Sean pero su rostro seguía preocupado, más bien alarmado. Apretó mi abdomen y me dolió. Bajé la vista donde sus manos manchadas presionaban mi camiseta empapada en sangre. Empecé a comprender, dos disparos uno para William y el suyo para mí, y me sobrevino el mareo.

A partir de ahí, las tomas de la película en la que estaba metida desde meses atrás se sucedieron muy rápidas. El pelo cano del Inspector Cruz irrumpió en la casa, la habitación se llenó de gente, de ruidos, de gritos, los sonidos comenzaron a desvanecerse, los movimientos se hicieron más lentos, el aire me llegó más denso.

- Por favor, quédate conmigo. No se te ocurra dejarme- la voz de Sean fue un eco lejano antes de la oscuridad.

Estaba en una boda.

Sentía la brisa del mar en la cara. Levanté la vista hacia la carpa que ondeaba al viento y después atrás, a las hileras de invitados que vestían de blanco.

Mis padres me saludaron tímidamente mientras Sofia hacía fotos y Pablo me guiñaba un ojo con el pequeño Oskar en brazos. Desde la segunda fila, el señor X me devolvió un gesto complacido y levantó los pulgares hacia arriba bronceado, terso y aproximándose sutilmente a Rhonda. Detrás, su casa de Islamorada aparecía engalanada para la ocasión con flores y adornos. Indy estaba casi al final con su brazo rodeando los delgados hombros de Kelly y una sonrisa triunfal en el rostro.

- ¿Quieres o no, muchacha? Es fácil- repitió el cura.

Busqué la mirada de Sean que parecía estar disfrutando con la situación. Movié los labios en silencio. “Sí quiero”, leí en ellos.

- Si quiero- escuché por fin la voz de Kim- ¡Qué demonios! ¡Claro que quiero!

- Dejemos a los demonios en su sitio- la reprendió el cura- ¿Y tu David, quieres a Kim como esposa...?

- Sí. Sí quiero- contestó el agente rápidamente con aparente alivio ante la espera- desde el día que te conocí Kim. Te lo tuve que haber dicho en aquel momento pero... bueno, como me dijo una amiga, existen las segundas oportunidades.

- Entonces no me queda otra- anunció el cura- que declararos marido y mujer. Por favor David, besa a la novia y un fuerte aplauso.

Rompí a aplaudir con ganas pese a las molestias que aún tenía en el costado. Debajo de mi bonito vestido blanco de dama de honor se hallaba una cicatriz. Una bala que entró y salió tan limpiamente que no rozó nada más importante que mi orgullo.

Seguí aplaudiendo mientras mis amigos se fundían en un beso. A la derecha de David como padrino, Sean continuaba mirándome tan intensamente y queriendo decir tantas cosas que tuve que disimular buscando algo en otra dirección y desprender mis ojos de los suyos.

Vi a Sandra en la tercera fila junto a me hubiera frotado los ojos incrédula sino los llevara maquillados, estaba abrazada a... ¡Nicholas Adams! El joven director de “Manhattan Beach” sonreía apabullado ante tanta atención femenina.

Respiré hondo mientras los contrayentes se alejaban del altar. Justin, que había reaccionado con una alegría extrema cuando se enteró de la noticia varias semanas atrás, se agarró a ambos y caminaron los tres juntos entre los bancos.

Tomé de la mano a Sean mientras les seguíamos hacia las mesas distribuidas por el nuevo y frondoso jardín. ¡Qué diferente a la asolada isla que me había encontrado cuando pisé los Cayos por primera vez muchos meses atrás! Ahora todo lucía idílico. El sol había bendecido aquel 31 de diciembre y hacía una agradable temperatura de veintidós grados.

Abracé a mi familia en cuanto llegué a su lado, mi cuñada corría por el jardín detrás de mis sobrinos y mi hermano me plantó al pequeño Oskar en mis brazos para ayudarla en su persecución. La herida me volvió a molestar bajo su peso pero la relegué a un segundo plano mientras el niño me obsequiaba con un beso baboso en la cara. Le estrujé.

- Te quedan bien los niños- murmuró mi madre.

- Mamá- la reñí.

- La verdad duele cariño.

- Me pregunto una cosa- saltó mi padre pasando un brazo por los hombros de un Sean perplejo- ¿Le va a ocurrir algún... accidente más a mi hija estando contigo?

Porque creo que hemos superado la media aceptable de sustos.

- Estamos en Estados Unidos, papá- contesté yo rápidamente- un psicópata tarde o temprano tenía que aparecer. Además, me vino bien para recuperar la memoria.

Una frase del pobre diablo y a la porra tantas horas de consulta.

Realmente aún tenía ideas confusas sobre mi caída en Utah. A veces creía recordar a Kim gritándome algo con poco sentido que me hizo caer montaña abajo pero lo había apartado de mi mente por absurdo.

- Juro que la próxima vez seré yo quien salve a su hija- dijo Sean- Ha decidido tomar el papel de heroína y no hay quien se lo quite.

- Eso espero- murmuró mi padre entre dientes- eso espero muchacho, por tu bien.

There's a hero, if you look inside your heart. You don't have to be afraid of what you are... [T]

La música llegó salvando el momento. Cediéndole a Oskar a mi hermana, así a Sean del brazo.

- Creo que es momento de bailar. La canción va por mí- y tiré de él hacia la improvisada pista de baile donde Kim y David habían empezado a bailar.

Abrazada a Sean contemplé al nuevo matrimonio. Hacían una pareja espectacular. Kim me lanzó un beso con la mano y David me frotó el antebrazo con cariño.

- Una psicoterapeuta de primera- le cuchicheó a Sean con una palmada en el hombro.

La pareja se alejó girando y danzando como en una antigua película de Fred Astaire y Ginger Rogers.

- Van a ser muy felices- aseveré.

- ¿Te lo ha dicho tu despertador-oráculo o el fantasma de Edward Dylan?

- Hombre de poca fe- meneé la cabeza disconforme- Últimamente me ayudaba el obrero-cantante.

- ¿Cuál? ¿El que acondicionaba nuestra futura casa de Manhattan Beach?- remarcó con énfasis el pronombre posesivo.

Esbocé una sonrisa. Nuestra casa. Paladeé cada una de las letras. En pocos días, haría las maletas y las arrastraría unos metros desde el número 692 al 694 de Ocean Drive. Aún no conocía el resultado de la reforma y dado que muchas de las ideas habían salido del lápiz de Mario, sentía cierto miedo.

- Te tengo que dar las gracias por invitar a mi familia- dije mientras empezaba una nueva canción.

- ¡Qué mejor forma de celebrar las Navidades juntos!- sus ojos oscuros brillaban a la luz del sol- Hay que agradecerse al señor X que no ha cesado en su afán de recompensarte por la obra. Una boda íntima en una isla privada, no está nada mal.

Recordé las pasadas fiestas, el frío de París y la escena de un asesinato sobre un puente que nunca se cometió.

- ¿Me perdonarás alguna vez por haber dudado de ti?- pregunté alzando la mirada hacia él llena de remordimiento.

- Miriam, ¡hasta mi propia hermana me veía culpable! Creo que el único que siempre tuvo cierta confianza en mí era el Inspector Cruz.

- Pero de todas formas...

- Me salvaste la vida- apuntó tajante deteniendo el paso- Lo has estado haciendo cada día desde que resbalaste en Hermosa Beach. No hay más que hablar.

Agité la cabeza nerviosa sin saber que añadir y dirigí la atención al cantante que desde un pequeño escenario animaba la música con su bonita voz. Era bajo, entrado en carnes y carente de pelo pero cantaba prodigiosamente.

- ¡Un momento...!- reconocí la voz de sopetón, la que me había acompañado a través de una pared en momentos importantes de mi historia reciente- ¡No puede ser!

Sean asintió jubiloso.

- Me ha costado casi más su recital que la reforma de la casa.

Me abracé a Sean mientras bailábamos, podía mirar hacia atrás en mi cabeza sin impedimento alguno, recordaba cada momento con él y lo disfruté mentalmente. Por más actor, famoso o lo que fuera conseguiría que nuestra relación durara para siempre. Al fin y al cabo este era mi particular cuento de hadas y siempre tienen un final feliz.

La voz profunda del obrero-cantante continuó deleitándonos aquella Nochevieja y seguramente, mostrándonos el futuro.

It's New Year's Eve and hopes are high. Dance one year in, kiss one goodbye. Another chance, another start. So many dreams to tease the heart.

We don't need a crowded ballroom, everything I need is here. If you're with me

next year will be the perfect year... [T]

Enero
Los Ángeles

Tomé aire trabajosamente bajo la opresión del corpiño. La puerta del coche se abrió y parpadeé por la luz que habían mitigado los cristales tintados. Saqué las piernas despacio enfundadas en el bonito vestido verde y con cuidado, el resto del cuerpo. Me olvidé de la cabeza y del recogido del pelo dentro del vehículo y el golpe fue bastante importante, al menos de puertas para adentro. Conscientemente evité restregarme la dolorida frente y conseguí estirarme en el exterior.

Inspiré de nuevo a pequeños sorbitos y levanté la mirada del bordillo de la calzada a la sonrisa jubilosa de mi acompañante. Sean estaba radiante vestido de esmoquin, increíblemente guapo. Me tendió la mano que agarré como si se me fuera la vida en ello. Sonrió aún más sin decir palabra y dirigió su mirada al frente. Le imité.

A pocos metros distinguí la figura estilizada de Angelina Jolie de la mano de Brad Pitt. El aire volvía a ser insuficiente en mis pulmones y meforcé a respirar con ánimo.

No podía ser tan difícil. No podía ser peor que un master de nombre eterno en la UCLA, tampoco más complejo que encontrar una casa inigualable en Los Ángeles, un trabajo interesante, buenos amigos o un novio perfecto, ni tan complicado como sobrevivir a agresiones, caídas e intentos de homicidio. Pero temblaba más que nunca.

Unos flashes saltaron a mi derecha y desperté de un sueño con el vocerío de la gente que a ambos lados del camino se agolpaban tras vallas.

Apreté su mano aún más y con toda la seguridad aprendida de algún manual de autoayuda, pisé con resolución aquel temido adorno: la alfombra roja.

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, agradecer a mi familia su apoyo, empuje y ayuda. Lo he conseguido gracias a vosotros.

No estaría redactando estas últimas frases de "Manhattan Beach: El año perfecto" sino fuera por las palabras, comentarios y ánimos de mis primeras lectoras. Gracias chicas, me motivasteis a continuar de una forma impensable.

Tampoco olvido el nombre de todos los que me disteis una oportunidad, de los que me leísteis, comprasteis, regalasteis y descargasteis.

Con especial cariño a mis chiquitines, mi mundo.

Como siempre, he de remarcar la importancia de la música en esta historia que guiaba las letras y las unía al compás.

Mil gracias por inyectaros en mi pequeño universo.

[T] *Escuchas un portazo y te das cuenta que no tienes escapatoria. Sientes la mano fría y te preguntas si volverás a ver el sol. Cierras los ojos y esperas que sea solo tu imaginación, nena. Pero en todo momento estás oyendo a la criatura detrás de ti. Ha llegado tu hora... (Michael Jackson- Thriller)*

[T] *Bien, Rhonda, te veo muy bien y sé que no te llevará mucho tiempo ayudarme, Rhonda. Ayúdame a echarla de mi corazón... (Beach Boys- Help me Rhonda)*

[T] *Ayúdame Rhonda, a echarla de mi corazón... (Beach Boys- Help me Rhonda)*

[T] *Aquí estoy, soy yo. No hay otro sitio en la Tierra donde querría estar. Aquí estoy, solos tu y yo... (Bryan Adams- Here I am)*

[T] *Por favor recuerda, por favor recuerda yo estaba ahí para ti y tú estabas ahí para mí. Por favor recuerda nuestro tiempo juntos. El tiempo era tuyo y mío... (Leann Rimes- Please remember)*

[T] *No te quiero perder y siempre quiero sentir así. Porque cada vez que estoy contigo siento amor verdadero, amor verdadero. Dime que eres real que no estás fingiendo... (Tina Turner- I don't wanna lose you)*

[T] *Nena relájate, vayamos despacio. No tengo ningún sitio adonde ir. Solo me voy a concentrar en ti. Nena, ¿estás lista? Va a ser una larga noche... (Boyz II Men- I'll make love to you)*

[T] *Necesito un héroe. Estoy esperando un héroe antes del fin de la noche. Él tiene que ser fuerte y tiene que ser rápido y tiene que salir fresco de la pelea... (Bonnie Tyler- Holding out for a hero)*

[T] *Hay un héroe si miras dentro de tu corazón, no tienes que tener miedo de lo que eres... (Mariah Carey- Hero)*

[T] *Es Nochevieja y los ánimos están altos. Baila con el año saliente y despídelo con un beso. Otra oportunidad, otro comienzo. Cuantos sueños para tentar al corazón. No necesitamos una pista de baile concurrida, todo lo que necesito está aquí. Si estás conmigo el próximo año será el año perfecto... (Dina Carroll- The Perfect Year)*